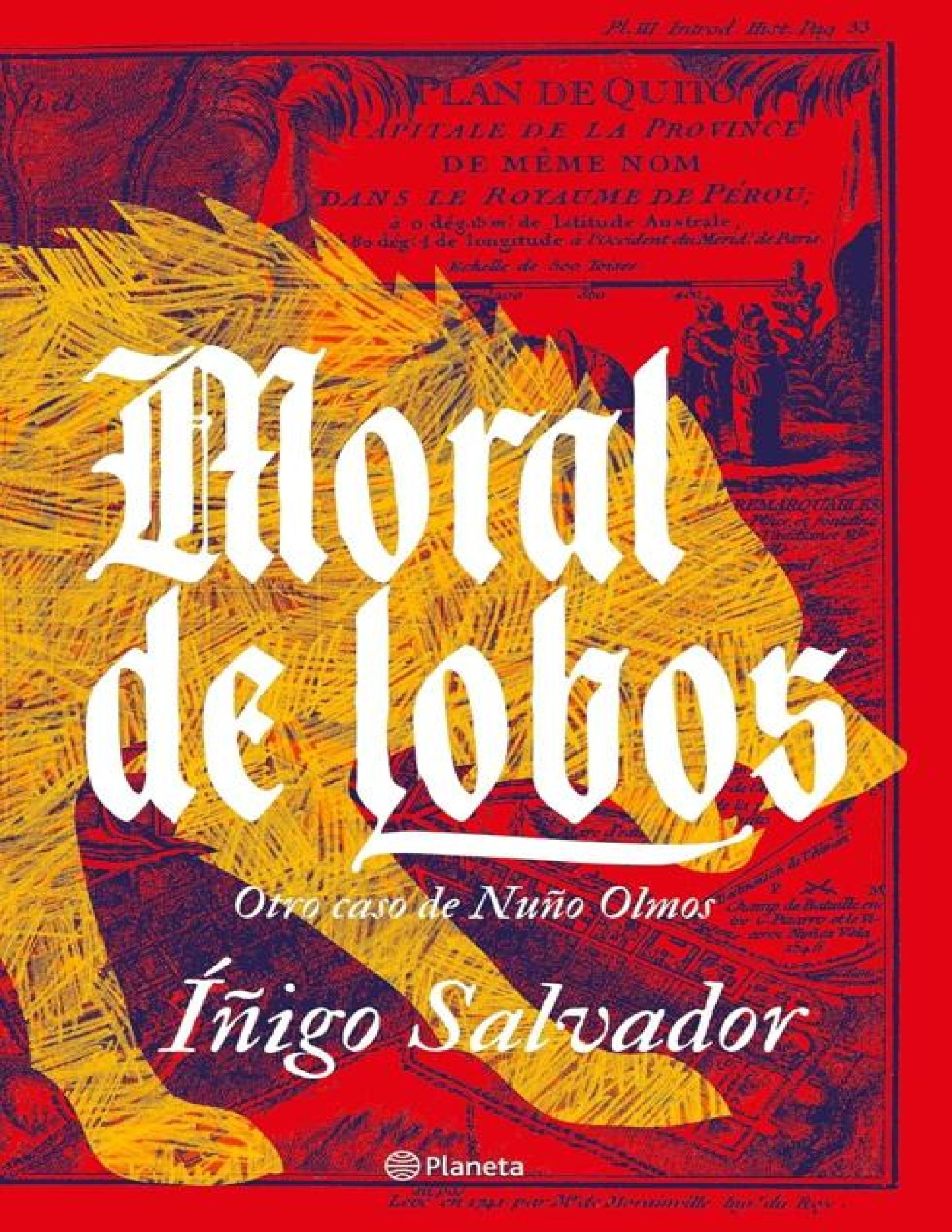

PLAN DE QUITO
CAPITALE DE LA PROVINCE
DE MÊME NOM
DANS LE ROYAUME DE PÉROU,
Moral de lobos
Otro caso de Nuño Olmos
Íñigo Salvador
Planeta

Moral de lobos

Planeta

Moral de lobos

Otro caso de Nuño Olmos

Íñigo Salvador

Planeta

© Íñigo Salvador Crespo, 2026
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

isbn 13: 978-628-7915-37-4
isbn 10: 628-7915-37-4

Primera edición: agosto de 2026
Impresión: xxxxxxx xxxxxx
Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Primera edición en formato epub (Colombia): agosto de 2026
ISBN: 978-628-7915-38-1
Libro convertido a Epub por: Ebooks Patagonia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

Nota al lector
— 1 —
— 2 —
— 3 —
— 4 —
— 5 —
— 6 —
— 7 —
— 8 —
— 9 —
— 10 —
— 11 —
— 12 —
— 13 —
— 14 —
— 15 —
— 16 —
— 17 —
— 18 —
— 19 —
— 20 —
— 21 —
— 22 —
— 23 —
— 24 —
— 25 —

— 26 —
— 27 —
— 28 —
— 29 —
— 30 —
— 31 —
— 32 —
— 33 —
— 34 —
— 35 —
— 36 —
— 37 —
— 38 —
— 39 —
— 40 —
— 41 —
— 42 —
— 43 —
— 44 —
— 45 —
— 46 —
— 47 —
GLOSARIO
Agradecimientos

Nota al lector

El léxico de esta obra busca rescatar el habla mestiza y los giros propios del Quito del siglo XVIII . Por ello, el lector encontrará voces de origen quichua e indigenismos que hoy resultan extraños, pero que entonces eran parte de la vida cotidiana. Para facilitar su comprensión, tales términos aparecen en cursiva y cuentan con una definición sucinta en el Glosario que se halla al final de este volumen.

Las ilustraciones de las páginas 135, 136, 137, 139 y 142 han sido tomadas de la obra *Observaciones astronómicas y phísicas hechas de orden de S. Mag. en los Reynos del Perú por D. Jorge Juan, Comendador de Aliaga en el Orden de S. Juan, Socio Correspondiente de la R. Academia de las Ciencias de París, y D. Antonio de Ulloa, de la R. Sociedad de Londres, ambos capitanes de Fragata de la R. Armada, de las quales se deduce la figura, y magnitud de la Tierra y se aplica a la navegación. Impresso de orden del Rey Nuestro Señor, en Madrid, Por Juan de Zúñiga, año M.D.CC.XL.VIII* , edición facsimilar, Publicaciones de la Fundación Universitaria Española, Madrid, Doserre. S. L ., 1978.

La ilustración del plano de Quito atribuido a Dionisio de Alcedo y Herrera (1734), que aparece en la página 214 y en la parte de atrás de la cubierta, reposa en el Archivo General de Indias, signatura MP-Pana má, 134.

La ilustración *PLAN DE QUITO, CAPITALE DE L A PROVINCE DE MÊME NOM AU ROYAUME DU PÉROU ; à 0 degrés 15 minutes de latitude Australe et à 80 degrés ½ de longitude à l'Occident du Méridien de Paris,* que aparece en la página 219 y en la parte de atrás de la contracubierta, consta en la obra de Charles Marie de la Condamine, *Journal du voyage fait par ordre du roi à l'équateur,*

servant d'introduction historique à la mesure des trois premiers degrés du méridien, Paris, Imprimerie Royale, 1751 , que reposa en la Biblioteca de Ciencias Humanas del Ministerio de Educación, Deporte y Cultura del Ecuador, Fondo Antiguo.

Las ilustraciones de las páginas 222 y 236 han sido tomadas de la obra *MESURE DES TROIS PREMIERS DEGRÉS DU MÉRIDIEN DANS L'HÉMISPHÈRE AUSTRAL , Tirée des Observations de Mrs. de l'Académie Royale des Sciences, Envoyés par le Roi sous l'Équateur, par M. de la Condamine, à Paris, de l'Imprimerie Royale, MDCCLI (1751).*

— 1 —

Año 1769
Domingo, 26 de febrero

De pie, intentando mantenerme algo erguido, que no es fácil después de haber pasado todo este último tiempo —ni siquiera sé con exactitud cuánto— en esa húmeda y fría mazmorra de la cárcel de corte, donde los huesos y el ánimo se reblandecen, observo el horizonte que me rodea. Puede suponerse que un criminal, pues tal me confieso (de hecho, lo he admitido tres veces desde que fui aprehendido: ante el teniente de alguacil, ante el fiscal y ante el oidor de la Audiencia), deba sentirse compungido por los males que ha cometido, y que, quizás, tal compunción deba traducirse en una actitud derrotada, de espalda encorvada y ojos gachos. Pero aquí me tienen, como he dicho, de pies y erguido, tratando de mostrar, al menos con mi porte, que de nada me arrepiento; antes bien, me ufano de cada uno de los crímenes que cometí, pues no es motivo de vergüenza el haber enderezado por mano propia lo que la Real Justicia nunca quiso volver a su recto cauce, después de que este fuera torcido para siempre, con maldad y harta perfidia.

Y aunque pudiera resultarme difícil mostrarme orgulloso, he de decir que, en cambio, no me ha costado nada dejar que me invada la extraña sensación de placidez que ahora me embarga. No sé cuándo fue el momento exacto en que la angustiosa inconformidad que me inundaba dejó paso a este incomprensible sosiego. Pero sí sé que, de manera extraña, en lugar de atormentarme la expectativa de mi condena —dada por irremediable una vez que fui aprehendido —, se ha apoderado de mi espíritu una dulce calma, tibia como una tarde de mayo, y una incipiente alegría, como de feliz y justo

desenlace. Y ahora contribuye a esta sensación el verme arropado en este paisaje que siempre amé. Me rodea el horizonte de esta muy noble y muy leal ciudad de San Francisco del Quito y, para mayor precisión, el de su Plaza Grande, en cuyo centro está la fuente a la que se acercan los aguateros a recoger el agua para las casas, menester que no se detiene ni siquiera con motivos como el de esta mañana. Tengo a mis espaldas las Casas del Cabildo; podría voltear para mirarlas, pero me lo impide esta incómoda " *guirindola* " de gruesa cabuya que para la ocasión me obligan a vestir. Frente a mis ojos se alzan las Casas Reales, sede del gobierno y de la Chancillería de la Audiencia; en su sala del Real Acuerdo fue mi causa oída, ahí confesé mis crímenes y fui condenado. Atrás, a la derecha, se eleva la torre de la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, de tanto significado. Y más atrás aún, como telón de fondo de esta obra dramática en que actuaré el papel protagónico, veo al gigante Pichincha, volcán a veces apacible, a veces ominoso, pero siempre majestuoso. En ocasiones como esta, y la de hoy no es la excepción, el gran cuadrado de tierra apisonada que forma la Plaza Grande, por obra y gracia del alguacil mayor, ha quedado desprovisto de los tenderetes que en los días de mercado arman las vendedoras, para dejar lugar a la multitud que ha ido llegando por las ocho calles que confluyen en este espacio, colmándolo en el transcurso de la mañana hasta cuando el espectáculo se inicie, a la hora del cenit. Pues se trata de un espectáculo como cualquier otro. Como una corrida de toros, como un torneo de cintas a caballo, como una procesión de cofradía. Los asistentes me miran impasibles. Trato de encontrar en sus miradas odio o conmiseración. Pero no, solo miran. Conversan entre ellos intercambiando dimes y diretes, bulos y rumores, chismes y mentiras. Unos muy serios, otros entre carcajadas estridentes. Hacen tiempo. Y miran, con ojos idiotas. Muchos ni siquiera sabrán por qué está aquí este hombre mayor, encumbrado en tan tosca tarima. Esperan a que comience la función de este domingo. Aguardan a las autoridades, pues es un acto oficial. Alguno, a lo mejor, se conmisera y eleva una oración por mi alma.

A mi mano derecha tengo el Palacio del Arzobispo, y a mi mano izquierda, la Catedral: elevada sobre su pretil de piedra para mante ner el plano en esta ciudad tan inclinada y arrugada de *huaycos* . Nunca podría nadie ver el atrio a la misma altura como lo estoy mirando yo desde el punto donde me encuentro en este instante. Y es que me hallo parado sobre un tablado de tres varas de alto sobre el suelo, aposta levantado para mí en este día. En é l exhalaré en breve mi último suspiro. Es mi cadalso.

— 2 —

Siete meses antes
Año 1768
Lunes, 25 de julio

Como todas las mañanas, después de abrir los portones de la iglesia de San Sebastián, Mesías Yupangui barría el reducido atrio de piedra delante de la humilde fachada. Entre las labores que le correspondía cumplir a diario como sacristán de la parroquia de indios —ubicada en la entrada sur de la ciudad de San Francisco del Quito, al pie del cerrito que los lugareños llamaban El Panecillo—, barrer el atrio y la plazoleta empedrada era la que más le disgustaba, sobre todo los lunes, cuando la basura de la víspera, domingo de mercado, tapizaba la estrecha explanada. Allí, los restos podridos de frutas y hortalizas, piltrafas de carne medio putrefacta y cabezas cercenadas de pescados y gallinas se mezclaban con excrementos de todo origen.

A esa hora, cuando el sol comenzaba apenas a remontar el azul limpio del cielo andino y el sereno de la madrugada aún no cedía ante la canícula del verano paramuno, no se desprendían todavía de tanta y tan variada basura los vapores nauseabundos que el calor elevaría más tarde. El viejo sacristán, cubiertas boca y narices con una mugrosa bufanda de bayeta, aprovechaba esos momentos para recoger los detritos y adecentar, en lo posible, ese amplio espacio de tránsito hacia la casa del Señor.

Cuando la víspera veraniega había sido lo bastante fría —el sacristán lo notaba cuando los pequeños manchones de yerba que salpicaban el terraplén amanecían cubiertos de escarcha, menuda como polvo de *máchica*— , él se aventuraba a apartar alguno de esos

residuos en un pequeño canasto de *suro* . A lo mejor la cabeza o las patas de un gallo, o algún otro despojo, daban para añadirle algo de sazón al caldo con papas que él y su mujer comerían, como único sustento, esa noche. Luego, con una escoba de *chilca* y un azadón, recogía tanta inmundicia, poco a poco la metía en sacos de cabuya y la arrumaba al filo de la escalinata de piedra que bajaba desde la plazoleta hacia la calle Larga de San Sebastián. Más tarde los *capariches* llevarían la pestilente carga a lomo de burro hasta la vecina quebrada de Ulluguangahuaycu, convertida en botadero de la ciudad y poblada por docenas de esos negros buitres necrófagos que le daban nombre.

Ya el jueves anterior había por fin logrado desalojar, a golpe de escoba y azadón, como durante los últimos cuatro meses, la ceniza de la última erupción del Cotopaxi. Podría decirse que, este lunes, por fin, su placita estaría presentable.

Casi dos horas habían transcurrido desde el inicio de su ingrata labor ese día y el sacristán se hallaba a punto de concluirla. En ese momento recogía la basura depositada al pie del modesto campanario de la iglesia parroquial. Una última plasta de excremento yacía en la línea en que la pared encalada se unía a los cantos rodados del suelo, en la cara oriental de la torre. "Caca fresca", se dijo, aprestándose a empujar el estiércol con la escoba para recogerlo con la azada.

Fue entonces cuando notó que la mancha pardusca ascendía por la superficie vertical del zócalo, como un reguero invertido. Por instinto levantó la mirada. Por un instante el vértigo lo desequilibró. Y un escalofrío le recorrió el espinazo al tiempo que un sudor helado afloraba a toda su piel, ya mojada por la transpiración tibia del esfuerzo físico. No podía creer lo que veía; pero sus ojos, de verdad, no le engañaban. Allá arriba, colgando del arco del campanario al extremo de una larga cuerda, había un hombre muerto. Desde la basta de la pernera del pantalón un hilo color marrón se derramaba, trazando sobre la pared, que reverberaba al sol de la media mañana, una obscena y pestilente trayectoria vertical.

—¡Cuántas veces le he dicho, Olmos, que deje de hurgar en ese asunto! —espetó con brusquedad don Sebastián de Logroño desde un lado de la mesa. Del otro se encontraban sentados sus dos tenientes de alguacil, pasando revista a los casos pendientes, en el escritorio de la cárcel de corte—. ¡Usted va a terminar metiéndonos a todos en problemas! ¡Ya sabe que el asunto es delicado!

Nuño Olmos y Benito Sánchez intercambiaron una mirada fugaz. Olmos no había hecho más que mencionar el caso de las joyas mientras extraía de una ruma de expedientes uno particularmente grueso, atado con *hilo de Chillo* . Y había bastado eso para que el alguacil mayor explotara. Los dos tenientes sabían que su superior se refería a un caso llamándolo "delicado" cuando en él había indicios de que estaba implicado algún personaje importante de la sociedad quiteña, acaso incluso un miembro de la administración local de la Real Audiencia o del Cabildo.

El caso de las joyas de la cofradía de la Vera Cruz —o, simplemente, el "caso de las joyas", como era conocido entre los hombres del alguacil— era un robo que les ocupaba ya varios años y que no habían podido resolver, justamente porque, si se llegaba a profundizar lo suficiente en la investigación, se terminaría tocando los intereses de algún notable [1] .

El asunto tenía su encanto, visto desde el punto de vista de un investigador. En las festividades de Corpus Christi de 1763, los cofrades de la Vera Cruz, que representaban a los arcángeles en la procesión de la fecha de esa solemnidad religiosa, habían obtenido de la propia cofradía que les alquilara unas joyas para adornar sus suntuosos atuendos de danzantes, como era costumbre. La cofradía alentaba la práctica, pues así lograba recaudar importantes cantidades de dinero para fomentar la devoción a la Santa Cruz. Lo cierto es que en aquella ocasión, al final de la procesión y la consiguiente fiesta callejera, en la que había fluido harto trago, los cofrades habían terminado inconscientes en una esquina cualquiera, borrachos por completo, y que, a la mañana siguiente, al despertar

entre las jaquecas y n áu seas del *chuchaqui* , ni una sola de las joyas que adornaban sus disfraces hasta la noche anterior estaba en su lugar.

Conocidos los hechos, el consejo de la cofradía denunció el robo y los desdichados cofrades, con tal de evadir los cargos por hurto y la cárcel correspondiente, aceptaron asumir la satisfacción de la deuda por el precio de las joyas robadas, pagadera durante un larguísimo período de amortización. Así, habían perdido lo que gastaron en alquilarlas y el valor de lo sustraído, más sus respectivos intereses.

Las sospechas de Olmos se habían reavivado al año siguiente cuando idénticos hechos se repitieron en la fiesta de Corpus. Un nuevo grupo de cofrades borrachos había perdido otras joyas y contraído una deuda cuantiosa, siempre a favor de la cofradía.

El teniente de alguacil sospechaba de uno de los miembros del consejo de la cofradía, pero la evidencia que había logrado recolectar entonces no era concluyente. Y su superior, don Sebastián de Logroño, le exigía un caso armado a la perfección, pues, sin eso, él no se molestaría siquiera en cuestionar la honra de tan importante señor, menos aún poner el asunto en manos del fiscal Cistúe para que lo llevara ante el juez de instrucción.

Desde entonces y durante los últimos cinco años, Olmos había seguido investigando el caso de las joyas en los pocos intervalos de tiempo libre que asuntos más importantes o más urgentes le dejaban y, poco a poco, había ido reuniendo evidencia adicional, que al alguacil mayor nunca le parecía suficiente.

Ahora, Logroño había zanjado las nuevas insistencias de Olmos con su consabida reprimenda, cuando golpearon a la puerta del despacho. Una cabeza entricorniada se introdujo por la estrecha ranura que se abrió y anunció con voz rutinaria:

—Hay un cadáver colgado del campanario de San Sebastián. El sacristán espera aquí afuera. Está muerto del miedo.

Cuando Olmos y Sánchez llegaron a la escena del crimen, después de atravesar toda la mitad meridional de la ciudad, un gentío considerable ya se había congregado al pie del campanario para ver con sus propios ojos al muerto que de ahí colgaba y aventurar hipótesis sobre la identidad, circunstancias y motivos del deceso. Y es que, puestos a especular sobre sucesos inexplicables —como hasta ese momento era la presencia de un cadáver allá arriba— nadie ganaba a los quiteños en imaginación y fantasía, pues con ellas procuraban compensar la ignorancia en que solían estar sumidos y la abulia que les provocaba vivir en una ciudad sin más motivo de entretención que cuitas de vecinos sobre nacimientos, matrimonios y muertes, fiestas de santos y espectáculos montados para celebrar todo aquello.

—¡A un lado! ¡Todo el mundo a un lado! —gritando y batiendo el brazo izquierdo trataba Benito Sánchez de apartar al populacho amontonado en el terraplén, mientras en la mano derecha llevaba la escribanía portátil que usaba en todas las diligencias donde se requiriera levantar un acta—. ¡Vayan a ganarse con honradez el pan diario, vecinos! Ahora le toca al alguacilazgo merecer el suyo tratando de echar algo de luz sobre este malhadado suceso.

La plebe comenzó a dispersarse a regañadientes. Habrían podido pasarse el día entero contemplando el macabro espectáculo y multiplicando posibles versiones. Olmos, por su parte, no dejaba de lamentar para sus adentros que tanta gente hubiera pisoteado la escena del crimen, destruyendo y corrompiendo cualquier rastro que hubiera permitido establecer qué mismo había ocurrido ahí. Molesto, pidió a Mesías Yupangui que los condujera al sitio exacto donde había encontrado el cadáver.

Ya allí, en el costado oriental de la base de la torre —que no se veía al aproximarse desde el frente—, se podía apreciar, mirando hacia arriba, que del travesaño incrustado en la mampostería del arco del campanario para soportar la campana de bronce colgaba también una soga, de cuyo extremo pendía, en efecto, un ahorcado. Olmos fijó la mirada en la escena, entrecerrando los ojos. Dio unos pocos pasos a su izquierda sin quitar la vista del cadáver; volvió a su

sitio en silencio y continuó observando.

—Sánchez —llamó a su colega después de dos minutos—, dígame qué puede observar usted.

Benito Sánchez, acostumbrado a los interrogatorios de su compañero —que al principio le incomodaban pero a los que se había acostumbrado con el tiempo, luego de reconocer en ellos un método válido para adentrarse en la verdad de los hechos—, se acercó a la base de la torre y, haciendo visera con la palma de la mano sobre las cejas, contestó:

—El "ahorcado" pudo haberlo hecho por mano propia. Pero también habría podido ser ajusticiado. Tendríamos que verlo más de cerca.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Qué más ve?

—Veo un rastro marrón que baja desde el cadáver hasta el suelo. Parece caca.

Sánchez se aproximó a la línea y siguió su curso con la mirada hasta el punto en que la pared vertical se unía con el piso horizontal. Allí había una plasta de excremento cuya superficie había comenzado a encostrarse, tomando una tonalidad oscura. Raspó con el dedo el rastro seco en la pared y, con un gesto automático, se lo llevó a la nariz. Dio un respingo de asco.

—¡Puta, *tatay* ! ¡Sí es caca! —confirmó con gesto de repugnancia, mientras se agachaba y restregaba su dedo embadurnado contra una *chambita* de hierba crecida entre las piedras del pavimento, para después limpiárselo en el fondillo del pantalón—. Otro que se caga al morirse.

—Sí, esto también lo veo yo. ¿Pero no nota algo extraño, algo fuera de lugar, Sánchez? —insistió Olmos.

Sánchez fijó la mirada en la escena del crimen, caminando de un lado al otro y siguiendo con los ojos, de arriba a abajo, la trayectoria del cadáver pendiente de la cuerda y la viga. Pero, por más que se esforzaba, no alcanzaba a vislumbrar algo en particular que diferenciase a esta de otras escenas de crímenes.

—¿Se refiere a que el muerto cuelga de la cuerda en una vertical perfecta y divide a la torre en dos mitades? —preguntó Sánchez, con tono dubitativo.

—Sí, supongo que podría ser eso —concluyó Olmos, descontento de esta sensación suya de duda y resignado a la incapacidad de Sánchez de sentirla también e incluso, ojalá, de desvanecerla—. "Más tarde lo revisaremos con más calma", se hizo el propósito—. ¡Subamos al campanario! —añadió con tímido entusiasmo.

Información rendida por
los tenientes de alguacil don Nuño Olmos y don Benito Sánchez
el 25 de julio de 1768

De don Nuño Olmos y de don Benito Sánchez tenientes de alguacil a don Sebastián de Logroño Alguacil Mayor del Cabildo de la muy noble y muy leal Ciudad de San Francisco del Quito. Hecho en esta susodicha ciudad el día de hoy lunes 25 del mes de julio del año del Señor de mil setecientos sesenta y ocho. En cumplimiento de las órdenes de Vueseñoría los infrascritos tenientes de alguacil Olmos y Sánchez nos hemos personado a las diez de la mañana del día de hoy en la iglesia parroquial de San Sebastián a fin de reconocer el lugar donde según la denuncia presentada por don Mesías Yupangui sacristán de la susodicha iglesia parroquial había encontrado momentos antes el cadáver de un hombre colgado del campanario del susodicho templo. Llegados que fuimos a la iglesia de San Sebastián del otro lado de la quebrada de los Gallinazos y señalado que nos fue el lugar donde se encontraba el cadáver hemos hecho el reconocimiento de los susodichos lugar y cuerpo cuyos estados quedan asentados en este informe para más completo y mejor conocimiento de Vueseñoría. El cadáver en cuestión se halla con las espaldas apegadas al muro y colgado por el cuello de una soga que en el otro extremo se ve atada en el interior del campanario de la iglesia parroquial. El susodicho campanario está edificado en la esquina nororiental de la fachada de la iglesia, tiene planta cuadrada y se eleva del suelo hasta unas once varas. Los infrascritos y el sacristán Yupangui hemos ascendido la escalera de madera con forma de caracol que, apenas traspuesta la puerta de la

iglesia, comunica por el interior el baptisterio con la galería que funge de coro y, desde allí, franqueando una portezuela, con el campanario. En el apretado espacio del campanario, en el que apenas cabe una persona y al que el infrascrito teniente Olmos ha accedido por una escalera de mano, tal como se ha visto desde abajo, la campana cuelga de un grueso pingo transversal, amarrada a él con un verdadero revoltijo de *vetas de cabestro* ajustadas con múltiples nudos. Sobre el travesaño de la campana y la atadura de vetas hay una soga de cabuya, de dos tercios de pulgada, que cuelga hacia fuera por la fachada oriental del campanario e iglesia sosteniendo el cadáver en un extremo, da dos vueltas alrededor del travesaño de la campana y termina atada por el otro extremo a una armella de hierro fijada a la pared a un lado de la escalera de mano. Con la ayuda del sacristán hemos descolgado el cuerpo del "ahorcado" hasta la base del campanario y luego lo hemos llevado al nártex donde hemos procedido al reconocimiento. Como cosa primera se ha tratado de identificar al occiso pero no se ha podido por no reconocer ninguno de nosotros su rostro amoratado ni encontrar en su atuendo ni *faltriqueras* rasgo ni documento alguno que permitiera saber quién es. Su deceso, sin embargo, sí ha podido constatarse así por la tonalidad violácea e hinchazón del rostro causadas por la asfixia provocada por la constricción de la soga, como por la ausencia de resuello en su boca, narices y pecho y por la falta de palpitaciones del corazón. Además, es prueba también de la muerte el aflojamiento de los esfínteres, como muestran el hedor a excremento y orines y las manchas marrones de su pantalón. Se trata de un individuo de sexo masculino, piel blanca, pelo gris corto y escaso, barba y bigotes grises y ralos, ojos azules, nariz recta. De edad aproximada a los cincuenta años. Viste chupa de lana llana de su color, camisola y camisa de algodón blanco. Porta calzón de montar de gamuza color habano, medias de lana blancas y calza zapatos de cordón de badana café. Su casaca de cuero crudo y polainas de montar por encima de la rodilla, a la usanza en España, con sumo cuidado dobladas, y el tricornio de fieltro verde olivo, descansan formando un pequeño bulto cuadrangular sobre el antepecho del otro arco del campanario, el que mira al norte. La fina vestimenta de montar está en buen estado y nada parece indicar forcejeo o lucha. Procediose entonces a desnudar al occiso en busca de heridas o laceraciones que pudieran ser causas de su muerte

distintas de la apuntada asfixia. Antes se descorrió el nudo corredizo de la cuerda y se lo desató de en torno a su cuello. Abiertas que fueron chupa y camisa, se descubre en el cuello una lesión bajo el maxilar causada con toda probabilidad por la fricción de la soga. En el torso y extremidades superiores del finado no se encuentra herida ni laceración a que puédase atribuir la muerte. Retirados calzón, calzoncillo, zapatos y medias, no se descubren en el bajo vientre y extremidades inferiores herida ni laceración a que puédase atribuir la muerte. Procediose entonces a volver a ataviar al cadáver. Acto seguido, se procedió a tomar las medidas de la soga: largo total veinte varas; largo desde el nudo corredizo hasta el punto donde colgaba del travesaño de la campana ocho varas. Aparéjase a este informe un bosquejo que muestra la disposición y acomodo del campanario y posición pendiente del cadáver. Esto es todo cuanto se ha podido observar en el lugar en que se encuentra el cadáver del "ahorcado" de San Sebastián. Firman: Nuño Olmos. Benito Sánchez.

Otrosí: Todas estas observaciones deberán ser completadas a través de ulteriores interrogaciones a posibles testigos y otros descubrimientos ulteriores que se hicieren a lo largo de esta investigación. Vale.

---

1 Véase Íñigo Salvador, *Miércoles Santo. Un caso de Nuño Olmos* , Editorial Planeta Colombiana S.A., colección Autores Españoles e Iberoamericanos, 2ª. edición, 2023 (N. del E.).

— 3 —

La mañana había pasado volando y, al terminar la vista de ojos del lugar del crimen, Olmos y Sánchez sentían ya a sus tripas reclamar con ruidosos borborigmos. Se encaminaron, entonces, por la calle Larga de San Sebastián, flanqueada por unas pocas casas de una sola planta y techo de paja. Cruzaron otra vez la quebrada de los Gallinazos, bajando la precaria escalinata de molón que conducía a un zigzagueante puente natural, hecho de grandes cantos rodados, que solo podían salvarse a brincos. Atravesaron el hilillo de agua fangosa que, en esos días de verano de páramo, era todo el caudal de la quebrada, cuya merma desde la erupción había quedado marcada en ambas márgenes por la ceniza seca, pocas pulgadas más arriba, como un encaje. Y escalaron el talud opuesto que desembocaba en la calle del Mesón, justo una cuadra al sur de la plaza de Santo Domingo.

Durante esa parte del trayecto, los dos tenientes habían caminado callados, como rumiando en silencio, cada quien por su cuenta, la información que habían recogido en la diligencia de levantamiento del cadáver. Siempre era necesario dejar decantar el cúmulo de datos, escenas, olores, ideas, sentimientos —en fin, todo lo que la escena de un crimen suscita en la mente de un investigador—, para que lo importante, más denso, se fuera depositando y lo superfluo, más liviano, se quedase en la superficie. Ahora, ya reincorporados al bullicio de la ciudad, como si se hubieran puesto de acuerdo comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—Me parece que la vestimenta del "ahorcado"… —comenzó Sánchez a decir, más o menos a la altura del arco de piedra de Santo Domingo, coronado por la capilla de Nuestra Señora del Rosario,

cuyo muro de adobe sin revocar recibía los primeros rayos de la tarde; pero fue interrumpido por Olmos en el mismo instante.

—Esa escena del crimen es de lo más extraña —apuntó—. No sé lo que es, pero tengo una sensación rara. Todo está demasiado…

—¡Prolijo! —exclamó Sánchez, retomando la palabra—. Eso mismo le estaba diciendo. ¡Todo es demasiado prolijo! La ropa del "ahorcado", dobladita en el arco del campanario; la que llevaba puesta, sin un solo desgarrón… ¡Eso no es normal! ¿Y vio qué ropa de montar tan elegante la del "ahorcado"? ¿Por qué un caballero de tan fino ropaje habría de quitarse la vida en una parroquia de indios? ¿Qué hacía por esos rumbos, para comenzar? No me dirá que no es curioso.

—A ver, a ver, amigo Sánchez, no nos atropellemos. Vamos en orden. Primero, la ropa doblada. Ya sabemos que algo lleva a los suicidas a dejarlo todo muy organizado antes de matarse, como si no quisieran causar a sus deudos —o a nosotros, que somos los que casi siempre terminamos limpiándolo todo— más molestia que la de apear de una viga un cuerpo colgante o que la de trapear los sesos y la sangre que esparce en el suelo y paredes un pistoletazo en la boca. Qué es lo que les impulsa a guardar tanto arreglo en circunstancias tan desesperadas es un misterio. Quizás sea que, para darse valor y tomar la decisión de dar el salto al vacío o apretar el gatillo, el suicida necesita tiempo. Al fin y al cabo, quitarse la vida no es cosa de todos los días. Y durante esos momentos va sacándose cada prenda y dejándola muy bien doblada, imagíneselo usted, mientras, al mismo tiempo, va haciendo acopio del valor que requiere para su acto final. Y tampoco hay c ó mo descartar que lo hace para volver a vestirla si llegara a faltarle el coraje y desistiera del suicidio; así, cuando vuelva a salir a la calle, su ropa no delatará que algo grave ha estado pasando hasta hace poco. Entonces no le demos mucha vuelta más a esta idea.

Terminaba Olmos de decir esto cuando llegaron a la pulpería en la calle de la Loma Chica, tras la mu ralla septentrional del convento de los dominicos. Se sentaron los dos tenientes de alguacil a una mesa en una esquina del umbroso salón, de techo alto y ventanas

mínimas, cuya principal fuente de iluminación era la puerta a la calle, horadada en el ancho muro de adobe, y que, cada vez que alguien salía o entraba, sumía al salón en un crepúsculo intermitente. Pidieron seco de chivo y chicha. Mientras esperaban, continuaron hablando.

—Mencionó usted también algo sobre la ropa que vestía el cadáver —reanudó Olmos su análisis en voz alta—. Usted ha reparado en que no tenía desgarrones o arrugas notables. Y así es, en verdad; pero eso tampoco es sorprendente, porque daños en la vestimenta como esos son comunes cuando la muerte es el resultado de la violencia sobre el cuerpo del occiso; por ejemplo, cuando, en lucha cuerpo a cuerpo, se ha resistido a ser matado. Es natural en esas circunstancias que la vestimenta de la víctima sufra tirones que terminan por arrancarle las mangas o por desgarrar los ojales como resultado de las fuerzas enfrentadas.

—Incluso las armas cortantes usadas en una riña, aun cuando no llegasen a causar heridas, terminan por destrozar la ropa —añadió Sánchez—. Es verdad.

—Así es. En cambio, en un suicidio, a menos que se lo cometa lanzándose al vacío desde una altura considerable, no suelen intervenir fuerzas capaces de desgarrar la tela. Y en el que acabamos de presenciar, en que un hombre se ha ahorcado al extremo de una cuerda, los daños en la vestimenta son mínimos.

—Pero no me dirá usted, Olmos, que no es extraño encontrar a un caballero tan elegante ahorcado en un sitio de tan baja categoría.

—Sí. Eso no se lo disputo. Es claro que nuestro "ahorcado" había perdido el rumbo, pero eso no pertenece al campo de los hechos, sino al de las motivaciones. Y estando tan lejos de llegar a establecer siquiera lo que ocurrió, sería absurdo ponernos a especular sobre los porqués. ¿No le parece, Sánchez?

—En eso tiene razón —admitió Sánchez, capitulando una vez más—. ¿Le parece que mandemos el cuerpo del ahorcado donde el doctor Espejo esta misma tarde? Seguro que él encontrará cosas que nos aclararán el panorama. Además, le pediremos que lo

embalsame en espera de que alguien, ojalá, lo reclame y podamos identificarlo.

—Hágalo, Sánchez. Olvidé por un instante que aún no sabemos quién es el ahorcado. Veamos qué dice Espejo e intentemos identificar el cadáver.

En ese momento les sirvieron sus platos de seco y los dos hombres perdieron de pronto el interés en la conversación y se dedicaron a conciencia a dar cuenta de la carne de cabra estofada, acompañada de papas cocidas. Por unos minutos, entre los dos compañeros se instaló el silencio, solo interrumpido por los sonoros sorbos que le daban a la chicha.

—Por hablar de la vestimenta nos hemos desviado de la observación que quería hacer —retomó Olmos, mientras con la manga se limpiaba la boca, al tiempo que se levantaba de la mesa, con un chirrido estridente al empujar la silla—. Quería decir que la escena del crimen me dejó una sensación extraña, incómoda. Nunca antes me había sentido así al reconocer un cadáver.

—Bueno, Olmos, lo hemos comentado siempre, ¿no?: por muchos levantamientos de cadáveres que hayamos realizado, uno no llega jamás a acostumbrarse a la presencia de un ser humano muerto.

—No, no. Es cierto que la presencia de un cadáver siempre nos desconcierta, pero no hablo de eso. Me refiero a que esta era una escena del crimen diferente a todas las demás que hemos inspeccionado. ¿No cree? Y no consigo explicarme en qué se diferencia. Es como si hubiera un cierto desequilibrio. No digo que por cada cosa deba haber otra equivalente, como en los dos platillos de una balanza. O de simetría: que el campanario esté dividido en dos mitades exactas por el segmento que traza la cuerda del ahorcado, como usted señaló allá. Hablo del equilibrio propio de las escenas del crimen, el desorden que les es natural, el caos que suele reinar, la suciedad… Lo contrario es desequilibrado, ¿me entiende?

—La verdad, no, Olmos —contestó Sánchez—. A mí me ha parecido todo bastante normal. Si acaso, la prolijidad en la ropa que

se sacó el "ahorcado"; pero usted ya ha explicado que eso es cosa corriente entre suicidas. Vea, Olmos —continuó—, mejor esperemos a ver qué puede decirnos el doctor Espejo cuando haya examinado el cadáver. Estoy seguro de que muchas cosas quedarán aclaradas.

Y, dirigiéndose a la dueña de la fonda, añadió:

—Ponga todo a mi cuenta, caserita. A fin de mes le pago.

—Este hombre no se ha suicidado —concluyó el doctor Eugenio Espejo en tono de confidencia, levantando la vista del cadáver, que se hallaba extendido en la mesa de disección del médico en el Hospital de San Juan de Dios —otrora llamado de la Santa Caridad y Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo—, y dirigiéndola alternativamente a Nuño Olmos y a Benito Sánchez, que se encontraban, como él, inclinados sobre el cuerpo desnudo del ahorcado.

Varios segundos de silencio duró el intercambio de miradas, mientras la sentencia del médico se abría paso entre el laberinto de datos del caso que los tenientes de alguacil ya habían acopiado en sus entendederas.

—Pero ¿qué dice, doctor? —protestó de pronto Sánchez, incrédulo—. Si nosotros mismos lo hemos descolgado de la torre de San Sebastián y hemos desatado la soga de su cuello. Este señor se ha lanzado desde el arco del campanario y ha muerto por asfixia, de seguro.

—Y bien, pues no —replicó Espejo—. Mire usted, teniente Sánchez, aquí en el cuello, por encima de la nuez, tenemos unas laceraciones que pueden haber sido causadas por alguien que le estranguló, tal vez, o incluso por una cuerda con la que se le sujetó del cuello hasta asfixiarle, pero estas no son las señales de alguien que murió tras haber pendido por varias horas de una cuerda gruesa como la que ustedes señalan en su informe.

—¿Y cómo sabe usted, eso, Espejo? —preguntó Olmos,

escéptico.

—Verá usted, teniente Olmos: si este cadáver hubiera colgado durante varias horas de la soga, se habría formado en su cuello, justo debajo de la mandíbula, el llamado "surco del ahorcado".

Olmos y Sánchez guardaron silencio en espera de la explicación, que sabían que seguiría sin necesidad de pedirla.

—Imagine usted tan solo la presión que ejerce el peso del cuerpo de un adulto normal. Digamos, en el caso de nuestro amigo aquí presente, ¿cuánto? ¿unas seis *arrobas* ? ¿Siete? Bueno, imagine usted la presión sobre la piel, músculos y grasa del cuello que ejercerían siete arrobas de peso, sostenidas por una cuerda de dos tercios de pulgada. La marca que la cuerda dejaría en el cuello del ahorcado sería un verdadero surco, de casi igual profundidad que el diámetro de la cuerda.

Espejo dejó que Olmos y Sánchez cavilaran en silencio durante unos cortos instantes antes de continuar.

—Pero, además, el surco tendría una coloración morada oscura, a causa del hematoma producido también por la presión de la cuerda en el cuello. El hecho de que no exista surco, y menos un surco oscuro, indica que cuando el hombre se colgó por el cuello en la torre de San Sebastián…

—¡Ya estaba muerto! —musitaron a coro Olmos y Sánchez, asombrados, sin dejar al doctor Espejo terminar la frase.

—¡Exacto! —contestó este—. Ergo: el hombre fue matado en algún otro lugar de la propia iglesia o, lo más probable, en cualquier otro lugar de la ciudad, y transportado y colgado, ya muerto, en el campanario de San Sebastián.

—Lo cual resultaba hasta cierto punto fácil usando como *garrucha* la viga de la campana —añadió Olmos.

—Así debe haber ocurrido, pues los talones de los zapatos están manchados de la cal de la torre de San Sebastián; mírenlo.

Espejo extendió hacia los dos tenientes de alguacil cada uno de los zapatos del muerto. Ellos verificaron que, en efecto, los talones

de ambos tenían rayones blancos, provocados, tal vez, por la fricción contra la pared del campanario cuando el cadáver fue colgado.

—¿Alguna fractura en el cuello? —preguntó Olmos, como presintiendo la respuesta.

—Ya veo que entendió mi idea, teniente Olmos —respondió el médico—. Pues no, el cadáver no tiene la sintomática fractura cervical del ahorcado que pierde piso.

—Me he imaginado a este pobre diablo con la soga al cuello, sentado al borde del arco del campanario, buscando el coraje para suicidarse hasta que, al fin, se decide. Salta, y el templón de la cuerda que se estira causa por fuerza el quiebre del cuello.

—Y, sin embargo, tal fractura no existe —corroboró Espejo.

—Pero, y entonces, ¿cómo es que dobló la ropa y la dejó ordenada sobre el antepecho del arco del campanario? —inquirió Sánchez, con genuina intriga—. ¿No dizque eso hacían los suicidas?

—¡Es lo que me temía, Sánchez, y que no conseguía descubrir! —exclamó Olmos—. Todo esto es una puesta en escena. Alguien ha querido hacernos creer que se trata de un suicidio, cuidando hasta el último detalle, pero sabiendo que tarde o temprano lo descifraríamos. Este hombre no se ha quitado la vida; se la han quitado.

Los tres hombres se quedaron mirándose mientras la idea calaba en sus ánimos.

—Una última pregunta antes de irnos, doctor Espejo —interrumpió Olmos el silencio, al fin—: ¿hay alguna forma de precisar el lapso de su muerte? Fue encontrado esta mañana al salir el sol, ¿podemos asumir que fue muerto el día anterior?

—El cuerpo aún está rígido y pálido —levantó con dificultad el brazo del cadáver para demostrarlo—. Eso nos pone en un lapso de entre uno y cinco días desde el asesinato. Y la mancha verde por la que comienza la putrefacción es apenas perceptible en la esquina inferior derecha del vientre. Yo diría que este hombre no lleva muerto más de cuarenta y ocho horas, tal vez. Hoy es lunes, féchelo usted sábado; máximo viernes pasado.

—Bien —concluyó Olmos apartándose ya de la mesa—, máximo viernes, dice. En cualquier caso, lo cierto es que no llegaremos a resolver este misterio si no sabemos quién es este hombre.

Y, dirigiéndose al médico:

—Gracias por todo, doctor Espejo. Por favor, proceda a embalsamar el cuerpo hasta que podamos entregarlo a sus deudos, cuando sepamos quiénes son. Procuraremos enterarnos con presteza.

Después, se despidieron.

Un resplandor naranja intenso delineaba el horizonte del Pichincha, a espaldas de la ciudad, mientras el resto del cielo se había vestido de un azul profundo, negro ya en el levante, cuando Olmos salió de la cárcel de corte al final de la jornada, después de haber registrado en su cuaderno de notas los hechos de ese día y las conclusiones alcanzadas con la ayuda del doctor Espejo.

El viento del verano soplaba frío, siguiendo el rumbo que le marcaban las calles de la ciudad, trazadas en damero: izquierda, derecha, derecha, de frente… La ceniza se arremolinaba en la calle que sube al Mirador de los Pobres, obligando a Olmos a entrecerrar los ojos mientras trepaba, acezante.

Esta era una de esas noches en que al cansancio de la jornada de trabajo se sumaba una buena dosis de abatimiento, una como desmoralización sin motivo particular. Era lo que sentía ahora: una especie de fatiga del ánimo más que del cuerpo, que no se había remediado empleando cada hora de ese día con las actividades propias del trabajo de un teniente de alguacil, ni con el esfuerzo por resolver el último crimen. Tal empeño, si bien le proporcionaba una dosis adicional de excitación y propósito a su jornada, poco aportaba a modificar la tendencia diaria de rutina y aburrimiento.

Acaso, pensaba Olmos, el decaimiento que sentía ahora y que solía invadirle con cierta frecuencia, podía deberse a que se codeaba

a diario con la muerte, la familiar e inefable Parca. Pero más que con el fenómeno natural de la vida que concluye y cuyo fin a todos llega —aunque con plazo distinto y causa diferente, y que termina siendo una especie de cita obligatoria que uno acepta más o menos a regañadientes— eran las sórdidas formas de morir que le tocaba presenciar día a día, como oficial del rey, y hurgar en ellas hasta dilucidar sus causas, contagiándose de su lividez, impregnándose de su pútrido aroma, morando en sus oscuros recovecos… Eran aquellas las que terminaban por ensombrecerle el alma y extenuarle el ánimo.

Sin ir más lejos, desde la mismísima torre de la iglesia de San Sebastián, ya algunos años atrás, el antiguo sacristán se había precipitado al vacío al tratar de evitar que el ladrón del cofre de las limosnas escapara por el tejado [2]. Tal parecía que no solo los criminales volvían al lugar de sus fechorías, también la Parca retornaba, nostálgica quizás, a donde había cobrado alguna vida.

A él, como teniente de alguacil, le tocaba merodear también por donde la Parca había deambulado, esparciendo su huella de sangre y desolación. Siempre ella le llevaba la delantera y a él le quedaban tan solo las sobras, como esta mañana en la iglesia de San Sebastián. Y a partir de lo que ella buenamente le dejara, él debía reconstruir una historia: por qué, cuándo, dónde y cómo murió la víctima. En ocasiones, inclusive, las respuestas a estas preguntas estaban enlazadas más con la manera como ella había vivido que con su forma de morir. Pero todo comenzaba siempre en la escena del crimen.

Por eso, esa mañana, Olmos había tenido esa sensación de que algo no cuadraba en el reconocimiento del "ahorcado" de San Sebastián. Desde el primer vistazo, una sensación de impostación le había embargado. Después, el doctor Espejo se lo había confirmado: el suicida no se había quitado la vida. El orden reinante en la escena era contrario al reguero de vestigios que a la Parca le gustaba dejar; para ella, el orden era justo el desorden y ahí, en San Sebastián, desorden no había. No era la Parca quien había pintado ese lienzo de residuos; un impostor había tomado su puesto para mostrar una

realidad distinta a la de los hechos que de verdad habían ocurrido. Y toda esa preparación debía de tener algún propósito. La única duda era cuál.

La puerta del cuarto de Leticia comenzó a abrirse, proyectando en el piso de la calle un resplandor mortecino. Nuño Olmos terminaba de dar la quinta andanada de golpes con los nudillos sobre la superficie de madera cuarteada cuando por el estrecho vano que dejaba la batiente derecha sacó al fin la mujer su cabeza y miró al teniente con un ojo; el otro, casi por completo cerrado por la hinchazón, y la nariz tupida por una costra de sangre seca, formaban un solo gran moretón que cubría su rostro como la mitad de una enorme careta cárdena.

La apertura desmesurada del único ojo que Leticia tenía bueno pretendió ser una advertencia, pero el teniente de alguacil no había alcanzado a comprenderlo así cuando, desde el interior, una mano nudosa agarró a la mujer por las greñas y tiró de ella para atrás con un grito pastoso de alcohol y cólera:

—¡¿Quién es, chucha?! ¿Qué horas son estas de molestar en un hogar decente?

Solo entonces dedujo Olmos que el dueño de esa voz y esa mano violentas no podía ser otro que el marido.

Durante los largos años en que Olmos y Leticia, "La Amapola", habían mantenido esa relación —hecha de las necesidades de ella de tener cerca a un hombre que la protegiera, alguien que al mismo tiempo la acariciara por las noches y a la luz del día le ayudara a quitarse de encima a los gendarmes del fiel ejecutor que buscaban a las mujeres del meretricio para servirse de ellas sin pago alguno; y de las hambres del teniente de alguacil de una sopa caliente por las noches y, de vez en cuando, de un buen revolcón no menos cálido y sabroso—, Olmos había intuido que la *montuvia* tenía una pareja. Novio, chulo, marido; no sabía con precisión cuál sería el vínculo y, al

cabo, a estas alturas, poco importaba; lo cierto era que en la forma como ella le hablaba, con esa mezcla de miedo, respeto y cariño, distinta del trato directo y desvergonzado de la buscona profesional, él veía un rezago de haber frecuentado a alguien permanente, un hombre presente de forma estable en su pasado.

Olmos no era alguien en exceso gentil en su trato íntimo con las mujeres, aunque de sus charlas con los colegas del alguacilazgo —que, entre fanfarronadas, comparaban sus proezas sexuales con hembras de variada honra— había podido concluir que otros lo hacían peor, sobre todo al calor del aguardiente que, junto a la lujuria, liberaba también la violencia.

Él no. Quizás por haber crecido entre mujeres …

Sus pensamientos, que le estaban llevando una fracción de segundo de más, fueron interrumpidos de súbito por un puñetazo en la boca que lo mandó volando a caer sentado en el lodo de la calle, haciéndole perder la noción de lo que pasaba. El acre sabor de su propia sangre le trajo de inmediato de vuelta a la realidad. Cuando pudo ver a un individuo que se le lanzaba encima, mientras detrás una voz de mujer gritaba "¡Cuidado, Nuño!", Olmos alcanzó apenas a escurrir el bulto, como un gato que esquivara un zapatazo. El sujeto cayó a su lado. Olmos reaccionó al instante: se sentó a horcajadas sobre su espalda y le golpeó en la nuca con la culata de la pistola que sacó del cinto. El hombre quedó tendido, inconsciente, con la cara hundida en el barro.

Pas ó un par de minutos hasta que el teniente de alguacil pudiera recobrar el resuello. Con el labio inferior reventado y sangrando, y un dolor insoportable en el mentón y los oídos, se reincorporó con dificultad y, haciéndose a un lado para tomar impulso, propinó a su atacante un puntapié furioso en las costillas. El cuerpo inanimado se sacudió como gelatina.

Leticia, que con su *chulla* ojo había presenciado toda la escena, se apresuró a alejar a Olmos del cuerpo exánime, al tiempo que, con un pañuelo arrugado que sacó de su escote, le limpiaba la sangre que chorreaba por sus quijadas.

—¿Quién es este? —le preguntó Olmos con rabia, pero demasiado agotado para demostrarla, señalando con el belfo ensangrentado al sujeto tumbado en el suelo.

—Es mi primer marido, don Olmos. Ya le contaré.

—No me contará usted nada —Olmos recogió su tricornio del suelo, lo desempolvó golpeándolo contra la pierna, se lo caló, dio media vuelta y descendió a paso lento, caminando cabizbajo y maltrecho por la calle del Mirador de los Pobres.

---

2 Véase Íñigo Salvador, *Miércoles Santo. Un caso de Nuño Olmo* s, 2023 (N. del E.).

— 4 —

Con la primera luz del día siguiente, un peón del alguacilazgo recorría los atrios de las iglesias de la ciudad. Cargaba en una mano una cuba de engrudo y una brocha y, en la otra, un legajo de páginas recién tiradas en la imprenta que fue del colegio de los regulares de la Compañía de Jesús. Con dos hábiles brochazos, fijaba en el pie de cada una de las cruces de piedra erigidas delante de todas las iglesias de la ciudad , un edicto que rezaba:

Don Sebastián de Logroño y Góngora,
ALGUACIL MAYOR DEL CABILDO
de esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad de San Francisco de l Quito,

MANDA, REQUIERE Y S OLICIT A
a todos los pobladores de ella

que le den cuenta y razón de cualquier noticia, indicación o rumor
que poseyeren o llegaren a posee r sobre
la filiación, parentesco o amistades co nocidas
de un individuo de las siguientes caracter ísticas:

hombre,
piel blanca,
pelo, barba y bigotes blancos,
ojos azules,
nari z recta,

edad aproximada de cincuen ta años.

El susodicho individuo ha sido encontrado muerto,
colgando por el cuello en el campanario de la iglesia de San Seb astián,
en el extremo sur de la ciudad, el día lunes, 25 de julio de 1768.

Al momento del hallazgo de su cadáver, el individuo vestía tricornio de fieltro verde olivo, casaca de cuero, chupa de lana de su color, camisola y camisa blancas. Calzaba pantalón de montar color habano, medias de lana blancas, zapatos de badana café y polainas de cuero.

Será debidamente recompensada cualquier información conducente a la caracterización del difunto que se proporcione, en pers ona, a:

ALGUACI L MAYOR,
Cárcel de Corte

El susodicho cadáver hállase a la vista de quien crea poder reconoc erlo en:

HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS,
Dr. Eugenio de Santa Cruz y Espejo

Otrosí: M á ndase también dar lectura a esta proclama todos l os días
en la Santa Misa del medio día, antes de l *"Ite ".*

Quito y 26 de julio de 1768

Nuño Olmos había despertado esa mañana con la determinación de volver a la iglesia de San Sebastián. Las precisiones que Espejo le había proporcionado la víspera sobre el suicidio transformado en asesinato le exigían mirar la escena del crimen bajo esa nueva luz. Esta decisión había llenado los pocos resquicios de lucidez que el dolor había dejado durante toda la noche, que Olmos pasó en vela

con el rostro desfigurado por la hinchazón.

Con urgencia se lavó, procurando apenas asperjar el agua sobre el rostro; se vistió, bebió de salida una taza de agua de panela que le había preparado Manuelito Chuquilargo —y que se le derramó casi toda por el labio entumecido—, y se dirigió a la c árcel de corte para recoger sus notas. Esperaba que estas le sirvieran para confrontar lo que había visto el día anterior con cualquier hallazgo que pudiera hacer en esta nueva visita.

Subía, al fin, la escalinata que conducía a la plazoleta delante de la iglesia de San Sebastián. A pesar del fresco de la mañana, la briosa caminata de más de quince cuadras le había acalorado. Se despojó, entonces, de la arrugada casaca y, portándola doblada sobre el antebrazo izquierdo, cruzó la plazoleta empedrada en dirección del campanario; mientras se descubría la cabeza, sosteniendo el tricornio con la mano derecha, se secó el sudor de la frente con la manga de la camisola.

Ya en el sitio, buscó con la vista el lugar en la pared lateral del campanario en donde la vertical trayectoria de los excrementos de la víctima comenzaba. Apenas más abajo habrían estado los pies del "ahorcado".

Mientras buscaba en la plazoleta algo sobre lo que subirse para poder llegar a la altura del comienzo de la línea parda, le asaltó una pregunta: "¿Cómo era que el hoy cadáver hubiera podido evacuar las tripas en ese lugar si, según la hipótesis de Espejo, cuando había llegado ya estaba muerto?". La duda era justificada, pues era en el momento del estertor final cuando los muertos solían vaciar sus entrañas; y si ese momento acaeció antes, pues, entonces, las heces no debían estar allí, sino donde el hombre había muerto.

Esa misma duda marcaba las dos posibles respuestas: una, que el hombre sí había muerto en la torre de San Sebastián y que fue ahí donde se le soltaron los esfínteres, puesto que ahí mismo estaban los excrementos. Y que, por lo tanto, Espejo se equivocaba.

La otra respuesta posible era algo más elaborada, pero iba más en línea con la teoría de que el escenario había sido preparado por el

asesino para que pareciera que pasó algo diferente de lo que en verdad había ocurrido. Y era que, habiendo matado a su víctima en otro lugar de la ciudad, los intestinos se le hubieran vaciado al morir allá, pero las heces quedaron retenidas en el calzoncillo del muerto; y que, al transportar el cadáver hasta lo alto del campanario, el asesino hubiera cuidado de que no se derramaran. Colgado el cuerpo del arco del campanario, el excremento habría comenzado a escurrirse desde el calzoncillo al pantalón y hasta las perneras de este, y habría marcado ese hediondo rastro hasta formar la plasta en el piso, pegada a la pared. Ese indicio adicional de que la muerte había ocurrido en San Sebastián, aun si no fuera verdadero, le servía al asesino para que el suicidio pareciera tal, pero, sobre todo, le servía para que su puesta en escena resultara mucho más creíble.

"Esto se está poniendo interesante", se entusiasmó Olmos para sus adentros. Pero en el preciso instante que lo pensaba, una como alerta interior le advirtió: "Estás obsesionado desde el primer momento con que algo en la escena del crimen no cuadra. Y esta idea del montaje de un escenario que muestra una versión falsa de lo que ocurrió te comienza a seducir. No vayas a dejarte llevar por esa teoría, Nuño, solo porque es más interesante que la simple y posible realidad".

Al no encontrar un objeto que le permitiera elevar su perspectiva, entró a la iglesia en busca del sacristán. Quizás él tendría una escalera. No lo encontró, pero sí la escalera, recostada en el suelo, apoyada en la pared tras el altar mayor. La cogió y, con ella al hombro, salió de la iglesia; ya más tarde daría explicaciones por tomarla sin permiso si se las pedían.

Subido en el cuarto peldaño de la escalera, que apoyó contra la pared de la torre, pudo ver que a la altura de donde habían pendido los pies del "ahorcado", se extendía un arco de círculo amplio. Este rastro, trazado con débiles marcas negras dejadas por algún objeto de ese color que había raspado la pared, resaltaba sobre el plano de la pared. El centro del arco parecía estar arriba, más o menos en la mitad de la viga de donde colgaba el cuerpo al ser encontrado.

Algo de esto había mencionado Espejo la víspera. Olmos revisó

entonces su cuaderno de notas y encontró una, de la tarde anterior, que registraba el comentario del médico: los zapatos de la víctima tenían en los talones manchas blancas "de la cal de la torre de San Sebastián".

El arco de círculo trazado en la pared del campanario era, por lo tanto, la marca de la trayectoria seguida por los talones de los zapatos del "ahorcado" al balancearse de un lado al otro. "Esto puede concluirse", confirmó Olmos para sí.

"Pero, ¿y la caca?", se preguntó de inmediato. "¿Por qué la línea de la trayectoria de la caca es perpendicular y no forma un reguero que replique la oscilación del cadáver?". Dos segundos tardó en darse la respuesta: "Muy simple: la caca comenzó a escurrirse cuando el cuerpo hubo dejado de oscilar y estuvo ya quieto al extremo de la soga".

Rodeando las faldas bajas de El Panecillo, la calle Larga de San Sebastián extendía sus seis cuadras de polvo y maleza en sentido sur-norte, desde la iglesia homónima hasta la calle de la Cruz de Piedra. Esta cruzaba la quebrada de Ulluguangahuaycu, aguas arriba, por un profundo vado, lodoso y maloliente; y, ya con el nombre de calle del Carmen Alto, conducía directamente al Hospital de San Juan de Dios, cuyo largo muro meridional se alzaba justo al filo de la gran quiebra que desaguaba los deshielos del volcán Pichincha. Los habitantes de allende la quebrada, llamada también de la Nueva Jerusalén, eran feligreses naturales de la parroquia de San Sebastián en razón de su condición de indios, y la hechura de sus viviendas era precaria: casas de adobe de una sola planta con techos de paja o, como muestra de alguna prosperidad aislada, de teja cocida.

Mientras seguía este recorrido, Nuño Olmos iba reordenando en su mente la secuencia de los hechos que habían podido establecerse hasta el momento, con la intención de saber empatarlos con alguna

información adicional que el doctor Espejo hubiera podido obtener en el transcurso de la mañana.

Estas caminatas contemplativas le resultaban siempre fructíferas, pues —especulaba Olmos—, puesta la sangre a circular más rápido para mantener el esfuerzo físico de la marcha a tranco vivo, las ideas y conjeturas bullían en su cerebro y se concretaban de manera más lúcida; aunque, a lo mejor, todo era solo una figuración suya. El hecho es que, recorridas dos cuadras desde que dejó la iglesia, le surgió una duda: ¿ por qué, si el cadáver había sido colgado desde el campanario con una trayectoria de abajo a arriba y si, además, el reguero de excrementos había marcado el mismo trazado en la pared, en cambio las marcas de los zapatos negros en el encalado blanco señalaban un balanceo transversal, un extenso movimiento oscilatorio inexplicable?

Que las heces se habían regado después del balanceo parecía obvio, de otra manera su trazado también mostraría algún tipo de oscilación y no sería una vertical perfecta, como era.

Pero, ¿y por qué el cadáver se había balanceado? Podía haber sido que, al colgarlo, a fuerza de tirones y resbalones el cuerpo hubiera adquirido algún tipo de impulso lateral que lo hiciera mecerse. ¿Sería esto posible? Un cuerpo de masa *M* que asciende en sentido vertical, ¿puede cambiar de trayectoria sin que se le aplique una fuerza *F* proporcionalmente intensa?

De súbito, con el corazón estrujado por el remordimiento, Nuño Olmos recordó al padre Juan Bautista Aguirre, su profesor de Física en el Colegio Máximo de San Ignacio. Fue, quizás, el haber enunciado su duda en términos técnicos lo que atrajo su recuerdo y le hizo lamentar que el sabio jesuita ya no estuviera para poder consultarle —como lo había hecho durante tantos años sobre otros casos que investigó— si el cadáver del *"ahorcado"* habría podido ponerse a oscilar por sí mismo, sin que una fuerza distinta a la de la gravedad le hubiese sido aplicada.

Esta pena profunda lo acongojaba desde la noche misma del secuestro de los jesuitas y sus bienes en todos los dominios

españoles, casi un año atrás, con miras a desterrarlos para siempre de territorio hispano. Y el dolor no estaba relacionado solo con no poder ya acudir al padre Aguirre en busca de respuestas. También tenía que ver con la convicción que guardaba Olmos de que, si él hubiera actuado a tiempo, todo habría podido evitarse.

— 5 —

Once meses atrás
Año 1767
Jueves, 20 de agosto

Seis palabras había pronunciado esa noche Nuño Olmos, estremecido, mientras dormía:

—¡Tengo que advertirle al padre Aguirre!

Su propia voz lo había despertado. Había abierto los ojos en medio de la oscuridad, grandes como los de un búho, aunque bien habría podido dejarlos cerrados, pues de todas maneras nada veía, tal era negra la noche. Pero tenerlos abiertos le obligaba a desasirse del mundo de los sueños, asentar los sentidos en la incipiente conciencia del instante y pensar con mayor claridad, por lo menos mientras el sueño no le volviera.

Esa noche, sin embargo, por más que Olmos lo había intentado, el sueño no volvió. En cualquiera otra noche le habría bastado con posar la cabeza sobre la almohada y alcanzar a rememorar unos pocos instantes de algún episodio particular del día que terminaba, para sumirse en la más total inconciencia durante cinco horas exactas, que, bien dormidas, le eran suficientes para levantarse reparado a la mañana siguiente. Y contaba entre sus atributos personales el de que no había asunto, por grave que fuera, que llegara a quitarle el sueño; el cual, por cierto, tenía pesado. Y aun en las contadas ocasiones en que el insomnio le asaltaba en medio de la noche —cuando a la preocupación causada por algún crimen aún no resuelto se sumaba un estruendo en la calle o una pesadilla que desencadenaban su desvelo—, Olmos intentaba dormirse de nuevo: dejaba los ojos abiertos y trataba de poner la mente en blanco; la

oscuridad le ayudaba, pues, al no distinguir nada, no había pretexto para distraerse del empeño de dormir y los párpados, por pura ociosidad, —como si supieran que mantenerse cerrados era su estado natural cuando hace negro—, acababan por juntársele.

Esta noche, sin embargo, no había remedio para su desvelo, porque el asunto que le atormentaba no era uno cualquiera, relacionado a un caso ordinario de algún crimen cometido en San Francisco del Quito y la comarca de su corregimiento. La singularidad del caso y su importancia eran tales, que la noche anterior el alguacil mayor, don Sebastián de Logroño, había llamado a todo el personal bajo su mando a una reunión secreta en la c árcel de corte .

Para comenzar, la había convocado después del horario regular de trabajo, cuando el sol comenzaba a ponerse detrás del Pichincha y la ciudad se sumía en un temprano ocaso en los vecindarios más próximos al volcán, mientras los sectores más alejados de sus faldas recibían todavía las doradas lameduras de la luz vespertina. Después había hecho escribir un registro de asistentes para que cada uno estampara su firma al lado de su nombre, según fueran entrando. Al final, había exigido a todos que, con la mano derecha sobre los Santos Evangelios, jurasen por Dios y por su propio honor —so pena de severas sanciones administrativas y condena de cárcel— que mantendrían bajo el más estricto sigilo el tenor de lo que llegarían a conocer esa tarde, pues de ello dependería el éxito de la misión que les había encomendado el virrey de la Nueva Granada, por instrucción expresa de Su Majestad el rey Carlos III, impartida mediante una Pragmática Sanción.

—¡Tengo que advertirle al padre Aguirre! —había repetido Olmos en voz alta, al tiempo que, ahora sí, destapándose de las pesadas cobijas de lana, se había incorporado hasta sentarse al borde de su camastro.

Después se había puesto en pie, se había calzado el pantalón y había salido al patio de la casa que arrendaba en la calle del Beaterio, había cruzado hasta el *pondo* de la esquina contraria y, acezando ruidosamente entre tiritones, se había mojado cara y torso

con el agua gélida que surgía de la espita incrustada en la gorda vasija de arcilla, sostenida por una rústica armazón de madera.

"Debo apresurarme", se había urgido Olmos al salir de casa, cubriéndose con su raído poncho de lana cruda y calándose el tricornio. "Tengo que llegar al Colegio Máximo antes de que sea demasiado tarde".

Esa noche, soplaba afuera un perfumado y tibio viento estival y la azul madrugada, tachonada de estrellas pálidas, comenzaba a ceder frente a un resplandor tenue, como de tizones encendidos, que delineaba el horizonte tras las colinas de Itchimbía.

Tan solo cuando llegó al Colegio Máximo de San Ignacio, en la calle de la Universidad, Olmos pudo saber que ya era demasiado tarde. Los portones de toda la manzana ocupada por los edificios de la Compañía de Jesús estaban resguardados por sendos piquetes de dragones de milicias, con sus uniformes azulgrana, apostados para asegurarse de que nadie saliera del recinto y apartar a los pocos transeúntes madrugadores que comenzaban a agolparse intentando ver lo que ocurría dentro. Otro pelotón de dragones conducía a algunos padres jesuitas desde el Seminario de San Luis al Colegio Máximo, para reunirlos en un solo lugar, del otro lado de la calle.

Olmos entró al Colegio Máximo y pidió indicaciones a un dragón.

—Siga a los padres que acaban de entrar hasta la sala de quiete, ahí los tienen a todos —le respondió este.

Cuando entró a la espaciosa sala, casi un centenar de religiosos jesuitas ya habían sido reunidos ahí. La escena era lúgubre: porque aún no amanecía y la amplia habitación había sido iluminada precariamente con unas pocas velas de sebo; porque casi todos los concurrentes vestían negros atavíos; porque, sobre todo, el ánimo era lóbrego y funesto.

Los sombríos religiosos se miraban unos a otros con estupor, como extraviados en esa amplia habitación en la que habían

compartido tantos momentos de descanso, pero que ahora les resultaba extraña, hostil. Los ojos de muchos aparecían aún velados por el sueño y su conciencia permanecía todavía aletargada, tan abrupto había sido el despertar a fuerza de los gritos de la soldadesca, que golpeaba a las puertas de las celdas y sacaba a los sacerdotes, novicios y legos a empujones, permitiéndoles apenas vestir sus oscuras sotanas y calzarse.

Olmos buscaba al padre Juan Bautista Aguirre. Sabía que ya nada podía hacer por él y se reprochaba con dureza no haberle advertido antes, cuando el sacerdote todavía habría podido ponerse a salvo. Sabía que su deber como teniente de alguacil era cumplir las órdenes impartidas por el alguacil mayor, quien, a su vez, las había recibido del presidente Diguja, y este del virrey, desde Santa Fe, y aquel de Su Majestad el Rey. Pero nunca se les dijo, ni a él ni a sus compañeros del alguacilazgo, el propósito del secuestro de los regulares de la Compañía de Jesús en el Colegio Máximo. A esos efectos, a decir verdad, Olmos y los suyos estaban sumidos en iguales ignorancia y aturdimiento que los que transpiraban ahora los atribulados iñiguistas.

Sin embargo, con la amargura que acompaña ciertas ominosas certezas, Olmos sabía también que, puesto a escoger entre la lealtad a sus autoridades y la que debía a su

viejo maestro, mentor y consejero, su indecisión de esta noche acaso terminaría equivaliendo a la traición más artera.

—Es con profundo pesar, pero confiado en la infinita sapiencia de nuestro señor el rey don Carlos, que me veo obligado a transmitiros su real decreto firmado el 2 de abril de este año del Señor de mil setecientos sesenta y siete, recibido en la sala del Real Acuerdo de la Chancillería de la Audiencia el día seis del corriente mes de agosto. Se ha podido ejecutar apenas hoy jueves, vigésimo día del mes, en razón de los numerosos aprestos que ha sido menester realizar para

darle cumplimiento.

Con estas palabras, pronunciadas con voz transida de dolor y los ojos inundados de lágrimas, el presidente de la Real Audiencia de Quito, don Joseph de Diguja, dio inicio al secuestro del Colegio Mayor.

—Señor oidor de la Audiencia Real —prosiguió, tornando sus ojos acuosos desde los afligidos asistentes, que escuchaban con gran expectación, hacia un hombre de barba y pelo blancos, de pie a su costado sosteniendo unos pliegos—, sírvase dar lectura a la real orden, si es tan gentil. Debo anunciar que el mismo escrito que leerá ahora el señor oidor —añadió el presidente, volviendo la mirada hacia la oscura multitud— ha sido copiado y autenticado por escribano y enviado a los corregidores de Ibarra, Tacunga, Ambato, Riobamba, Cuenca y Loja, así como al gobernador de Guayaquil, quienes, en este mismo momento, están procediendo con este mismo arresto en todas las casas y colegios de la compañía de Jesús de la Provincia Quitense.

Aclarando la voz de cuando en cuando con una delgada tosecilla, el oidor don Antonio Ferrer leyó el documento despacio. En él, el rey instruía que, de todos sus dominios en España, las Indias, las islas Filipinas y más territorios adyacentes, quedasen extrañados de por vida los religiosos de la Compañía de Jesús, fueran estos sacerdotes, coadjutores, legos o novicios, y que la totalidad de sus bienes temporales fuera ocupada por las autoridades de la corona.

El silencio, tan denso como el vaho que se elevaba de boca y narices de la multitud de religiosos confinados en la fría sala, con el transcurso de los segundos fue dando paso a un rumor ensordecedor.

Todos los asistentes, incluidas algunas de las autoridades, se miraban unos a otros sin llegar a comprender con exactitud lo que pasaba, tan escueto era el mandato; y balbuceaban, en monólogos a varias voces, alguna explicación creíble. Pero los funcionarios reales que sí lo sabían no tenían el valor de levantar la vista del suelo.

Y mientras el oidor continuaba con la lectura del real decreto,

Nuño Olmos recorría con paso pausado el oscuro salón en busca del padre Aguirre. Al fin, lo encontró sentado entre la multitud, en una banca arrimada a la pared del costado opuesto, la vista clavada en el suelo y la cabeza hundida entre las manos. Al apoyar Olmos la suya en el hombro de su maestro, este levantó los ojos enrojecidos por el llanto e indicó al teniente, con un apretón del antebrazo y un dedo índice erguido delante de los labios, que guardase silencio para poder escuchar el decreto completo.

Para ejecutar esta real orden, continuó el oidor, se transmitirían despachos a todos los tribunales, gobernadores, corregidores y alcaldes mayores para que, con ayuda de todas las tropas, milicias y paisanaje necesarios, realizaran todos los aprestos sin retardo ni tergiversación alguna. Terminaba la orden real previniendo que los religiosos jesuitas debían ser tratados con la mayor decencia, atención, humanidad y asistencia.

—¿Extrañados? —preguntó, entonces, con voz débil, el padre Aguirre, levantando la húmeda mirada hacia Olmos—. ¿Me destierran de mi propia patria?

Olmos tampoco podía explicarse el alcance de la real orden. "¿Cómo se pretendía conducir fuera de la provincia jesuita a todos los religiosos de la compañía? ¿Dónde se los trasladaría, si de todos los demás dominios españoles también se les estaba desterrando?".

Y, sobre todo, la pregunta para la que nadie tenía respuesta: "¿Por qué?".

"Fue mucho peor de lo que me había imaginado", pensaba Olmos mientras caminaba con paso tardo de vuelta a la cárcel de corte, extrañando los sucesivos repiques de las horas en los campanarios de la urbe, que no habían sonado en lo que iba de la mañana. Bien había hecho el alguacil mayor en requerirles jurar silencio sobre todo lo que se les había anunciado y lo que se enterarían después de asistir al secuestro.

Esa mañana, cuando había llegado al Colegio Máximo, Olmos había sentido que algo grave sucedería y presentía que no habérselo revelado antes al padre Aguirre era, de verdad, un acto reprobable de deslealtad. Pero él y sus compañeros del alguacilazgo tan solo conocían que los jesuitas debían ser detenidos, nada se les había dicho de su destierro, al que ahora se disimulaba llamándolo con el nombre embozado de "extrañamiento". Lo que parecía una simple convocatoria para esclarecer algún malentendido se había convertido en una verdadera tragedia para los religiosos y, probablemente, para los quiteños, para su ciudad y para todos los dominios españoles en el Nuevo Mundo… Sumado a ello el despojo de todos sus bienes, quién sabía qué funestas consecuencias todo esto pudiera acarrear.

Cuando pasó frente a la iglesia de la Compañía, también reflexionó en lo triste que resultaba que apenas dos años atrás se hubieran desmontado los andamios que durante las últimas cuatro décadas habían cubierto su deslumbrante fachada; y que los padres jesuitas no hubieran podido gozar de su magnificencia sino durante ese corto tiempo desde su inauguración. Y, ahora, ¿quién se haría cargo de los oficios religiosos si los regulares jesuitas se marchaban? ¿Se clausuraría el templo? Cuando alzó a mirarla, le sorprendió encontrar apostados sobre su frontón curvo a dos tiradores de la milicia urbana que vigilaban desde lo alto con sus mosquetes en bandolera.

Para entonces, la noticia del destierro de los jesuitas se había esparcido como incendio de páramo a lo largo y ancho de la ciudad de Quito, avivada por el miedo y la incertidumbre sobre el futuro de la comarca sin la presencia de los religiosos y atizada por el morbo de los quiteños, tan dados a bulos y habladurías. A esto contribuía, sin duda, el absoluto sigilo que las autoridades habían impuesto sobre el asunto, pues, a falta de noticias de fuente creíble, cualquier rumor adquiría visos de verosimilitud si se atribuía su origen a un supuesto funcionario amigo, al portero del colegio o a un suboficial de dragones. Y ni las órdenes estrictas que recibieron las milicias urbanas y el alguacilazgo de dispersar las reuniones de más de dos personas en la calle, ni la clausura de todo lugar de culto para evitar

aglomeraciones en las que la gente pudiese intercambiar las últimas hablillas, fueron impedimento para que los detalles de las órdenes reales se difundiesen como las ondas que provoca una pedrada en medio de un estanque.

Y el hecho era que, si bien ya la ciudad entera sabía que los jesuitas serían desterrados, nadie sabía decir a ciencia cierta cuándo, cómo y adónde. Alguien comentó, asegurando tener la información de boca de un vecino de absoluta confianza y digno de todo crédito, que el presidente de la Audiencia había ya despachado pliegos mediante estafeta montada a Guayaquil, advirtiendo a su gobernador, así como a los corregidores de Tacunga, Ambato, Guaranda y Bodegas, sobre la necesidad de proveer alojamiento y comida, y proporcionar recambios de las cabalgaduras, tanto en las mismas ciudades como en los intervalos, donde, si no había *tambos* , debían construirse para los más de ciento cincuenta regulares jesuitas que llegarían.

Fue justo del anejo de San Juan Evangelista de Chimbacalle —donde se transaban las tarifas de arrieros y acémilas para trasladarse a la capital audiencial y salir de ella—, que llegó la noticia de que el corregidor De la Cueva había encargado reunir doscientas mulas de silla y otras doscientas de carga, a las que más tarde se sumarían otras cuatrocientas, a fin de transportar a los jesuitas y sus equipajes.

Y todo el que ejerciera un oficio podía dar fe, por haber sido solicitado él mismo o saberlo de algún cofrade, de la magnitud del encierro. Porque, junto a los religiosos secuestrados, también iban a ser recluidos en el Colegio Máximo zapateros para fabricar calzado, pues los padres no lo tenían bueno para un viaje tan dilatado. Asimismo, se llamó a sastres que les confeccionaran camisas —pues los sacerdotes apenas poseían tres cada uno—, y otras ropas de verano e invierno. Y, para suplir la necesidad de avíos para el viaje: tercenistas para salar carne, panaderos para amasar bizcochos, confiteros para labrar chocolate… Ninguno sería licenciado mientras no cumpliera su misión a suficiencia.

Mientras tanto, en el interior del Colegio Máximo, después del

caótico comienzo de esa madrugada, las cosas parecían ir adquiriendo un cierto orden gracias al método que el presidente Diguja había imprimido a toda la operación con la ayuda de sus subalternos; en particular el alguacil mayor y los demás miembros del alguacilazgo.

Para comenzar, se había dispuesto que todas las camas fueran reunidas en la sala de quiete. Así, los mismos religiosos, acompañados de decenas de peones indios traídos por el presidente, habían ido, uno a uno, a su respectiva celda para desarmar su cama. Pieza por pieza, la habían trasladado a la sala. De igual manera, habían recogido libros de oración y breviarios, la mínima ropa para el viaje y algún dinero, todo lo cual era registrado con minuciosidad por un amanuense en una bitácora abierta para el efecto. La enumeración de los ítems registrados a nombre de cada uno de los jesuitas —de quienes también se anotaban edad, patria y profesión —, eran las únicas palabras pronunciadas en el recinto, pues toda comunicación con los religiosos, y entre ellos, estaba por entero prohibida.

Las celdas quedaron cerradas bajo llave, al igual que la sacristía, la iglesia, la procuraduría y la biblioteca, y las llaves fueron recogidas y entregadas al hermano portero, quien debía responder de ellas al alguacil mayor en persona. El hermano procurador iniciaría de inmediato la facción del inventario de todos los muebles, archivos, libros y otros enseres embargados, para mantenerlos en depósito dentro del propio colegio hasta recibir ulterior instrucción.

— 6 —

¿Qué hago aquí? O, más vale: ¿cómo es que llegué? ¿Condenado a muerte por criminal, yo que desde *guagua* fui bueno y que, de no ser por estos hombres que maté, he sido siempre un súbdito cabal, obediente de la ley, servicial con mis vecinos?

Se diría que la vida le conduce a uno por sendas desconocidas y le pone en disyuntivas imprevistas que uno elige casi sin pensar, con total ignorancia de las consecuencias que esas decisiones podrían acarrear. Tal vez justo en eso consiste el misterio de la vida: en tener la suerte de que en cada lanzamiento de los dados le salgan a uno los números que en el futuro le eviten la casilla que muestra un pozo y le permitan, mejor es, llegar a la que muestra una escalera, hasta alcanzar la meta —que es la muerte— en paz con los demás y con uno mismo, y sin mayores remellones en el alma.

Así debió haber sido mi vida y, de verdad, así fue hasta el triste momento en que en el camino me tocó la cadena de sucesos cuya consecuencia inevitable es este cadalso, erigido en la plaza pública, y lo que sobre él pronto me sucederá. Nadie habría podido predecir que terminaría en la picota ese niño travieso que era yo, al que, desde que tengo uso de razón, recuerdo impulsado por una curiosidad obsesiva por conocer y entender las cosas de la tierra.

Mi mundo estaba constituido de campos de labranza, potreros, bosques, montes, niebla, sol y lluvia. Y de todos los seres silvestres y domésticos que crecían en la comarca de Santiago Apóstol de Chillogallo, poblado agrícola en el que nací, al sur de Quito, asentado al pie de la cordillerita de El Cinto, a cuya espalda se extienden el valle de Lloa y a su frente la extensa llanura y ejido comunal de Turubamba.

De bien chico, cuando *taita* y *mama* , como muchos de los demás pobladores, salían a sus labores en la hacienda de "El Carmen" — él de jornalero y ella de sirvienta en la casa de los patrones — quedaba yo al cuidado de mis abuelos, junto con mis demás hermanos y primos y otros *guambras* del poblado, con quienes formábamos una *jorga* de lo más variada en edad, sexo, estatura, entendimiento y agilidad. Juntos, después de que la *mamaku* entregaba a cada uno un atadito de caca-de-perro *,* salíamos corriendo a los potreros, bosques y páramos, perdiéndonos en ellos el día entero. Los más grandes cuidábamos a los chiquitos y veíamos que comieran su *kukayu* ; si no querían, nos lo comíamos nosotros.

Regresábamos al caer la tarde con las caras pasposas, los labios partidos por el sol y el viento frío, y los bolsillos llenos de toda clase de bichos, medio muertos más que medio vivos, los pobres, envueltos en hojas grandes de cualquier planta que sirviera para el propósito. Después de la merienda de colada de habas, revisábamos a la luz del fogón con el *taitaku* nuestro botín de alimañas y él nos enseñaba qué cosa era cada cual: el *katsu* blanco, que se comía tostándole con maíz; el *jambatu,* sapo negro de panza amarilla, que brincaba entre los pajonales y servía para frotar las *mitzas* ; los verdes saltamontes de patas coloradas, los únicos que conservaban hasta esas horas el ánimo para seguir intentando escapar a saltos; la *waksa* gris, de espalda a rayas blancas y negras, que botaba la cola si se le agarraba de allí y escapaba rapidísima, derrapando sobre el polvo hasta cualquier escondite… También traíamos piedritas de todos los colores, guijarros de vidrio negro, semillas de los árboles y pajaritos muertos a tiro de *pallka* : gorriones, *tukurpillas,* hasta *killikus* …

Después, con los años, las cosas comenzaron a cambiar. Las primas empezaron a andar por su lado, cuchicheando, y los primos por otro. Ellas dedicadas a fijarse en *longos* mayores, nosotros a nuestras correrías campestres, con pequeñas raterías en las haciendas vecinas para ponerles emoción y con algo de chicha para darnos

valor. Mi *taitaku* se dio cuenta de que yo llegaba borracho a la casa cada vez con más frecuencia, pero no fue sino hasta una tarde —cuando el mayordomo de la hacienda "Las Cuadras" llegó a reclamar por un petral de montura que había desaparecido de su caballeriza —, que me prohibió volver a salir con los primos. El petral lo tenía yo escondido en un hueco en el piso, debajo de la estera en que dormía. Cuando se lo mostré, el *taitaku* me mandó a devolverlo. Regresé a la casa con la huella morada de un manotazo en la mejilla izquierda, que me propinó don Septimio, el mayordomo; mi *taitaku* lo dio por suficiente castigo. A la semana siguiente me dijo que el don Septimio me esperaba en la hacienda para que aprendiera las cosas de la vaquería a caballo. Era una buena forma de redimir mi fechoría y, al mismo tiempo, mantenerme alejado de raterías y borracheras.

Aprendí todo de la vaquería. Desde la doma de potros, el uso del lazo, la herrada, hasta la ensillada y la monta vaquera… Pero, sobre todo, aprendí a entenderme con los caballos. Era como si habláramos el mismo idioma mudo. Yo sabía lo que ellos querían con solo mirarles a los ojos, oír un resoplido o un *piafado* . Y ellos sabían lo que yo quería tan solo con verme aproximarme, y se dejaban hacer según mi voluntad. Mi mundo se limitó durante un tiempo a tratar de pasar la mayor parte del día cabalgando de un lado al otro de la hacienda con cualquier pretexto, enfundado en mi poncho y mis *zamarros* , a lomos de una yegüita de color *chawar* que el don Septimio me había asignado. No tenía nombre, yo le puse " *Illapa* " porque era ligerita como el rayo. Después del incidente del petral perdido, el don Septimio me había cogido cariño, porque yo hacía las cosas breve y con ganas. Así, de un episodio dañino pude sacar una consecuencia provechosa.

Pero la calamidad me seguía de cerca. Durante una temporada me dediqué, después de las horas de hacienda, a acompañar a mi primo mayor, el Lucas, a darle pases a una *guambra* que le hacía carantoñas. Resultó ser casada, pero eso no le desanimó, sino, más vale, le acicateó. De noche me pedía que le acompañara a casa de ella para que yo diera el campanazo si el marido llegaba. Estuvo bien mientras las conversaciones y arrumacos eran de uno y otro lado de

la ventana, pero el riesgo aumentó desde la primera noche en que la señora le dejó colarse en su dormitorio. Cada vez el Lucas salió de madrugada por la ventana sin que le pescaran, y nunca tuve que utilizar el silbido acordado y las piedritas que tenía listas para dar mi señal. Y así por varias semanas. Hasta que por un par de días no me pidió que le acompañara; " él sabrá ", pensé. Pero una mala tarde, la del tercer día, el desdichado primo Lucas apareció muerto en una acequia, con tres tajos en la panza. No me dejaron verle. Solo yo sabía lo que había pasado, pero preferí callar, no fuera que después la Santa Hermandad viniera por el cómplice.

Esa fue la señal que mi taita y mi abuelo habían estado esperando para mandarme a Quito a emplearme. Había cumplido ya los diecisiete años y tenía que hacerme útil y alejarme de esa vida sin rumbo que llevábamos los campesinos jóvenes.

— 7 —

Cuando llegó a la puerta del hospital, —opuesta a la del convento e iglesia del Carmen Alto así diferenciados de los del Carmen Bajo, de más reciente fundación y ubicados en el extremo opuesto de la ciudad, cerca de la plaza de las Carnicerías—, se sorprendió al encontrarse con una multitud que se agolpaba a la entrada del sanatorio. El portero se esforzaba en convencerlos de que formaran una cola para entrar de uno en uno, que así, como borregos, no los iba a dejar pasar.

Olmos se coló entre el populacho e, identificándose con el portero, consiguió entrar. Ya adentro, buscó a Espejo hasta que lo encontró en la cripta de la sala de enfermos, hurgando dentro del cadáver del "ahorcado", que yacía sobre su mesa de trabajo. La luz que entraba por un ventanuco ras en ras de la calzada exterior era insuficiente para alumbrar el lugar de la disección. Para añadir alguna claridad, el médico portaba un pequeño pebetero encendido, ajustado con una correa alrededor de la frente.

Al ver por el rabillo del ojo a Olmos, que entraba a la lúgubre habitación, Espejo, sin siquiera responder al saludo del teniente de alguacil, disparó la pregunta:

—¿Ha visto el tumulto que se ha formado afuera con la gente que quiere pasar a dizque reconocer el cadáver? ¡Los quiteños son puro embeleco! ¡Lo único que quieren es ver al muerto, nada más!

—¡Ja! —rio Olmos, más por lo inusitado de la situación que por su lado cómico—. Los vi a la entrada y no se me ocurrió siquiera que pudiera tratarse de eso.

Espejo siguió inclinado sobre el cadáver. Desde temprano en la mañana había comenzado a embalsamar, extirpando primero los

ojos, que para entonces ya habían perdido su turgencia, y reemplazándolos con esferas de algodón de más o menos el mismo volumen y cosiendo con delicadeza los párpados. Después había abierto con cuidado la cavidad craneana con una sierra para extraer el cerebro, evitando que propagara la putrefacción al resto del cuerpo. Como era el órgano con más contenido de agua, era el primero en comenzar a descomponerse y, por lo tanto, el primero que debía extraerse.

—Tendré que enviar un piquete para que ponga algo de orden —continuó Olmos—y establecer algún criterio de tamizaje para saber quién entra y quién no. No es posible que algo tan grave se haya convertido en una feria y que la gente nos haga perder el tiempo para satisfacer su morbo.

—Mmm… —se limitó a responder el médico al tiempo que tiraba los sesos del muerto en una cuba posada en el suelo y procedía a untar el interior de la calavera con una pasta grisácea—. ¿ Qué le pasó en la cara, teniente ? — preguntó al percatarse de los moretones de Olmos —. ¡ Parece que le hubiera atropellado un tropel de vacas cimarronas a la entrada de las Carnicerías! Tengo un ungüento muy bueno para esas hinchazones.

—¿Puedo observar? —pidió Olmos, fingiendo desinterés y flanqueando a Espejo mientras se tapaba nariz y boca con el vuelo de la guirindola de la camisa, tal era el hedor que despedía el cadáver de ya tres días—. ¿Qué es esa pasta?

—Es una mezcla de resina de mirra, serrín de palo santo, extracto de áloe y aceites de romero, clavo y canela. Evitan la podredumbre y secan los tejidos. Dejaré el cráneo abierto mientras extraigo ahora las menudencias.

Olmos miraba con asombro y asco, mientras Espejo tajaba con un cuchillo afilado el abdomen del "ahorcado" desde el esternón hasta el pubis, donde predominaba una tonalidad verdosa en la piel. Comenzó a diseccionar cada uno de los órganos internos, empezando por el estómago, el bazo y los intestinos, que eran los más ricos en los microorganismos que producían una putrefacción

rápida.

—Por favor, teniente Olmos, ayúdeme a poner todo este triperío en ese barreño —pidió el médico señalando con el mentón al recipiente de cerámica que reposaba en el suelo mientras rodeaba con los brazos, zambullidos en el vientre del cadáver, la masa viscosa de intestinos para extraerlos de la cavidad abdominal.

Olmos con rapidez se despojó de su casaca, se arremangó la camisola, se tapó boca y narices con la guirindola anudada en la nuca y, entre arcadas de repugnancia, hundió los antebrazos en el cadáver para vaciarlo. Las tripas chapotearon al ir cayendo dentro del barreño como serpientes que se contorsionaran con vida propia, escupiendo heces y sangre a diestro y siniestro. Por librarse pronto de su maloliente carga, Olmos la soltó antes de que estuviera del todo dentro del recipiente, esparciéndola por el suelo con el consiguiente reguero hediondo. De un salto hacia atrás, se puso a resguardo de la salpicadera; luego se quedó mirando a Espejo con ojos de súplica.

—Deje, deje —dijo Espejo, condescendiente, percatándose de cuánto le costaba a Olmos participar en la desagradable operación—, ya hago que lo recojan.

—Ahora extirparemos el hígado, rico en sangre que se corrompe rápido. P óngalo en la otra cuba — explicó el médico, pasando a Olmos el enorme órgano. Este cumplió la instrucción con los ojos lagrimeantes de tanta n áu sea y tanto disgusto.

—Ahora, los pulmones —apuntó Espejo, hundiendo el cuchillo por dentro del tórax, para desprenderlos de la tráquea —. Y, al fin, el corazón, sede de los sentimientos y la razón, según dicen —el médico rio, socarrón, al entregar el órgano del tamaño de un puño al teniente de alguacil, que se quedó mirándolo por un par de segundos y luego lo desechó, impresionado.

Acto seguido, Espejo espolvoreó el interior del cadáver con sales de nitrato de potasio, para, de inmediato, untar a la impúdica cavidad vacía —como quien adoba un chancho para hornearlo—, la misma pasta de resina, serrín y aceites que había aplicado dentro

del cráneo.

—Ahora toca cerrar y coser cráneo y abdomen, para, enseguida, echar una mano de alcohol por todo el cuerpo —concluyó Espejo—. Gracias por la ayuda, teniente Olmos, lo que queda lo hago solo.

Olmos suspiró con alivio por haber terminado la ingrata labor, mientras se examinaba la ropa en busca de salpicaduras, para decidir si cambiarse era urgente.

En eso, por la escalera de piedra bajó Benito Sánchez a la oscura cripta, dando tumbos, con evidente prisa. Jadeaba.

—¡Olmos, Olmos, ha habido otro asesinato! ¡ Esta vez en la Peña de Francia! —exclamó demudado.

La recoleta de Nuestra Señora de la Peña de Francia no quedaba lejos del Hospital de San Juan de Dios, de modo que Olmos y Sánchez salieron de inmediato hacia allá, tomando el mismo camino que Olmos había utilizado más temprano, pero en dirección inversa. Cuando llegaron a la iglesia de San Sebastián, les restaba apenas bajar hasta la calle del Mesón y seguir por ella hacia el sur, por el camino del Cusco —así llamado porque en sus proximidades vivían familias venidas desde la antigua capital imperial en tiempos del incario—, en dirección del río Machángara.

A su orilla, antes de cruzar el puente, se extendía la amplia vega empinada de propiedad de los padres dominicanos, en cuya parte alta se habían edificado más de siglo y medio atrás el claustro y la iglesia, que servían de recolección a los novicios y de hospicio a los frailes ancianos de la Orden de Predicadores.

Cruzaron acezantes el amplio prado delante del muro del convento, levantando a cada paso una pesada nube de ceniza, y entraron por el portón principal; allí les esperaba un fraile espigado y macilento como el mástil de un viejo navío varado. Después de las presentaciones de rigor —su nombre era fray Orestes de Puertollano y era el prior de la recolección—, con aspavientos blanquinegros y

angustiados suspiros, los puso al corriente de los hechos y los dirigió hacia la iglesia.

Olmos no pudo evitar, antes siquiera de trasponer el umbral del templo, alzar la vista hacia los dos campanarios de un solo cuerpo, coronados por un pináculo piramidal, que se elevaban sobre los extremos de la rechoncha fachada cuadrangular, en busca de otro "ahorcado"; se detuvo por unos minutos para revisarlos por los cuatro costados.

—Está adentro —apresuró fray Orestes a los tenientes de alguacil, haciendo un ademán con la mano en dirección a la puerta de la iglesia.

Atravesado el umbral, una escasa claridad tornasolada inundaba el interior a través de los vitrales de la gran ventana octogonal horadada en el coro. También el penetrante y dulzón hedor a muerto, que lo invadía todo colándose hasta resquicios olfativos difíciles de alcanzar por cualquier otro olor. El prior guio a los tenientes por la nave lateral derecha de la pequeña iglesia hacia el altar mayor. A medida que avanzaban, la pestilencia aumentaba. Los tenientes de alguacil se cubrieron boca y narices. Fray Orestes, con la cara cubierta con el borde de la capilla negra de su hábito, habló con la voz distorsionada por el tejido de lana:

—Desde hace un par de días comenzamos a percibir este tufo dentro de la iglesia. Pensábamos que sería una *raposa* o animal parecido: suelen a veces quedar atascadas en los caños. Pero no lográbamos ubicar su proveniencia. Hasta que hoy a alguien se le ocurrió mirar por el pozo de la cripta. Esto es lo que encontramos.

Olmos y Sánchez miraron al interior del conducto de aireación de la cripta, ubicado justo al pie del altar mayor, en el punto mismo del crucero, y cubierto con una recia reja de hierro forjado, a ras del suelo. El foramen cilíndrico tenía el ancho suficiente para que un hombre de complexión media pudiera pasar por él, dado el caso, mas lo que vieron ahí atascado era el cadáver de un hombre con los brazos pegados a un voluminoso cuerpo y el rostro dirigido a lo alto, como buscando la salida. Entre sus vestiduras se alcanzaban a

divisar hordas de minúsculos gusanos blancos que se contorsionaban.

Extracto de la información rendida por
los Tenientes de Alguacil don Nuño Olmos y don Benito Sánchez
el 26 de julio de 1768

[…] En cumplimiento de las órdenes de Vueseñoría los infrascritos Tenientes de Alguacil Olmos y Sánchez nos hemos personado a las dos de la tarde de hoy en la recoleta de Nuestra Señora de la Peña de Francia a fin de reconocer el lugar donde según información llegada a conocimiento de los infrascritos se había encontrado el cadáver de un hombre embutido en el pozo de aire de la cripta de la iglesia de la referida recolección. Llegados que fuimos a la Peña de Francia, sita en el camino al Cusco, antes de cruzar el río Machángara, y señalado que nos fue por el prior de la recolección fray Orestes de Puertollano el lugar donde se encontraba el cadáver hemos hecho la vista de ojos de los susodichos lugar y cuerpo cuyos estados quedan asentados en este informe para más completo y mejor conocimiento de Vueseñoría. El cadáver como se ha señalado ha quedado atascado en el conducto de aire de la cripta de la recoleta. Hállase la susodicha cripta bajo la iglesia, ocupando soterrada el mismo espacio que en la superficie ocupan juntos el presbiterio y el crucero de la iglesia y se desciende a ella por una empinada escalera de piedra cerrada por una trampa de madera justo detrás del retablo del altar mayor. Descendimos a la cripta acompañados por el prior fray Orestes llevando sendos hachones encendidos y pudimos constatar la amplitud del recinto en todas cuyas paredes hay nichos mortuorios, unos sellados e identificados con sendas lápidas de mármol, otros aún vacíos. La cripta está orientada en igual sentido norte-sur que la iglesia y mide 24 varas de largo por 10 varas de ancho por 4 varas en la parte más alta de la bóveda rebajada que la cubre. Esta boveda se halla horadada en sus extremos por idénticos pozos de aire con forma de cilindro de aproxime 1 vara y 10 pulgadas de diámetro. De la boca inferior del conducto , que se encuentra

obstruido con el cadáver sobresalen las canillas, tobillos y pies de este, plagados de diminutos gusanos blancos. Mirando al interior del pozo desde la cripta se alcanza a ver que el muerto calzaba ushutas de cuero, polainas de montar del mismo material, calzón de lana cruda cubierto con un zamarro de piel de oso y camisa de bayeta. El extremo superior de este conducto, que tiene su boca hacia la iglesia, está cubierto con una reja de hierro. Procedióse a retirar la susodicha reja y ver la cara del cadáver, dirigida hacia lo alto con los ojos abiertísimos y un tanto saltones, sin poder identificarlo. El cadáver, como se ha señalado, está incrustado en el túnel cilíndrico tal que si hubiese sido atacado a empujones o tirones. Es esa la causa probable de que el cuerpo no caiga hacia la cripta. Con la ayuda de varios novicios fuertes, los infrascritos hemos intentado sacar el cadáver del pozo, tirando de los pies desde la cripta o de la cabeza desde la iglesia sin ningún buen suceso. A uno de los novicios se le ha ocurrido que quitando al cadáver la ropa ocuparía menos espacio dentro del conducto y podría deslizarse fuera. Con la ayuda de tijeras y cuchillos se cortó lo que se pudo de la vestimenta del cadáver, haciendo grandes esfuerzos por contener la náusea por la pestilencia reinante. El resto fue arrancado a tirones desde arriba y desde abajo, fue entonces que se pudo constatar la presencia de gran copia de gusanos blancos. Por último, después de tirar y halar al cadáver en todos los sentidos, fue necesario que el infrascrito teniente de alguacil Sánchez pisara y saltara sobre los hombros del cadáver, introduciéndose en parte en el pozo por su boca superior, para que el cuerpo comenzara poco a poco a deslizarse hacia abajo, hasta que cayó a la cripta con gran estruendo, chapoteo y pestilencia de humores corporales. Solo en ese momento se pudo descubrir que el cadáver tenía los brazos atados a los lados del cuerpo con sogas por encima de los codos y a la altura de las muñecas. El cuerpo presenta numerosas escoriaciones en hombros, pecho, abdomen, caderas, nalgas y rodillas. Varios dedos de ambas manos sufrieron fracturas, adoptando espantosas formas. Dios quiera perdonar esta profanación, necesaria para cumplir con la justicia del rey. Ya con el cadáver a mano, hemos tratado de identificar al occiso sin conseguirlo, pues ninguno de nosotros ha reconocido su rostro. Nada en su vestimenta hecha jirones permite determinar quién sea. En cuanto a su deceso, este ha sido constatado por la tonalidad verdosa de su piel, por la

ausencia de aliento en su boca, narices y pecho, y por la falta de palpitaciones del corazón. Se trata de un cholo de sexo masculino, de estatura más bien alta para su raza, complexión membruda, piel cobriza, pelo negro, ojos negros, nariz grande y ganchuda. De edad probable de cerca de cincuenta años. […]

— 8 —

El cuño postal decía: HABANA, en una línea, y, en la siguiente: FRANCO. Y estaba estampado en tinta roja en el centro superior del grueso sobrescrito, que revelaba, en distintas sombras de blanco, el tramado lineal que el tamiz había dejado al manufacturar el basto papel. Más abajo, una pulcra caligrafía en tinta negra —que había adquirido una tonalidad parda con el paso de las semanas de travesía por mar y tierra—, detallaba el nombre y domicilio del destinatario: "A don Nuño Olmos, Teniente de Alguacil, Cárcel de Corte, Quito".

Olmos había encontrado la carta sobre su escribanía en la c árcel de corte , a donde había pasado antes de dirigirse al hospital, según el alguacil mayor le había instruido. Roto el sello de lacre, Olmos despojó de su sobrescrito a varias hojas llenas de una apretada escritura y reparó en que esta era diferente de la usada para consignar la dirección de destino en el envoltorio. Simple constatación.

—¡El padre Aguirre! —Olmos no pudo reprimir una exclamación al comprobar en la última hoja la firma del remitente—. ¡El padre Aguirre me escribe desde La Habana!

La carta rezaba:

San Cristóbal de La Habana y 17 de abril de 1768

A don Nuño Olmos,
Teniente de Alguacil Mayor,
Cárcel de Corte,

San Francisco del Quito.

Apreciado y recordado Nuño:

¿Ya ves? Como te anuncié al despedirnos hace más de seis meses en los frescos paisajes de la montañosa comarca del Quito, tu viejo maestro ha logrado burlar la estrictísima censura que ejercen los oficiales de la Corona sobre nosotros —como si fuéramos peligrosísimos maleantes, cuando no somos sino pobres desterrados, religiosos de una orden dedicada a expandir el dulce mensaje de Nuestro Señor Jesucristo, pero hoy proscrita— para contarte las tribulaciones que, desde entonces, hemos debido enfrentar mis hermanos y yo.

Lo hago con el doble propósito de mantenerte al corriente de nuestros avatares, pero también de dejar un registro escrito de esta larga travesía, que todos sabemos cuándo, cómo y dónde comenzó, pero nadie conoce cuándo, cómo y dónde terminará.

Te he de contar que desde las primeras horas —y eso te consta— pudimos notar que cualquier comunicación con la gente que nos quiere bien, que es mucha en la provincia del Quito, iba a ser harto difícil. Ya viste cómo dentro del propio Colegio Máximo no dejaban que hablásemos ni siquiera entre cofrades jesuitas, menos todavía con extraños. Y así ha sido todo el camino hasta llegar aquí, a La Habana, que es donde te escribo, ahora que algo de tiempo he tenido para plasmar estas líneas en el papel y que alguien se ha ofrecido para transmitirlas por correo.

Conjeturo que la larga conversación que sí pudimos mantener mientras tuviste la indulgencia de cabalgar a mi lado desde San Juan Evangelista de Chimbacalle hasta el Tambillo de Uyumbicho, descendiendo al vasto valle de Machachi, donde nos dijimos adiós el 31 de agosto, primer día de esta fatigosa odisea, fue posible solo gracias a la alta investidura de teniente de alguacil mayor que te asiste, pues ningún otro hombre del rey se habría atrevido a compartir el camino y alguna palabra con un humilde hijo de San Ignacio.

Con el paso de los días y conforme avanzábamos de estación en estación de nuestro interminable periplo, el cerco se fue aflojando, al menos entre los jesuitas desterrados. Ahora podemos conversar entre hermanos para intercambiar prendas y vituallas que pudieran faltar a alguno, o un ungüento para combatir ampolladuras y escaras producidas por las largas cabalgatas, pero sobre todo para tratar de encontrarle

razón a este injusto destierro, con fundamento en la poca información que cada uno de nosotros ha podido recabar, con harta dificultad, de otros jesuitas con los que hemos coincidido en Panamá, Cartagena y ahora La Habana, o de alguna autoridad local, conocedora de cualquier detalle adicional, lo cual nos ha permitido, pieza a pieza, ir armando este inexplicable rompecabezas.

Pero, ¿cómo ha logrado mi maestro y confidente evadir la vigilancia de sus guardianes para hacerme llegar sus noticias?, te estarás preguntando.

Pues he pensado que puedo revelarte mi secreto. El hecho es que, conforme nos alejábamos de Quito, como te he contado, la escrupulosa vigilancia fue relajándose y nuestros celadores comenzaron a tomarse con cierta licencia la prohibición de que gente extraña nos hablara. Fue así como cada vez que llegábamos a un nuevo *tambo* al final de la jornada de duro viaje, una multitud de pobladores se aproximaba a nuestra extendida comitiva en demanda de bendiciones y del sacramento de la penitencia; en las grandes villas y ciudades las muchedumbres eran tanto más copiosas. Los guardias nunca objetaron que impartiéramos bendiciones, pero, al principio, eran muy reacios a que recibiéramos en confesión a los penitentes, por temor de que pudiéramos organizar una huida con la información que, a través de ellos, nos transmitieran unos imaginarios conjurados, y viceversa. Hubo que explicarles una y otra vez que el secreto de confesión impide al sacerdote revelar nada que le hubiera sido confiado por un penitente durante el sacramento. Además, en el fondo, ellos y nosotros sabíamos que nadie intentaría salvarnos; era una orden del rey y nadie estaba dispuesto a incumplirla. Así, poco a poco, se fueron reblandeciendo. Y los nuevos relevos de guardias que tomaban a cargo nuestra custodia en algunas ciudades, tardaban poco en adoptar la misma actitud.

Y aquí viene algo que podría interesarte: al segundo o tercer día de llegados a La Habana, último puerto americano de este, nuestro periplo a destino ignoto, entre el grupo de confesantes que hacían cola para recibir el sacramento —como en todas las ciudades anteriores de manera un tanto furtiva— junto a la ermita de Nuestra Señora de la Regla de San Agustín, de manera inusitada apareció una personita a la que yo conocía de Quito y que, enterada de la llegada de los jesuitas quiteños, había

querido hacerse presente incluso atravesando la bahía. Alguien que, en su primera confesión, se dio modos para preguntar con timidez por un tal don Nuño Olmos, a quien guardaba mucho aprecio por la forma fervorosa y eficiente en que había resuelto la investigación del doloroso asesinato de su padre [3]. Ya sabrás de quién hablo: se trata de doña Antonia de Flórez, huérfana del oidor de la Audiencia de Quito don Calixto de Flórez y Orejuela. No te voy a cascabelear con la cantidad de referencias que me pedía de ti, para que no vayas a creer que el incipiente afecto que otrora nació entre vosotros tiene algún futuro; es más, ahora que he transitado la distancia que os separa, me ratifico en la imposibilidad, al menos física, de lo vuestro. Solo te contaré que es gracias a ella que estás leyendo estas letras, pues se ofreció a recibir esta carta en la próxima confesión, esconderla entre sus faldas y remitírtela por correo, como si fuera suya. Si la estás leyendo es que tuvo buen suceso.

Te he de contar que, para mi sorpresa —pues nada de lo que ahora escribiré había ocurrido hasta que dejamos Quito—, no dejó doña Antonia de lamentar con amargura que el crimen de su padre haya quedado impune, no obstantes tus esfuerzos, que estuvieron incluso a punto de costarte la vida —así lo precisó—. Apenas llegada a La Habana, donde su tía materna la recibió, se pudo enterar doña Antonia que la apelación planteada por don Melchor de Ledesma —condenado por el tribunal de la Audiencia de Quito a la pena de muerte por la horca—, había sido aceptada por el tribunal de la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, que absolvió al asesino valiéndose de una triquiñuela procesal que ella no entendía bien. No obstante, aseguraba, porque de fuente confiable decía saberlo, que mucho aceite habían utilizado los Ledesmas para lubricar los engranajes judiciales santafereños, inclinados a dar la razón no a quien la ley asiste, sino a quien reparte monedas de plata de buena ley, lo cual, aunque suene a un simple retruécano, es la dolorosa verdad.

No puedo sino indignarme de que un crimen tan aborrecible, y que tanto conmovió a nuestra pacífica comunidad quiteña no haya sido castigado de manera ejemplar y más cuando en la investigación llevada a cabo por el alguacilazgo (o sea tú) y en la causa criminal adelantada por el fiscal Cistúe se probó sin atisbo de duda, y en el juicio ante el tribunal de la audiencia se sentenció en forma unánime, que Ledesma había asesinado no solo al oidor Flórez, sino también al presbítero Estévez e

intentado matar a un oficial del rey (otra vez tú). Son estos casos de torcimiento de la justicia los que provocan el derrumbe moral de las naciones y la propagación del crimen, sin importar la clase social en que ocurran; de verdad, la impunidad es la peor lacra que puede cundir en un pueblo, pues sus miembros se sienten con derecho de conducirse de las más execrables maneras, confiados en que la voluntad de los jueces puede ser comprada, y la justicia por propia mano termina por imponerse por desconfianza en los magistrados. Y si los miembros más encumbrados de la sociedad, que son los llamados a ser ejemplo de civismo en la vida del país, burlan a la justicia con leguleyadas y coimas, mal se puede exigir al hombre del común que actúe otramente.

Olmos interrumpió la lectura, envolvió la carta en el sobrescrito, la guardó en el cajón de su escribanía y partió con urgencia. "Doña Antonia está en La Habana", pensó, con un nudo en el estómago.

---

3 Véase Íñigo Salvador, *Miércoles Santo. Un caso de Nuño Olmo* s, 2023 (N. del E.).

— 9 —

Con la ayuda de los novicios de la Peña de Francia, el cadáver fue envuelto en una mortaja transitoria —dos sacos de harina vacíos: uno enfundado por la cabeza y otro por los pies, cosidos y atados con cordel de pita— y extraído de la cripta con dificultad. Dos sirvientes del convento lo cargaron en dirección del Hospital de San Juan de Dios, acomodado en una parihuela.

—Dos asesinatos a día seguido —dijo Benito Sánchez, a manera de constatación, caminando al lado de su compañero, como escoltas de la fúnebre comitiva—. Cada uno en una iglesia diferente, pero ambas en el mismo barrio.

—Extraño, ¿no? —replicó Olmos, como pensando en voz alta—. Sin duda existe algún tipo de relación entre los dos crímenes. En esta franciscana ciudad donde lo único que es asesinado con regularidad es la honra de las personas merced a la maledicencia y el chisme, que el lunes encontremos una persona asesinada y el martes otra, no puede ser cosa del azar. Es incluso probable que el asesino sea el mismo. ¿Recuerda cuando el oidor Flórez y el padre Estévez fueron asesinados? [4] También fue cosa de pocos días y el asesino terminó siendo uno solo.

—Creo que podemos partir de ese supuesto también ahora —y, con aire de hallazgo, preguntó Sánchez—: ¿No le parece que la proximidad entre las iglesias podría indicar también otro vínculo? Quizás las víctimas vivían en la vecindad; habría que verificarlo, ¿no cree?

A medida que el extraño cortejo avanzaba cuesta arriba por la calle del Mesón, un grupo reducido de mirones y comentaristas espontáneos, siempre bien enterados, comenzó a agolparse a sus

espaldas, siguiéndolo en su recorrido a distancia suficiente para evitar el pútrido efluvio del cadáver.

— Mmm… —rezongó Olmos, dudoso—. Me parece improbable que este hombre, que vestía de vaquero, y menos el "ahorcado", con su fina ropa de montar, sean vecinos de San Sebastián. Pero quien sí que podría vivir en el barrio es el asesino. Alguien que conoce bien el lugar y sabe moverse con facilidad y esquivar las miradas indiscretas.

—También es una posibilidad. Las víctimas pueden no ser de este barrio, pero el asesino las trae aquí ya muertas, o al menos es eso lo que sabemos del *"ahorcado"* , y las coloca en un escenario para él habitual, en el barrio que mejor conoce.

Al llegar a la plaza de Santo Domingo de Guzmán, el grupo de seguidores se convirtió en multitud, casi una procesión, que dificultó el paso de los tenientes de alguacil y su pestilente paquete hacia la calle del Hospital.

—Todo esto refuerza mi idea inicial, Sánchez. Nos encontramos frente a un asesino que monta una escena. Fíjese: el primer muerto colgado del campanario, ahora sabemos que no se suicidó, por lo tanto, alguien lo puso ahí con algún propósito. ¿Por qué justo en San Sebastián? Es una de tantas incógnitas. Y el segundo muerto, este pobre hombre que duerme la siesta *per secula* aquí delante, aparece metido a la fuerza en un conducto. No me sorprendería que este también hubiera sido trasladado ya muerto. De cualquier manera, no se metió ahí por voluntad propia. De nuevo: ¿por qué justo en la Peña de Francia? ¿Es casualidad que los dos cadáveres aparezcan en dos iglesias vecinas?

—¿Y para qué querría alguien montar una escena con unos cadáveres? —preguntó Sánchez, con genuina intriga.

—Algún significado debe tener cada puesta en escena, eso es seguro. ¿Cuál? No lo sabemos. Tendre mos que buscar algún rasgo común entre los dos crímenes —y, recordándolo de pronto, añadió Olmos—: tenemos que saber quiénes son las víctimas y qué es lo que las une. Así, tal vez lleguemos a conocer por qué el asesino las

mató. Los aportes que pueda hacer Espejo serán vitales.

Después de cerca de una hora —en la que los sirvientes que cargaban el macabro atado tuvieron que detenerse cada cierto trecho para recuperar fuerzas e intercambiar puestos tal era el peso muerto del finado, y en la que fueron siempre asediados y obstaculizados por los curiosos—, Olmos y Sánchez por fin llegaron con el cadáver al hospital.

Eugenio Espejo estudiaba el nuevo cadáver. Le acompañaban Olmos, a su costado izquierdo, en la cabecera de la mesa de disección, tapadas boca y narices con un pañuelo a manera de barbijo, y Sánchez, también cubierto, enfrente. Un haz de luz constelado de briznas de polvo entraba por el ventanuco que daba al ras de la calle y proyectaba un trapezoide blanco en los tejuelos del piso. Sobre la mesa, era la lucecilla en la frente del médico la que expandía la única claridad.

Los dos tenientes de alguacil observaban cómo Espejo frotaba con una esponja húmeda el cuerpo desnudo, levantando con esfuerzo cada una de las extremidades, restregándolas por debajo y volviendo a posarlas sobre la mesa. Luego viró el cadáver sobre un flanco para fregar la mitad posterior y repitió el movimiento con el otro flanco.

—Observación preliminar —anunció Espejo, como si impartiera una clase—: la coloración general del cuerpo de este pobre hombre es verdosa, pero sobre la piel de la fosa ilíaca derecha, acá, abajo en el abdomen, comienza a adquirir una tonalidad marrón. Quiere decir que la muerte debe de haber ocurrido hace algunos días, dos o tres, tal vez; como el hombre es gordo, quizás menos, uno o dos días. ¿Cómo precisar el tiempo? Pues gracias a estos muchachitos —y, tomando una pinza e introduciéndola en la ternilla derecha del cadáver, extrajo un gusanillo blanco, que se retorcía en el aire tratando de escapar del metálico mordisco—. Estas son las larvas de

la moscarda verde, esas enormes moscas que pululan en torno a cualquier carne podrida. Tan pronto como estas moscas huelen la muerte –cómo lo hacen no lo sé–, depositan sus huevecillos en el cadáver. Estos eclosionan en seguida y las larvas recién nacidas comienzan a alimentarse de la carne putrefacta. Por el tamaño de esta… —dijo midiendo la longitud del bicho con una regla, mientras con la pinza en la otra mano lo sostenía en alto—, unas ocho líneas, podríamos precisar el momento de la muerte en tres a cinco días atrás.

—O sea que este fue asesinado antes que el *"ahorcado"* —preguntó Olmos en tono de sentencia.

—Tal vez un día antes, máximo —respondió Espejo—. Pero ya sabe usted, estas son técnicas nuevas, sujetas a muchas variables, como humedad, temperatura, edad, contextura del sujeto. Nunca podremos estar del todo seguros.

—Ahora sí, miremos el cadáver, señores tenientes. Comencemos con la cabeza —propuso Espejo, con tono magistral—. Fíjense en este gran moretón redondo en el temporal derecho —explicaba mientras giraba con la mano el cráneo del muerto para exponer ese lado—, acaso causado por un instrumento contundente grande, aunque no podría decir cuál. Quizás un mazo, un combo de hierro o de madera… Un objeto de superficie lisa, pues, de otra manera, hubiera causado también excoriaciones, que no hay. Es una herida infligida en vida y podría ser la causa de la muerte. Ya veremos.

—Nada en el cuello —continuó Espejo—. Pueden descartar un nuevo ahorcamiento —concluyó mirando a Olmos de soslayo.

—Pero de seguro las ataduras sí han dejado marcas —propuso Olmos.

—A ver, veamos qué conclusiones podemos sacar de las ataduras. Miren aquí, en la cara externa de los brazos, hay ligeras abrasiones, sin duda causadas por la cuerda que mantenía las extremidades superiores pegadas al cuerpo.

—Igual ocurre en las muñecas, ¿no? —concurrió Sánchez, dudoso.

—Sí. La misma cuerda con que se ataron las muñecas y se sujetaron las manos alrededor de las caderas, ha dejado señas similares. Quiere decir que el hombre fue amarrado en vida —confirmó Espejo.

Entonces reparó en el brazo izquierdo: —Aquí hay una abrasión en la axila, ¿la ven? —En seguida revisó el brazo del otro lado—. También en la axila derecha tiene una parecida. ¿Sugerencias, caballeros?

—Para sacarlo del pozo intentamos de todo —apuntó Sánchez —, seguro es el rastro de algún corte o golpe que se le hizo entonces.

—No, amigo Sánchez. Verá usted, todas estas laceraciones que se pueden ver aquí —y señaló con el índice numerosas heridas superficiales en brazos, piernas y tronco— son las que ustedes y los frailes infligieron al cadáver al sacarlo del conducto. ¿Qué característica tienen?

Los dos tenientes de alguacil se miraron durante unos segundos sin decir nada.

—¿Que… que no sangran? —aventuró Sánchez, como un escolar que repasó a medias la lección.

—¡Correcto, señor teniente! —exclamó Espejo—. No sangran. Porque, muerto el individuo, su corazón ya no late y su sangre no circula, ni, por lo tanto, puede derramarse cuando se provoca una herida superficial, pues ha comenzado a coagularse dentro del cuerpo. Estas otras, estas abrasiones, en cambio, han sangrado, aquí está la sangre seca y estos puntitos rojos en cada uno de los poros es por donde se derramó. Entonces, fueron causadas en vida. De nuevo, caballeros: ¿sugerencias?

—No sugiero nada —atajó Olmos—. Pero sí anoto que hay otras laceraciones en el resto del cuerpo que fueron causadas en vida. Aquí en los codos, por ejemplo; también en el pecho y en el abdomen. Me parece que vi alguna también en las nalgas. Todas tienen restos de sangre.

—Así es. Todas estas parecerían causadas por fricción contra una superficie sólida y dura. Y si ustedes se fijan, no es coincidencia que

correspondan a los puntos más salientes del cuerpo de este hombre. Apostaría que, si las vestiduras de este individuo no hubieran sido cortadas y desgarradas como me cuentan que fueron, encontraríamos en cada prenda los manchones de sangre correspondientes a cada una de estas lesiones.

—¿Está sugiriendo que el hombre fue introducido en el pozo con vida y que estas magulladuras fueron causadas por la fricción con la pared de piedra del conducto?

—El que lo está sugiriendo es usted, teniente Olmos. Pero me parece que es una posibilidad interesante: el hombre es introducido a la fuerza en el pozo. Como es corpulento y, aunque está atado de brazos y manos, o quizás por ello mismo, pasa raspando la superficie de piedra. Esa posición le impide respirar y con las horas muere asfixiado.

—¿Y cómo se fuerza a un hombre a introducirse en un agujero en el que a duras penas cabe? —preguntó Sánchez, de veras intrigado.

Espejo, esquivando la pregunta, volteó a ver a Olmos:

—Teniente Olmos, usted es el que hace las conjeturas. Yo solo confirmo los hechos que me revelan los cadáveres.

—Hay dos opciones —caviló Olmos en voz alta—: o por arriba del conducto, obligándolo a descender, o por debajo, obligándolo a subir. En ninguno de los dos casos lo hará él mismo por medios propios y voluntad libre. Alguien deberá obligarlo y empujarlo. O, quizás, el hombre estaba inconsciente cuando fue introducido en el pozo; tal vez lo soñaron con el golpe sobre la oreja. La ubicación del cuerpo en el conducto de aire de la cripta de la Peña de Francia hace que me incline por la alternativa de que el individuo fue introducido en el conducto desde abajo, es decir desde la propia cripta. Lo digo porque, cuenta tenida del volumen del cuerpo y de la dificultad que tuvimos para extraerlo, el hecho de que parte de las piernas haya quedado fuera del conducto muestra que no pudieron subirlo más.

—Déjeme hacer de *advocatus diaboli* , teniente Olmos —dijo Espejo, desafiante—. ¿No cree que podría sostenerse también el exacto

contrario? O sea, que el cuerpo fue introducido por arriba hasta que las piernas quedaron colgando por abajo. Abona a favor de esa posibilidad el peso del propio cuerpo, que lo ayudaría a descender.

—Es posible —aceptó Olmos—. ¿Cree usted que de las magulladuras sufridas en vida se pueda deducir la dirección de la fricción? Si el hombre hubiera sido introducido por arriba, desde la iglesia, las magulladuras mostrarían la dirección desde los pies hacia la cabeza; si, al contrario, hubiera sido introducido desde la cripta, las magulladuras mostrarían la dirección contraria, ¿no le parece?

—Es lamentable que entre la pared del pozo y la piel de este hombre estaba la ropa, que amortiguó y, de alguna manera, encubrió la dirección de las magulladuras.

—¿Pero no le parece a usted que si se hubiera introducido al hombre desde arriba, habría ocurrido lo contrario a lo que tenemos, a saber, que lo que hubiera quedado fuera del conducto, por arriba, serían la cabeza, hombros y parte del tórax del hoy occiso?

—¡Buen punto! Pero ustedes mismos han registrado en su acta de vista de ojos que, para poder desalojar al cadáver, el teniente Sánchez ha debido saltar sobre sus hombros. Tal vez el asesino hizo lo mismo.

—¡Con una diferencia, estimado doctor! Y es que no tenemos hematomas ni magulladuras en los hombros de la víctima, que, habiendo estado viva en ese momento, debería tenerlos si alguien le saltó encima.

—Está bien. Asumamos que el cuerpo fue introducido por debajo, desde la cripta. ¿Cómo lograrían el asesino y sus secuaces, pues supongo que un hombre no podría hacerlo solo, empujar al individuo hasta esa altura?

—Bueno, como hemos dejado consignado en el acta de vista de ojos, el conducto en la cripta está a una altura de cuatro varas. No hemos encontrado escaleras ni taburetes ni cajas que muestren que se usó algún tipo de alza para alcanzar la boca inferior del agujero e introducir al hombre a esa altura, pero eso no quiere decir que no se hayan utilizado.

Sánchez, que había permanecido en silencio los últimos minutos con apariencia de hallarse un poco perdido entre las conjeturas y réplicas de sus dos amigos, intervino de pronto:

—Puede haber sido izado con una cuerda, usando a manera de garrucha la reja que tapa el conducto por arriba.

Olmos y Espejo voltearon a mirarlo, con asombro inocultable.

—Y, posiblemente —continuó Sánchez—, las abrasiones en las axilas son señales de la soga con que lo izaron, rodeando el pecho con ella por debajo de los brazos.

—Es más —prosiguió, ya sin tapujos—, creo que la prueba irrefutable de que fue introducido desde abajo es que las únicas fracturas que sufrió, las de los dedos de ambas manos, fueron *post mortem* , es decir, las causamos nosotros cuando desalojamos su cuerpo, ya muerto; por eso, no muestran hematomas ni sangre, aunque más de una expone el hueso. Si lo hubieran metido desde arriba, todavía con vida, las fracturas habrían dejado hematomas y heridas sangrantes, pero no es el caso.

—He ahí una buena hipótesis —afirmó, concluyente, Eugenio Espejo, mirando por turnos a Sánchez y a Olmos.

Desde el incidente con el marido de "La Amapola" Olmos no había vuelto por los alrededores del Mirador de los Pobres. No le interesaba encontrarse otra vez con el individuo, menos aún repetir el intercambio de puñetazos.

Como autoridad de la ciudad, él habría podido regresar en busca del tipo, acompañado de un piquete de gendarmes, para llevárselo a pasar un par de semanas en chirona por el delito de agresión a oficial del rey. Los hechos objetivos lo habrían permitido: agresión hubo y, como prueba, el oficial del rey aún llevaba el mentón hinchado y los dientes flojos. Pero tenía claro que una cosa era que un borracho golpeara al teniente de alguacil mientras este cumplía sus funciones oficiales; y otra, muy distinta, que el beodo de marras

lo hiciera porque las funciones que ejercía el oficial se las había usurpado al agresor, a ver si nos entendemos.

Olmos no solía mezclar asuntos del alguacilazgo con los suyos propios, y en eso era inflexible. Aquí dos hombres se disputaban los favores de una mujer y ese tipo de batallas había que darlas con un mínimo de caballerosidad: a quiños, de ser necesario, pero como caballeros.

Esa tarde, sin pretexto alguno, Olmos caminaba por la siempre sombría calle de la muralla de San Francisco, a la espalda del enorme monasterio de los frailes menores. Al llegar a la calle que sube al Mirador de los Pobres dobló cuesta arriba. Era la querencia lo que allá le conducía, como a un morlaco de vuelta al corral para pasar la noche al abrigo. La verdad era que extrañaba a Leticia.

Como ocurre a menudo, basta con que no se pueda tener algo —o a alguien— para que se lo desee con más vehemencia que si se dispusiera de ello a voluntad. Desde el incidente de la otra noche, la presencia del marido le impedía visitar a la montuvia, y lo que antes eran encuentros esporádicos —dos o tres al mes—, a Olmos ahora se le hacían urgentes, insoportablemente urgentes, frecuentemente urgentes… Y ni siquiera había pasado una semana.

En el momento de los hechos él, con el amor propio abollado por la golpiza recibida más que por saberse sustituido, había despreciado la explicación que Leticia había querido darle, largándose del lugar enfurruñado. Pero ahora necesitaba esa explicación, sobre todo tenía que saber si el fulano iba a quedarse o solo había venido por pocos días. Requería certezas.

Puestos a ver las cosas en frío, Leticia era lo más parecido a una esposa que Olmos tenía a sus treinta y nueve años. M ás allá de algún amor platónico que le hubiera apartado de ella algunos días por un imaginario deber de fidelidad, o de algún encuentro ocasional, de esos que a un hombre munido de cierta autoridad no dejaban de ofrecérsele, ambos llevaban una vida de casados, aunque no lo estuvieran y ni vivieran bajo el mismo techo.

Y esa familiaridad —nacida de sus lances nocturnos, de las

confidencias que solían seguirles o de los silencios compartidos en brazos el uno del otro; y avivada por el caldo de bagre que tan rico le quedaba a ella, servido a Olmos como una ofrenda especial, o el collar de dijes de plata recuperado de un robo y desviado por el teniente al cuello de Leticia—, poco a poco se había ido tornando en cariño.

Perdido en cavilaciones de esta laya, de repente Olmos se encontró parado frente a la puerta de Leticia, rascándose con tiento la barba, crecida de varios días porque le resultaba doloroso rasurársela.

"¿Toco?", dudó. "¿Y si se me abalanza de nuevo el energúmeno?".

Quizás podría hablar con él y llegar a un arreglo. Pero, ¿qué clase de arreglo cabía entre dos hombres que pugnaban por las caricias de una mujer? ¿Tomar turnos? ¡Hasta podría pensarse! Sin embargo, aunque pudiera funcionar por un par de días, una semana tal vez, de seguro terminaría en una puñetiza general y Leticia podría salir lastimada. Además, ¿qué pensaría el vecindario? Ya habían presenciado la golpiza inicial, ya supondrían de qué se trataba, ¿cómo era que de pronto convivían los tres bajo el mismo techo?

Y también estaba su orgullo de varón, de macho exclusivista. No en vano el sacramento rezaba *"vir et mulier inter se":* hombre y mujer entre sí. Un hombre; uno, no dos. Pues, al final, todo era una cuestión de dignidad: ¿cómo podría él permitir que su concubina beneficiara también a otro individuo?

Nuño Olmos no se percataba —y si lo hacía, poco le importaba en ese momento— de que, aparte de ellos dos, disputantes preferentes del débito conyugal de La Amapola, ella se cepillaba, mediando el justo precio, a buena parte de la población masculina de la Muy Noble y Muy Leal.

Cuando Olmos reparó en que los escasos transeúntes lo miraban raro al pasar —un hombre de pie, a dos pasos de una puerta, sin acercarse a llamar— giró en redondo y se alejó por donde había

venido, con aire alicaído.

---

4 Véase Íñigo Salvador, *Miércoles Santo. Un caso de Nuño Olmo* s, 2023 (N. del E.).

— 10 —

Por esos tiempos había llegado a Quito una expedición compuesta por unos señores sabios de París, que venían dizque a medir la forma del planeta. Yo era *guambra* por entonces y, con todo lo que sabía de montes y ríos y las demás cosas del campo, jamás me había preguntado qué forma tenía el planeta. ¿Qué cosa era un planeta, para comenzar? Yo era de Chillogallo, ese era mi mundo. Más allá de eso no conocía ni me importaba.

Más adelante sabría que todos los humanos habitamos el planeta Tierra, que es uno de los seis planetas que, junto al Sol, la Luna y las estrellas fijas, se mueven en el cielo sidéreo, y que en este tal planeta está el continente de la América Meridional y que en este tal continente está el Virreinato del Perú y que en este tal virreinato está la Audiencia y Presidencia del Quito y que en esta tal presidencia está el pueblo de Chillogallo. ¿Cómo podía yo imaginar tanta cosa entonces?

Y esto llegué a aprender, así como muchas cosas más, cuando, sin saber muy bien cómo, me vi de pronto afectado, en calidad de aprendiz y ayudante general —que *en morocho* quería decir desde lustrabotas hasta cargador, con cama, vestido y un plato de sopa asegurados—, a la compañía del teniente de navío don Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral, uno de los marinos españoles que acompañaron a los sabios de la Academia de Ciencias de París. Empleo que tuve por casi la totalidad de los ocho años que esos doctos científicos estuvieron en tierras quitenses.

A pesar de sus cortos años —veinte cuando se presentó en Quito — era el teniente Ulloa un hombre de temperamento y apariencia graves, como de viejo, más que su compañero el teniente Juan —de

nombre Jorge—, que, en cambio, a pesar de ser apenas un año mayor, a veces condescendía a intercambiar alguna palabra afable con los miembros de la comitiva. Pero lo que le sobraba de seriedad el teniente Ulloa lo compensaba con justicia: exigía a todos por igual y era en ello muy estricto. Siempre era él el primero en marchar delante, el primero en cargarse a las espaldas los pesados instrumentos geodésicos, el último en retirarse después de haber levantado los materiales de medición, el último en recogerse hasta no concluir sus observaciones y registros… Y a pesar de no ser dado a expresiones de afecto con el personal —acaso por creer, como militar que era, que eso debilitaba su posición de mando— siempre cuidó del bienestar de quienes con él trabajábamos, como un padre distante.

Los dos marinos españoles, Ulloa y Juan, fueron asignados al servicio del jefe de la misión, el académico *mesiú* Godin —que se pronuncia Godán—, que no tenía buenas relaciones con ninguno de los otros miembros de la compañía francesa, pues, según se dice y uno de todo se entera, hacía uso alegre de los pocos dineros que se le había entregado para costearla, mientras que el resto de académicos pasaban penurias para sobrevivir. *Mesiú* La Condamine, que encabezaba a los demás académicos, por ejemplo, había tenido que vender en Quito su ropa y demás bártulos para subsistir. Otros no tenían tantos bienes y tuvieron que emplearse, como profesores la mayoría, para tener con qué vivir.

Tanta era la pugna que se tenían Godin y La Condamine, que, como no podían ni verse y peor laborar juntos, formaron dos equipos de trabajo, que hicieron todas las mediciones y experimentos por duplicado, comenzando el un equipo por el norte y el otro por el sur, para encontrarse lo menos posible. En el equipo de *mesiú* Godin estaban también el cirujano Senièrgues, el botánico Jussieu y el cartógrafo Morainville, con quienes los señores Ulloa y Juan trabaron razonable amistad. Esta fue, entonces, mi compañía, pues que yo fui de la partida de don Antonio, y así fue como, de tanto oírles hablar de sus cosas, mucho aprendí de la física y la astronomía, de la anatomía y las enfermedades de los hombres, de

las plantas y sus clasi ficaciones, de la forma de trazar mapas y planos. Incluso a reparar relojes y calibrar otros instrumentos aprendí, gracias a *mesiú* Hugot, el instrumentista.

El propósito de la expedición era medir la longitud de un grado de meridiano terrestre cerca de la línea del ecuador.

Un meridiano es una línea imaginaria continua que va desde el polo norte hasta el polo sur; a cada grado de la circunferencia ecuatorial del planeta corresponde un meridiano. Los franceses utilizan como meridiano referencial el de París, los españoles, el de Madrid o el de Tenerife, según la necesidad, y miden las longitudes al este u oeste de dichos meridianos, aunque, a fin de hacer mediciones como las que se harían en Quito, se podía utilizar cualquier meridiano. Junto a los paralelos —otras líneas imaginarias que forman círculos al norte y sur del ecuador y marcan la latitud— los meridianos sirven para determinar la situación exacta de cualquier punto de la superficie terrestre.

Otra misión igualita había sido enviada a la Laponia, cerca del polo norte, para medir otro grado del meridiano. Si, comparadas las mediciones de las dos compañías, el arco de meridiano tomado en el Quito era más corto que el arco medido en la Laponia, significaría que el planeta no era una redondísima bola, como hasta entonces se creía, sino que era más ancho en la línea equinoccial, como un *zapallo* , digamos. Si el resultado era el contrario, quería decir, en cambio, que el planeta era más ancho en los polos, como un *sambo* .

Todo esto tenía que ver con una disputa sobre la forma de la Tierra en que se habían enfrascado los sabios Newton, de la Inglaterra, y Cassini, de la Francia, pero que tenía consecuencias prácticas, sobre todo en la geografía y la navegación y, por lo tanto, en el comercio. Newton decía que, como la Tierra giraba sobre su eje norte-sur, la fuerza de esa rotación impulsaría a cualquier partícula del planeta a alejarse del eje; y ese efecto se mostraría

más claro en un abultamiento en el ecuador. Así resultó. Pero eso solo supimos más tarde, cuando los resultados de las dos misiones fueron cotejados.

Así, de repente, con apenas diecisiete años y casi sin enterarme, me hallaba yo en una expedición científica. Pronto me di cuenta de que podía servir a don Antonio en lo que él me pidiera, cumpliendo sus órdenes e instrucciones al pie de la letra, levantándome cada mañana con el sol y acostándome poco después del ocaso, sin hacerme reclamar nada y mereciendo mi pan, ropa y cama, según lo acordado. O podía hacer lo mismo, pero entendiendo la razón de cada instrucción, observando cómo se hacía cada actividad, registrando en la memoria su resultado… Escogí la segunda manera.

Eso me permitió entender cada vez más lo que los científicos estaban haciendo y lo que decían mientras lo hacían y, con el tiempo, adelantándome a los deseos del teniente Ulloa, montar el cuarto-de-círculo o poner a punto el telescopio perpendicular antes de que me lo pidiera, previendo lo que correspondía cada día según los resultados de la jornada anterior. Él comenzó a confiar en mí y se dirigía a mí antes que a cualquier otro miembro de su compañía para iniciar cualquier actividad. Esto no tardó en ganarme el resentimiento de algunos de los otros aprendices, que veían en mi actitud un afán de hacerles quedar mal frente a los tenientes españoles, pues ellos comenzaron a preferirme para realizar cierto tipo de encargos.

Yo sabía que el mantener una relación amistosa con mis compañeros de trabajo era deseable, pero me pareció que poder conocer mejor lo que hacían los académicos de algo podría servirme en la vida para avanzar y mejorar, mientras que conservar la amistad de mis iguales poco o nada útil sería necesariamente. Además, contra las habladurías poco se puede hacer, porque no es uno dueño de lo que piensen y digan los otros, aunque, en cambio, sí se puede cambiar el destino propio, si así uno se propone. Al menos eso creía yo en esos tiempos. Como sea, desde entonces comencé a preferir hacer las cosas por mi cuenta, buscando ayuda solo cuando fuera indispensable.

Un día, don Antonio se sorprendió de que yo hubiera puesto a punto, sin ninguna ayuda, el telescopio perpendicular para que él pudiera utilizarlo, pues, para hacerlo, debía yo tener los registros que él había asentado el día anterior, a fin de ponerlo en las mismísimas condiciones donde que él había dejado las medidas la víspera. Y es que, de a de veras, yo había retenido en mi memoria —que tengo muy buena hasta ahora— los datos que él había dicho, a media voz, mientras iba midiendo y registrando. Fue así como no necesité escribir ningún apunte para acordarme, bastó que escuchara una vez, aprendiendo los datos de memoria, para, a la mañana siguiente, alistar el aparato en la configuración exacta que correspondía. Y aunque hubiera querido escribir no habría podido, porque no sabía yo leer ni escribir. Y esto es lo que sorprendió al teniente Ulloa. Y fueron tales su asombro y su irritación al ver que un muchacho de mi edad no supiera hacer lo que en su país hacían los niños de la mitad de mis años, que dedicó desde ese mismo día una hora diaria, durante tres de los más de siete años que trabajé para él, a enseñarme los inicios de la lectura y la escritura.

Mi mundo cambió desde el minuto en que entendí el sentido de esos bichitos negros chiquititos, haciendo colas interminables en las páginas de los libros y, más aún, cuando pude trazar en el papel, con canutero, pluma y tinta, las palabras que con ellos aprendí a formar y que servían para enlistar, narrar, describir, explicar, guardar y custodiar cualquier cosa que pudiera tener yo en la sesera o quisiera conservar registrada para evitar que se desvaneciera.

Cuando yo había ya aprendido a unir letras para formar palabras y palabras para formar oraciones y podía comprender, aunque sea de manera limitada, su sentido, don Antonio me daba, para ejercitarme en la lectura, textos de la más variada naturaleza y de mucho valor, sobre todo religiosos y científicos. Balbuceando mis primeros párrafos de lectura corrida —tropezada, más bien— y tratando de desentrañar su sentido, pedía yo a don Antonio que me explicara. Él respondía mis preguntas con otras preguntas y me envolvía en diálogos, al cabo de los cuales sentía yo que no solo estaba aprendiendo a leer y escribir sino, de golpe, a pensar. Fue así

como cayeron en mis manos los libros que don Antonio guardaba en dos petacas de cuero de las que no se separaba dondequiera que fuera en sus viajes. Entre ellos contaban los *Philosophi æ Naturalis Principia Mathematica* del gran Isaacus Neuutonus, el *Epitome Astronomi æ Copernican æ* de Keplerus, los *Geographiae et hydrographiae reformatae libri* de Giovanni Batista Riccioli y el *Horologium Oscilatorium* de Christiano Huygens, todos editados en buen papel, con un montón de ilustraciones y encuadernados en piel con lomo marcado con pan de oro.

Gracias a ellos, las estrellas se transformaron en mi mente: de ser hermosos puntos brillantes en la noche, útiles para las poesías y el enamoramiento, a ser señales concretas y objetivas de mediciones exactísimas; o de ser botones de luz distantes que inspiran la petición de deseos y votos, a ser cuerpos celestes que sirven para demostrar las leyes del universo.

Hasta el día de hoy no acabo de maravillarme del inmenso universo que se me abrió gracias a la paciencia de don Antonio de Ulloa, ni de bendecir al cielo empíreo, en el que habitan Dios y sus ángeles, por su generosidad al haberle puesto en mi camino y haberme entregado las llaves de tan magníficas puertas.

— 11 —

Justo en el momento en que Nuño Olmos se aprestaba a salir para la cárcel de corte esa mañana, golpearon a su puerta. Al abrir, se encontró con Remache, uno de los gendarmes del alguacilazgo, que, sin mayor preámbulo, le extendió un billete.

—De parte de don Sebastián —dijo, dio media vuelta y partió.

"Hoy, 27 de julio. Cita a las ocho de la mañana con el alguacil mayor. Asunto: asesinatos sin resolver en el barrio de San Sebastián", leyó Olmos en silencio la exacta caligrafía de Logroño. "Un billete idéntico habrá recibido Sánchez", pensó.

Olmos no pudo evitar irritarse. Él había dejado varios recados en el despacho del alguacil mayor desde la tarde del mismísimo lunes último, junto con el acta de la vista de ojos en que se reconoció el cadáver del *"ahorcado"* en la iglesia de San Sebastián. Lo mismo había hecho al día siguiente con el acta relativa al *"embutido"* de la Peña de Francia. Ninguna respuesta urgente del alguacil mayor había suscitado sus mensajes.

Pero ahora resultaba que, según la esquela de su superior, esos crímenes eran "asesinatos sin resolver", como si en tan solo dos días hubieran podido ser solucionados dos delitos cometidos en las insólitas circunstancias en que se había descubierto que lo fueron los de San Sebastián y de la Peña de Francia, para colmo con cadáveres no identificables. ¿De verdad esperaba el alguacil mayor que ya estuvieran resueltos?

El dolor de cabeza crónico que le habitaba el cerebro cada minuto del día desde cuando convaleció del balazo que le dieron en el cráneo tres años atrás [5], y que no le ofrecía tregua ni por un instante, manteniéndolo en un estado de permanente exasperación,

empeoró ahora con el enojo. Sumado a las palpitaciones que sentía en el rostro a causa del golpe que le dio el marido de Leticia, el padecimiento era insoportable.

Olmos intentó calmar el dolor, mientras caminaba en dirección de la cárcel de corte, utilizando el método que le había recomendado el doctor Espejo hace algún tiempo: inhalar por la nariz con la boca cerrada contando del uno al cuatro; retener la respiración contando del uno al siete; exhalar soplando por la boca contando del uno al ocho. Repetir la serie hasta que el dolor ceda. La técnica solía funcionar, pero, como ahora tenía la nariz tupida con la hinchazón causada por el puñetazo, debía inhalar por la boca y el efecto no era el mismo.

Mientras seguía intentándolo, Olmos pensaba que esto se había vuelto un círculo vicioso, porque el dolor le causaba un mal humor habitual. Y que, si a eso se le añadía la molestia que le causaba la actitud de su jefe, manifestada en sus mensajes, instrucciones directas, discusiones como en la que de seguro se enzarzarían en la reunión inminente…, motivos de incremento del mal humor no le faltarían nunca y, por lo tanto, su dolor jamás dejaría de crecer. Benito Sánchez le había aconsejado restar importancia a su jefe y al trato que le propinaba: quizás, en realidad, todo fuera más una obsesión suya más que ningún tipo de malquerencia de su superior; que intentara no atribuir a mala fe de Logroño todo malentendido entre ellos... Olmos lo había intentado, de veras lo había intentado, pero había llegado a la convicción de que don Sebastián lo hacía todo adrede para fastidiarlo. "Ahora mismo, por ejemplo", se preguntaba Olmos, "¿por qué daba por hecho que los asesinatos de San Sebastián y la Peña de Francia habrían podido resolverse ya?".

En medio de estas frustraciones, cuando se hallaba a punto de llegar a la c árcel de corte , Olmos creyó distinguir a lo lejos a Leticia, que se alejaba por la calle Angosta, canasto al brazo, en dirección al *katu* de la plaza de San Francisco, en la que la gente pululaba en día de feria. Aceleró el paso tratando de alcanzarla, pero, antes de que él llegara a la plaza, ella ya había cruzado en diagonal la explanada, deteniéndose en uno de los tenderetes.

Olmos se cercioró por unos segundos, aguaitando a la distancia de que estuviera sola, y se dirigió hacia ella zigzagueando entre los tendales.

Una de las vendedoras —gruesa como una de las campanas de San Francisco—, que exhibía en su puesto canastas desbordantes de tubérculos de toda forma y variedad, lo detuvo, atravesándose en su camino, para reclamarle que un hombre del alguacil mayor le había confiscado su mercadería la víspera, alegando que su báscula no marcaba el peso reglamentado por el fiel ejecutor.

Hasta que él pudiera recabar todos los detalles sobre la identidad del funcionario —"¡Otra vez este imbécil de Camacho!", deploró para sí el teniente—, la clase y cantidad de tubérculos —dos arrobas de papa y una de *mashua* — y el momento del incidente —apenas sonadas las once campanadas—, Olmos había perdido de vista a Leticia. La divisó marchándose por la calle de San Buenaventura y corrió tras ella, pero cuando alcanzó a la mujer que seguía y, agarrándola por el brazo, la volteó, una extraña lo miró aterrorizada lanzando un grito de espanto. Se soltó de un tirón y se alejó con prisa. Cuando Olmos llegó a la oficina del alguacil mayor, Benito Sánchez ya hacía antesala.

—Llega tarde, Olmos —desde su silla, sin levantar la vista de unos papeles que reposaban sobre la escribanía, increpó don Sebastián de Logroño al teniente de alguacil, que en ese instante trasponía el umbral de su despacho.

"Es verdad", pensó Olmos, pero de instinto propuso una excusa:
—La convocatoria me llegó solo hace pocos minutos, vueseñoría. Me he apresurado todo lo que he podido. ¿Tal vez me la envió usted ayer y recién esta mañana me la han entregado?

—No. La he enviado esta misma mañana. Y tanto Sánchez como yo hemos llegado puntuales.

—Pido disculpas, vueseñoría. Lo importante es que ya estamos

reunidos, que es lo que he pedido desde el día lunes —replicó Olmos, insinuando que quien llevaba retraso, y no de pocos minutos, no era él . Intuía que no convenía lanzar el indirecto reproche, pero no pudo evitarlo.

Sánchez asistía callado al sólito intercambio de hostilidades en que, como un cruce de hierros para tantear la defensa del espadachín enemigo, se enzarzaban Logroño y Olmos al inicio de cada investigación.

—Ya déjese de galleos, Olmos, y repórteme qué sabemos hasta ahora sobre estos dos asesinatos.

—Comenzaré por lo que no sabemos, si le parece, vueseñoría —contestó Olmos, aprovechando que don Sebastián parecía deponer su antagonismo. Al fin y al cabo, lo que importaba era avanzar en la investigación y, para ello, lo que más convenía era tener al alguacil mayor de su lado.

—No conocemos la identidad de ninguno de los dos muertos, vueseñoría —continuó el teniente de alguacil—. Hasta el momento nadie los ha reconocido ni se ha acercado a denunciar su desaparición. Como los hemos encontrado en las dos iglesias cercanas, suponemos que podrían ser vecinos del barrio de San Sebastián, pero no pasa de ser eso, una suposición. Tal vez podríamos pedir razón a los vecinos mostrándoles sus retratos. He pensado que algún tallerista del maestro Albán podría dibujar las efigies de los dos individuos y podríamos recorrer el barrio; quizás alguien los reconozca.

—Idea rebuscada la suya, Olmos —arrancó el alguacil mayor—, pero no del todo descabellada. Hágalo cuanto antes. Lo peor que podría pasar es que nadie los reconozca, o porque los retratos son malos o porque no son vecinos del barrio. En cualquier caso, hay que descartar o confirmar esa posibilidad. Sánchez, comisione usted dos retratos de cada cadáver y a preguntar a cada vecino de San Sebastián y la calle del Mesón, a ver si alguien los identifica.

—Su orden, vueseñoría. Aunque otra posibilidad, si usted me permite —propuso Benito Sánchez, indeciso—, es que quien sea

vecino del barrio es el asesino y no los dos muertos. En ese caso, tendríamos que demostrar que el homicida mató a los dos sujetos en otro lugar y los llevó a las respectivas iglesias.

— ¿ Qué dice ? ¿Que los cadáveres fueron llevados a las iglesias? —preguntó Logroño, incrédulo, mien tras su rostro enrojecía—. i¿ A quién se le ocurre que un cadáver pueda ser desplazado ? ! i¿ Con qué propósito que no sea esconderlo?! —y, con el mismo envión, prosiguió—: Además, ¿quién dice que se trata de un solo asesino?

—Lo más probable es que dos crímenes tan seguidos hayan sido cometidos por el mismo asesino, vueseñoría —se adelantó a concluir Sánchez—. En el caso del oidor Flórez y del padre Estévez así ocurrió. Quito es una ciudad tranquila, vueseñoría. No es verosímil que nos la veamos con dos asesinos distintos, y menos en dos lugares tan cercanos.

—Y otra de las cosas que ignoramos, vueseñoría —tomó la palabra Olmos, tratando de mantener la calma, para que la conversación no se saliera de cauce y pudiera ser de alguna utilidad —, es el propósito del desplazamiento. Lo cierto es que uno de los sujetos estaba ya muerto cuando fue colocado en el campanario de San Sebastián. Y el otro tiene que haber sido introducido a la fuerza en el pozo de la cripta de la Peña de Francia…

—i¿Me está diciendo que el hombre que apareció colgado en San Sebastián no murió por ahorcamiento?!

—No exactamente, vueseñoría: murió ahorcado, sí, pero no por la soga de la que colgaba en el campanario. Eso es lo que concluye el doctor Espejo, vueseñoría. Y que el cadáver de la Peña de Francia fue introducido en el conducto de la cripta con vida, pero contra su voluntad.

—¡Espejo y sus conclusiones! —exclamó Logroño, exasperado—. ¿Cómo así hemos de estar a lo que ese matasanos sentencie?

—El doctor Espejo ha sido siempre muy acertado en sus conclusiones, vueseñoría. Y los hallazgos que ha hecho tras las autopsias son de veras atinados —defendió Olmos el trabajo del médico contra lo que él creía que eran nada más que prejuicios

raciales del alguacil mayor, pero sobre todo porque sus conclusiones eran, de momento, lo único a lo que podían aferrarse en la investigación, que, de verdad, avanzaba poco y sin indicios sólidos.

—¡Eso no tiene ningún sentido! ¿Para qué colgar un cadáver de un campanario?

—Bueno, como primera cosa, para despistarnos y hacer más difícil que lo atrapemos. Pero las ubicaciones de los cadáveres y las circunstancias en que allí han sido colocados nos llevan a barajar otra idea: y es que el asesino parecería pretender montar una escena, hacer que las cosas aparezcan de manera distinta de como ocurrieron…

—¡¿Montar una escena?! —atajó Logroño—. ¡No quiero saber más! ¡Esto sí que es una soberana majadería! Esta investigación no progresa porque andáis entretenidos con estas historias, basadas en suposiciones de un indio curandero, en lugar de hacer vuestro trabajo. ¿Qué está pasando? ¿Desde cuándo el alguacilazgo acude a imaginaciones esotéricas en lugar de hallazgos bien comprobados?

—Don Sebastián, vueseñoría —apeló Olmos tan calmo como pudo—, deme dos minutos para explicarle el asunto y verá usted que tiene toda lógica; solo dos minutos.

—¡Mbueh…! —resopló el alguacil mayor mientras con la mano derecha espantaba con violencia una mosca imaginaria, en un gesto que podía entenderse como "adelante, que igual no cambiará mi opinión" o, en el mejor de los casos, "haga usted lo que quiera".

—El hombre colgado del campanario murió ahorcado, sí —continuó Olmos en tono pedagógico—, pero fue ahorcado antes de ser colgado. Lo muestra la ausencia del llamado "surco del ahorcado", que es una profunda señal que deja la soga en el cuello de la persona que es colgada y que toma un color morado a lo largo y ancho de todo el surco. Tal señal no existe en el cadáver de San Sebastián. Y no existe porque la sangre de este hombre ya no circulaba cuando fue colgado. Ya estaba muerto y no pudieron romperse los vasos sanguíneos de la zona del cuello ni darle color al surco. Lo que sí existe, vuelta, es una laceración menor en la zona

de la nuez de Adán, que muestra una posible estrangulación. Ahí sí quedó la señal porque la sangre, que aún circulaba, afloró a la región lesionada. El hombre fue ahorcado antes de que lo colgaran. No sabemos dónde ocurrió, pero sí que ya estaba muerto al momento de subirlo al campanario. Según el doctor Espejo su muerte habría ocurrido posiblemente el sábado. ¿No le suena lógico, don Sebastián?

Olmos prefirió guardarse por el momento el dato de que el cadáver pendiente del campanario tenía rastros de haber sido puesto a mecerse, después de colgado. Era algo a lo que él todavía no le encontraba explicación válida y no quería añadir elementos adicionales de incertidumbre a la conversación con su superior, ahora que parecía haberse avenido a razones. Ni hablar, con mayor razón, de la trayectoria vertical del rastro de excremento. Don Sebastián no estaba listo para esa conjetura.

Logroño guardó silencio por unos segundos. Podía sonarle lógico, sí, pero no estaría dispuesto a admitirlo.

—¿Tal vez quiera verlo usted en persona, vueseñoría? —invitó Olmos, apostándole a la repugnancia de su superior a ensuciarse las manos con cualquier trabajo en la calle, más todavía si suponía acercarse a un cadáver—. Tenemos los dos cuerpos embalsamados en el hospital hasta que puedan ser identificados.

—No hará falta, Olmos —se apresuró a contestar Logroño, a regañadientes—. Suena razonable.

—Tendremos que averiguar cómo llegó el cadáver del "ahorcado" al sitio en que lo encontramos —intervino Sánchez, aprovechando la apertura que empezaba a mostrar el alguacil mayor. Y, dirigiéndose a Olmos, continuó—: ¿Sabe, Olmos?, después de nuestra discusión sobre si el cadáver de la Peña de Francia fue introducido en el pozo por arriba o por abajo, me afirmo en mi creencia de que el "ahorcado", como el otro, también debe de haber sido izado desde el suelo de la plazoleta de San Sebastián y no, como creíamos, descolgado desde el campanario hacia abajo. Resulta más fácil hacerlo así, sin necesidad de entrar a la iglesia, subir al coro y luego

al campanario, cargando el cadáver, para luego descolgarlo.

—Concuerdo, Sánchez —respondió Olmos—, pero no olvide que la cuerda estaba atada a una armella en el interior del campanario y…

—¡Momento! —exclamó Logroño—. ¡No os sigo! ¿A qué discusión se refiere, Sánchez?

—Ya que se trata del cadáver de la Peña de Francia, vueseñoría, permítame explicárselo en orden metódico —se adelantó Olmos—. Ahí verá usted la hipótesis de Sánchez, que ahora podríamos aplicar también al "ahorcado".

—Verá usted —prosiguió—, todo indica que el cadáver de la Peña de Francia es el de un individuo que fue introducido en el conducto de aire de la cripta contra su voluntad, inconsciente tal vez, pues tiene un golpe fuerte encima de la oreja derecha, propinado con un objeto pesado, que le habría dejado sin sentido. Las demás laceraciones que tiene en el cuerpo son *post mortem,* excepto una debajo de cada axila y otras en los hombros, el pecho, las caderas y otras partes salientes. Todo esto indicaría que el hombre fue introducido al pozo desde la cripta, izándolo con una soga atada por debajo de los brazos en torno al pecho y usando la reja de hierro del conducto como garrucha. Como el hombre es rollizo y vestía poncho y el pozo, estrecho, quedó atascado ahí con las piernas colgándole fuera. Puede haber vuelto en sí ya dentro del hueco, o quizás no, pero parecería que murió de asfixia por la estrechez del conducto, que no le permitía respirar. Espejo dice que habría muerto el viernes.

Don Sebastián de Logroño se quedó en silencio, mirando hacia la pared del fondo, como tratando de divisar en ella la escena que le acababan de describir. Así estuvo un minuto, sin que sus subordinados lo interrumpieran.

—Ahora veo —dijo, al fin, tratando de disimular su desconcierto —. Parecería en efecto un montaje, demasiado complicado para creer que el asesino trataba de despistar nuestra pesquisa, en especial en la Peña de Francia. Pero no se me ocurre una razón valedera para que alguien pudiera darse tanto trabajo en aparentar

una realidad distinta. ¿Se os ocurre alguna explicación?

—Ninguna todavía, vueseñoría —replicó Olmos—. Tenemos que identificar a las dos víctimas para intentar relacionar sus muertes y descubrir el posible motivo. De momento, las vinculan tres factores —prosiguió, contando con los dedos—: uno, la proximidad de las fechas de sus muertes y del hallazgo de sus cadáveres; dos, la vecindad de las dos iglesias en que ellos fueron encontrados y, tres, que las escenas de cada delito son, a primera vista, impostadas.

—Esperemos que la elaboración de las efigies sirva para identificar pronto a los cadáveres —concluyó Logroño, mostrando su decreciente interés en la conversación, que, a estas alturas, se había prolongado demasiado para su gusto—. Por favor, mantenedme informado.

Olmos y Sánchez se levantaron y dieron media vuelta para retirarse.

—Me surge una última duda, señores —los detuvo Logroño—. Sea que se confirmen o no estas ideas vuestras de la escena montada y tal, les veo todavía un pero: ¿cómo hizo el asesino para colarse desapercibido tanto en San Sebastián como en la Peña de Francia?

Los dos tenientes de alguacil se miraron perplejos durante unos segundos.

—Esa… esa es otra cosa que desconocemos, vueseñoría —replicó Olmos, reparando en ese momento que aún no se habían ocupado de ese asunto—. Lo indagaremos ahora mismo.

Al cerrar tras de sí la puerta del despacho del alguacil mayor, Olmos y Sánchez intercambiaron una mirada de reproche: "¿Cómo pudo habérsenos escapado ese detalle?".

---

5 Véase Íñigo Salvador, *Miércoles Santo. Un caso de Nuño Olmo* s, 2023 (N. del E.).

— 12 —

Tan pronto como salieron de reunirse con el alguacil mayor, Olmos encargó a Sánchez que buscara al pintor Albán y que le pidiera uno de sus talleristas para dibujar las efigies de las dos víctimas, según las instrucciones de Logroño. Tendría, además, que conseguir que ese mismo momento el aprendiz lo acompañara al hospital e hiciera los dos retratos, para que, al instante, pudiera Sánchez recorrer el vecindario de San Sebastián con la ayuda de los hombres del alguacilazgo, en busca de alguien que conociera a alguna de las víctimas. Él mismo, por su parte, volvería a las dos iglesias para averiguar detalles adicionales sobre las circunstancias en que fueron encontrados los cadáveres, en especial la manera furtiva como pudo el asesino entrar a los templos.

Ya en San Sebastián, Olmos entró a la humilde iglesia parroquial de indios, que a esa hora de la mañana estaba vacía. Entre el portón de entrada y el retablo del fondo se extendía la única nave del templo, de piso de tierra y armadura de madera y bahareque, desprovista de todo mobiliario, salvo, al costado derecho del interior, una simple mampara de tres brazas de altura por una y media de largura, con ventanilla de celosía de hierro y taburetes de lado y lado, que fungía de rústico confesionario. Poco habría distinguido al galpón de una troje, de no ser porque las paredes estaban decoradas con frescos de tosca factura que reproducían escenas del ministerio público de Jesús. Y el magnífico retablo, que, con su ornamentación tallada en madera recubierta de pan de oro —con bellas imágenes de bulto del Crucificado, sobre el sagrario, y de los santos Sebastián, el patrono de la parroquia, cosido a saetazos; Expedito, aplastando a un cuervo con el pie; Lucía, con sus ojos en bandeja; y Lorenzo, portando su propia parrilla en las hornacinas

laterales— contrastaba con el desnudo ambiente de la iglesita.

Cuando Olmos se aprestaba a subir al coro, de una puerta lateral en la parte delantera salió Mesías Yupangui, llevando con las dos manos lo que parecían unas albas dobladas y apiladas. En ese mismo momento, la iglesia se oscureció, pues, fuera, el cielo se había encapotado y una llovizna rala había comenzado a caer. Al depositar los ornamentos sagrados sobre el altar, el sacristán reparó en la presencia de Olmos.

—Señor teniente, buenos días. ¿Me buscaba? Estoy a su mandar.

Olmos atravesó la nave a zancadas largas.

—Buenos días, don Mesías. No he tenido tiempo sino hasta ahora para volver. Necesito que me cuente detalles sobre los hechos del lunes pasado. El "ahorcado", ¿cómo cree que llegó allá arriba?

—Ya le conté el lunes mismo todo lo que sé. Mejor es usted dígame cómo llegó allá arriba el señor ese.

—Cuando usted abrió la iglesia esa mañana, ¿estaban cerradas todas las puertas desde la víspera?

—Sí, cerradas estaban. Yo entré, como ahorita, por la sacristía, cogí la escoba y el azadón y volví a salir por la puerta grande, que se cierra desde adentro.

—Y, sin embargo, la soga del "ahorcado" estaba amarrada a la armella esa, arriba en el coro. Quiere decir que alguien entró. ¿A qué hora cerró usted las puertas?

—Yo acabo mis quehaceres a las cinco de la tarde y cierro con llaves la iglesia. Primero la puerta grande y después la de la sacristía. De ahí me voy a mi casa. Eso mismo hice el domingo.

—¿Hay alguna otra forma de entrar a la iglesia?

—No hay. Las ventanas no se abren, son fijas. De repente por el techo, retirando las tejas y rompiendo el bahareque, como hacen para robar las casas; pero tejas rotas no hay. Y, además, si ya se sube al techo el criminal, más vale se metería al campanario y bajaría por la grada de *churo* , ¿no cree, teniente?

Olmos tomó nota mental de la posibilidad de que alguien hubiera

escalado el campanario, para buscar indicios de ello.

—¿Quién más tiene llaves de la iglesia y la sacristía?

—Taita cura párroco tiene llaves. Pero siempre abro y cierro yo. Él nomás viene, recibe confesiones, dice misa y se va. Quedo yo para cerrar.

—¿Dónde encuentro al párroco? ¿Cómo se llama?

—Taita cura Rafael Galibero, se llama. Aquí mismo en la casa parroquial vive, pero ahorita no está, salió a una extremaunción.

Olmos se propuso interrogar al padre Galibero tan pronto como pudiera ubicarlo y decidió continuar con sus pesquisas, ahora en la Peña de Francia.

—Gracias, don Mesías. Ha sido usted de mucha utilidad. Dígale al padre Galibero que pronto vendré a hacerle unas pocas preguntas. Recomiéndele que haga memoria, a ver si logramos completar el panorama del asesinato.

Al salir de la iglesia, Olmos se acercó una vez más al campanario. En las inspecciones anteriores había buscado indicios del asesinato y, fuera de los rastros de la oscilación lateral del cadáver, nada había encontrado. Ahora, con la certeza de lo que buscaba —huellas de escalada por las paredes de la torre—, revisó de arriba a abajo cada una de ellas. La pintura de las paredes estaba descascarada en varias partes y en diversa magnitud, pero no podría estar seguro de que alguno de esos desprendimientos pudiera ser atribuido a un intento de trepar por ahí hasta la campana. Lo más probable era que se tratara apenas del efecto de la intemperie sobre el inmueble y la falta de refacción de los daños causados por el viento y las aguas.

"Forma de ingreso factible del asesino: por una de las puertas. Alguien más tiene las llaves", tomó nota mental Nuño Olmos, al tiempo que, bajando la escalinata hacia la calle Larga de San Sebastián, comenzó a avanzar hacia la Peña de Francia.

Después de haberse anunciado con un fraile en la portería de la recoleta de Nuestra Señora de la Peña de Francia, Nuño Olmos fue guiado a través del claustro —bordeando la pared oriental de la iglesia donde habían encontrado el cadáver del "embutido" y pasando al pie de la grada, cuyo descanso adornaba el lienzo de Nuestra Señora del Rosario, conocida por todos como la "Virgen de la Escalera"— hacia el extenso campo trasero que descendía hacia el río.

—Flanquee usted el huerto, siga por el sendero que baja por las cuevas de penitencia y llegará usted al estanque, a orillas del río —indicó el fraile, señalando con el dedo—. Ahí encontrará al reverendo padre prior, señor teniente.

Olmos siguió las indicaciones y encontró al borde del amplio estanque a fray Orestes —arremangado, sujeta la túnica con su cinto de cuero, dejando a la vista las flacas y pálidas pantorrillas, y cubierta la calva, a pesar de la velada mañana, con un sombrero de paja desflecada—, quien esparcía al voleo sobre el agua lo que parecían sobras de comida, extraídas de un zurrón colgado al hombro. Al exacto instante en que la comida topaba el agua, un hervidero de peces salía a la superficie con un rumor de rompiente para disputarse a dentelladas el alimento, salpicando a diestro y siniestro.

—Buenos días, fray Orestes —saludó Olmos, haciendo ademán de quitarse el tricornio, pero sin llegar a descubrirse—. Parece que tienen hambre los animalitos, ¿ah?

—¡Teniente Olmos! ¡Estaba ya extrañando su visita! —contestó, animado, el enjuto prior—. Gracias sean dadas al Padre por el hambre de estos pececillos, que, si no, seríamos nosotros los que la sufriríamos. Y casi los perdemos todos por la lluvia de ceniza del Cotopaxi. Ya sabe usted que en esta recoleta el ayuno incluye toda carne roja.

—Debí venir antes, fray Orestes, pero estamos atiborrados de trabajo con dos cadáveres a día seguido.

—Es extraño, ¿no? Que en dos iglesias tan cercanas aparezcan

dos muertos.

—Ese es solo uno de los motivos de extrañeza, fray Orestes. Conforme avanzamos en la investigación van apareciendo aspectos que complican la resolución de los casos. Justo es eso lo que me ha impedido venir.

—Y otra cosa extraña es que nuestro cadáver haya sido colocado en el conducto de aire de la cripta —comentó el prior, ávido de detalles—. ¿Cuál puede ser la razón para ello?

—Estamos analizando varias hipótesis, sin que podamos inclinarnos aún por una de ellas —prefirió Olmos evadir el interés del fraile—. Si no le molesta, quisiera hacerle algunas preguntas para completar la información sobre los hechos, padre.

—Sí, sí, por supuesto. ¿De qué se trata?

—Es claro que el cadáver encontrado en la cripta fue colocado ahí —Olmos se sintió obligado a poner las cosas en un mínimo contexto para el dominico—; nadie entra por su propia voluntad a un agujero del que sabe que no podrá salir. Parece lógico suponer, entonces, que fue introducido ahí vivo, a la fuerza o inconsciente. Ahora sabemos que es probable que haya muerto adentro, asfixiado. ¿Tiene usted idea de por dónde pudo entrar a la iglesia el asesino con su víctima?

—El asesino y su cómplice con la víctima, dirá usted, teniente Olmos —respondió fray Orestes, con aire de haberle dado vueltas a la situación desde mucho antes de que llegara el teniente de alguacil esa mañana—. Me parece que no hay duda de que el asesino tuvo que haber contado con un asistente para cargar a la víctima inconsciente e introducirla en el pozo, ¿no le parece?

—No lo había pensado, pero sí, es una posibilidad. Tendremos que considerarla —admitió Olmos, reconociendo que estos tiempos había estado un tanto distraído y muchos detalles se le habían pasado—. Pero, volviendo a mi pregunta, ¿cuáles son las posibles vías de acceso a la iglesia?

—La iglesia misma no suele estar cerrada con llave. Sí ponemos candado al portón principal de entrada al monasterio, el que da a la

plaza, pero quienquiera que dé un rodeo, bajando por el camino al Cusco, y franquee el muro por la orilla del río, puede subir por aquí adentro hasta la iglesia —y señaló con el índice la vía que acababa de describir.

—¿Cuántas entradas hay a la iglesia?

—La puerta principal, por la que entramos ayer. Suele estar abierta de par en par todo el día, pero en la noche, después de cantar vísperas, se cierra, aunque sin llave, como le he dicho. Y las puertas de la sacristía que, en cambio, se cierran siempre con llave, tanto la que da hacia el interior de la iglesia como la que da hacia el claustro.

—O sea que, para los efectos que me interesan, cuenta solo la puerta principal ¿verdad? Quiero decir que, aunque la sacristía está siempre cerrada, la puerta principal no lo está nunca y quienquiera que hubiera logrado entrar en los predios del convento podría terminar dentro de la iglesia.

—Así mismo es, teniente Olmos.

—¿Hay manera de ver si el tejado ha sido roto? Es una forma común de meterse a una casa para robar. Quizás el asesino habría podido colarse desde el tejado.

—Sí, claro, desde las torres. Pero, ¿de verdad cree usted que un hombre con un cadáver a cuestas podría descolgarse desde el techo?

—Tengo que agotar todas las posibles hipótesis, fray Orestes. ¿Podemos subir, por favor?

El prior condujo a Olmos de vuelta al claustro. El teniente de alguacil pudo comprobar al entrar al edificio que la reja de hierro que lo separaba del huerto no había sido cerrada en mucho tiempo, pues el molón que la sostenía abierta contra la pared no había sido movido recién; la yerba antigua que crecía en su base y los restos de ceniza que aún quedaban sobre ella así lo atestiguaban.

Entraron a la iglesia, que, en efecto, tenía el portón abierto de par en par, y subieron a la torre oriental por una estrecha escalera de madera que ascendía al campanario.

Desde el aventajado punto de mira de la torre, la ladera oriental de El Panecillo se veía empinada e imponente, cubierta de un tupido chaparro, espolvoreado de ceniza volcánica, que le daba la apariencia de una enorme coliflor. Se podían divisar también las dos vertientes del tejado de la iglesia y la techumbre cuadrangular del claustro. En ningún lado había rastros de rotura de las tejas cenicientas.

"Hipótesis descartada", se dijo Olmos.

—Una última pregunta, fray Orestes: ¿hay alguien, aparte del portero, que tenga las llaves del portón de entrada al convento?

—No. La función del hermano portero no es otra que esa: la custodia de llaves y puertas del convento. No hace falta que se las dé a nadie, pues, si se necesita abrirlas, él lo hace en persona cada vez que sea necesario.

—Tendré que interrogar al hermano portero, ¿cuál es su nombre?

—Es fray Jordán, el mismo que le ha guiado hasta aquí. Toque la campanilla a la entrada y él acudirá. Pero ya lo hemos visto, teniente, quienquiera puede entrar al convento por el lado del río.

—Sí, pero si trae cargado un cuerpo, le resultará más fácil entrar por el portón , ¿ no cree? En fin , de nuevo, es una hipótesis que debe ser verificada.

Después de despedirse, Olmos aprovechó la cercanía del río para bajar hasta la orilla y cerciorarse de si por ahí se podía entrar al convento. Caminó a lo largo de la ribera desde el cerramiento que separaba al predio del camino del Cusco y pudo ver que, como le había referido fray Orestes, un antiguo *chaquiñán* al borde de la corriente permitía salvar el muro por ese lado y subía hacia el convento, uniéndose al sendero que flanqueaba el estanque por el que había bajado antes. En el lindero opuesto era imposible cruzar de la propiedad vecina hacia la de los dominicos, pues una reja de hierro se proyectaba un par de brazas sobre el agua, desde el muro en la orilla.

"Por aquí entró el asesino", conjeturó Olmos para sí.

— 13 —

El cálculo de la longitud de un grado de meridiano terrestre no es tarea difícil. Basta medir geométricamente, con instrumentos precisos, una franja de terreno de sesenta o más leguas que corra de norte a sur. A esta porción de meridiano terrestre se le llama "arco".

Pero primero hay que medir de forma directa sobre el terreno el largo exactísimo de una línea de base corta, escogida sobre suelo muy llano, que después servirá como patrón para la medición de los lados de los triángulos que se conformarán para dimensionar el arco. En el Reino del Quito, esta línea de base corta fue medida primero en la planicie de Yaruquí, al noreste de la capital, entre los puntos de Oyambaru y Caraburu, marcados por dos señales que ahí erigimos, cuya longitud total resultó ser de 6 274 *toesas* , 0 pies y 6 pulgadas. Otra similar fue medida entre las señales de Guanacauri y Baños, de la parte de Cuenca, al sur de estos reinos, cuya longitud resultó ser de 6 197 toesas, 3 pies y 8 pulgadas .

Rara vez se halla en el terreno la disposición adecuada para poder medir con exactitud un arco norte-sur tan prolongado, sin que los montes y quiebras obliguen a desviarse a un lado u otro del meridiano y sin que el arco quede imperfecto. Cualquier error producido por la irregularidad del terreno se corrige más tarde con operaciones trigonométricas.

Para eso, a uno y otro lado del arco de meridiano que se va midiendo se escogen algunos puntos elevados —que pueden ser montes, colinas, cumbres, campanarios, árboles altos, etc.—, donde se construyen señales que se puedan ver de lejos, las cuales después se avistan con los instrumentos ópticos y se enlazan por

pares, ordenando sobre el papel una larga cadena de triángulos y midiendo después todos sus ángulos. Así fue medido el arco propiamente dicho desde Cochasquí, de la parte de Tabacundo, al norte de Quito, hasta la llanura de Tarqui, al sur de la villa de Cuenca, lo cual nos llevó a recorrer el país de norte a sur a lo largo de las más de 70 leguas que separan los mencionados puntos, durante cerca de siete años.

Luego, con la ayuda de la trigonometría se calcula el largo de cada lado de cada triángulo, utilizando como patrón de su correspondiente longitud las líneas de base establecidas. La largura del arco de meridiano se encuentra, entonces, proyectando los triángulos sobre el arco. A este proceso se llama "triangulación".

Como resultado de esa medición se determinó que el arco del meridiano tenía una longitud de 176 950 toesas [6].

Y, por fin, corresponde averiguar astronómicamente, con el cuadrante, la latitud de cada uno de los dos extremos de dicha franja en relación al cenit de una estrella determinada, a fin de establecer la "amplitud del arco", que no es sino la extensión entre sus dos extremos, dicha en grados de latitud. Esta amplitud resultó ser de 03 ° 07' 01". Partida la suma de las toesas del arco del meridiano por los grados de la amplitud del mismo, el cociente de esta división será el valor del grado terrestre. La cifra correspondiente es de 56 770,20 [7] toesas o, lo que es lo mismo, 132 331 varas castellanas. Esto es lo que mide un grado terrestre en el ecuador.

He ahí el proceso.

No pasaría mucho tiempo, sin embargo, antes de que el señor de Maupertuis, enviado a la Laponia por el mismo rey de la Francia, publicara los resultados de sus mediciones, que establecían la longitud de un grado de meridiano en el Ártico en 57 437,9 toesas, es decir 667,7 toesas más largo que en el ecuador. O sea que la Tierra es un esferoide lato: un zapallo.

6 Aproximadamente 345 km (N. del E.).
7 Aproximadamente 110 km (N. del E.).

— 14 —

Cada vez que le quedaban unos instantes libres de la preocupación que le causaba el misterio por resolver, Olmos retomaba la lectura de la carta del padre Aguirre, que ahora llevaba consigo todo el tiempo en la faltriquera.

Cuando nos separamos en el Tambillo de Uyumbicho quedaron dando vueltas en mi sesera unas palabras tuyas: "¿Cómo es posible, padre Aguirre, preguntaste, que el rey de España expulse de su reino a una orden religiosa que tanto ha hecho por el bien de sus súbditos y el engrandecimiento de sus dominios?".

No soy yo quién para cuestionar la voluntad del Rey Nuestro Señor y menos todavía conociendo que ella es la manifestación en el mundo terrenal de la de Dios Todopoderoso. Es lo primero que puedo contestar ahora.

Cuando me lo preguntaste entonces no tenía ningún tipo de respuesta, quizás porque los eventos eran demasiado recientes, quizás porque tenía muchos menos elementos que aquellos con los que ahora cuento sobre la soberana decisión, quizás, simplemente, porque estaba acongojado y confundido. Y que Su Majestad, en el texto mismo de su real decreto, haya consignado su preferencia por no revelar sus propios motivos no hizo sino echar oscuras sospechas sobre cuáles estos pudieran ser.

Mejor inteligenciado ahora de las posibles razones de Su Majestad, no solo que no he encontrado una respuesta a tu pregunta sino que, por el contrario, me han asaltado aun más interrogaciones del mismo jaez. Por ejemplo: ¿cómo es que, de entre todos, sea el rey de España ha tomado una decisión que perjudica a una sociedad nacida de españoles?

Que lo hayan hecho antes Luis XIV de Francia o José I de Portugal

podría entenderse, pues incluso antes de que los jesuitas fueran expulsados de territorio francés ya se sospechaba que el espíritu nefasto de las nuevas corrientes de pensamiento llamadas racionalistas y de las heréticas ideas jansenistas de la iglesia galicana, infiltradas en las más altas esferas del gobierno, ejercerían su maligno influjo en la opinión del rey francés y pesarían en su decisión. Tales corrientes también parecen haber pesado en el ánimo del rey lusitano, en especial a través de su primer ministro, el marqués de Pombal, conocido adherente a la secta de los francmasones.

Pero que justo Nuestro Señor don Carlos, monarca que por más honra ostenta el título de Católica Majestad, se haya convertido en el instrumento de los enemigos de la propia Iglesia, es algo que escapa al más agudo de los entendimientos. Sabido era que, desde que nuestra sociedad fue expulsada de Portugal en 1759, las exigencias sobre nuestro señor don Carlos para que lo hiciera también en sus dominios eran cada vez más apremiantes.

Todos los índices parecen apuntar al Conde de Aranda, que, se dice, se vanagloriaba de ser contado entre los enemigos de la religión católica. Se dice también que el ridículo episodio de un motín popular causado porque se obligaba al pueblo madrileño a remplazar el tradicional sombrero chambergo por el tricornio, de forma triangular sin duda masónica, que terminó siendo aplacado sin mayor derramamiento de sangre, fue, al parecer, el pretexto del que se valió Aranda para inducir a Su Majestad a la malhadada firma del decreto de expulsión, aduciendo que algunos regulares jesuitas se habían hecho sospechosos de estar tras los tumultos.

Asumamos *in arguendo* que las pesquisas hechas por los agentes de Su Majestad algo de verdad hayan transparentado: aun si fuera cierto que algún hermano estuvo enredado en tales desmanes, ¿por qué ha de ser toda la compañía la que sufra las consecuencias y no solo aquellos individuos de verdad envueltos en los hechos particulares? Más aún, ¿justifica la participación de unos pocos jesuitas una pena tan desmesurada y atroz como la expulsión de todos los miembros de nuestra santa sociedad de cada rincón de los dominios de España?

— 15 —

Esa tarde, después de haber interrogado al prior de la Peña de Francia, Olmos volvió a la cárcel de corte. En el camino se había detenido unos minutos en una fonda en la calle de Santa Catalina para llevarse algo al estómago.

Se encontraba ahora escribiendo los hallazgos y conclusiones importantes del día y también los asuntos pendientes en la investigación. En eso, Sánchez entró al escritorio que compartían. Traía el rostro cansado. Colgó con desgano su tricornio en el perchero. En su mano derecha llevaba un cartapacio de cuero. Lo lanzó sobre su escribanía y, al posarse, se deslizaron fuera los retratos de los dos hombres asesinados. Después se dejó caer en la silla dispuesta tras la mesa.

—¡Nada! —exclamó Sánchez con tono de frustración—. ¡Nadie conoce a estos dos sujetos en el vecindario! Preguntamos a casi todos los vecinos, tocando puerta a puerta, entramos a todos los negocios, interrogamos a cada transeúnte… Nadie sabe quiénes son ni los han visto en los alrededores.

Olmos lo miro con aire resignado. "De verdad, era un tiro al aire", pensó. "Pero tenía que hacerse".

—Esto parece demostrar nuestra hipótesis de que, ya que las víctimas no son vecinos del barrio de San Sebastián, pues tendrá que serlo el asesino —dijo Olmos con tono neutro—. Desplegaremos un piquete de gendarmes a patrullar las calles del barrio, en tres turnos de ocho horas cada uno, las veinticuatro horas del día. En algún momento verán algo sospechoso. Es nuestra obligación aprehenderlo. No es posible que se haya colado con dos cadáveres en dos iglesias de la capital, como Pedro en su casa, y que hasta

ahora no tengamos un solo indicio de su identidad, y mucho menos de sus motivos.

En ese instante calló de repente. Su ceño se nubló en el mismísimo segundo en que una idea nefasta cruzó por su mente, proyectando una sombra en el rostro del teniente de alguacil.

Cada vez estaba más claro para Olmos que al asesino no le bastaba matar a su víctima, por el motivo que fuese que lo impulsaba. Las circunstancias en que habían sido cometidos los dos asesinatos mostraban que él preparaba las escenas, aún indescifrables. Y la demora en identificar a las víctimas no hacía sino intensificar la urgencia de dar con el asesino y aprehenderlo, pues sin conocerse quiénes eran ellas pocas eran las posibilidades de saber qué culpa tenían y, por lo tanto, por qué habían sido muertas. En consecuencia, mientras no se pudiera seguir la senda de las motivaciones, no se conseguiría ubicar al criminal. Caminaban en círculos, como perdidos en un bosque apretado y oscuro.

Pero lo cierto era que el asesino nada había hecho para impedir que se conociera la identidad de las víctimas, ni había desfigurado sus rostros ni había cercenado sus cabezas, tan solo había desplazado sus cadáveres a lugares donde ellas no eran conocidas. Quien estaba fallando ahora era el alguacilazgo. Quien no encontraba el camino era él, Nuño Olmos.

Además, a Olmos le parecía que el asesino no trataba de mostrar una realidad falsa ni pretendía engañar al alguacilazgo sobre cómo habían ocurrido los asesinatos; lo que él parecía intentar era enviar un mensaje sobre algún elemento que unía a todos los asesinatos. A veces, hasta podría dar la impresión de que lo que estaba intentando era que alguien lo detuviera. Todo esto pasó por la mente de Olmos en una fracción de segundo.

—¿Qué tiene, Olmos? —inquirió Sánchez, preocupado, al ver demudarse el semblante de su amigo—. ¿Le pasa algo?

—Tenemos que encontrar al asesino cuanto antes. Debemos evitar que cometa un tercer crimen.

En la cuadra, el salón para visitas importantes de la casa del alguacil mayor, situada en la calle del Colegio de San Fernando, sentado cada uno en una butaca sobre la tarima alfombrada, se encontraban don Sebastián de Logroño y su mujer, doña Josefa Joaquina Francisca; y, de pie, a cada lado de los esposos, sus dos hijos: la bella primogénita doña María Gregoria y don Lorenzo, un adolescente de aire díscolo y edad exacta indescifrable. Lucían sus mejores galas: vestidos de brocado con encajes de algodón: encarnado, la madre, y verde esmeralda, la hija; los dos caballeros, idénticos calzones, *chupas* y chaquetas de seda azul celeste. Todos tocados con pelucas empolvadas. Se veía que habían dedicado mucho tiempo a diseñar ese escenario, digno de un retrato de familia.

El motivo de la invitación había sido la celebración del onomástico de la esposa de don Sebastián, que se festejaba las vísperas de cada 26 de julio, día de San Joaquín.

Por qué lo habían invitado, a él que no era sino un empleado del alguacilazgo, era algo que Nuño Olmos no se explicaba. Y menos todavía sabiendo que, si bien su relación de trabajo con el alguacil mayor era eficaz en cuanto a resultados, don Sebastián apenas lo soportaba y, por su parte, Olmos guardaba para con su superior lo que él mismo había calificado como un "respetuoso desprecio".

Después de enumerar una larga lista de vocativos que correspondían a los notables quiteños —el presidente brigadier Joseph Diguja y demás funcionarios de la audiencia y del cabildo, el obispo Pedro Ponce de León y Carrasco y otras autoridades eclesiásticas, los jefes de la milicia urbana y otras personas presentes, dignas de mención por motivos que solo a don Sebastián parecían pertinentes, y que concluyó con una referencia enfática a su esposa, la "santa" del día—, el alguacil mayor dio inició a sus palabras de ofrecimiento del acto:

—Nos encontramos reunidos hoy, en esta humilde morada, que es también la vuestra, para, con la gracia de Nuestro Señor

Jesucristo, de su venerada Madre, pero, sobre todo, de su santo abuelo, je, je, celebrar el onomástico de mi bienamada esposa, doña Josefa Joaquina —pronunció con énfasis este último nombre— Francisca de Balboa y Alarcón. He hecho la especial mención del abuelo de Nuestro Señor, san Joaquín, pues este es uno de los nombres que mi esposa ostenta, je, je, como todos los aquí presentes bien conocéis, je, je, pues así lo he anunciado en la esquela de invitación que os he enviado y porque vengo de mencionarlo, je, je. Hoy día, pues, celebraremos a doña Josefa Joaquina Francisca, con referencia a cada una de las virtudes que adornaban a este santo, tan querido en la devoción…

Olmos, arrimado al vano de la puerta, de pie a cuatro o cinco brazas de la tarima, detrás de sucesivas filas de funcionarios, parientes y amigos de la familia y otras personas de mayor prestancia social, escuchaba sin mayor interés las palabras que en ese momento dirigía el anfitrión a sus invitados, tratando de ocultar su rostro desfigurado, y esperaba el momento adecuado en que pudiera deslizarse hacia la salida de manera discreta.

—… la paciencia del señor don san Joaquín fue grande, pues debió esperar hasta la vejez para que se cumpliera la más cara aspiración de todo hombre que de tal se precie, a saber: la de concebir un hijo. He de confesar que doña Josefa Joaquina Francisca en esto no pide favor a su santo patrono. Ella es, por definición, una mujer paciente y comprensiva de las circunstancias que rodean…

En ese momento, Olmos sintió una mirada clavada en él. Cuando levantó la vista se percató que doña María Gregoria le tenía fijado: unos grandes ojos verdes, sombreados por unas cejas oscuras y bien delineadas, en un rostro delgado y anguloso, de labios finos y mentón firme; la peluca blanca que portaba le daba un aire de gravedad que contrastaba con la lozanía de su piel y sus facciones juveniles. Su primera reacción fue voltear a ver atrás y asegurarse de que la joven no estuviera mirando a alguien más, pero detrás de él no había nadie. Cuando vio de nuevo delante, ella lo seguía observando. Olmos bajó los ojos.

—…la gratitud del señor don san Joaquín a Dios, Nuestro Señor,

por haberle concedido el deseo de engendrar un hijo, y no cualquier hijo, sino la hija más preciosa, sin mácula concebida, para que ella misma fuera la madre de …

La sensación de sentirse bajo escrutinio lo incomodaba. Alzó la vista y la posó sobre el orador. Pero algo de magnético había en la mirada de la joven que a él le impedía interesarse en lo que el padre decía. Se fijó de nuevo y se topó otra vez con los ojos inquisidores de doña María Gregoria, que lo apuntaban con intensa concentración, sin pestañear, como si intentara absorber cada pensamiento de la sesera de Olmos. Él dio un paso deliberado a su izquierda, pues pensó que la joven podía estar elevada, transportada en íntima introversión; pero quedó sorprendido cuando ella lo siguió con la vista, sin desviarla ni un instante.

—…mi buena esposa ha sido siempre tan providente al bienestar de nuestros dos hijos, tal como el señor don San Joaquín lo fue con la Niña María. Nadie más abnegada en cuidar de sus niños cuando alg ú n padecimiento los aquejó, nadie más preocupada cuando una pena los entristeció, nadie más sabia cuando de ella requirieron algún consejo. Así debió de ser el señor don San Joaquín, puesto que así ha sido su homónima…

Olmos volteó a ver con disimulo a los demás invitados para cerciorarse de si ellos lo advertían, pero todos atendían a las palabras de don Sebastián, asintiendo de vez en cuando con una sonrisa insulsa. Se diría que nadie reparaba en doña María Gregoria. Y ella seguía mirándolo.

—…de que, así como doña Josefa Joaquina Francisca encarna con suficiente exactitud cada una de las virtudes de su santo patrono, puedo aseguraros que, sin duda, si hiciéramos el mismo examen, personificaría también todas las de su santa esposa doña Ana, la madre de la Santísima Virgen María y abuela de nuestro Redentor. Pero mi amada esposa no se llama Ana, de modo que tendréis que fiaros de mi palabra en cuanto a ello, je, je, y eximirme de demostrároslo. Dicho todo lo cual, pido a todos vosotros que exclaméis conmigo: ¡Que viva la santa!

Al fin, doña María Gregoria, siempre con los ojos clavados en los de Olmos, insinuó una sonrisa que dulcificó su rostro, justo en el momento en que su padre concluía el discurso.

— ¡ Que viva la santa ! —gritaron todos los presentes y prorrumpieron en aplausos. Al instante los asistentes buscaron acercarse al alguacil mayor para felicitarlo y presentar sus respetos a él y su familia. Olmos se vio arrastrado por la corriente humana y, sin proponérselo, se encontró haciendo fila para saludar a su superior, en el mismo momento que un dúo de guitarra y violín comenzó a interpretar un *alza* algo picaresco.

"Suene la orquesta animada
y no cese ni un momento,
pues quiero bailar un ¡alza!
con mi adorado tormento"[8].

Olmos hizo primero una venia amable pero fría al joven don José, que este ni siquiera contestó; cruzó alguna acartonada cortesía de rigor con don Sebastián; hizo el ademán de besar la mano enguantada a doña Francisca y volteó hacia doña María Gregoria para repetir el gesto. Pero ella ya no estaba.

"Chiquilla, no bailes mucho
porque eres un embeleso,
y a los viejos y a los mozos
les vas absorbiendo el seso"[9].

Olmos se mezcló entonces con los demás invitados e intentó entablar diálogo con algún conocido, pero ninguno prosperó porque solo deseaba encontrar a doña María Gregoria entre los presentes. Entonces decidió recorrer el salón en su busca. Durante algunos minutos de encuentros fortuitos y conversaciones interrumpidas, Olmos se había dado por vencido.

"El que es demasiado pobre
no busque mujer bonita,

porque en medio de sus gustos

viene el rico y se la quita" [10] *.*

De pronto, al voltearse para coger un último canapé de la bandeja que portaba un sirviente, allí estaba ella, de pie frente a él, mirándolo con los mismos ojos grandes y concentrados de hace unos momentos.

—Yo te conozco, Nuño Olmos. Le he oído a papá hablar de ti —le espetó la muchacha sin fórmula previa de presentación.

—A sus órdenes, doña María Gregoria —respondió Olmos, tomado por sorpresa—. La recuerdo de cuando era niña, pero no sabía que hubiese vuelto de Lima, no la reconocí… —Olmos se sintió tonto imaginando que la alusión implícita a su apariencia de mujer adulta era del todo inapropiada, y no pudo evitar ruborizarse.

—Sé que no eres blanco, pero eso a mí no me importa. En Lima intimé con muchos hombres blancos y mestizos y sé que son iguales. Nada depende de la raza; todo es cuestión de lo que estés dispuesto a alcanzar.

Olmos se quedó perplejo. ¿Qué era lo que ella le estaba diciendo? ¿A qué venía? Además de lo incómodo del episodio y del sentido equívoco de lo que doña María Gregoria le decía, Olmos estaba ahora hipnotizado por sus ojos verdes, más intensos aún al reflejar el color del brocado de su vestido. A ello se añadía el sonido de su voz, que campaneaba en medio del bullicio; era una voz nítida, como de cristal, con sonoridades diferentes y tal vez un ligero acento limeño. Pero eran sobre todo sus maneras lo que más le perturbaba: él la sabía casi una niña, pues el internado en Lima, que ella había iniciado quizá a los doce años, había durado a lo sumo seis más, calculaba. Y, sin embargo, su figura, de talle delgado pero caderas maduras, era la de una mujer. Y su temperamento no era en ningún caso el de una chiquilla.

Ella siguió hablando, persuadida de que dominaba la situación, mostrando unos dientes menudos cada vez que insinuaba una sonrisa, acompañada de mínimas arrugas en los rabillos de los ojos,

que desaparecían por completo, sin dejar marca, cuando tornaba a su rostro impasible.

—Si estás dispuesto a alcanzar lo que quieres has de despojarte de esas distinciones artificiales, teniente Olmos. Yo quiero ayudarte, si te parece.

Y, habiendo dicho eso, dio media vuelta y se perdió entre los concurrentes, dejando a Olmos con la boca abierta, listo a proferir ocho posibles respuestas, ninguna de las cuales pudo pronunciar antes de que ella se esfumara.

No la volvió a ver durante el poco tiempo más que se quedó en el festejo.

---

8 Juan León Mera, *Cantares del pueblo ecuatoriano* , Clásicos Ariel, Guayaquil-Quito, sin fecha, tomo 2, pág. 111.

9 Juan León Mera, *Cantares del pueblo ecuatoriano* , Clásicos Ariel, Guayaquil-Quito, sin fecha, tomo 2, pág. 109.

10 Juan León Mera, Cantares del pueblo ecuatoriano, Clásicos Ariel, Guayaquil-Quito, sin fecha, tomo 1, pág. 62.

— 16 —

Jueves, 28 de julio de 1768

Eran las cinco y cincuenta y cinco de la mañana. A esa hora, todos los días, el hermano Guido comenzaba su ascenso al campanario de la iglesia de Nuestra Señora de la Merced.

Desde cuando el capítulo de la congregación lo nombró campanero, el hermano Guido había medido el tiempo que demoraba desde el momento en que se recordaba cada madrugada con el canto del gallo, tendía su camastro, se lavaba en la jofaina con el agua que la víspera había recogido, vestía su túnica, escapulario, capilla y cogulla blancos, hasta cuando subía al campanario a tiempo para tocar a *prima* —la hora canónica inicial— en el instante mismo en que el sol aparecía en el levante.

Para ello debía dejar su celda antes de las cinco y cincuenta. Cruzaba a paso presto las galerías altas del claustro grande hasta llegar, un minuto después, a la escalinata de motivos mudéjares y barrocos. Esta lo conducía al coro, —que fungía de sala capitular y de oración—, justo cuando comenzaban a llegar los frailes más madrugadores. Tras atravesarlo, alcanzaba la base de la torre en un minuto más. Un minuto y medio adicional le llevaba subir los doce escalones de la estrecha escalera de madera para salir a la fachada meridional de la iglesia, coronada por un largo antepecho de barbacanas onduladas sobre la plazoleta. Tres minutos más emplearía en remontar por el exterior la bóveda de cañón del templo, recubierta de tejuelos vidriados —verdes, cafés, ocres, negros, aunque ahora todos grises a causa de la ceniza— y provista de escalones de mampostería para subir y bajar por ella, hasta llegar al otro lado de la base del campanario.

Al hermano Guido su cargo de campanero le concedía el privilegio de dominar desde lo alto el convento máximo de los frailes mercedarios, en la vasta manzana comprendida entre las calles de la Muralla, al norte; de la Puerta Falsa de la Merced, al sur; del Cajón de Agua, al este, y de El Tejar, al oeste, como desde el paseo de ronda de una ciudad celestial, con los mismos recovecos y vías contortas de la Muy Noble y Muy Leal, que, allá abajo, todavía dormía, pero libre de sus afanes e indecencias.

Entonces, encorvándose, ingresaría a la torre por la reducida cavidad sin puerta, horadada para el efecto en la base de su muro septentrional, y treparía los veintiséis escalones de la larga y cimbreante escalera de madera que le conduciría a la cámara de las campanas. Ahí, rodeando a la gigantesca campana llamada "Nuestra Madre", de dos varas y un pie del asa al labio, colgaban del arco septentrional la "Nolasca" —así bautizada en honor del santo fundador de los mercedarios—, y, de los otros tres arcos, cinco campanas más, afinadas en clave de sol. Para llamar a *prima* el hermano Guido sonaría aquella afinada en re.

Sentado en el antepecho del arco septentrional, el hermano Guido esperaría, sin perder de vista, abajo, al reloj de sol instalado sobre la cupulina del lucernario de la capilla de san Pedro Armengol, hasta el momento exacto en que marcara las seis horas, con el primer resplandor del día. Esa era su señal. En ese instante agitaría con fuerza la gruesa cuerda que accionaba el badajo de la campana.

Esta madrugada, el hermano Guido había cumplido ya esa rutina de manera exacta aunque casi inconsciente a causa del sueño, del que le costaba sacudirse tan temprano. Ahora se encontraba ya sentado arriba, en la cámara de las campanas, los ojos a punto de volver a cerrársele, mientras esperaba el primer resplandor matutino abajo, en el cuadrante del reloj, para comenzar a batir la cuerda.

En eso, al sentir por instinto que el momento había llegado, abrió los ojos y al posarlos otra vez sobre el reloj de sol, ahora iluminado con un grado de claridad apenas mayor, distinguió lo que parecía una silueta humana arqueada de espaldas sobre el instrumento, el torso atravesado de parte a parte por el *gnomon* que le sobresalía del

abdomen. Los brazos extendidos a los lados daban a la escena un aire casi místico, como de crucifixión.

¡ Tannn! Un solo repique tañó esa mañana la campana de la Merced, causado por un espasmo incontrolado del campanero despavorido.

Sin perder un segundo, el hermano Guido desanduvo a la carrera su camino en las alturas, la prisa refrenada por temor a un resbalón, el hábito blanco al viento. Cuando ingresó al coro, sudoroso y jadeando, los monjes que se encontraban ya en sus puestos en la sillería para iniciar la hora canónica, lo oyeron exclamar, con voz de terror:

—¡Un muerto! ¡En el reloj de sol! ¡Hay un muerto en el reloj de sol, Santo Dios! ¡Santo Dios!

Extracto de la información rendida por
los Tenientes de Alguacil don Nuño Olmos y don Benito Sánchez
el 28 de julio de 1768

[…] Llegados que fuimos a la iglesia de Nuestra Señora de la Merced y señalado que nos fue por fray Guido Rodríguez el lugar donde él había hallado el cadáver esta mañana a las seis, hemos hecho la vista de ojos de los susodichos lugar y cuerpo cuyos estados quedan asentados en este informe para más completo y mejor conocimiento de Vueseñoría. El cadáver se encuentra encaramado sobre el reloj de sol de piedra que sirve al hermano campanero para tocar las diferentes horas litúrgicas del convento, que se encuentra sobre la cupulina del lucernario de la capilla del santo Armengol, ubicada justo debajo, en la nave septentrional de la iglesia. El cuerpo está echado de espaldas sobre el canto superior del cuadrante del reloj y está sujeto a este por su propio peso y por haber sido traspasado su abdomen con el gnomon del reloj, lo cual impide que este se desplace. Para alcanzar el punto donde se encuentra el cadáver hemos debido subir por el interior del convento hasta la cubierta de la

> iglesia, desde la cual se accede a la base de la torre del campanario, pero en lugar de subir por este hemos descendido hasta el nivel de la cubierta de la nave lateral septentrional del templo, justo por encima de la capilla del santo Armengol. El muerto viste camisa de bayeta marrón, calzón de lana negra, *zamarro* de cuero y calza botas de montar. Hemos procedido a desprender del reloj al cadáver y, en el primer plano que hemos hallado, lo hemos despojado de su vestimenta a fin de identificar las heridas y lesiones que pudiera tener, no encontrando más que la provocada por el gnomon del reloj, con trayectoria de ingreso por la parte lumbar derecha de la espalda, cercano a la columna vertebral, y salida un poco a la izquierda y arriba del ombligo, herida que, sin embargo, fuera de unas pocas gotas de sangre que han manchado la camisa por el lado de la espalda, no ha sangrado con profusión, como se esperaría de una perforación abdominal. Existe también una contusión marcada por un hematoma del tamaño de una *macuquina* de ocho reales en medio del pecho y otra en el cráneo, a la altura de la coronilla. No se han identificado heridas o laceraciones adicionales que pudieran ser el origen de su muerte, pero un análisis del cadáver por el médico revelará una causa probable. El deceso ha sido constatado por la ausencia de aliento en su boca, narices y pecho y por la falta de palpitaciones del corazón. Se trata de un individuo de raza aborigen, de sexo masculino, de estatura mediana, complexión delgada, piel cobriza, pelo negro cortado al rape, ojos marrones, nariz ancha y chata. De edad probable de veinticinco años. Ninguno de los presentes ha sabido identificar el cadáver […].

Mientras Benito Sánchez se encargaba de los arreglos del traslado del nuevo cadáver al hospital San Juan de Dios, para examen del doctor Espejo, Olmos decidió dirigirse a casa del alguacil mayor para informarle del nuevo asesinato.

Aunque, por lo general, habría debido esperar a que Logroño llegase a la c árcel de corte para reportar el infausto acontecimiento, en esta ocasión Olmos creyó que la noticia era de importancia suficiente como para transmitirla de urgencia, pues nunca antes

habían tenido en la ciudad tres asesinatos de individuos no identificados y en circunstancias del todo fuera de lo común, pero, sobre todo, tres asesinatos irresueltos. Sabía que la noticia causaría ira y alarma a don Sebastián, pero en esta situación lo mejor era que su superior se enterara cuanto antes, aunque no fuera sino para que cualquier responsabilidad no pudiera serle achacada después solo a él. Además, habiendo departido con el alguacil mayor el festejo de la noche anterior, quería creer que su actitud sería algo más benigna.

Al llegar a casa de los Logroños, en la calle del Colegio de San Fernando, Olmos fue conducido a la biblioteca, donde el alguacil mayor le aguardaba, sentado tras su escribanía.

—¿Qué es tan urgente que no puede esperar a que yo llegue a la c árcel de corte, Olmos? —inquirió don Sebastián, con su habitual menosprecio.

"Actitud más benigna y un carajo", se dijo Olmos en silencio.

—He venido a reportar un nuevo asesinato, vueseñoría —informó Olmos, vacilante—. Esta vez en la iglesia de la Merced. Individuo desconocido. La escena, sin duda, ha sido también preparada. El cadáver será examinado por el doctor Espejo en unos minutos.

—¡¿Otro asesinato?! ¡Con este van tres! —exclamó Logroño sin poder evitar hablar a gritos—. ¡Pero qué es lo que está pasando en esta ciudad, por el amor de Dios! ¿Es que nos estamos volviendo locos?

—Sin duda la situación es excepcional. El problema hasta ahora ha sido que no logramos identificar a ninguna de las víctimas. Y ahora se nos suma una tercera, también sin identidad.

—¿Me dice que esta también parece una escena montada?

—Así es, vueseñoría. De nuevo parecería que la víctima ha sido llevada ya sin vida al lugar donde la hemos encontrado; no hay en la escena la cantidad de sangre que se esperaría de una herida producida por el gnomon del reloj de sol.

—¿Reloj de sol?

—Sí, vueseñoría. La víctima, un hombre joven, fue ensartada en

el reloj de sol del que se sirve el campanero de la Merced para tañer la liturgia de las horas.

— ¡¿ Allá arriba?! —más que una duda, la pregunta aludía a lo insólito de la escena del crimen.

—El fraile campanero encontró el cuerpo esta madrugada a las seis y dio noticia al alguacilazgo al instante. Hemos hecho ya el reconocimiento del lugar.

El alguacil mayor guardó silencio un momento.

—Esto rompe el patrón establecido, Olmos. Hemos dejado el barrio de San Sebastián. Ahora la escena del crimen se ha trasladado al otro extremo de la ciudad.

—Así es, vueseñoría. La vecindad de las iglesias, que parecía ser el rasgo común de los asesinatos, ya no lo sería. Por ahora, lo que guardan de similitud los tres crímenes es que las tres víctimas son hombres, que han sido llevados muertos a tres iglesias y que no conocemos a ninguno de ellos.

El alguacil mayor pareció perder de pronto la paciencia.

—Olmos, vaya de inmediato al hospital y vea qué luz puede echar ese tal Espejo sobre el nuevo crimen. Enseguida, venga a reportármelo.

—Como usted ordene, vueseñoría —contestó Olmos ya desde la puerta—. Hasta luego.

— 17 —

Olmos se palpó el muslo a través de la casaca. En el interior de la faltriquera la carta del padre Aguirre esperaba a ser leída.

> Conoces ya cómo discurre el largo periplo entre Quito y Guayaquil, con todos los riesgos y desgracias que suelen entrañar los desolados senderos paramunos de la serranía, el tortuoso camino de descenso a la costa y el tramo por río desde Bodegas hasta el puerto sobre el río Guayas, de modo que no te agobiaré con descripciones molestas sobre tambos desaseados y pulgosos, descomedidos arrieros timadores, comidas inmundas, ampollas insoportables en posaderas y pies, según se cabalgase o se caminase, insufribles insectos y otras alimañas de las más variadas clases y sus ponzoñosas mordeduras. Y eso que, gracias a la nutrida escolta militar que nos acompañaba, no sufrimos el primero de los peligros que otros caminantes deben afrontar, como son los fortuitos encuentros con bandoleros agazapados en los arenales del Chimborazo o en el chaparro de la ceja de montaña. ¡Habría sido el mayor de los colmos que, a más de nuestra patria, fuéramos despojados también de los escasos dineros y enseres que llevábamos a nuestro destierro! Ello no ocurrió. ¡Bendito y glorificado sea Nuestro Señor Jesucristo por los siglos de los siglos!
>
> No obstante, frente a lo poco de malo que Dios puso en el camino como desafío a nuestra fe, muchas, en cambio, fueron las gracias que nos prodigó y que son objeto de nuestra gratitud a Él, que, viendo por nuestra seguridad y embeleso, trazó nuestra ruta al pie de altísimos volcanes coronados de nieve y, a veces, de explosiones de lava, rocas y columnas de vapor; selvas ubérrimas, pobladas de aves estridentes y bestiezuelas de todas las formas y pelajes; vegas verdes y feraces, atravesadas por anchos ríos de apariencia inmóvil, de tan caudalosos.

Puso también Dios en nuestro paso pequeños y pobres caseríos que sin falta nos recibían con grandes generosidad y calidez. Incluso media legua antes de que llegásemos a cualquiera de ellos, una multitud, sobre todo de mujeres y niños, solía salir a nuestro encuentro, trayéndonos vituallas, ofreciéndonos posada, acompañándonos entre himnos religiosos a sus casas y pidiéndonos que no les abandonásemos… Te aseguro que, en más de una ocasión, me vi tentado por estas solicitaciones. No habría sido difícil escurrirse una noche cualquiera con la ayuda de estas buenas gentes y esconderse unos pocos días, para después… Para después, ¿qué? En algún momento lo discutimos con el padre Manosalvas, nuestro provincial que en paz descanse, y su consejo fue siempre el de cumplir la voluntad de nuestro monarca, no solo porque ese era nuestro deber como súbditos leales, sino también porque nada ocurre sin que Nuestro Padre Dios así lo disponga. Y que si hoy nos veíamos abocados a esta gran tragedia era porque Él mismo, en Su profunda sabiduría, veía que podíamos obrar a Su mayor gloria en otros lares y que ese era el único norte que debíamos seguir. Pero, además, nos reflexionaba sobre la triste y dolorosa suerte que correrían quienes fuesen aprehendidos en la fuga y sus cómplices, reos de lesa majestad, y el daño que en lo posterior tal conducta podría causar al nombre de nuestra santa orden.

A fin de ajustar nuestro espíritu y nuestro intelecto para esta nueva y dolorosa etapa de vida en comunidad, dimos con mis hermanos jesuitas, conforme las incidencias del periplo nos lo permitieran, en realizar los Ejercicios Espirituales concebidos por nuestro padre San Ignacio. No solo nos causaba esto gran consuelo, sino que nos permitía ocupar el tiempo ocioso del viaje en forma provechosa. Con el paso de los días descubrimos que nuestro ánimo se alivianaba, nuestro dolor y nuestro quebranto por la partida se hacían leves frente a Cristo doloroso y quebrantado y concluimos en mantener esta saludable práctica; y así lo hicimos a pie, a lomo de mula o navegando. Benditos sean el Santo Nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que brindó tanto aquietamiento a nuestra alma, y de nuestro padre San Ignacio, que ideó tan portentoso instrumento.

Por fin, el 15 de setiembre llegamos al puerto de Guayaquil. Habíamos descendido desde Bodegas por el río Babahoyo durante tres días cuando, justo frente a la ciudad-puerto, vimos cómo a este se unía el

río Daule, algo menos caudaloso, para dar nacimiento al Guayas, verdadero río-océano. ¡Saltó mi corazón dentro del pecho al avizorar desde la popa de la balsa, aguas arriba, entre vapores, la lejana planicie donde se asienta el poblado de Daule, en que hace cuarenta y un años vi, por vez primera, la luz benéfica y esplendorosa del sol ecuatorial!

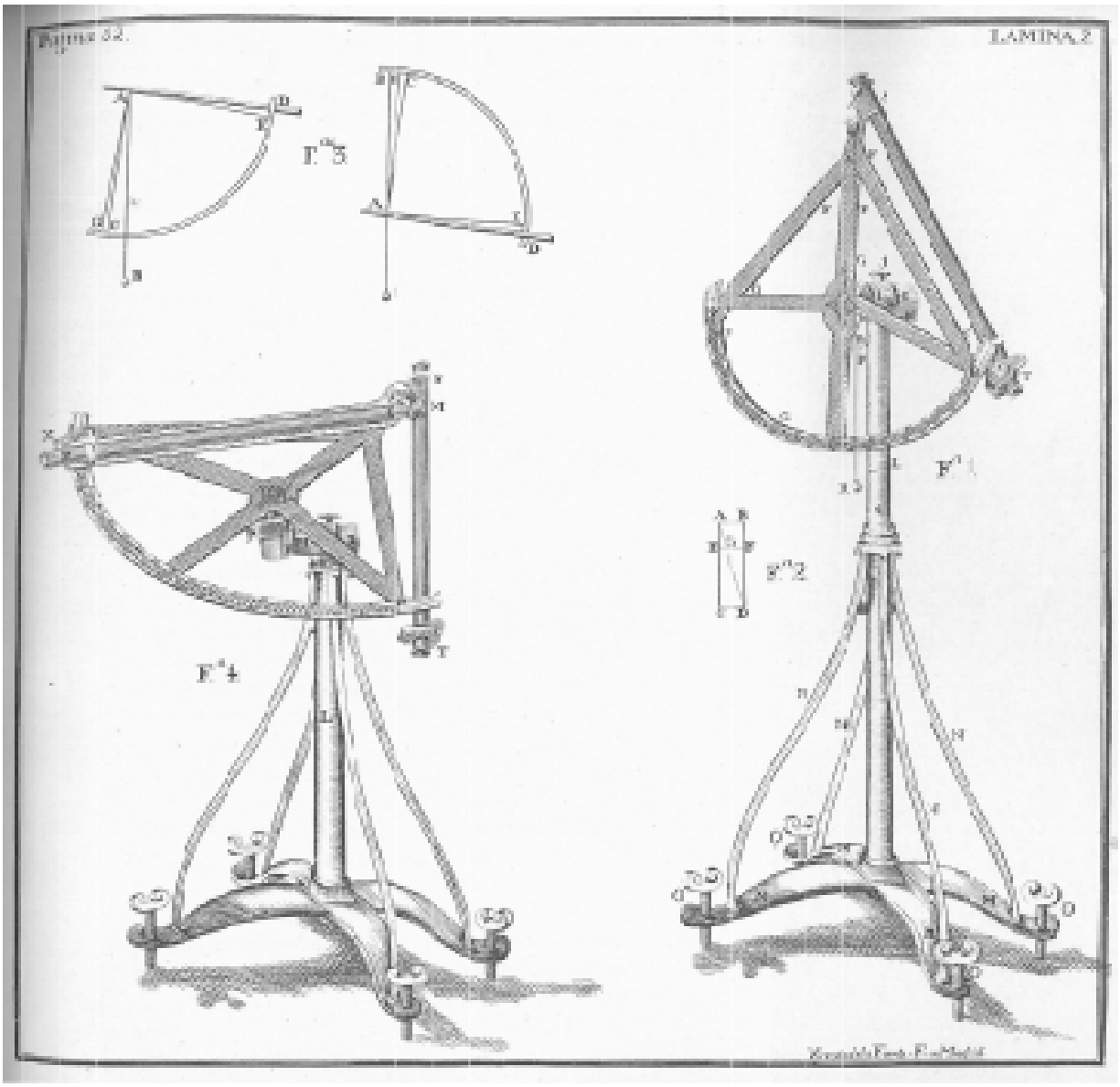
Minutos más tarde desembarcábamos en Guayaquil. No había pisado el puerto desde cuando partí a Tacunga, a mis doce años, para iniciar el noviciado en el colegio de esa villa. Y había olvidado lo verde que todo era allí y ese aire tibio que transporta perfumes de la selva y del mar, del alquitrán del astillero y de las frituras de pescado en los braseros esparcidos a lo largo de la calle de la Orilla. No recordaba tampoco lo bullicioso que podía ponerse el puerto entre los gritos y silbidos de los estibadores, las campanadas de la torre de la Sala Consistorial, los cacareos de las gallinas que esquivaban toda clase de tráfico en el barrizal de la calle, los anuncios a voz en cuello de los comerciantes que vendían toda mercancía imaginable.

En Guayaquil pasamos dieciocho días que dedicamos a reponernos del penoso viaje desde Quito y a ver incrementarse nuestras tristes huestes con los jesuitas que estaban ya en la ciudad: los del colegio de San Francisco Xavier de Guayaquil, los que habían llegado de Cuenca y Loja, y los del resto de la provincia quitense. Cuando hubieron llegado todos, éramos ciento sesenta y siete.

No fueron de esta cuenta los hermanos que provenían de las misiones de Archidona y Mainas, que no podrían llegar al puerto sino hasta el venidero año, pues las escarpadas serranías y ríos torrentosos que separan esas misiones solo se transitan de año en año y en puntual tiempo comprendido entre los meses de octubre y diciembre, y eso no en cabalgaduras sino a hombros de los naturales.

— 18 —

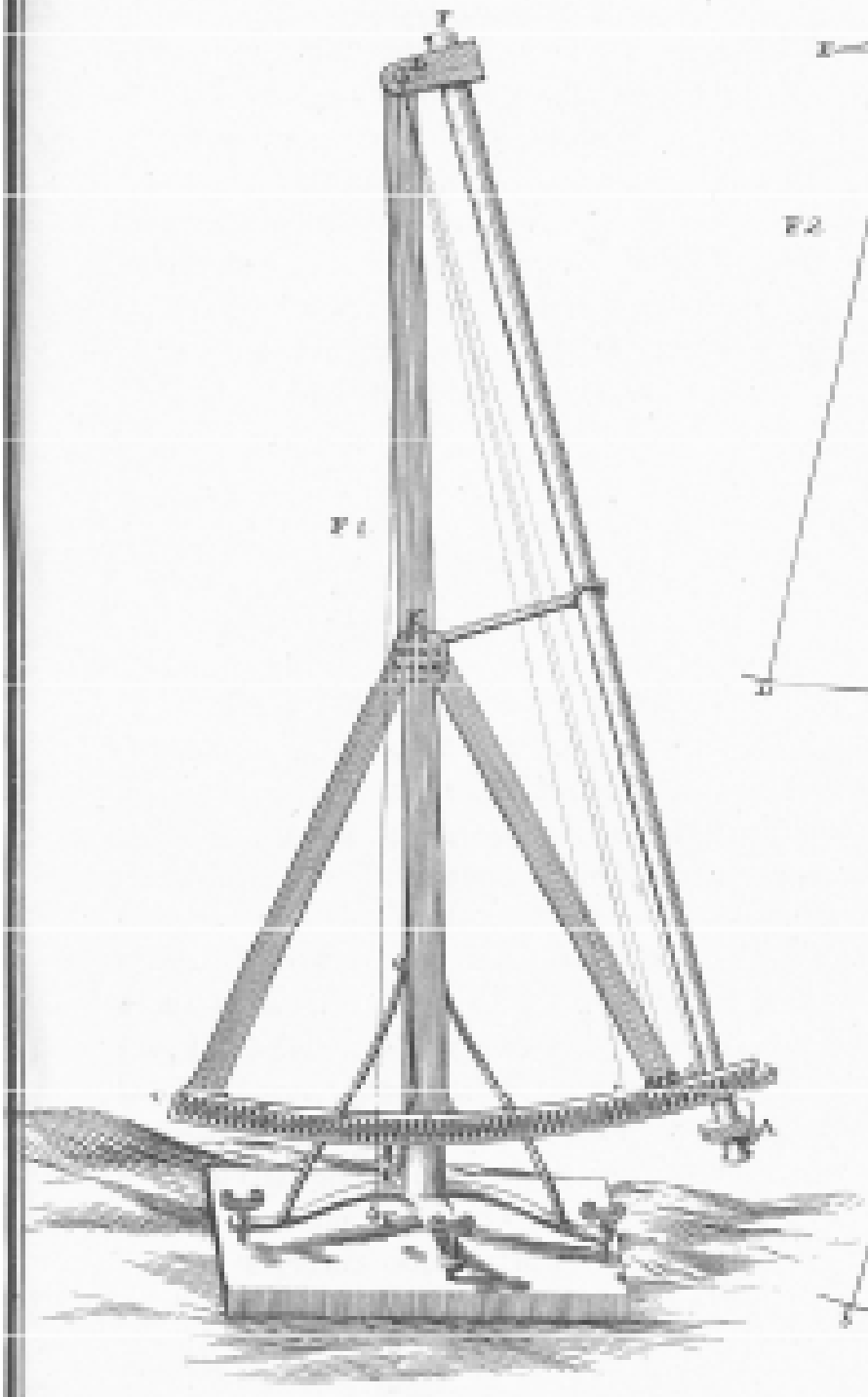
El cuadrante o cuarto de círculo que utilizaban los sabios académicos para hacer sus mediciones consiste en la cuarta parte de un círculo de hierro de 22 pulgadas de diámetro, cubierta por delante por una lámina de latón, de igual tamaño y forma, marcada con las divisiones de los grados y minutos, que se llama "limbo". Este cuadrante está sujeto por una columna cilíndrica que gira en cualquier dirección respecto de su propio eje y puede ser usado en sentido horizontal, como una mesa digamos, o vertical, como un reloj de sol. La columna reposa sobre un pedestal de cuatro pies, que pueden ser adaptados cada uno a las irregularidades del terreno gracias a cuatro tornillos, de suerte que la columna mantenga siempre la vertical perfecta.



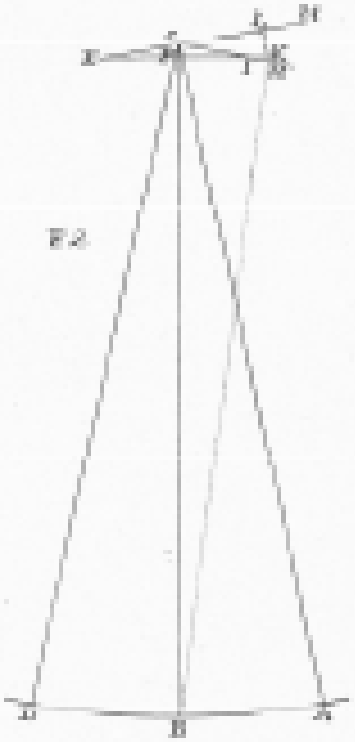
El cuarto-de-círculo o cuadrante

De la pieza metálica situada en el vértice del cuadrante (que sería el centro del círculo completo) cuelga una bala de plomo mediante un cabello que indica la posición vertical y, en las divisiones marcadas en el limbo, señala la altura observada. Ubicado también entre el vértice del cuadrante y un extremo del limbo está un anteojo (de longitud algo superior a las 22 pulgadas), a través del cual se fija la estrella específica que se encuentra en el cenit del sitio de observación y se determina en el limbo el ángulo que forma la altura de dicha estrella con el horizonte, a fin de establecer la latitud exacta del lugar de observación.

Más exacto, en teoría, que este cuadrante, aunque también montado en un soporte de cuatro patas regulables, el doceavo-de-círculo de 12 pies de radio es, en función y apariencia, similar al cuarto-de-círculo. Se diferencia de este en que su arco es de apenas 30 grados —una doceava parte de la circunferencia—, mientras el cuadrante tiene 90. En cambio, la medición que con él se toma es de mucha mayor precisión. Al tener un radio de 12 pies de largura, esos 30 grados permiten divisiones de minutos e incluso segundos más fáciles de medir en el limbo mediante las trasversales. En lo demás es igual al cuarto-de-círculo y de la misma manera opera.



F 1



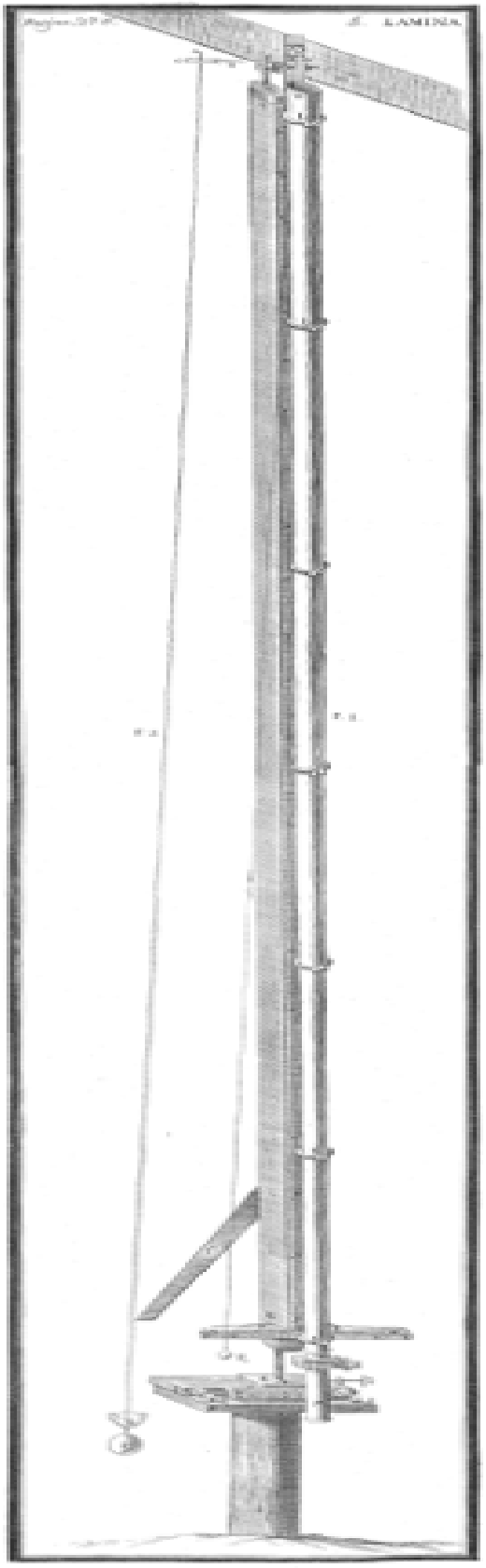
F 2



F 3

Disegnata nella fonderia F. in Als.

Todos los instrumentos que trajeron los sabios académicos habían sido fabricados en la Francia por los ingenieros más ilustres y con los mejores materiales disponibles. Ese fue el motivo de que se nos encomendara a los aprendices guardarles y protegerles con nuestra propia vida, llegado el caso, el cual, por fortuna nunca llegó. Pero sí, en cambio, casi siempre fue necesario adaptarles a las particulares y diferentes condiciones del Reino de Quito, según las muchas y muy variadas necesidades.


Pag. 37 &c.
5. LAMINA.

El telescopio perpendicular de 20 pies de largo

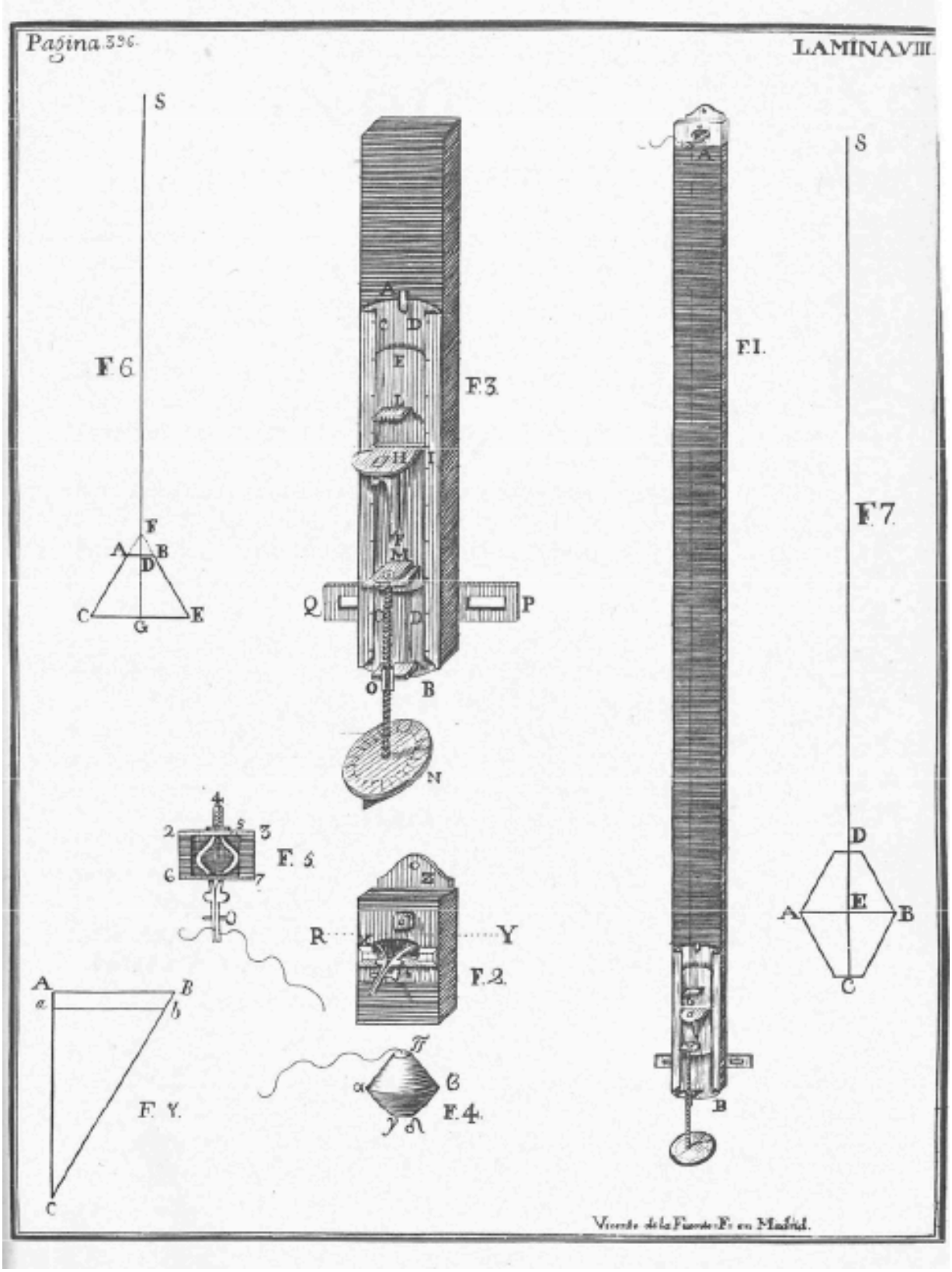
Fue así como, por ejemplo, *mesiú* Godin desarrolló el telescopio perpendicular de 20 pies de largo, para aumentar la exactitud de las mediciones que se lograban con el cuarto-de-círculo. Tratábase de un anteojo de cañón de 20 pies de longitud sujeto a una columna de madera de similar medida. Ambos, columna y anteojo, hallábanse sujetos por el extremo superior a una viga de un pie y medio de grueso, que atravesaba lo alto de la casa, y por el extremo inferior descansaban sobre un mecanismo que permitía moverlos en todas direcciones, mediante tornillos que actuaban como manivelas, con el propósito de permitir al observador alinear con exactitud el visor del anteojo con la estrella que había sido escogida en el cenit del firmamento; este mecanismo se apoyaba en un cilindro de madera clavado una braza dentro de la tierra y quedándole fuera la longitud de dos pies. Del mismo punto de la viga en la que se hallaba sujeto el anteojo colgaba un hilo de pita con su extremo inferior de finísimo hilo de plata, del que colgaba un aplomo. El ángulo en que se desplazaba el anteojo era marcado por el hilo de plata sobre un limbo colocado en sentido transversal a la columna de madera, ubicado en su parte más baja. Si el hilo —y, por ende, el anteojo— se encontraba en medio del limbo, formaba con el aplomo un ángulo igual a la distancia de las estrellas en el cenit.

Los sabios realizaban cada medición una y otra vez hasta estar del todo seguros de que quedase bien hecha, aunque sabían que nunca dos mediciones resultarían idénticas, debido a factores presentes en toda observación, como la dilatación o contracción del metal de los instrumentos por el calor y el frío del ambiente, la deformación de sus componentes de madera por efecto de la humedad y el calor, la acción del viento sobre la estabilidad del aplomo, etc. Ocurría en ocasiones que tomaban diez veces la misma medida y obtenían diez resultados distintos; en ese caso calculaban la media de todos esos resultados y a esa la daban por definitiva y la registraban. Y, para mayor abundamiento, estaban las medidas aún duplicadas por los dos equipos antagónicos.

Nunca entendimos los *guambras* ayudantes para qué medían

tantas veces lo mismo y lo mismo, llenando cuadernos y cuadernos con, por ejemplo, los tiempos de las oscilaciones del péndulo en cada lugar donde nos deteníamos a hacer otras observaciones. "Redundancia —contestaban los sabios—, tan poco recomendable cuando se trata de cumplir una misión dentro de un plazo exacto, pero indispensable cuando se requiere certeza en las mediciones". Por eso, cada resultado, ya diez veces medido, los sabios trataban de confirmar por otros métodos también.

Es así como utilizaron el péndulo para confirmar lo que habían venido a buscar a Quito, a saber: la forma de la Tierra.


Pagina 396.
LAMINA VIII.
S
F 6.
F
A
B
D
C
E
G
F 3.
A
C
D
E
L
H
I
M
Q
P
O
B
N
F 1.
A
B
S
F 7.
D
A
E
B
C
2
5
3
6
7
F. 5.
R
Y
F 2.
A
B
a
b
C
F. Y.
a
B
F 4.
Vicente de la Fuente Fc en Madrid.

El péndulo

Consiste el péndulo en un peso que cuelga de un hilo y que se pone a balancearse de un lado al otro para medir la extensión de su oscilación extrema en un tiempo dado. El que trajeron los sabios franceses era bastante más complejo que lo que esta breve descripción provee, pues estaba constituido por una regla de madera de dos pulgadas de ancho por cuarenta y cuatro pulgadas de largo, que se suspendía contra una pared en verticalidad perfecta, en cuyo extremo superior tenía una cajita con una pinza metálica en su interior, que sostenía el hilo; y, en su extremo inferior, el mecanismo de medición, sobre el cual el aplomo de bronce con forma de duplo-cono, que pendía del hilo, señalaba la oscilación.

Este instrumento era colocado en un cuarto bien abrigado, con todas las puertas y ventanas cerradas y todas las rendijas tapadas, para que el viento no se colase ni alterase las oscilaciones del péndulo. Como a lo largo de toda la observación debíamos estar próximos al instrumento, también nos cubríamos boca y narices para que el aliento no alterase las oscilaciones. Al lado del péndulo se colocaban también un reloj de péndola, calibrado antes con precisión, y un termómetro para registrar el grado de calor en el momento de la medición, de modo que pudieran compararse diferentes resultados. Los académicos eran exigentísimos del cumplimiento de estas precauciones, indispensables para obtener resultados confiables. Los aprendices, aunque las cumplían y comprendían su propósito, no podían evitar, en sus momentos de descanso, ya sin la presencia de los sabios, burlarse de esos extremismos, tapando con papel y trapos las hendijas de las puertas de nuestros alojamientos, entre guasas y chascarrillos. Yo no hacía eso; entendía sus motivos y les reía sus chanzas, pero marcaba bien mi distancia, pues sabía que nada hacían los sabios que no tuviera una razón exacta y necesaria.

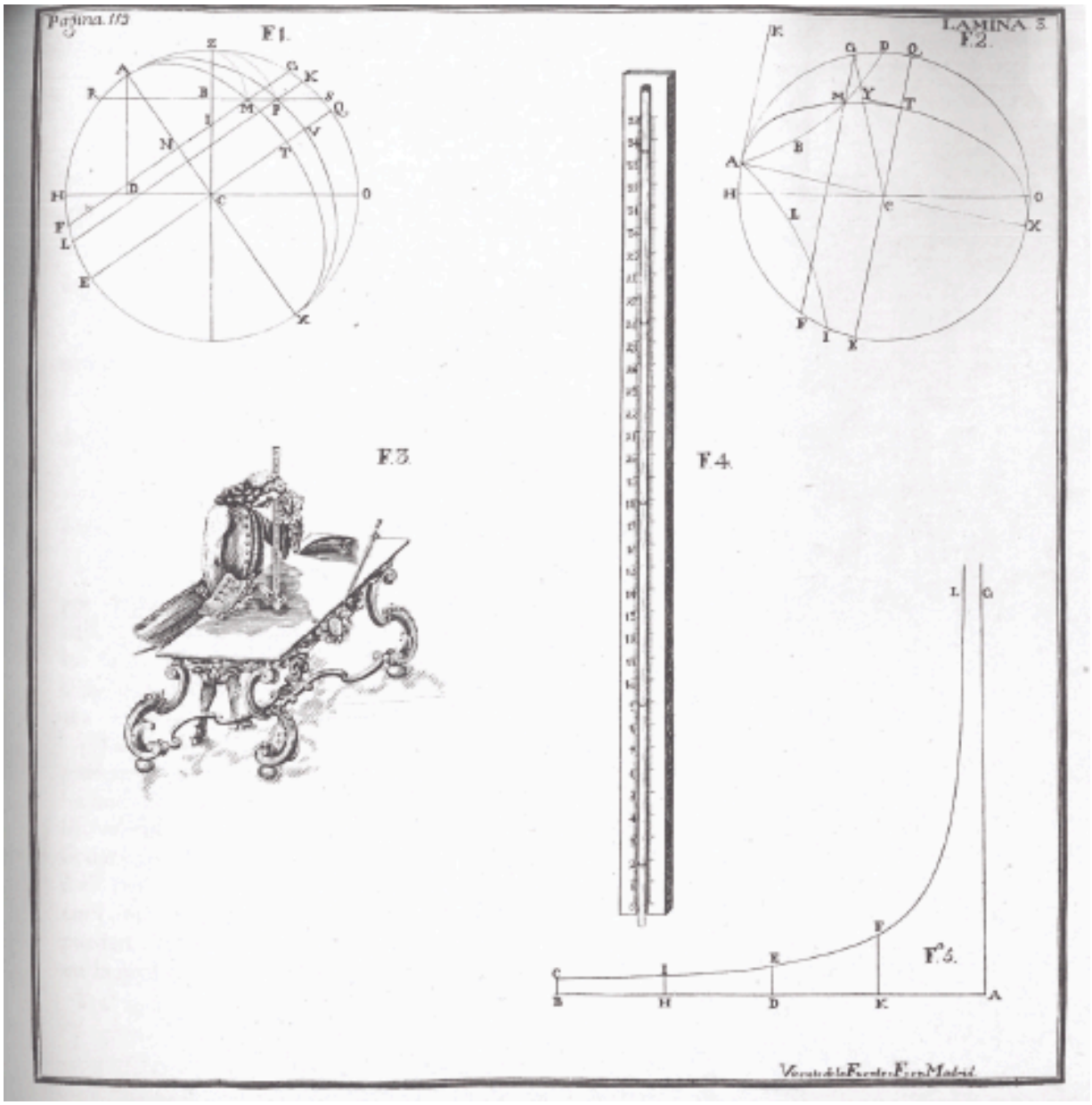
Para realizar la medición, que solía durar una, dos y tres horas, se ponía a oscilar el péndulo no más del ancho de la regla de madera y, cuando coincidía en sincronía el inicio de una oscilación tanto de la péndola del reloj como del hilo del propio péndulo, se comenzaba a contar: cero, uno, dos, tres, etcétera, hasta determinar

cuántas oscilaciones perdía o ganaba el péndulo durante la observación, respecto de las del reloj.

Fue el péndulo, entonces, la herramienta que se usó para determinar la pesantez según el grado de latitud, con el propósito de reafirmar las observaciones hechas para determinar el largo del grado de meridiano terrestre.

Era conocido, aunque no había sido comprobado en el terreno , que el péndulo en el ecuador completa con un hilo más corto que en cualquier otra latitud su oscilación durante un tiempo medio determinado o, lo que es lo mismo: que un péndulo demora más tiempo en completar su oscilación en una latitud más alta que en la de los cero grados. Esto era pertinente a la medición del arco del meridiano y la consiguiente determinación de la figura de la Tierra, puesto que el tiempo medio de la oscilación del péndulo es equivalente a la pesantez de los cuerpos: más corto (y por lo tanto más liviano) en el ecuador, más largo (y por lo tanto más pesado) en cualquier otra latitud. Y, en conclusión: como lo que estábamos tratando de demostrar era que la figura de la Tierra era la de un esferoide lato, un zapallo ensanchado en el ecuador, estos resultados conseguidos con el péndulo, de oscilaciones con hilo más corto mientras más cerca de la línea del equinoccio nos encontrábamos, abonaban las mediciones geodésicas con los instrumentos astronómicos.

Otra forma que utilizaron los sabios europeos para comprobar sus mediciones, a través de diferentes instrumentos, fue mediante el barómetro de Torricelli: un tubito de vidrio de tres líneas de diámetro exterior y de 30 a 36 pulgadas de largo, sellado por un extremo, que contiene *azogue* en su interior. Sumergido por el extremo abierto en una escudilla llena también de azogue, la sustancia que está contenida en el tubo no se vacía del todo, sino que queda elevada a unas 28 pulgadas por sobre el nivel de la escudilla.



El barómetro de Torricelli

El barómetro sirve para medir la pesantez del aire, pues, al gravitar este, desde lo más alto de la atmósfera, sobre toda la superficie del azogue contenido en la escudilla, la columna de aire empuja al azogue de la escudilla para que ascienda dentro del tubo de vidrio, de modo que la altura que el azogue alcanza en el extremo del tubo es proporcional a la gravedad o presión que el aire ejerce. De esta manera, las medidas del azogue en el barómetro serán mayores en las profundidades que en las cumbres, ya que en

aquellas es mayor que en estas la columna de aire que gravita sobre la escudilla. Así, las medidas de la presión atmosférica tomadas con el barómetro pueden indicarnos las alturas de los sitios donde se realizan las experiencias.

Haciendo uso del barómetro se llegó a determinar que la planicie de Caraburu, donde iniciamos nuestras mediciones del arco del meridiano, está a 1 267 ½ toesas sobre la superficie del mar; la ciudad de Quito, a 1 517; Cuenca, a 1 402; Riobamba, a 1 728; y la cumbre del Pichincha, a 2 471 ½.

Esta última medida pone al Pichincha muy por encima de cualquiera de las cimas nevadas de Europa que han sido medidas con precisión. Así, por ejemplo, la Pica del Canigó, en los Pirineos, mide 1 440 toesas, según medición hecha por el mismísimo Cassini. El monte llamado Gemmi, en el cantón suizo de Berna, mide 1 685 toesas, según reportan las *Philosophical Transactions.* Y el Pico de Tenerife, mucho más alto que cualquiera de las cumbres europeas, mide 2 193 toesas, pero con eso no supera al Pichincha y mucho menos se acerca a la altura del Chimborazo, nevado próximo a la villa de Riobamba, que mide 3 380 toesas, o sea más de una legua marina.

Al terminar sus mediciones, los sabios iniciaron el regreso a sus países. Su permanencia en estas tierras se había extendido por ocho años y todos tenían prisa por retornar a rehacer sus vidas en sus lugares y oficios de origen, después de un lapso en que, para sus familias, amistades y entidades sapientes a las que pertenecían, ellos habían desaparecido de la faz de la Tierra. Los primeros en partir fueron los dos tenientes españoles, que marcharon a Guayaquil, para, desde ahí, navegar a Lima con el propósito de pedir pasaje a España. Nunca volví a tener noticias de don Antonio de Ulloa. Algunas cartas que le escribí no tuvieron respuesta, acaso porque su vida de marino le impidió tener domicilio fijo al que pudiera llegarle mi correspondencia; aunque también puede que

simplemente no haya tenido tiempo o interés en contestarme.

Ese tiempo junto a los sabios franceses y españoles cambió mi vida para siempre. Aprendí de ellos, en especial de don Antonio, todo lo que llegué a conocer de la Física y la Astronomía y de las demás ciencias. Y el honesto oficio de relojero con el que me he ganado el pan desde entonces, le debo a *mesiú* Hugot. Poco importaron las privaciones y sacrificios que tuve que sufrir durante esos ocho años en que recorrí a su lado el Reino del Quito, de norte a sur, y conocí su geografía y su gente, con taras innegables, que incluso reconozco en mí mismo, pero por lo común buena y laboriosa.

Con el tiempo, construí mis propios instrumentos de medición, no tan perfectos como los que ellos trajeron, pero suficientes para emprender mis propias observaciones. En mi modesta casa de las alturas de Puengasí he adaptado un sencillo espacio con esos instrumentos y no ha habido noche despejada en que no haya apuntado el anteojo de cañón hacia el firmamento para consignar mis registros y para seguir explorando la magnífica obra del Creador, ajeno a la maldad de esta tierra, en que tanto he sufrido.

— 19 —

—Otro muerto viajero —pronunció Espejo, a manera de conclusión frente al cadáver desnudo del hombre traído de la iglesia de la Merced—. Y, por lo tanto, quizás, otra escena montada. Esta herida con trayectoria dorso-abdominal —señaló con el índice el orificio de salida al lado del ombligo—, causada por el gnomon del reloj de sol, no es la que le provocó la muerte, pues le fue infligida ya cadáver.

—De hecho —intervino Olmos—, no había restos de sangre en la superficie del reloj de sol ni en su base. Es claro que el cadáver fue reubicado ahí.

—Pero no encuentro ninguna lesión que pudiera haberle causado la muerte. Y, aunque esta contusión, en plena punta xifoidea del esternón, muy cerca de la perforación de salida del gnomon, debe haber sido causada por un golpe fuerte, no es a mi parecer suficiente para matarle. Esta otra —y levantó la cabeza del cadáver —podría haberle matado, pero es difícil determinarlo.

—¿Cuánto tiempo cree usted que tiene de muerto?

—No sé: ¿tres, cuatro días? La piel está verdosa, pero ya comienza a cambiar de color.

—¿Podría ser que el hombre fuera asfixiado? —inquirió Sánchez.

—Podría, pero no me parece. Incluso la sofocación deja ciertas señales. Si fue estrangulado, habría marcas en el gaznate. Si se le asfixió tapán dole nariz y boca, alguna señal quedaría en el rostro. Y, en cualquier caso, subsistirían huellas de que opuso resistencia. Y nada de eso hay.

—Entonces, ¿cuál podría ser la causa de la muerte, doctor?

—Ya lo he dicho, podría ser el golpe en el cráneo, pero f íjense

ustedes en esto — señaló Espejo, mientras con los dedos pulgar e índice separaba los párpados de cada ojo del cadáver—: las pupilas de este hombre están contraidísimas, como cabezas de alfiler, cuando lo normal al morir es que queden abiertas.

—¿Y qué es lo que podría haber causado esa contracción? — preguntó Olmos, intrigado.

—No tengo ninguna seguridad, pero podría tratarse de algún bebedizo que el asesino haya podido administrarle…

—En tal caso estaríamos hablando de muerte por envenenamiento, ¿es eso?

—Es una posibilidad…

En la recámara adyacente a la alacena, accesible solo por el exterior del segundo patio del hospital de San Juan de Dios, en el ala de la cocina, el doctor Espejo había dispuesto que se depositaran los dos cadáveres embalsamados. Había escogido ese cubil, ocupado tiempo atrás para criar cuyes por hallarse resguardado de la luz del sol y estar bien ventilado por un tragaluz elevado, al que hizo cubrir con un lienzo de tejido de crin de caballo, hecho por los cedaceros de Guangopolo, al pie del Ilaló, a fin de evitar que cualquier sabandija se colara. Ello permitía mantener una temperatura y un ambiente lo bastante secos como para que el embalsamamiento surtiera su mejor efecto. Los dos cuerpos reposaban, envueltos en sus sudarios, sobre dos poyos hechos de ladrillos apilados.

Esa tarde, Espejo había acompañado a una india flaca y menuda a reconocer los cadáveres; vestía pollera, chal y sombrero. El médico la guio hasta la cuyera y abrió la puerta. Con dos dedos levantó el sudario del primer cadáver. La mujer tuvo un sobresalto, pero negó con la cabeza. Entonces Espejo levantó el segundo sudario. Esta vez la mujer no se estremeció, se quedó mirando al muerto por largos segundos y asintió con la cabeza. En su rostro no había dolor, solo un gesto de resignación.

—Mi marido mismo es. Grabiel Caiza se llama.

Cuando se le informó de que uno de los cadáveres había sido identificado, Olmos corrió al hospital. Ahí encontró a la viuda.

—Señora, buenos días. Le tengo que hacer algunas preguntas, por favor. ¿Puedo?

Ella permaneció en silencio.

—¿Cuál es su nombre?

—Rosario Guzñay, a su mandar, patrón.

—¿El hombre que vio adentro es su marido?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Gabriel Caiza es su nombre?

Volvió a asentir.

—¿Dónde vivía?

—En la hacienda Saguanche, en Turubamba. Ahí ocupamos la casa del mayordomo.

—¿Su marido era el mayordomo de Saguanche?

Asintió otra vez.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio?

—El viernes último. Cobró el jornal y se fue a beber. Así sabía hacer todas las semanas.

—Eso viene a ser viernes 22. ¿Y no le pareció extraño que no volviera al día siguiente?

—¿Al día siguiente? ¡No! Si él sabía venir el domingo de noche, hasta lunes sabía venir... Pero no apareció ni lunes ni martes. Ya desde el lunes mismo había yo estado preguntando por él en la fonda de La Magdalena, donde sabía ir. Pregunté y pregunté, pero me dijeron que el viernes mismo se había ido. Por eso vine a buscar a Quito. En la cárcel me dijeron que había dos muertos en el hospital.

—¿Está segura de que el muerto es su marido?

—Él mismo es. Treinta años hemos estado juntos, ¡qué no le he de reconocer!

—¿Sabe de algún enemigo que él tenía?, ¿alguien que pudiera querer matarle?

La mujer se quedó callada unos segundos.

—El Grabiel tenía otras mujeres —la viuda miraba al suelo mientras hablaba—. Alguna de esas, o los maridos, de repente habrán querido matar. Una vez también pensé matarle yo misma, por traicionero.

—¿Le mató usted? —preguntó Olmos a quemarropa.

—No, pues, patrón. No lo maté yo. Solo pensé, le estoy diciendo. A veces una piensa cosas del puro despecho, pero no es para cumplir, es solo para quitarse el coraje. Él es el taita de mis guaguas, ¿cómo voy a matar al taita de mis guaguas? Además, así mismo son los hombres, puñalito de toda vaina, dicen… A mí, con tal que no pegue y dé para la comida…

"Además, usted no habría podido cargar solita el cadáver para embutirlo en el conducto de la Peña de Francia", dijo Olmos para sus adentros. Aunque, como siempre, enseguida se retractó íntimamente de su apresurada suposición. "Con las debidas herramientas y en las circunstancias adecuadas, hasta esta frágil mujer podría haber cometido el crimen".

—Vaya nomás a su casa, señora. Eso es todo por ahora.

—¿Cuándo me van a devolver el cuerpo para enterrar?

—Lléveselo cuando quiera; ya hemos terminado con él.

Al tiempo de pronunciarla, Olmos reparó en lo descomedido de su frase, pero ya era tarde; la viuda se alejaba hacia el portón de salida. Tampoco siquiera le había dado el pésame.

"Por fin una brecha", pensó Olmos, sintiendo por primera vez el

alivio de haber logrado algún progreso en esta investigación, tan esquiva desde el primer momento. Ahora, establecido el nombre de al menos una de las víctimas, todo debería ser más fácil, pues, a partir de ese dato, podía construirse una red de hechos y conexiones que, Dios mediante, podría conducir hasta el asesino. Era tal cual una telaraña, que se agrandaba hasta distancias insospechadas, a veces incluso estableciendo extensiones separadas, a diferentes alturas y profundidades, que ocupaban apartados rincones, oscuros e invisibles, pero que se mantenían unidas a la red principal apenas por un hilillo de seda. Y, siguiendo ese único hilo, se llegaba al inexorable centro de la malla, allí donde esperaba agazapada la temible depredadora, a la espera de la menor vibración del filamento imperceptible. Gabriel Caiza, el mayordomo de la hacienda Saguanche, dilapidador y mujeriego, había puesto a temblar la telaraña y sería cuestión de tirar del hilo, paciente, persistentemente, para dar, al final, con quien le había matado.

Era verdad que el peor de sus miedos se había materializado ya. Ahora tenía tres muertos, tres escenas montadas y tres escenografías que descifrar. Olmos seguía creyendo que a través de ellas el asesino intentaba enviar un mensaje, tal vez la explicación de por qué cometía esos crímenes, o cualquier otra cosa (a estas alturas de la investigación, toda conclusión era, por definición, prematura). Pero lo cierto era que la búsqueda tendría que tomar ahora un ritmo más acucioso, sobre todo si se quería evitar un cuarto asesinato, que nada permitía dar por descartado.

La aparición del tercer cuerpo en el campanario de la Merced había demolido cualquier hipótesis de que los crímenes estaban relacionados con el barrio de San Sebastián, en el extremo opuesto de la ciudad. Y ahora, con el hallazgo de que una de las víctimas vivía en Turubamba, todo indicio relacionado con la vecindad de las dos primeras iglesias podía quedar descartado. Mejor así, de todas maneras nada habían encontrado siguiendo ese derrotero.

"¿Qué es lo que los tres crímenes tienen en común?", era la pregunta que Olmos se hacía con insistencia. Cada una de las tres víctimas fue encontrada en una iglesia. Una colgando del

campanario, otra dentro del pozo de la cripta y la tercera sobre el reloj de sol. ¿Tendrían los asesinatos algún significado religioso? Todo indicaba que así era, si no ¿por qué dejarlas en las iglesias? Pero, en una ciudad sembrada de iglesias, ¿por qué aquellas tres en particular? Dos pertenecían a órdenes religiosas: la Peña de Francia a los dominicos y la Merced a los mercedarios; la tercera era de la diócesis y su párroco, un cura secular. ¿Qué relacionaba a cada víctima con cada iglesia o con quienes la regentaban? ¿Qué vínculo tenían las iglesias entre sí, más allá del simple hecho de que eran templos del culto?

Los tres asesinatos fueron escenificados, dispuestos en formas artificiosas, sobre todo sabiendo, como se sabía ahora, que ninguna de las víctimas había muerto en el sitio donde había sido hallada. Y, aunque el "embutido" de la Peña de Francia hubiera podido morir ahí, fue a causa de cómo lo forzaron en el interior del conducto, lo cual, de todas formas, parecía obedecer también a algún simbolismo aún ignorado.

Y también estaban los lugares específicos de los hallazgos. Un hombre colgado de un campanario. Otro metido a la fuerza en un pozo. Y otro empinado en un reloj de sol. ¿Qué relación había entre esos hombres? ¿Qué podían significar los sitios en que fueron descubiertos?

La sesera de Olmos bullía de preguntas sin respuesta. Y, mientras más se cuestionaba, muchas más surgían. Pero Olmos estaba, por fin, entusiasmado. Prefería esta excitación provocada por la incertidumbre y la incógnita, pero sujetando en la mano el cabo del hilo de araña, que la quietud desesperante de la ignorancia cierta.

Todo esto pasó por la cabeza de Olmos mientras caminaba a paso vivo a casa del alguacil mayor. Necesitaba contarle cuanto antes sobre la brecha que se había logrado abrir en la investigación. Sabía

que don Sebastián Logroño no llegaba a alcanzar grados de apasionamiento por una investigación similares a los que él y su compañero Sánchez conseguían con todo hallazgo favorable, y que lo único que le interesaba era encontrar soluciones prontas y meter a los culpables en la cárcel; pero necesitaba contárselo ya. Hasta podría ser —aunque rara vez ocurría— que el alguacil mayor aportara alguna idea constructiva que sirviera para adelantar la pesquisa.

Caminó, enérgico, las cinco cuadras que separaban el hospital de la casa de los Logroños, dejando atrás, sobre la calle del arco de la Reina, la capilla del hospital, con su pórtico tallado en piedra y una ventana octogonal, idéntica —nunca antes había reparado en ello— a la de la Peña de Francia; llegando hasta la plaza de Santo Domingo de Guzmán y cruzándola hasta la calle del Colegio de San Fernando, donde, a mitad de la cuadra, se encontraba su destino.

—¿Qué le trae esta vez, Olmos? —preguntó el alguacil mayor, sentado tras su escribanía, sin siquiera responder al saludo del teniente.

—Usted mismo me ha ordenado esta mañana que le reportara cualquier novedad, vueseñoría. Por eso he creído que esta noticia merecía ser comunicada con urgencia. Es que, por fin, hemos conseguido identificar a una de las víctimas. Se trata de un tal Gabriel Caiza, mayordomo de la hacienda Saguanche, en Turubamba.

—¿Y cómo es que habéis llegado a enteraros?

—Su mujer le ha reconocido, vueseñoría. Su mujer de él, digo —aclaró sin necesidad.

—Os falta, entonces, saber quiénes son los otros dos muertos.

—Así es, vueseñoría. Pero usted ya sabe: con un dato como este, se abre la puerta al resto de la información. Tendremos que empeñarnos, pero pronto podremos conocer por qué Caiza fue asesinado y, a través de ese móvil, sabremos vincular el suyo con los demás asesinatos. Habrá que hacerlo antes de que el asesino golpee de nuevo.

Un indio de *guango* canoso , ataviado con camisa y calzón blancos y gastadas *ushutas* de cabuya, entró en silencio y fue encendiendo, uno por uno, los candiles de las mesillas y el quinqué apoyado en la escribanía del alguacil mayor. Después, salió.

—Más os vale, Olmos, que encontr éis pronto al asesino —dijo, sentencioso, Logroño, sin prestar la mínima atención al mechero—. Si no, esta ciudad plagada de iglesias se va a llenar de cadáveres. Mañana, después de almuerzo: reunión aquí mismo, avísele a Sánchez. Quiero que busquemos la forma de salir de este atolladero.

Después de despedirse, Olmos bajó la escalera de piedra que conducía a la planta baja. Don Sebastián era dado a pronunciar esas frases truculentas, que le servían para cargar todo el peso de su autoridad sobre sus subalternos y exigirles resultados inmediatos. Pero esta vez, Olmos lo admitía, la amenaza era real. Había que detener al asesino antes de que cometiera su cuarto crimen.

El cuadrado de cielo que el tejado dejaba ver desde el patio era ya de un siniestro color plomoso.

Cuando Nuño atravesaba el zaguán, de salida a la calle, la puerta de una habitación lateral se abrió de súbito. Un delgado brazo forrado de brocado rosa lo agarró de la solapa y tiró de él, obligándolo a entrar. La puerta se cerró detrás con estrépito. Estaba en una habitación apenas alumbrada por un quinqué, atiborrada de muebles cubiertos con telas que los protegían de la ceniza.

—¡Doña María Gregoria! —exclamó Nuño, con genuino asombro de ser retenido de esa forma por la joven, que era quien le había halado dentro—. ¿Qué es esto? ¿No cree que es peligroso que la encuentren sola, aquí, conmigo?

—Tranquilízate, Nuño, que nadie sabe que estamos aquí —dijo María Gregoria con aire despreocupado—. Solo quiero que conversemos, así que no hay nada que temer si alguien nos encontrara, solo estaremos hablando. Siéntate.

—Es que ahora no puedo, tengo que correr… —intentó escabullirse Nuño.

Pero ella retiró el cobertor de una butaca y se sentó. Ambos tosieron. A Nuño no le quedó más que refugiarse en un canapé de dos puestos situado enfrente. Cuando él se hubo sentado, ella se levantó y pasó a sentarse al lado de él. El faldón de su vestido rozaba la pierna derecha del teniente.

—Es para oírnos mejor sin alzar mucho la voz y que nadie se dé cuenta de que estamos aquí —explicó ella con voz traviesa, ante la evidente incomodidad de Nuño.

—Mira, Nuño —prosiguió—, es posible que anoche, en el santo de mi mamá, no hayas entendido bien lo que te decía. Habrás pensado: esta chica está loca, de qué me habla. ¿No es cierto?

Nuño esbozó una sonrisa culpable, que esperaba la penumbra disimulara.

—Yo te dije que nada depende de la raza y que, si tú así lo decides, puedes alcanzarlo todo. ¿Sabes a qué me refiero?

Nuño veía al frente con fijeza mientras ella le hablaba. Volteó y se topó con sus ojazos verdes que exigían una respuesta. Volvió a mirar derecho.

—Supongo a qué se refiere, doña María Gregoria, pero en esta, nuestra sociedad, mi ubicación, que está definida por mi sangre mestiza, afecta de lleno a mis aspiraciones. Si es de eso que usted me hablaba.

—Ya, déjate de "doña María Gregoria" —repostó ella, imitando la voz grave de Nuño—. Llámame por mi nombre, sin doña. Y tutéame. Comencemos por eso —y con la misma viada, prosiguió—: t ú puedes ser todo lo mestizo que quieras, pero nadie que no lo sepa lo sospecharía. Eres blanco y tienes nombre español. Tienes más apariencia española que muchos peninsulares .

—Pero eso no cambia las cosas. La gente conoce que mi madre fue india y que me apellido también Chuquilargo. Y los oficiales de la corona se encargan de que eso aparezca en todos mis registros. Lo que no hacen constar, en cambio, es que mi padre español, al

casarse con ella, le despojó de todos los bienes que poseía por ser cacica de Panzaleo [11]. En realidad, yo soy noble por indio, no por español; pero eso aquí no cuenta.

—Ya, pero has llegado a ser teniente de alguacil y también, según se rumora, una joven española muy bonita se prendó de ti hace unos años, pese a todo —al decir esto, María Gregoria se arrimó, coqueta, contra Olmos hasta que sus piernas quedaron juntas.

—No sé de qué me habla, María Gregoria —respondió él, apartándose enseguida.

—"… de qué me hablas, María Gregoria" —lo imitó ella, de nuevo, acentuando la ese de la cuarta palabra.

—No he tenido relación con ninguna joven española —prosiguió él, fastidiado—. Y, en cuanto a mi carrera en el alguacilazgo, es sabido que el cargo de alguacil mayor está reservado para un peninsular.

—¿Ves? Es a eso que me refiero. Eres tú mismo el que se impone las barreras. Y los blancos contamos con eso para que esta sociedad de castas permanezca igual. Las cosas no cambiarán para ti mientras no te deshagas de esos prejuicios forzados y luches por lo que deseas. Y así, esta sociedad no cambiará nunca.

Antes de que Nuño pudiera darse cuenta, María Gregoria lo obligó a mirarla, tomándole la cara con la mano y volviéndola hacia ella. Varios segundos pasaron en que sus miradas permanecieron fijas en la del otro.

—Yo quiero ayudarte, Nuño —musitó ella.

Nuño aspiró el aliento tibio de María Gregoria, tan cerca estaban.

De repente se puso de pie.

—Buenas tardes, doña María Gregoria —se despidió Nuño, tajante.

—Yo puedo ayudarte a demoler los muros que construyes en tu torno —repitió la muchacha. De pronto había perdido ese aire de seguridad que la caracterizaba y su ofrecimiento sonaba a ruego.

Nuño Olmos salió sin más.

---

11 Véase Íñigo Salvador, *Miércoles Santo. Un caso de Nuño Olmo* s, 2023 (N. del E.).

— 20 —

Las ocupaciones del día no habían permitido a Olmos dedicar ni un minuto a la lectura de la carta del padre Aguirre. Ahora, cuando le quedaba algo de tiempo al final de la jornada, la sacó de su faltriquera.

> En Guayaquil fuimos alojados en el colegio de San Francisco Xavier, que había sido adecuado por el gobernador Zelaya con toda laboriosidad para que se nos albergara y alimentara de manera modesta pero digna, en espera de que nuestro transporte a Panamá estuviera listo para partir. Era extraño sentirse prisioneros en un edificio que había construido nuestra santa sociedad tanto tiempo atrás y con tanto esfuerzo, pero que ahora no nos pertenecía, como nos lo recordaba la presencia de dragones uniformados, que vigilaban dentro y fuera. Caminar ahora por sus claustros me recordaba los días de mi infancia cuando esperé ahí mismo mi pasaje a Tacunga, en vía inversa a la de ahora. Nada había cambiado, solo el sentido y el destino.
>
> Esto que escribo ahora en meros términos físicos tiene, sin embargo, también alguna connotación filosófica: ¿cuál es el sentido del paso del hombre por la vida?, ¿cuál su destino?, ¿son estos mutables?
>
> Hasta hace pocos días, habría podido decirte que todo el sentido de mi vida lo encontraba cumplido en estudiar las ciencias y la filosofía y escribir mis libros, también de poesía, para poder mejor enseñar a mis estudiantes de la Universidad de San Gregorio Magno de Quito y cumplir mi misión en este mundo hasta el último día de mi tránsito terreno. Todo ello "A la Mayor Gloria de Dios", con centro en el ejercicio de mi ministerio sacerdotal, que es el más grande privilegio al que un hombre puede aspirar.
>
> En lo que al destino del hombre respecta, por más que me arranquen

de mi hogar y patria y me despojen del escaso acervo material que poseo o que, al contrario, me colmen de libros e instrumentos para acrecentar las ciencias que estudio y enseño, nada mudará la única meta y destino que ha inspirado todos mis hechos, pensamientos y oraciones desde niño, a saber: llegar a la presencia de Dios Padre en el día del gran juicio con un corazón limpio y un bagaje de buenas obras, logradas cumpliendo el precepto de nuestro padre San Ignacio: "En todo, amar y servir".

Del tiempo que pasamos en Guayaquil pesa cual una montaña en mi alma la frustrada visita de mi tía María Ventura Carbo, anciana y viuda, y mis primas, sus dos hijas, que se allegaron al colegio javeriano a prodigarme consuelo y entregarme alguna vitualla para el largo viaje. Los centinelas que hacían guardia ni siquiera me dieron aviso de que ellas habían venido, por más que, entre llantos, explicaron que son mis únicas parientes en el mundo, que no me habían visto desde hacía treinta años y que de toda apariencia no me verían nunca más. Por la noche me enteré de que habían estado ahí porque se me entregó un atado, con tres camisas en su interior, y pude obtener algún detalle de su presencia.

Por último, el 3 de octubre del año 67, zarpamos de Guayaquil rumbo a Panamá, a bordo de una vieja y destartalada fragata, la "Santa Bárbara", una de las embarcaciones fletadas por el gobernador de Guayaquil para nuestro transporte. En contraste con el trato compasivo e indulgente que nos dispensaron en este puerto las reales autoridades en lo atinente a comida, posada, descanso y contentamiento de nuestras carencias, la tónica de la singladura hacia Panamá fue del más azaroso abandono.

Fueron infinitas jornadas de navegación en un mar que de pacífico nada tiene, donde nuestra pobre nave ora yacía inmóvil en medio de una calma chicha donde ni la más leve brisa se dignaba soplar por días enteros, ora el velerillo daba tumbos elevándose sobre la cresta de olas gigantescas, ora se desplomaba en sus profundas simas con el más pavoroso estruendo de tablazones y alaridos del pasaje, crujir de dientes y de mástiles y revoltijo de vísceras y equipajes. Fueron infinitas jornadas, repito, en que hubo que lidiar con marineros descomedidos que soltaban gruesas blasfemias cada dos palabras, un cocinero de talante tan agrio como las fétidas coladas que una vez al día nos servía y que más tardábamos en llevarnos a la boca que en vomitarlas por encima de la

borda, más por lo repugnante de ellas que por efecto del mal de mar.

Pasados nueve días de esta desagradable navegación, una breve escala de un día en San Buenaventura, aún en territorio de la Nueva Granada, fue suficiente para que nos reavitualláramos en víveres y agua fresca. Y no obstante lo breve de nuestra parada, la posibilidad de bajar a tierra firme y poner la vista en el suelo pardo y en la verde vegetación fue causa de gran alegría para nosotros, atribulados vagabundos.

Y tan precarias fueron las condiciones de navegación e insalubre el entorno a bordo durante el resto de nuestra larga travesía, que muchos de los hermanos, entre ellos nuestro provincial, el padre Miguel Manosalvas, sufrieron muy severos flujos de vientre, que llenaban el aire de insoportable hedor. La ayuda que pudo dárseles a bordo fue escasa, pues al hermano médico no se le permitió traer consigo todo su instrumental y bebedizos apotecarios, y lo más a que pudimos aspirar era a saciar su sed con la escasa agua fresca que guardábamos y que hubo que racionar.

— 21 —

Esa mañana, después de tomar, por todo desayuno, una taza de agua de raspadura y un bizcocho, Olmos salió de su casa. Para entonces, Manuelito ya estaría en la escuela de primeras letras de los padres dominicos. El día era radiante, pero a esa hora, la ciudad todavía conservaba el frío de la noche estival, como si el adobe de las paredes de las casas quiteñas hubiera absorbido la helada humedad nocturna. Y es que, en Quito, la estación llamada verano tenía del nombre solo los mediodías abrasadores. Por lo demás, era gélida, sobre todo de noche. De seguro, con el paso de las horas el sol entibiaría la ciudad poco a poco, aunque —paradojas del clima andino— nada permitía asegurar que, en algún momento del día, tal vez a media tarde, no se desataría un soberano chaparrón y que las quebradas del Pichincha no reconquistarían sus cursos naturales, desbordando las viejas alcantarillas de la ciudad e inundándola toda de agua y lodo, como en una reedición dieciochesca del diluvio universal. Y, después —nueva paradoja—, volvería a salir el sol, como si nada, para regalar a los quiteños un tibio atardecer de gloriosos arreboles naranja y rojo, con arcoíris y todo.

Por eso, al recorrer las escasas tres cuadras de distancia entre su casa y la iglesia de la Merced, procuró Olmos caminar por el lado de la calle en que el sol alcanzaba a proyectar algo de luz directa, más tibio que el otro, sumido aún en la sombra.

Al llegar, preguntó al monje portero por fray Guido Rodríguez, el campanero. Esperó varios minutos hasta que lo hicieron pasar al interior del claustro principal. Mientras esperaba a fray Guido, Olmos atravesó el extenso patio de piedra hasta el pie de la fuente octogonal, coronada por un pétreo Neptuno, que botaba agua por la

cabeza, rodeado de delfines y armado de su tridente. Ahí, en el centro del amplio cuadrado, el sol era amo y señor; por eso, el teniente de alguacil prefirió esperar ahí, para calentarse mientras admiraba el espléndido claustro de dos plantas, con dos arcos en el piso alto por cada arco del piso bajo, quizás el más hermoso de los monasterios quiteños. En una esquina, arriba, tras los tejados, reinaba la media naranja verde de la cúpula, elevada sobre su tambor encalado; en la otra, era el campanario el que se erguía, de un blanco impoluto, contra el azul inapelable del cielo matinal.

—Teniente Olmos, buenos días —saludó fray Guido, mientras se acercaba a pasos largos—. Perdone que le haya hecho esperar, estaba en el huerto grande. Le he traído este durazno, acabo de cogerlo.

Olmos pensó por un instante que el día comenzaba bien: un tibio sol para calentar los huesos y una fruta dulce para azucarar el alma . Solo faltaría que fray Guido le pudiera proporcionar alguna información útil.

El fraile, en ese instante, enjuagaba su durazno en el chorro de la fuente. Olmos lo imitó.

—Necesito hacerle unas preguntas, fray Guido —anunció Olmos, con la boca ocupada por un bocado de la jugosa fruta—. Cualquier detalle que usted recuerde o información que crea útil me sirve.

—Pregunte nomás, señor teniente —respondió el monje, entre sorbos del jugo de su durazno—. Ojalá mis respuestas le valgan de algo.

—¿Puede alguien que no viva en el convento llegar hasta el reloj de sol? O, mejor: ¿cómo llega hasta el reloj de sol alguien que entra desde la calle?

—Depende de por dónde y a qué hora entre.

—Yo, por ejemplo, acabo de entrar por la portería; ayer también. ¿Qué otras posibilidades hay?

—Quien quiera llegar al reloj de sol necesitará pasar por la puerta del coro, que está en el segundo piso. Y, para eso, antes tendrá que haber logrado llegar a este claustro. Usted entró por la

portería, desde la calle, pero también hay como pasar desde la iglesia.

—Pongámonos en el pellejo del asesino por un momento. Traigo un cadáver a cuestas. Por ahora no pensemos en cómo lo he transportado hasta la portería. Primera cosa: ¿ c ómo hago para entrar hasta aquí ?

—i¿Cómo, un cadáver a cuestas?! —exclamó, alarmado, el fraile —. ¿No lo mató allá arriba?

—Todo parece indicar que lo trajo ya muerto. Pero, concentrémonos, fray Guido: ¿cómo entro hasta aquí? —Olmos no quería detenerse en explicaciones que al monje no le servirían para nada más que saciar su curiosidad.

—Dependerá de la hora. En la portería, de seis a seis, tendrá usted que salvar el escollo del hermano portero. Aquí tenemos dos, uno hasta el mediodía, el hermano Camilo, y otro hasta las seis de la tarde, el hermano Rogelio. Es imposible pasar sin que ellos se percaten.

—¿Y por la noche? Supongo que la puerta a la calle quedará cerrada desde dentro.

—Sí, de noche no hay forma de entrar al convento. Pero, de día, la puerta de la iglesia a la plazoleta está abierta toda la jornada; se abre a las siete de la mañana, para la primera misa, y se cierra a las seis de la tarde. Y de la iglesia se puede pasar al claustro a través de la sacristía, por detrás del presbiterio.

—¿El paso al claustro se cierra con llave?

—Sí. Varios hermanos tienen el llavero gordo, con las llaves de la portería, de la iglesia, de la sacristía y del claustro. Y la del coro, ya en el segundo piso.

—¿Usted tiene todas esas llaves, fray Guido?

—No, yo tengo solo la del coro —la sacó de debajo de su escapulario, mostrándola—. Es la única que necesito, porque mi celda está en el claustro.

—¿Cree usted que es posible que alguien tenga una copia de

alguna de esas llaves?

—¡Uuujuj ú ! —exclamó el monje—. ¡Son tantas, que casi podría asegurar que debe de haber algunas copias rondando por ahí!

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, así es, ¿no? Se entrega una copia de una llave a alguien, por ejemplo, al capataz de una cuadrilla de albañiles y, al final del trabajo, uno se olvida de pedir que la devuelva…

—¿Ha pasado eso alguna vez aquí?

—No lo digo porque haya ocurrido aquí. Pero le pasa a todo el mundo. En toda casa hay un cajón lleno de llaves que nadie sabe qué puerta abren.

—En eso tiene razón. Entonces, si volvemos a verlo desde la perspectiva del asesino, es casi imposible que haya entrado por la portería. Habrá tenido que entrar por la iglesia, en horario de apertura. La cuestión es: ¿cómo pudo entrar a la iglesia con un cadáver a cuestas? Y luego, ya adentro, ¿cómo franqueó las puertas de la sacristía, el claustro y el coro? Y, por último, ¿cómo logró subir hasta el reloj de sol cargando un cadáver?

—No sabría decirle, teniente. Lo que sí está claro es que entró. Si lo hizo, tuvo que hacerlo a través de la iglesia. Cómo introdujo el cadáver, no lo sé. Quizás lo metió mientras la iglesia estaba abierta y lo escondió hasta poder subirlo hasta el reloj de sol. Pudo izarlo con cuerdas desde algún punto del suelo hasta el nivel del reloj. De seguro alguien le ayudó, me parecería.

—Esa es una buena posibilidad. De hecho, en la iglesia de San Sebastián creemos que eso es lo que ocurrió. El asunto, en este caso, es que debió izarlo ya en el interior del convento, pues si lo hubiera hecho desde la calle, aun en horas de la madrugada, el riesgo de ser descubierto habría sido grande. No en vano la iglesia de la Merced es una de las más frecuentadas y visibles de Quito.

"Tal vez debo interesarme menos en los medios que en el resultado final", pensó Olmos al ver que, por dondequiera que mirase, encontraba serios obstáculos en la lógica o en las posibilidades reales de sus hipótesis. "El hecho es que arriba, en el

reloj de sol, alguien subió un muerto; poco importa saber cómo lo hizo, lo que es de veras importante es quién lo hizo. Estoy intentando conocer el cómo solo para tratar de llegar al quién. Pero, de alguna manera, en el camino termino desviándome e interesándome más por la manera que por el autor. Tengo que concentrarme".

—Bien, fray Guido —cerró Olmos el diálogo—. Eso es todo por ahora. Le agradezco mucho su ayuda. La verdad es que no había visto las cosas antes de la manera como usted me las ha planteado ahora. Usted me perdonará si más adelante debo volver a visitarle. Hasta luego.

—Vuelva cuando quiera, teniente —repuso el monje, sin saber muy bien cuál había sido su mérito en el interrogatorio—. Espero que no le moleste si le hago llegar un canastito de duraznos a la c árcel de corte, ¿bueno? Hasta luego.

Como lo habían acordado el día anterior, Olmos y Sánchez se reunieron al final de la mañana para intercambiar la información recogida en la misión de cada uno. Habían quedado en la pulpería de don Morales en la plaza de Santa Clara de Asís, delante del monasterio del mismo nombre, a la vista de la singular cúpula oval que dominaba su iglesia.

Cuando Sánchez llegó a caballo, Olmos lo esperaba ya adentro, sentado a una mesa.

Sánchez desmontó y ató su cabalgadura —que traía las bridas y el pretal cubiertos de espuma blanca— a una gruesa argolla de hierro fijada en la fachada de la fonda. Zapateó para desempolvarse las botas.

—Hola, Olmos, espero que no haya tenido que esperarme mucho —saludó Sánchez, entrando apresurado—. Salí hace dos horas de Saguanche y, en el camino, me detuve en Santa María Magdalena.

—Llegué hace poco, no se preocupe. ¿Qué ha podido averiguar?

—No mucho —adelantó Sánchez, colgando el sombrero en una percha y arrastrando una silla para sentarse—. En Saguanche confirmé que, en efecto, Caiza era el mayordomo y que le gustaban el aguardiente y las busconas. Pero que, fuera de eso, era buen trabajador, los peones de la hacienda lo respetaban y apreciaban. El dueño, don Ignacio de la Escalera, solo va de lunes a jueves, así que no pude confirmar con él. Eso queda pendiente.

—¿Pudo verificar la información que nos dio la viuda?

—Sí. La última vez que lo vieron en la hacienda fue el viernes 22, después de cobrar el jornal. Y, en La Magdalena, pude confirmar que, en efecto, llegó esa misma tarde y se sentó a beber, hasta las nueve o diez de la noche. Alguien lo vio irse a esa hora, borracho perdido, abrazado de uno de sus compañeros de chupe, un cincuentón, nadie supo decir quién era.

—¿Algo más?

—Nada concreto. Pero en algún momento tuve la sensación de que todos a los que pregunté sobre Caiza asumían una actitud escurridiza. Como si hubieran sabido de antemano que moriría asesinado y se cuidaban de decirlo. Quizás sean solo impresiones mías.

—Bueno, siendo borracho y putero, no es raro que haya terminado muerto; su propia viuda lo insinuó. El resto de gente de seguro pensaba lo mismo.

—Sí, pero esto era algo distinto. Como que todos supieran que tenía los días contados. No sé por qué sentí ese ambiente ominoso; todos bajaban la mirada al responder las preguntas, se miraban a hurtadillas, hablaban bajo…

—Lo que sí que es raro es que apareciera muerto en el pozo de la Peña de Francia. Esa no es una muerte de putero. Imagínese si todos los maridos de las mujeres seducidas o los chulos de las pagadas se buscaran formas tan retorcidas de mostrar su crimen.

—¡Casera! —llamó Sánchez a la patrona del local—. Sírvame un fresco de naranjilla friecito, que traigo el gaznate reseco por la cabalgata. Olmos, ¿no quiere usted tomar algo?

Olmos negó con un movimiento de cabeza.

—Que los vecinos de La Magdalena hayan mencionado al hombre con el que salió Caiza podría conducirnos al asesino. ¿Sabemos algo de él?

—Solo que es un cincuentón, como le he dicho. Nada más.

—¿Altura, complexión, nada?

—Nada. De hecho, imagino que lo han llamado cincuentón porque tendría el pelo canoso, tal vez. Pero ninguna seña particular.

—A tenerlo muy presente en el resto de la investigación: este "cincuentón" es la última persona que vio a Caiza con vida.

Junto al fresco de naranjilla para Sánchez, doña Tránsito, la patrona, sirvió un plato de tortillas de *tanta* y dos choclos con queso. Al lado depositó un pozuelo de ají.

—Ahora sí le acepto el fresquito, casera —pidió Olmos—. Pero que sea de mora.

— 22 —

Después del improvisado almuerzo, Olmos y Sánchez llegaron puntuales a la cita que les había dado el alguacil mayor en su casa. El mayordomo los guio hasta la biblioteca y tocó a la puerta; los dejó pasar solo después de oír desde dentro algo parecido a un gruñido.

—Señores tenientes, esto está pasando de castaño oscuro —pronunció Logroño, sin dignarse responder al saludo de sus subalternos—. Tres crímenes en los últimos cinco días y no atináis a hallarle solución ni siquiera al primero. Ya me ha hablado el presidente Diguja y exige ponerle fin a esta cadena de asesinatos. Yo había esperado que no llegara a enterarse, pero en este mentidero que es la ciudad todo termina sabiéndose. Así que, señores, espero que de esta reunión saquemos acciones concretas que terminen con esta racha mortal a la máxima brevedad.

—Vueseñoría —se vio Olmos obligado a replicar—, sepa usted que el teniente Sánchez y yo hemos dedicado a las indagaciones en torno a estos tres crímenes cada hora del día, e incluso más, desde el lunes pasado. Todo se ha visto complicado porque no habíamos logrado identificar a las víctimas, pero ahora ya conocemos a una de ellas. Estoy seguro de que, ahora sí, las cosas irán más rápidas.

—El mayordomo de Saguanche, me había dicho usted…

—Sí, vueseñoría. Gabriel Caiza, mayordomo de la hacienda Saguanche, de don Ignacio de la Escalera. Él es el muerto encontrado en la Peña de Francia. El segundo en ser hallado, pero acaso el primero en ser asesinado.

—Supongo que ese es otro de los embelecos del doctor Espejo…

—Sí, vueseñoría… Bueno, no… —Olmos prefirió ni siquiera mencionar a las larvas de la moscarda, su tamaño y edad, que a

Logroño le parecerían pura superchería—, el doctor Espejo ha calculado el tiempo desde la muerte según el grado de descomposición del cadáver. Tanto este como el "ahorcado" de San Sebastián murieron de manera casi simultánea, pero este muestra unas señales de mayor putrefacción que permiten determinar que habría muerto un día antes, a lo mucho. Pero, si me permite, sigamos con Caiza.

En silencio y a regañadientes, el alguacil mayor asintió.

—El hombre fue visto por última vez el viernes 22 en la pulpería de Santa María Magdalena —tomó el relevo Sánchez—. El sitio funciona como taberna y burdel. Esa tarde, Caiza había cobrado su jornal de la hacienda y, como todos los viernes —esto lo confirmó su mujer—, se fue a beber y a folgar. Estuvo ahí hasta algún momento entre las nueve y las diez de la noche. A esa hora salió acompañado de un hombre como de cincuenta años, dicen los testigos. Es lo último que se sabe de él.

—El martes 26 en la mañana, Caiza es hallado en el conducto de aire de la cripta de la Peña de Francia —retom ó Olmos la relación—. Todo parece indicar que fue insertado vivo en el pozo y que falleció más tarde. Esta sería la única víctima de las tres que no fue llevada ya cadáver al sitio en que fue encontrado.

—Si el tipo era mujeriego y bebedor, lo más probable es que algún agraviado se cobrara venganza —apuntó Logroño con obviedad—. Pero, en el estado actual de las cosas, todo rastro es importante: tenéis que encontrar al hombre con quien se le vio salir esa noche.

—En eso estamos, vueseñoría —contestó Olmos—, pero es la primera pista concreta que tenemos...

—Pues, bien, a seguirla como sabuesos hambrientos, Olmos. ¿Qué más hay?

—De la última víctima, la hallada ayer en la mañana en la Merced, es poco lo que conocemos. Tampoco sabemos quién es. Y la gran incógnita es cómo logró colarse el asesino al interior de los tres recintos y a los sitios donde ubicó los cadáveres.

—Y cómo hizo para meterse y subir con un cadáver cada vez —añadió Sánchez—. Por fuerza le ayudó un cómplice.

—No est é tan seguro de eso, Sánchez —replicó Olmos—. Usted mismo sugirió que, en la Peña de Francia, el asesino pudo haber usado una cuerda, con la reja del conducto a manera de garrucha, para levantar el cadáver desde la cripta y embocarlo en el pozo… Lo mismo pudo haber hecho en San Sebastián y en la Merced para subirlos. Y para moverlos allá arriba, basta un hombre fornido para cargar un cadáver solo.

—Sin embargo, Olmos —instruyó Logroño—, debéis asumir que el asesino tuvo un cómplice y todas las pesquisas han de tener como premisa que buscamos al menos a dos individuos.

—Así se hará, vueseñoría —respondió Olmos, pensando para sus adentros que si ubicar a un solo sujeto les estaba costando tanto, cuánto más no se les dificultaría encontrar a un hipotético cómplice.

—Otra cosa, Olmos —añadió el alguacil mayor, comenzando a dar muestras de impaciencia—. Puesto que la proximidad de las iglesias ha dejado de ser un nexo entre las escenas de los crímenes, tenéis que descubrir ahora qué es lo que las relaciona; aparte, claro está, de que se trata de templos del culto.

—Hemos estado buscando todos los nexos posibles, vueseñoría, créalo. Tenemos tres muertos: dos de ellos fueron asesinados antes de ser transportados al lugar del hallazgo; el otro con toda probabilidad murió en el lugar donde fue hallado, no antes. Los tres lugares son iglesias: dos pertenecen a órdenes religiosas, la Peña de Francia a los predicadores y la Merced a los mercedarios; la tercera, San Sebastián, es parroquia diocesana.

—Entonces, ¿ la puesta en escena tiene un significado religioso? —planteó Logroño.

—Podríamos asumir que sí, vueseñoría —intervino Sánchez—. De hecho, el cadáver de la Merced fue colocado con los brazos extendidos y con el gnomon del reloj de sol atravesado en el abdomen. Se podría decir que escenifica la crucifixión de Nuestro Señor, con lanza de san Longinos y todo.

—Pero no se ve una connotación religiosa en ninguno de los otros asesinatos —opuso Olmos—. Creo que tendremos que dejar abiertas las posibilidades de interpretación de las escenas montadas por el asesino.

—En todo caso, me parece claro que estas tres iglesias tienen algo en común que las une —reflexionó Logroño en voz alta—y al mismo tiempo algo que las diferencia de las decenas de otras iglesias de la ciudad y que es la razón por la que el asesino las eligió para poner en escena sus asesinatos.

—A mí me parece que las iglesias han sido escogidas por ciertas particularidades: una tiene un campanario bajo, otra tiene un conducto de aire y otra un reloj de sol. Estos elementos, y no otros, le sirven para montar sus escenas, que tienen un significado claro para él, aunque nosotros aún no logremos descifrarlo. Pero, además, las escoge en razón de su accesibilidad. A estas iglesias él logró introducirse, aunque haya otras, con las mismas características arquitectónicas, a las que no ha podido entrar. Por eso eligió las primeras.

—Una última cosa, caballeros —anunció el alguacil mayor—, y con esto terminamos. Por más progresos que consigamos en reconstruir los hechos de estos tres crímenes, no lograremos dar con el asesino y su cómplice si no descubrís quiénes eran sus víctimas. Sabiendo quiénes eran y qué conexión tenían entre ellas, será más fácil encontrar al asesino. Así que, ya lo he dicho: como sabuesos hambrientos. ¡A ello, señores!

Cuando salían de la biblioteca, el alguacil mayor retuvo a Sánchez para algún otro asunto del alguacilazgo. Olmos se despidió.

Nuño bajó la escalinata, pensativo, y, al dirigirse a la calle, sin darse cuenta aminoró el paso delante del cuarto del zaguán, donde, la noche anterior, María Gregoria le había cuestionado. La verdad: a lo largo del día no había tenido tiempo ni siquiera de recordar el

episodio.

Ahora, si bien lo esperaba — ¿ o lo temía?—, no dejó de sorprenderse cuando la puerta se abrió desde adentro.

Entr ó sin pensarlo dos veces.

Sin darle tiempo a nada, en la oscuridad, María Gregoria lo tomó por la nuca y lo atrajo hacia sí. Lo besó de lleno, introduciéndole la lengua entre los labios. Con la mano libre se alz ó el vuelo del vestido con sordo frufrú de tules almidonados y guio los dedos de Nuño entre sus muslos desnudos y tibios.

— 23 —

Muchas cosas bullían en la cabeza de Olmos en ese momento. Tras lo ocurrido, su pensamiento divagaba sin lograr aquietarse. Recordó, entonces, la carta del padre Aguirre.

> Tan pronto como desembarcamos en Panamá, el 27 de octubre, transportamos a los enfermos al hospital de Santo Tomás de Villanueva, donde pudieron ser atendidos con mejores cuidados. Nada, sin embargo, pudo hacerse para salvar la vida del benemérito padre Manosalvas, nuestro provincial; es probable que su humanidad de ya setenta años no tuviera fuerza bastante para resistir los embates del viaje y los apremios de la enfermedad, pero sobre todo debió debilitarle la aflicción de haber abandonado su patria sin probabilidad de volver a verla ni certeza de cuál sería nuestro final destino.
>
> La noche misma en que murió el padre Manosalvas, nos reunimos los jesuitas de la provincia quitense en nuestro encierro del colegio de San Francisco Xavier, homónimo del de Guayaquil, para elegir a quien sería su sucesor como superior provincial de nuestra santa orden ignaciana. La designación recayó sobre el padre Tomás Nieto Polo del Águila, hermano del antiguo obispo de Quito, monseñor Juan, cuya oración fúnebre tuve el honor de pronunciar en el año 60; seguro que lo recuerdas. Estas elecciones, que de ordinario son ocasiones de alegría y fausto, estuvieron ahora rodeadas de tristeza y compunción en vista del deceso de nuestro venerado provincial y del doloroso desarraigo en que debimos celebrarlas.
>
> Esta atmósfera de duelo y aflicción no pudo sino empeorar cuando, al día siguiente, don Joaquín Cabrejo, gobernador de Panamá, prohibió que las campanas doblaran a duelo por el alma del padre Manosalvas, con el argumento de que era el fallecido, puesto que expulso, reo de Estado. Ante ello, con la autorización del provincial Nieto Polo, escribí una carta al

gobernador instándole a permitir ese simbólico repique, pues el hecho de que los padres jesuitas hayamos sido proscritos de los territorios hispánicos en el mundo de ninguna manera implica que debamos ser despojados de los mínimos y postreros homenajes que merecemos como seres humanos, sacerdotes devotos y, pese a todo, leales súbditos de la Corona. Por lo tanto, los terrenales despojos de alguien de la altura moral y espiritual de un padre provincial de la Compañía de Jesús no podían ser inhumados como los de un vulgar condenado.

Alguna fibra habrá tocado mi carta, pues, de inmediato el gobernador Cabrejo autorizó las honras fúnebres con toque de muertos. De esta humilde manera y usando el instrumento que mejor manejo, el verbo, rendí el último homenaje a mi superior y hermano, adelantado en el camino al Padre. En ese momento me asaltó el oprobioso temor de que el deceso del padre Manosalvas no fuera sino la primera de una serie de dolorosas pérdidas que sufriríamos en nuestro éxodo y que, así como el pueblo de Israel debió alejarse de su patria durante muchos siglos antes de poder volver a ella un día, así mismo los jesuitas quiteños no podríamos volver a "la siempre verde Quito" sino dentro de muchos años, quizás más de los que una corta vida humana tarda en extinguirse, y que algunos de nosotros seríamos enterrados en suelos ajenos, que es la peor forma de destierro.

En Panamá llegué a enterarme, de boca de un hermano jesuita que venía de Arequipa, en el Perú —aunque no sé muy bien cómo pudo llegar él a saberlo—, de algo que suena del todo verosímil pero que de ninguna manera puede predicarse de los jesuitas quiteños. Y es que, al parecer, uno de los motivos que impulsó al rey don Carlos a decretar este desgraciado extrañamiento es de orden científico más que religioso o político, y consistiría en una supuesta manera rancia de enseñar en los colegios y universidades de la Compañía de Jesús, en los cuales, según los consejeros de Su Majestad, se mostraría un apego desmedido al aristotelismo y una proporcional renuencia al cartesianismo, así como una resistencia inveterada al sistema copernicano. Ello, según estos consejeros, constituiría una rémora para la prosperidad de los territorios españoles.

Tú sabes bien, amigo Nuño, porque estudiaste con nosotros, que yo mismo, en mi cátedra de Física, me he atenido, siempre que he podido, a

los últimos descubrimientos de las ciencias en temas de Astronomía y Geografía, valiéndome, por ejemplo, de las mediciones realizadas por los sabios de la Academia de Ciencias de París en nuestras tierras ecuatoriales para determinar la redondez de la Tierra, que aún ahora algunos ponen en duda. Y que he llegado a sostener que la teoría heliocéntrica del canónigo Copérnico explica divinamente todas las observaciones astronómicas y todos los fenómenos celestes, pero que no se atiene a la Santa Escritura y que, por eso, debe ser desechada. A diferencia de la de Tycho Brahe, que se conforma mejor a las Escrituras en cuanto sostiene que mientras Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno giran en torno al Sol, este, a su vez, gira en torno a la Tierra y por eso debe ser aceptada. De modo que decir que los jesuitas somos enemigos del heliocentrismo es, cuando menos, una tosca generalización, si no una falsedad, y mal debería juzgársenos y castigársenos por ello.

En cuanto a seguir a Aristóteles en lugar de a Descartes, ¿qué bobería es esa?

No es esta carta el espacio adecuado ni suficiente para desmontar este embuste, que utilizan los llamados racionalistas para hacer creer que la escolástica está obsoleta. La realidad es que Aris tóteles y Descartes son más cercanos que lo que aparece. Basta ana lizar lo que cada cual postula respecto del concepto de una investigación filosófica y del papel que el silogismo desempeña en tal investigación. Mientras para el primero lo importante era la solidez lógica de las premisas, como garantía de que la conclusión sería verdadera, para el segundo, debía plantearse de antemano que la conclusión fuera sólida y el planteamiento de las premisas no hacía sino comprobar la verdad contenida en la conclusión y solo entonces el silogismo se perfeccionaba. Pero a la postre tanto Aristóteles como Descartes concurren en que la silogística no es un método suficiente para realizar una investigación filosófica. Y así podríamos ir tomando y analizando cada uno de los aspectos comunes de la lógica aristotélica y la cartesiana para al final llegar a la misma conclusión, de que más es lo que las acerca que lo que las separa. Y, por descontado, ambas posiciones las enseñamos en nuestros colegios y universidades, como pueden testimoniar todos los que han pasado por ellos. Es igual de injusto, entonces, que se nos atribuya tomar partido por Aristóteles contra Descartes. Dejar de enseñar lo que dijo Aristóteles sería

renunciar a casi veintidós siglos de historia del conocimiento humano y eso sería tanto o más imperdonable que no enseñar las novedosas posturas del cartesianismo.

En cualquier caso, y esto hay que aclararlo de una vez por todas, dentro de nuestra santa sociedad se postulan las más diversas posiciones y teorías en cuanto a las ciencias, de suerte que no puede decirse que toda la Compañía de Jesús sostenga esto o estotro, sino que hay algunos miembros de ella que sostenemos unas cosas y otros que sostienen otras, siempre en busca de la verdad. ¿Por qué, entonces, habría de castigarse con el destierro a todos, cuando la supuesta culpa sería de unos cuantos?

— 24 —

¿Por qué rememoro todos estos episodios de mi vida pasada, justo ahora cuando ella toca a su fin? ¿Tiene tal vez que ver con la fementida creencia de que en trance de muerte la vida de cada persona pasa delante de sus ojos en pocos segundos, de principio a fin? ¿O es, quizás, el mecanismo oculto que un alma creyente utiliza para correr revista a sus actos, discriminando el grano de la paja, a fin de rendir gracias al Creador por lo que ha hecho de bien e implorar su misericordia y obtener su absolución por lo que ha hecho de mal?

Nada de eso. Los rememoro porque cada uno de los pasajes de mi vida, que ahora recapitulo, son de alguna manera huellas en el camino que me ha conducido hasta este cadalso. Ninguno de los crímenes que cometí se explicaría si una cualquiera de estas andanzas hubiera dejado de ocurrir.

Es una historia que me cuento a mí mismo en el día de mi ejecución, repasando etapa por etapa de mi tránsito terrenal, en parte para tratar de convencerme de que hice lo que debía hacer y en parte para sopesar la justicia que me asistió cuando privé de la vida a quien se la quité. Por lo tanto, no es un acto de contrición, que de nada me arrepiento, ya he dicho; es, más bien y sobre todo, un acto de fe en la voluntad propia cuando el mundo en que se vive y las instituciones en que se confía traicionan las esperanzas de un hombre que se atuvo siempre a las reglas impuestas, pero sufrió con amargura a manos de quienes las dictaron, aunque ellos mismos no las cumplieron.

Ya dije que soy del pueblo de Santiago Apóstol de Chillogallo. Hacia el levante, Chillogallo tiene delante al ejido de Turubamba,

concedido por el cabildo a las comunidades asentadas a su derredor, en la salida sur de la ciudad de Quito: la misma de Chillogallo, la de Santa María Magdalena, la de San Juan Evangelista de Chimbacalle y otras más, para que en él pasten sus ganados. También hay un ejido al norte de la ciudad, que llaman de Añaquito. Nadie puede arar ni sembrar en el ejido, ni hacer ningún tipo de tarea que signifique adueñarse de esa tierra, pues que ella es de propiedad comunitaria, no de una comunidad en particular sino de todas las comunidades vecinas, en condominio indivisible e inalienable. Conozco estas palabras porque entre naturales las venimos escuchando decir a nuestros taitas y demás mayores y ellos a los suyos. Fue el cabildo el que las entregó a las comunidades de indios, tal vez en compensación por tanta tierra de la que se nos había despojado desde antiguos tiempos, aunque se sabe que también en España los poblados tienen ejidos para pastar sus ganados.

Y, sin embargo, el ejido de Turubamba estaba rodeado de hartas haciendas grandes, pertenecientes a personas muy poderosas y muy holgadas, que habían ido juntando más y más terrenos por alianzas matrimoniales con cacicas y, después, entre chapetones y criollos, por compras, por juicios, e incluso a costa de ocupación forzosa de las tierras ejidales. Los naturales siempre nos opusimos y las autoridades del cabildo de la ciudad casi siempre nos defendieron. Pero poco a poco la extensión de los ejidos fue mermando.

Porque estos hacendados siempre creyeron que podían adueñarse de estas tierras, que son ricas, llanas y con harta agua. No les importa que las leyes sean claras y digan que los ejidos son tierras de las comunidades de indios. En esto, ni siquiera los primeros españoles en pisar el Quito, que llegaron a apoderarse de todo lo que había en la tierra y bajo y sobre de ella, fueron tan codiciosos como algunos señores de hoy, que desprecian los derechos de los naturales y el carácter comunitario de estas tierras y no se detienen ante nada con tal de llegar a poseerlas como cosa propia.

¿Lo hacen por maldad?, me he preguntado con frecuencia. Y esa pregunta llama a otra: ¿es malvado el lobo porque degüella al

ciervo? ¿No será, más bien, que responde a su naturaleza selvática que le impulsa a alimentarse de una especie más débil, dotada por la naturaleza de ciertas ventajas para sobrevivir, pero insuficientes para evitar sucumbir ante las que posee el lobo, que, además, caza en manada? Cuando el lobo mata al ciervo no le mata por maldad, no hay en su conducta nada inmoral porque hace eso llamado por su instinto, no por una decisión que implique un juicio moral. Inmoral —porque quebrantaría un código de conducta que garantiza la supervivencia de su propia especie— sería que el lobo matara a uno de los suyos, a otro lobo, miembro de su propia manada. Pero matar a un animal que no sea lobo, no es un acto inmoral, es connatural a su instinto.

Así piensan los blancos. Es un crimen —y no solo una inmoralidad— que un blanco mate a otro blanco, porque ese acto transgrede las normas de convivencia social del blanco. Mucho peor es, sin embargo, que un indio mate a un blanco, porque esa muerte sacudiría esas normas desde fuera.

Pero al revés, no. El blanco mata al indio como el lobo mata al ciervo. No es una decisión moral, porque el blanco no ve al indio como miembro de su manada, ni siquiera de su especie. El indio es un ser prescindible en el orden moral del blanco y su aniquilación puede justificarse por razones de supervivencia del blanco y de su manada.

El blanco se rige por una moral de lobos.

Como he dicho, eran permanentes los incidentes en que los hacendados movían a hurtadillas y con nocturnidad los mojones de sus haciendas y los adentraban en las tierras ejidales. Tan pronto como los naturales reparaban en ello, procedían abiertamente a reubicarlos en su posición original, recurriendo, por lo común, al cabildo y al escribano, que guardaban registros bien exactos de dónde terminaban las posesiones privadas y dónde comenzaban las

comunales. Y así, cien veces. También he dicho que, en ocasiones, los linderos no volvían a su situación original y la reducción de los ejidos avanzaba sin parar.

Una cierta mañana, buena parte del lindero entre el ejido de Turubamba y la hacienda El Calado, de propiedad del marqués de Villa Ordeñana, apareció desplazado, incorporando a la hacienda más de veinte *caballerías* pertenecientes al ejido comunal. El cabildo de Chillogallo se reunió de urgencia para discutir los sucesos y tomó la decisión de devolver los límites a su ubicación original y legítima, como tantas veces antes. Pero algunos de los miembros del cabildo creyeron que, además, era momento de acudir a los tribunales y denunciar este hecho, para que no volviera a producirse. Se contrató un letrado y se planteó la demanda ante la Audiencia contra el marqués de Villa Ordeñana, con el fin de que se declarara de una vez por todas la extensión y linderos de las tierras ejidales y se apercibiera al demandado contra cualquier pretensión ulterior sobre las mismas.

La demanda fue citada al demandado. Pero pasado el tercero día previsto en la ley para que él le diera contestación, nada ocurrió. Los pobladores de Chillogallo recibieron con cautela la noticia, temiendo una estratagema, pero tal vez asumieron que el marqués se allanaba a la demanda y que respetaría los linderos en el futuro.

Hasta la noche del 18 de marzo de 1767.

— 25 —

Tan pronto como Olmos llegó a la cárcel de corte esa mañana, recibió del portero un mensaje del alguacil mayor: que lo encontrara en la casa del marqués de Villa Ordeñana de inmediato. Nada más.

Subió a la carrera a su escritorio, tomó su cuaderno de notas, volvió a bajar y corrió al domicilio de los Ordeñanas en la calle de Arteta, a apenas media cuadra de la cárcel. Olmos fue conducido a la biblioteca del marqués, donde el alguacil mayor lo esperaba; don Clemente Chávez de Ordeñana aún no había salido a recibirlos.

Cuando el marqués hizo su entrada, don Sebastián Logroño y Olmos se pusieron de pie. El porte de don Clemente, primer marqués de Villa Ordeñana, hacía honor al poder desmedido que en los mentideros de la urbe se le atribuía: alto, rubicundo, obeso, representaba la superioridad del que conoce su propio influjo en las decisiones de las autoridades audienciales, por haberlas tomado él mismo, años atrás, cuando era presidente de la Real Audiencia, sin oír consejo ni admitir límite, y por haberse habituado a ello. Emperifollado en su chupa y calzón encarnados, cubiertos de una casaca azul añil, con vueltas de cuello y mangas bordadas ricamente con hilo de oro, y tocado con peluca de crin de caballo negra, con altos copetes divididos en medio, a la antigua usanza de Felipe V, el marqués proyectaba el boato de una lejana corte para demostrar que él ejercía la potestad y la prepotencia de una monarquía ausente por siempre de estas tierras. "La ocasión debe de ser de suma importancia", se imaginó Olmos.

—Buenos días, don Sebastián —saludó el marqués, con una vocecilla que contrastaba con su descomunal volumen y en un tono suave, inconsistente con el poder que emanaba de su actitud—. Lo

he hecho llamar porque ha llegado a mis oídos que uno de los cadáveres que reposan en el hospital podría ser el de un… conocido mío.

—Buenos días, vuestra excelencia —contestó Logroño—. En este momento tenemos dos cadáveres en depósito en el hospital. A la espera de que sean identificados los he mandado a embalsamar; un tercero ya fue identificado ayer y ha sido devuelto a la viuda.

—Uno de los familiares de esta casa ya ha pasado por el hospital y ha reconocido el cadáver de mi… amigo. Quisiera que el cuerpo me fuera entregado para yo pasárselo a sus deudos y ellos puedan rendirle las honras fúnebres que corresponden; ojalá hoy mismo y sin mayores trámites. Usted comprenderá, señor alguacil mayor, que la forma en que esta persona ha muerto no es algo que convenga que se divulgue en esta ciudad de lenguaraces.

—Lo comprendo, vuestra excelencia; lo comprendo —Don Sebastián miró de reojo a Olmos, que no levantaba la vista del suelo —. Aquí, el teniente Olmos le prestará toda la colaboración que usted pueda necesitar.

Olmos volteó a ver a Logroño con sorpresa. El alguacil mayor sabía bien que existía un procedimiento para estas cosas y que la entrega del cuerpo de una víctima de asesinato exigía ciertas formalidades. No entendía por qué ahora se comprometía con el marqués a dárselo sin más. No podía ocultar su molestia, tendría que pedir la palabra.

Pero el marqués y el alguacil mayor se despedían ya sin que Olmos tuviera oportunidad de explicar las dificultades que entrañaba la devolución inmediata del cadáver en esas circunstancias. Había sido como si Olmos no hubiera estado presente en casa del marqués: ni un saludo, ni una despedida. Y mucho menos aún se había requerido su opinión. Olmos había sido apenas una sombra que se desvanecía en la penumbra de la oscura biblioteca.

—Vueseñoría, si me permite, esto es del todo irregular —osó Olmos cuestionar al alguacil mayor mientras caminaban de vuelta a la cárcel de corte—. Si solo cuando se entrega un cadáver a sus deudos directos los requisitos son ya bastante exigentes, ni se diga en este caso de asesinato, donde la víctima no está emparentada con el solicitante, el señor marqués de Villa Ordeñana.

"O, al menos, eso quiere él que creamos", completó la frase Olmos para sí, recordando los titubeos del marqués al mencionar su relación con la víctima, como si hubiera estado buscando una palabra conveniente, que no lo comprometiera en lo personal.

—Ya lo sé, Olmos —respondió Logroño, sin poder ocultar su contrariedad—. La cosa es que el marqués no es cualquier súbdito de Su Majestad, sino uno de los aristócratas más poderosos de Quito. Él lo sabe, pues siempre ha usado su poder de manera despiadada. E incluso las autoridades de la Audiencia le temen y no se atreverían a oponérsele.

Olmos se guardó de expresar su asombro ante la confesión del alguacil mayor, aunque la hiciera autoexcluyéndose, como si él no fuera una de las autoridades temerosas, cuando sus instrucciones precisas habían sido de hacer lo que Ordeñana quisiera.

—Usted verá cómo hace, Olmos —continuó Logroño, en el mismo tono exacerbado—. Si quiere ponerse exquisito con el cumplimiento de la ley, allá usted. Le tocará, eso sí, afrontar la ira del marqués. Pero recuerde: si queremos resolver este misterio, deberemos contar con su colaboración, aunque no fuera sino para que nos diga quién es la víctima que han reconocido sus familiares y proseguir con esta investigación. Así que vaya al hospital y haga todos los preparativos para entregar el cadáver.

Desde el encuentro en el cuarto del zaguán, Olmos buscaba la mínima ocasión para acercarse a la casa de don Sebastián de Logroño e intentar reunirse con María Gregoria. Rara vez las

necesidades del alguacilazgo habían requerido que Olmos visitara a su superior, pues, en general, pocas cosas eran tan urgentes que no pudieran esperar a que el propio don Sebastián llegara cada mañana a la cárcel de corte para resolverlas.

Sin embargo, Olmos buscaba la forma de acudir a casa de María Gregoria y el alguacil mayor, ignorante de la verdadera razón, había terminado por habituarse a la nueva modalidad. Así, después de tratar el asunto del día con don Sebastián, Olmos se dirigía hacia la salida, sabiendo que, cada vez, María Gregoria estaría aguardándole en el cuarto del zaguán.

Sus encuentros eran rápidos y metódicos: cuando Nuño entraba, María Gregoria se abalanzaba sobre él con sonrisa infantil y lo besaba sedienta; él, mientras tanto, se bajaba el pantalón al apuro, la volteaba sobre una mesa y, levantándole vestido y enaguas, la acometía por detrás, para quitarse de una vez las ansias reprimidas desde la última cita, entre sus propios resuellos contenidos y las sonoras risas y gemidos de ella, que él intentaba acallar a besos o tapándole la boca con la mano si se volvían muy estridentes. Después pasaban a un diván, donde ella lo cabalgaba a horcajadas sobre sus muslos, gozando repetidas veces en seguidilla, con un rictus mezcla de júbilo y furia, mordiendo apretados los dientes y resoplando por la nariz quejidos a la sordina, mientras Nuño imponía con las manos un ritmo creciente a los embates de las caderas de María Gregoria, adelante y atrás, hasta derramarse dentro de ella con sordos mugidos. En ese momento el encuentro había terminado y los amantes, desmadejados, se abandonaban en un abrazo de humedades y susurros.

A menos que, como en más de una ocasión, María Gregoria, como una niña que acaba de saltar al vuelo de un columpio, pidiera "¡otra vez!". En ese caso la secuencia recomenzaba con ligeras variaciones en cada etapa, pero con no menor intensidad.

La rutina era siempre la misma, corta pero efectiva. Después, cada cual se vestía y salía, por turnos, cuidando de que nadie lo viera: primero él hacia la puerta de calle, después ella hacia el interior de la casa.

Nuño Olmos avanzó hacia el hospital de San Juan de Dios. Al llegar y buscar al doctor Espejo lo encontró en uno de los corredores del patio interior, acompañado de dos desconocidos, que parecían discutir con él.

Cuando Espejo lo vio llegar, le habló en voz alta desde la distancia:

—¡Teniente Olmos, estos hombres quieren llevarse uno de los cadáveres de la cuyera! ¡Se niegan a identificarlo y dicen que el alguacil mayor lo ha autorizado!

—¿Quiénes son estos caballeros? —preguntó Olmos, aproximándose con decisión al grupo—. Ningún cadáver puede ser entregado sin que quede constancia de las manos a las que se lo transfiere, que deben ser de los deudos que antes lo hayan identificado.

Uno de los desconocidos, un mestizo alto, vestido con elegancia, trató de asumir el control de la situación, elevando el tono de voz y replicando la actitud dominante que Olmos venía de presenciar en casa del marqués de Villa Ordeñana:

—¿Es usted el señor Olmos que recibió del alguacil mayor la orden de entregar el cadáver?

—Sí, señor; soy Nuño Olmos, teniente de alguacil mayor. Su Excelencia el alguacil mayor me encargó la entrega de uno de los cadáveres que guardamos embalsamados para que puedan ser identificados. De modo, doctor Espejo —Olmos volteó a ver al médico por un segundo—, que no habrá ningún inconveniente en entregarlo a sus deudos, una vez que se identifiquen. ¿Qué cadáver buscan los señores? Entiendo que se trata de alguien cercano al señor marqués de Villa Ordeñana. ¿Son ustedes parientes del occiso?

El hombre elegante perdió todas sus ínfulas de sopetón. Tal vez de verdad pensó que sería solo cuestión de llegar, pedir y llevarse el cuerpo.

—No, no, no somos parientes del occiso, no. Pero somos empleados del señor marqués de Villa Ordeñana —contestó desconcertado, pronunciando el título del marqués, como si al hacerlo conjurara al mismísimo don Clemente para que se hiciera presente y lo sacara del aprieto.

—¡Ah! ¡Ya entiendo! —replicó Olmos—. Entonces el occiso está emparentado con el señor marqués y, por eso, ustedes han venido en representación suya…

—¡No! ¡De ninguna manera! —atajó el hombre elegante—. El occiso no es pariente del señor marqués. Se trata de alguien… apenas cercano a él, un… conocido.

Olmos reconoció en esa reacción la misma que el propio marqués había tenido en la mañana, que parecía querer esconder su verdadera relación con el muerto. "Aquí hay una cortina que tendremos que descorrer", anotó en silencio.

—Vea, don … ¿cuál es su nombre? —preguntó, entonces, a su interlocutor.

Al doméstico no le quedó más que presentarse:

—Soy Enrique Fiallo, me encargo de los asuntos personales del señor marqués.

"El hombre de confianza del marqués, el que se ensucia las manos por él…", se dijo Olmos. "Tal parece que los aristócratas tendrán siempre quien les lave la cara".

—Vea, don Fiallo: nosotros ya conocemos la causa de la muerte de los dos cadáveres que guardamos, de modo que no tenemos inconveniente en entregarle el suyo. De hecho, para nosotros sería lo mejor, pues, cuando termine el efecto del embalsamamiento, comenzará a corromperse y no es bueno que un cristiano permanezca insepulto.

El alivio de Fiallo pudo verse en la forma como sus espaldas se relajaron. Al fin se llevaría el cadáver, habrá pensado.

—Todo lo que usted tiene que hacer es decirnos quién es el muerto. A la postre, tanto al señor marqués como al alguacilazgo lo que les interesa es proseguir con la investigación para encontrar a su

asesino y ponerlo a órdenes del fiscal Cistúe, ¿no es cierto? Y como la investigación es secreta, el señor marqués puede quedar tranquilo. Él tiene la palabra del señor alguacil mayor y la mía de que el nombre del muerto no andará de boca en boca. Dígale eso al señor marqués .

Olmos confiaba en el miedo que Fiallo le tendría al marqués y a las represalias que pudiera tomar si llegaba sin el cadáver. Y sabía que el doméstico no se atrevería a confesarle a su patrón que había terminado por identificar al cadáver para poder llevárselo, creyendo que, conseguido el cuerpo, el marqués se apaciguaría. Por su parte, el alguacilazgo tenía ya un nombre más y la investigación se iba destrabando.

Había sido una apuesta arriesgada, Olmos lo admitía, pues, si uno solo de los elementos fallaba, toda la ira del temible marqués de Villa Ordeñana se desataría. Olmos sabía que valía la pena correr el riesgo del envite, pero también que, en caso de perderlo, la cuerda se arrancaría por el extremo más frágil: el suyo.

—¡¿Don Felipe Chávez de Ordeñana?! ¿Está usted seguro? —preguntó a Olmos el alguacil mayor, perplejo, cuando le dio la noticia.

—Lo ha reconocido un doméstico del señor marqués, vueseñoría. El "ahorcado" de San Sebastián es el hermano menor del marqués de Villa Ordeñana.

—¡No lo puedo creer! Esto le da a nuestra pesquisa un cariz distinto por completo, Olmos. Desde el momento en que un notable de la ciudad tiene un interés directo en los casos que llevamos, estos se complican. Ahora tendremos al marqués respirándonos en la nuca y al presidente Arévalo exigiéndonos que resolvamos todo ya. Deberemos tener mucho cuidado con los pasos que demos de ahora en más.

—Pues, entonces nada habrá cambiado, vueseñoría. El señor

presidente ya nos exige resultados inmediatos. Y aun si él no lo hubiera hecho, usted nos ha advertido que tenemos que resolverlo todo con urgencia, no sea que un cuarto cadáver vaya a aparecer uno de estos días.

—Me preocupa más Ordeñana que el presidente Arévalo, le confieso, Olmos. A ese hombre nada le detiene, fíjese que hace pocos años no era más que un oscuro terrateniente zarumeño recién llegado a la capital y ahora es uno de los hombres más poderosos de Quito.

—Algo me dice que el señor marqués no tendrá mucho interés en que este caso se resuelva, vueseñoría.

—¡Cómo cree usted, Olmos! ¡Si se trata de su propio hermano!

—Pero esta mañana, en su casa, el marqués trató de ocultarnos que el "ahorcado" era su hermano; se refirió a él como un simple conocido, ¿recuerda? Y, después, en el hospital, su doméstico, el tal Fiallo, siguió con la farsa de que el muerto era apenas alguien cercano al marqués. Tuve que explicarle que la única forma de que pudiera llevarse el cadáver era identificándolo, solo así Fiallo confesó que el muerto era don Felipe.

—Usted tiene razón, Olmos —pensó Logroño en voz alta—. Por algún motivo, Ordeñana quería ocultar que el muerto en San Sebastián era su hermano Felipe. Pensó que el alguacilazgo le complacería. Pero yo sabía que encargándole a usted lidiar con este asunto, al final terminaríamos sabiendo quién era el muerto.

Olmos estuvo a punto de soltar una risotada. "Vueseñoría me encargó lidiar con este asunto para escurrir el bulto y que sea yo quien se joda", contestó Olmos para sus adentros. "Y ahora quiere llevar el agua a su molino, como siempre".

—¿Qué es lo que oculta Ordeñana? —preguntó Logroño, pensativo, mirando al retrato de un antepasado que colgaba entre los libros de su biblioteca, como si estuviera cuestionando al grave personaje que desde el oscuro lienzo lo miraba impávido—. ¿Por qué no quería que se supiese que su hermano Felipe había sido asesinado?

—No lo sé, vueseñoría; pero lo que sí he estado pensando es que todo esto va adquiriendo un carácter rural, ¿ no le parece? Fíjese usted, primero el atuendo de las víctimas: Caiza llevaba zamarros y don Felipe, polainas y casaca de cuero fino. Ropa de montar para el trabajo en el campo. A eso súmele el oficio de mayordomo de hacienda de Caiza. Y, ahora, cuando ya sabemos la identidad de estos dos, todo apunta a Turubamba, pues Caiza era el mayordomo de Saguanche y don Felipe es el hermano del marqués de Villa Ordeñana, dueño de El Calado, las dos haciendas de esa zona. Lo que une a estas dos víctimas es la actividad rural al sur del corregimiento de Quito. Veamos qué logramos descubrir con relación al tercer cadáver.

Se encontraba Olmos sentado a su escribanía en la cárcel de corte registrando en su cuaderno los últimos hallazgos y conclusiones provisionales, cuando entró Benito Sánchez con el rostro y la ropa cubiertos de polvo. Había pasado la mañana en la hacienda Saguanche y sus alrededores averiguando detalles sobre Caiza.

—Ni siquiera se vaya a sentar, Sánchez —bromeó Olmos—, porque va a tener que volver a Turubamba por las mismas.

—Tendrá que ser mañana, Olmos —respondió Sánchez, con rostro apesadumbrado por la fatiga, sin darse cuenta de que su amigo le tomaba el pelo—. Además, ¿qué puede ser tan importante que exija una nueva cabalgata?

—Pues entérese que ya sabemos quién es el "ahorcado". Y es muy probable que pronto tendrá usted que ir a preguntar en la hacienda El Calado.

Sánchez se quedó absorto, asimilando lo que acababa de oír.

—¡No me diga! —exclamó al cabo de unos segundos, con la incredulidad saltándole por los ojos—. ¿El "ahorcado" es un Ordeñana?

—Ni más ni menos. Don Felipe, el hermano menor del marqués

de Villa Ordeñana. Lo ha identificado esta mañana uno de sus domésticos.

—Pues, entonces, mañana me vuelvo para Turubamba —aceptó Sánchez con entusiasmo—. Esto se está poniendo cada vez más interesante.

—Bueno, ahora sí cuente cómo le fue. ¿Qué más pudo averiguar?

—Nada nuevo en cuanto a hechos, pero tal vez sí mayores certezas. Pero deme un minuto —añadió mientras se alejaba por el corredor, en dirección a las letrinas—, que tengo que ir a lavarme y cambiar de agua al pichón.

Olmos esperó impaciente. Al cabo de pocos minutos regresó Sánchez.

—Hablé primero con la mamá de Caiza, doña Elvia, que vive con la pareja… —inició Sánchez el relato, apoyando las asentaderas contra el filo de la escribanía, con las piernas estiradas—. Bueno, pareja ya no hay, pero la suegra y la viuda siguen viviendo en la casa del mayordomo de la hacienda Saguanche; supongo que será una gentileza que don Ignacio de la Escalera les hace mientras busca reemplazo para el difunto…

—Divaga, Sánchez.

—Sí, sí… Voy al grano: doña Elvia habló de Caiza como toda madre lo haría, tratando de resaltar lo bueno: hijo alegre y cariñoso, hombre trabajador, buen marido… Hasta que ocurrió algo que ella nunca supo qué fue, que le cambió la vida por completo: comenzó a beber, se volvió cascarrabias, empezó a golpear a su mujer… Con el alcohol vinieron las otras mujeres… Trago y busconas cuestan: también comenzó a faltar a sus obligaciones de comida y vestido con su mujer e hijos y con la mamá…

—Pero ¿qué es lo que le trastornó?

—¿Sabe, Olmos? Tuve con doña Elvia la misma impresión que con la gente de La Magdalena: saben algo de lo que no quieren hablar. Pero ella insiste en que no sabe. Aunque, cuando le pregunté a partir de cuándo acercadamente es que cambió de temperamento su hijo, no dudó: marzo del año pasado, dijo. Así, con total

puntualidad.

—Marzo del año pasado —repitió Olmos al dictado. Lo anotó en su cuaderno.

—Sí. Y, en cuanto a la viuda, ella se ratificó en lo que contó cuando identificó el cuerpo en la cuyera, pero, como la suegra, prefirió hablar de cuando era bueno y cariñoso en sus primeros años de casados, aunque sí confesó que llegó a odiarle por haberla reemplazado por mujeres de pago.

—¿Y ella no habló de marzo del año pasado?

—No. Después de un par de preguntas frunció el ceño y cerró la boca.

—Pero podría ser que se callara para no hablar más de la cuenta. Tal vez ella también sabe lo que hizo que su marido cambiara.

—Como le dije, Olmos. Esta gente sabe algo. Los de Saguanche, los de La Magdalena… A partir de un cierto momento, todos los interrogatorios se topan con evasivas, silencios, oscuras miradas cómplices… Es como si todos supieran de algo terrible, que rompió a Caiza, pero no solo a él, sino a toda la gente de Turubamba, y decidieron no hablar del asunto, para apartar un mal recuerdo.

—O, tal vez, por miedo…

—¡Exacto! Esa es la actitud de todos, como si estuvieran aterrorizados.

—Esto es importante, Sánchez —comentó Olmos, haciendo un apunte—. Me huele a que lo que están ocultando, lo que sea, tiene que ver no solo con el asesinato de Caiza sino también, ahora que hemos establecido el nexo… "rural" llamémoslo, con todo este misterio de las tres iglesias. ¿Algo más?

—Sí. Pude hablar con don Ignacio de la Escalera. Esta vez s í le encontré en la hacienda. Me dio la impresión de que no era muy cercano a su mayordomo. Se limitó a asegurar que era un buen sirviente. Y negó estar enterado de sus trápalas etílicas y eróticas, que esas esdrújulas, díjome, no incumbíanle a un aristócrata — Sánchez festejó con una risotada en solitario su propio retruécano,

también esdrújulo.

—Lo que sí hizo De la Escalera, y me pareció extraño —retomó, ya en serio—, porque no me pareció que viniera al caso, fue criticar cómo los otros terratenientes se aprovechaban de los indios de las comunidades. No mencionó a nadie ni entró en detalles, pero me lo dijo sin habérselo preguntado. Fue extraño.

Olmos escuchaba pensativo y seguía haciendo apuntes en su cuaderno.

—¡Ah! —prosiguió Sánchez—, me olvidaba: y pasé, ya de vuelta, por la casa parroquial de San Sebastián. El padre Galibero me confirmó que nadie más que él y el sacristán tienen llaves de la iglesia, pero no descartó que pudiera haber alguna copia en manos ajenas. Se acordaba de un hombre que había reparado el viejo melodio del coro, a quien hubo que prestarle la llave porque el sacristán Amaguaña había viajado a Cunucútug para acompañar a su madre moribunda y no había quien le abriera la iglesia. No recordaba el nombre, pero cree que vivía en Chaguarquingo.

Caminando de vuelta a casa, ya de noche, Nuño Olmos trataba de apartar de su cabeza qué cosa era esta relación entre él y la hija del alguacil mayor, en la que, sin de verdad quererlo, de pronto se encontraba metido. Le incomodaba que, en medio de la resolución de este caso tan complicado, tuviera, además, la distracción de esta aventura, con una protagonista a la que no podía sacar de su cabeza ni por un segundo.

De que no era amor estaba seguro. De hecho, él no sabía mucho de eso. La única vez que se había enamorado, o ese creía él que era el sentimiento que le había inspirado doña Antonia de Flórez, ninguno de los dos había siquiera declarado al otro lo que sentía. Y lo que tenía —o había tenido hasta hace poco— con Leticia, si bien guardaba visos de un sentimiento profundo, ambos lo reconocían como una relación de conveniencia mutua nada más, tanto que

jamás se habían planteado la posibilidad de formalizarla a pesar de durar ya años. Y, de hecho, ahora que la habían dejado, parecía ser el momento para más bien darla por terminada para siempre.

Con María Gregoria tenía Nuño la convicción de una relación sin futuro. Primero estaba la diferencia de castas y el hecho de que don Sebastián de Logroño jamás permitiría que un mestizo como él pudiera cortejar, menos aún desposar a su hija, la niña de sus ojos, en quien había cifrado toda esperanza de mejorar su propia posición social con miras a un retiro confortable en España o alguno de los otros dominios de la Corona, casándola con algún funcionario peninsular, de su misma jerarquía social, o incluso con un aristócrata criollo, heredero de alguno de esos títulos condales de Quito, adornados con profusión de las haciendas y obrajes que, hasta hace poco, habían pertenecido a la Compañía de Jesús. Justo para que se perfeccionase en las artes femeninas y fuese un mejor partido era que la había enviado a Lima, interna a una casa de señoritas favorecida por la corte virreinal.

Pero, además, estaba el asunto de la tensa relación que Olmos y Logroño mantenían, pues el alguacil dejaba que su teniente hiciera todo el trabajo y solucionara todos los casos importantes, para llevarse él las palmas, relegando a su subalterno estrella al papel de simple peón. Tampoco es que Olmos tuviera oportunidad alguna de revertir la situación, pero no dejaba de ser motivo de permanente y profunda frustración, que se traducía en un trato, si no abiertamente antagónico, sí del todo frío.

Luego estaba la diferencia de edades: ella tenía dieciocho años y él bien pronto cumpliría los cuarenta; en términos absolutos de tiempo, ella podría ser su hija. De hecho, él la había visto crecer desde niña de brazos cuando los Logroños llegaron a Quito para que don Sebastián asumiera sus funciones de alguacil mayor hace ya quince años. Y quizás este aspecto , casi incestuoso, fuera uno de los elementos que más excitación imprimía a su relación con la joven. Aunque la verdad era que, a pesar de los años que los separaban, medidos los amantes con el preciso rasero de sus propios deseos y posibilidades carnales, Nuño se batía con tacto y

experiencia en un campo donde María Gregoria, en cambio, aportaba desinhibición, ganas de experimentar sensaciones nuevas y energía inagotable. El resultado era una asombrosa comprensión entre sus cuerpos, a los que les bastaban unos gestos apenas expresados, unos pedidos apenas pronunciados, unos movimientos apenas insinuados para que el uno supiera lo que el otro esperaba de él y, logrado, se dedicasen a explotarlo con deleite y tenacidad.

Pero amor no era. Nuño tenía el convencimiento de que María Gregoria se refocilaba con él en especial para satisfacer sus ganas de hembra joven, desbocadas desde su iniciación en Lima, y para reforzar su propia sensación de libertad frente a su padre, que solo pensaba en casarla pronto, para conseguir alguna ventaja patrimonial. Tenía la seguridad, también, de que nada complacería más a María Gregoria que su padre se enterase de esta relación inconveniente, aunque no fuera sino para causarle una profunda contrariedad. Era probable que ella sintiera que, a sus dieciocho años, el tiempo de libertad que le quedaba era escaso y que pronto tendría que estar atada en cuerpo y alma a un marido que ella no habría escogido y del cual no podría deshacerse sino hasta que la muerte los separase. Y eso, para ella, era demasiado tiempo. El poco que le quedaba de libertad pensaba pasarlo disfrutando de cualquier hombre que se le presentase.

De esa manera explicaba Nuño el desenfado y la impudicia de esta muchacha en las cosas de la carne. Pero estaba convencido de que de amor, nada. Todo era pura lujuria.

Nuño entró a su casa. Sobre la mesa de la cocina un plato de sopa ya fría le esperaba. Sonrió al pensar en Manuelito Chuquilargo, que nunca le fallaba.

Sin topar la sopa se dirigió a su cuarto, pasando por el rincón de la cocina donde su sobrino tendía cada noche su jergón sobre el suelo de tejuelos; allí lo vio dormido bajo las cobijas, exhalando un leve ronquido.

Entonces Nuño Olmos entró a su dormitorio, se desvistió y, en calzoncillo y camisa, se metió a la cama. Aún conservaba en su

cuerpo el perfume de María Gregoria .

— 26 —

¡Cuánto echaba Olmos de menos la presencia del padre Aguirre! Había sido su maestro en el Colegio Máximo de San Ignacio y, más tarde, ya en el alguacilazgo, su consejero. Aparte de Sánchez, podía decir que Aguirre había sido lo más parecido que tenía a un amigo. Y, ahora que no estaba, la odisea que el viejo jesuita le contaba en su carta acentuaba la nostalgia.

> Cruzar del mar Pacífico al mar Caribe no es posible más que caminando. Volvimos, entonces, a cargar las mulas con nuestros equipajes y humanidades y dejamos Panamá el 25 de febrero en dirección a Portobelo. La travesía, que se nos había anunciado duraría no más de cinco días, terminó empleando doce. Doce días de dificultoso camino a través de selvas impenetrables que cubren sierras agrestes y empinadas y luego se hunden en pestilentes ciénagas, entre enjambres de bichos voladores y rastreras alimañas, bajo lluvias torrenciales y por trochas de fango altas hasta las corvas, que las hábiles acémilas sortean como si fueran orugas y no equinos. Sin contar con la permanente amenaza de que las bandas de negros cimarrones descendieran de sus remontados palenques para despojarnos de nuestros escasos peculios. ¡Increíble imaginar que el transporte del oro que salía de Potosí a España tenía que seguir este mismo camino! ¡Más increíble aún constatar que en casi tres siglos de enviar esa y otras valiosísimas mercaderías a la metrópoli desde América y de cobrar el peaje de "avería del camino" por cada pasajero y cada montura, la Corona no hubiera construido una senda decente desde Panamá a Portobelo, en que mulares, caminantes e incluso coches pudieran transitar con mayor prisa, salud y seguridad!
>
> Portobelo, al contrario de lo que su casi mitológico nombre evoca, es un poblado miserable, engarzado en un valle montañoso y selvático que

desemboca en una profunda bahía en el mar Caribe, muy apta para que los barcos echen ancla y puedan cargar y descargar sus valiosas mercaderías, lo cual constituye su única bondad. En lo demás, las casas, salvo la de la aduana, que es de cal y canto, son todas de caña y bijao; el clima, por hallarse entre sierras, es insufrible de tan caluroso y, en consecuencia y para colmo, no hay especie de mosquito, escarabajo, serpiente, murciélago y cualquier otro tipo de perniciosa sabandija que no habite el poblado, para desgracia de todo ser humano, que ni de día ni de noche queda libre de esta tortura tan minúscula como despiadada. Ya lo he dicho: un poblado miserable.

¿Y, entonces, por qué se ha creído siempre que Portobelo es el más grande emporio comercial del mundo y que ahí se intercambian todas las riquezas de Potosí, de México y, allende el mar Pacífico, de China y las Filipinas con los bienes que llegan de España y el resto de Europa? ¿Y que cualquier individuo que pudiera beneficiarse de ese comercio se volvería rico de la noche a la mañana?

El hecho, mi querido Nuño, es que eso puede ocurrir una o, a lo sumo, dos veces al año, cuando el oro de Potosí llega a Portobelo. Tan pronto se conoce —por medio de barcos ligeros— que los navíos cargados de oro han zarpado desde El Callao con rumbo a Panamá, gentes de todos los territorios españoles y ajenos se dan cita con presteza en Portobelo a tiempo para que el precioso cargamento sea aligerado en Panamá, atraviese por tierra el istmo y llegue al puerto en el Caribe. Entonces sí, el poblado se convierte ciertamente en un mercado universal donde todo tiene un comprador y un vendedor y la riqueza se traslada de la mano de uno a la de otro y grandes fortunas se amasan mientras otras se esfuman, pues junto a los comerciantes legales y otros no tanto, llegan también los tahúres, los estafadores, las mujeres de vida licenciosa, los vendedores de encantos, es decir: Sodoma y Gomorra resucitan y todos los pecados pensables se cometen… y los impensables también.

El resto del año Portobelo es un pueblo fantasma. Así lo encontramos nosotros.

De modo que, tan pronto como nos fue posible, zarpamos con rumbo a Cartagena, dejando atrás, primero, el fuerte de Santiago de la Gloria y, más adelante, el de San Felipe Todofierro —que protegen la bahía de Portobelo de los ataques de los piratas— para luego navegar en alta mar.

Al parecer otra vez la desgracia planeaba sobre nuestro frágil navío, pues una nueva muerte entristeció la ya de sí ardua travesía. Fue ahora la del hermano Juan Adán Schwartz, tipógrafo de nuestra primera imprenta en Quito, que él mismo, junto al padre Tomás, nuestro ahora flamante provincial, había traído y montado al inicio en Ambato, donde llegó de Europa en 1755. Murió en altamar, pocos días antes de llegar a Cartagena de Indias, víctima de una fiebre desconocida, de seguro adquirida en el tránsito del istmo panameño. Su cadáver fue echado al negro piélago en medio de los responsos de todos los hermanos jesuitas. ¡Qué triste suerte la del hermano Juan Adán: ni siquiera una pobre cruz de madera marcará el lugar de sus despojos y nadie podrá dejar unas sencillas flores en su memoria al pie de una lápida! ¡Lágrimas, en cambio, nunca le faltarán, pues que su cuerpo reposa ahora en el agua salobre y oscura!

— 27 —

Esa fatídica noche, cuando todos los moradores de Santiago Apóstol de Chillogallo dormían ya, una partida de más de treinta jinetes acometió contra el poblado portando antorchas y hachones encendidos y prendió fuego a toda casa, cobertizo o chozón que encontraron en su camino.

Los pobladores comenzaron a salir de sus viviendas en llamas como las hormigas aterrorizadas abandonan su agujero cuando está siendo aplastado por un niño malvado. Corrían sin rumbo, tratando de alcanzar la plaza central o de escurrirse hasta los campos vecinos, para escapar al exterminio.

Muchas madres demoraron su huida por intentar conducir hacia un lugar seguro a sus hijos que podían valerse, cargando a los más pequeños, pero muchas no consiguieron ponerse a salvo ellas mismas. Los ancianos, con sus miembros entumecidos y frágiles, tardaron en salir de sus chozas, antes de que la débil armadura del techo y las pajas ardientes se les vinieran encima.

Algunos atacantes impidieron, pistola en mano, que muchos vecinos abandonaran sus hogares, condenándoles a morir achicharrados dentro. Otros persiguieron al galope a las familias que huían en la noche y las liquidaron a punta de espada.

Los hombres del pueblo que intentaron defender a sus familias con armas blancas y herramientas de labranza fueron aprehendidos y fusilados contra cualquier pared, sin fórmula de juicio.

El ataque no duró más de veinte minutos, pero la mortandad fue inmensa. Ocho hombres, nueve mujeres, seis ancianos de ambos sexos y cuatro niños de diversas edades perdieron la vida en esta criminal incursión. Esa fue la cuenta hecha a la mañana siguiente.

Esa noche mi vida se vino abajo. Junto a la Rosita, mi mujer, y mi hijita María, que habían ido a visitar a mis papacitos, los perdí también a ellos y a mi hermano menor, el Pedrito, que les cuidaba.

Yo no les había acompañado ese día aciago. Y maldigo el momento en que decidí quedarme en Chaguarquingo, haciéndole los últimos ajustes a un reloj que tenía que entregar al día siguiente.

Cuando llegué a Chillogallo la mañana después, tan pronto como me enteré de la tragedia, habría querido arrancarme los ojos para no ver cómo la muerte y la desolación se habían adueñado de mi pueblo. Antes de llegar siquiera, el olor del humo mezclado al hedor siniestro de la hoguera humana anunciaba la aniquilación.

Temí lo peor. Algo me decía que a partir de ese momento mi vida perdería todo sentido.

Solo quedaban en pie los restos de los muros de adobe de las casas y, en su interior, los cuerpos calcinados de quienes no habían logrado huir. Los cadáveres de los hombres, mujeres y niños asesinados en la fuga habían sido alineados en la plaza pública, procurando mantener juntos los restos de quienes habían podido ser reconocidos como miembros de una misma familia.

Fue así como encontré el cuerpo de mi Rosita. Un tajo le había destapado los sesos, que estaban regados sobre su pelo negro, formando un pegoste sanguinolento y tiñendo de café su chal verde; le cerré los ojos, que habían quedado abiertos, para evitar que siguiera preguntándome con la mirada marchita dónde había estado yo mientras a ella la mataban. A su lado estaba el pequeño cadáver de mi Mariquita; al tratar de sostenerlo en un último abrazo, su cabecita quedó colgada de los hombros, como una fruta tronchada, pues había recibido un mandoble en el cuello que casi había desprendido la cabeza del cuerpo. Más allá estaba el Pedrito, con el ojo perforado por una bala.

Corrí, entonces, hacia la casa de los papacitos, pues no les encontré en la fila de cadáveres. En el sitio todo había sido consumido por el fuego. Pasé a lo que había sido el interior por el umbral donde estuvo la puerta. Ahí les vi y toda esperanza se

esfumó: dos reducidas formas negras que habían perdido toda apariencia humana. Sin ojos, sin pelo, sin uñas. Carcajeándose con sus bocas sin labios. La piel convertida en un cuero de tambor ajustado a los huesos. Los dedos sin yemas aferrando el aire con sus falanges puntiagudas…

— 28 —

Acostado de espaldas sobre el pavimento de la cripta, Nuño Olmos podía parecer uno más de los cadáveres que albergaban los nichos del aposento, listo para ser sepultado. Pero sus ojos estaban bien abiertos y observaban con detenimiento todo su derredor.

Dos cosas habían llamado la atención de Olmos mientras asistía a la santa misa en la iglesia de Nuestra Señora de la Peña de Francia ese domingo 31 de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola, que, si los jesuitas no hubieran sido desterrados, la habría oído en solemne celebración en la iglesia de la Compañía de Jesús.

Una, perceptible al instante, era que la iglesia ya no olía a animal muerto, como la tarde del pasado martes, cuando encontraron el cadáver de Caiza. Se notaba que los desafortunados novicios habían sido puestos a fregar cada rincón del templo con cepillos y estropajos, tan pronto como el cuerpo fue desalojado, pues un polvillo blanco — tal vez el sedimento de la cal, depositado una vez que el agua se había secado — recubría todo el piso; más tarde tendrían que barrerlo. Las manos desolladas del portero fray Jordán, que lo había recibido a la entrada, confirmaban esta deducción.

Pero también esta vez había podido reparar en la rica ornamentación de la iglesia, cosa que el martes anterior le había pasado inadvertida, apurado como estaba con el levantamiento del cadáver. Con algo más de detenimiento, esta vez había podido apreciar, al fondo, delante del presbiterio, el retablo principal recubierto de pan de oro, que contrastaba con la austeridad propia de un lugar de retiro como este, en cuyo centro una sublime escultura de Nuestra Señora de la Peña de Francia, con el Niño en brazos — ambos de tez morena — , dominaba todo el espacio. Más

adelante, a la izquierda, adosado a una pilastra, se elevaba el dorado púlpito, sostenido sobre columnas salomónicas cargadas de racimos de uvas que trepaban por un espiral sarmiento. Cubría la nave principal un sólido pero delicado artesonado de lacería mudéjar. Y, cobijándolo todo, la inmensa cúpula, pintada de azul y constelada de estrellas de todos los tamaños, separadas por rojos nervios radiales, como gajos de una inmensa naranja partida por la mitad.

Cuando había bajado a la cripta, el tufo a putrefacción había vuelto, menos pungente, eso sí; casi como una brisa apenas fétida, que llegara a rachas. La cripta también había sido lavada con cal, pero era posible que los fluidos del cadáver se hubieran colado por entre las lajas del pavimento, sobre todo después de que el cuerpo cayó desde el conducto y se desparramó por el piso de la cripta. El hedor subsistía por eso, al parecer.

Olmos había vuelto a observar con detenimiento cada uno de los rincones del espacio subterráneo, mas ya no en busca de indicios materiales. Después del prolijo levantamiento del cadáver que había hecho con Sánchez el mismo día del hallazgo creía que nada más podría encontrar en el lugar. Tras lo que venía esta vez eran explicaciones.

¿ Cómo explicar, por ejemplo, la razón de que el cadáver de Caiza haya sido embutido en el pozo de aire de la cripta? ¿Era un mensaje del asesino? ¿ Cuál era su significado? Olmos sabía que el mayordomo había sido introducido a la fuerza en el conducto, acaso inconsciente y con el posible propósito de que muriera ahí. Y era claro que esa no era una manera común de asesinar a alguien, menos aun una forma accidental de morir. Todo esto tenía un trasfondo teatral, como si en un proscenio se hubieran desplegado uno a uno los elementos de un drama, para que, al final, el dramaturgo saliera a cosechar los aplausos del público.

Observó Olmos que en la cripta estaban los nichos horadados en las cuatro paredes, algunos ya utilizados y tapados y, en sus lápidas, los nombres de sus ocupantes: fray Manuel Iturralde, fray Misael de Toledo, fray Rodrigo de Valencia, fray Venancio Guerrero y muchos más, y, en una segunda línea, sus años de naci miento y muerte;

otros nichos estaban vacíos, esperando a dar sempiterno alojamiento a los restos de esta y las futuras generaciones de religiosos dominicanos. Ahí estaba la bóveda rebajada que daba a la cripta una ominosa sensación de agobio. Ahí estaban las bocas inferiores de los dos pozos de aire de la cripta.

Al detenerse a mirar a través del conducto que había contenido al cadáver de Caiza, Olmos había advertido que, al fondo, se divisaba la cúpula estrellada. A pesar de haber señalado en su informe de vista de ojos que el conducto se encontraba en pleno crucero de la iglesia, no había advertido hasta ahora que, por lo tanto, también caía justo debajo de la cúpula. De repente, su pulso se había acelerado. "Aquí hay algo singular", había pensado.

Ahora se encontraba tendido debajo del pozo, mirando con detenimiento a través de su interior. Encima de él, perpendicular a la posición horizontal de su cuerpo, estaba la oquedad cilíndrica del conducto y, en su extremo superior, la reja de hierro forjado, que formaba una cuadrícula. Al fondo, muy por encima, las estrellas de la cúpula.

"¡Que me cuelguen si lo que estoy viendo no es un telescopio!", pensó Olmos, con el corazón tamborileando.

En el ruedo improvisado en la Plaza Grande, las prolongadas escuadras de *máscaras* comenzaron a hacer su ruidoso ingreso, después de que los campanarios de la ciudad hubieron terminado de unirse, con cortos intervalos, al tañido de las dos de la tarde, de modo que entre el repique de la campana que primero sonó y el de la que dobló última había transcurrido al menos un minuto y medio. En ese lapso todo otro sonido —las voces de la poblada, la música de las bandas, el tronar de los cohetes— fue absorbido por la alborozada cacofonía del bronce. Después el jolgorio de la fiesta volvió a sonar, vocinglero.

En Quito se corrían toros cada jueves y viernes en la plaza de la

Carnicería. Pero en días como este domingo, en que había motivo especial de festejo —la fiesta de San Ignacio de Loyola, la cual aún sin los jesuitas que la patrocinaran se seguía conmemorando, y el onomástico, cumplido pocos días atrás, de Su Majestad doña María Amalia, la reina consorte—, la corrida se efectuaba en la Plaza Grande: cerradas las cuatro esquinas con grandes tranqueras y levantado un corral que sirviera de toril, se instalaban galerías en los pretiles de la catedral y de las Casas Reales, y se completaban los otros dos costados de la explanada con barreras y tablados para protección de la concurrencia, formando un coso endeble y precario.

A esa hora, la luz del sol abría un boquete entre los grises nubarrones que se cernían sobre la ciudad y proyectaba un haz vertical sobre el transitorio albero, imprimiendo a la escena una luminosidad que parecía intensificar el colorido de los trajes de las comparsas, pero también avivaba la estridencia de la música y los cantos de los disfrazados y el público, dentro del reluciente cuadrilátero de paredes encaladas.

Nuño Olmos y Benito Sánchez se habían instalado ya en la galería construida a costado de la que ocupaban el alguacil mayor y su familia, lindante, a su vez, con la del presidente y su séquito, en el pretil del palacio audiencial. Desde ahí podrían vigilar los acontecimientos y mantener contacto visual con sus hombres, que, desperdigados alrededor de la arena, resaltaban por ser los únicos asistentes que conservaban el rostro descubierto. Habían sido destacados por el alguacil mayor para mantener el orden en ese espectáculo, que solía degenerar en excesos y terminar en desmanes causados por el consumo de guarapo y el derroche de adrenalina y testosterona, combustibles infaltables para el coraje del que deberían hacer gala los toreadores cuando se enfrentasen a los ocho toros bravos, traídos de los páramos de Antisana, antes de ser despostados en la Carnicería.

Al llegar al sitio asignado, Nuño buscó a María Gregoria con la mirada. Su silla no estaba sino a pocos pasos de la de él, separada por una corta barrera lateral de madera y por los asientos de sus padres y de su hermano. María Gregoria cubría su rostro con una

careta de zorra, de aguzadas orejas triangulares y expresión burlona; pero no volteó a ver, entretenida, como estaba, con el jolgorio abajo en la plaza. Sin embargo, Olmos tenía la certeza de que ella sabía que él estaba ahí y lo observaba atenta.

Habían ya entrado las *máscaras* de los barrios de San Roque y de San Blas, cada una precedida de una banda de músicos y conformada por centenares de vecinos, hombres y mujeres ataviados de vestidos dispares y abigarrados, todos cubiertos el rostro con caretas y antifaces, que representaban a las autoridades y otros personajes de la ciudad, reproduciendo sus facciones con fidelidad. Estas comparsas desfilaron, bulliciosas, al interior del albero saludando al público y pasando a ubicarse en las galerías.

La concurrencia festejó con carcajadas y silbidos el encuentro del alcalde ordinario de primer voto, don Pedro Guerrero y Ontañón, con su doble, disfrazado a la perfección con su peluca colorada y sus quevedos cabalgándole las narices, y, aunque al señor alcalde no le hiciera la menor gracia el verse imitado y, peor aun, ser motivo de la guasa multitudinaria, debió resignarse en bien de la deseada confraternidad entre las castas, que era un empeño del presidente Diguja, sobre todo después de la última revuelta de los estancos, y fingir gestos amistosos con su imitador.

No habían terminado de ubicarse en los tablados los disfrazados cuando fue soltado el primer toro, un novillo negro de cabeza y patas largas, medio acaballado, con unas astas abiertas y, aunque afeitadas, bastante peligrosas, que, después de detenerse unos segundos y mirar a su alrededor, como considerando con juicio sus opciones, arremetió contra los rezagados, que huían en todas direcciones para ponerse a salvo.

—¡Muralla de barrigas! —gritó alguien. —¡Muralla de barrigas, muralla de barrigas! —corrió la voz por toda la plaza.

De inmediato, una treintena de disfrazados se apresuró en formar una larga línea, de un extremo al otro de la arena, repitiendo la misma llamada. En unos minutos, inmóviles, codo con codo, los disfrazados apenas se atrevían a mirar por el rabillo del ojo cada vez

que la sombra negra les pasaba delante con feroces resoplidos, pero sin embestirlos, y seguía su trayectoria hasta el final de la fila, para corretear luego, descarriada por el ruedo durante unos segundos y volver a recorrer la muralla de barrigas, pero esta vez por detrás: —¡Muralla de culos! ¡Muralla de culos!

En un momento dado, bastó con que uno de los enfilados, vencido por el pánico, rompiera la fila, para que el bicho arremetiera contra él y pusiera a todos a correr. Los disfrazados volvieron a formar la muralla de barrigas una y otra vez; una y otra vez el toro acaballado terminó por disolverla.

En una de esas ocasiones, el que se quebró fue un hombretón disfrazado con casaca azul y calzones rojos, que cubría su rostro con una careta rubicunda, tocada con una descomunal peluca de cabuya teñida de negro y partida por el medio en dos grandes copetes rizados, a cada lado de la cabeza. Sánchez, mirando hacia el ruedo, no pudo dejar de comentar, en medio de las risotadas generales:

—¡Ese es el marqués! ¡Ja, ja, ja! ¡Es del marqués de Villa Ordeñana ese disfraz ¿no?! ¡Ja, ja, ja!

Al ver al disfrazado solo, el toro arremetió contra él, enganchándolo por debajo del sobaco y elevándolo por los aires en una voltereta aparatosa. La muchedumbre gritó con horror desde los tablados. El hombretón cayó a tierra con todo su peso y, levantándose, aturdido pero indemne, recogió la enorme peluca y se alejó con ella en la mano, cojeando hacia las barreras, para desaparecer en medio del gentío; entonces, el bullicio decreció.

Fue en aquel momento, el de mayor silencio, cuando desde la muchedumbre partió un grito anónimo y aislado:

—¡Torito justiciero! ¡Por los muertos de Chillogallo!

El grito retumbó en la caja de resonancia que formaban los edificios de los cuatro lados de la plaza, que quedó sin habla por un segundo. En un segundo más, un murmullo recorrió los tablados como el tronar de un rayo distante. Los asistentes se miraban asombrados, unos asintiendo, otros preguntándose, hasta que la autoridad de la plaza ordenó música mientras el toro era conducido

por los mansos de vuelta al toril.

Con la salida del segundo astado, la algarabía volvió a reinar en la tarde de toros.

— 29 —

En la biblioteca de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, cuyo portal en arcada ocupaba todo el lado norte de la plaza de Santo Domingo de Guzmán y unía al *alma mater,* por encima de la calle de Manosalvas, con el convento de los dominicos, Olmos buscaba documentos que le permitieran establecer cualquier relación posible entre las iglesias en que habían aparecido los cadáveres, ahora que uno nuevo había sido hallado en la Merced.

Lo normal en estas circunstancias, habría sido que Olmos acudiera sin tardanza al padre Aguirre, quien, con toda seguridad le habría podido ilustrar con largueza sobre todos los planos de Quito de los que se podría servir, para después acompañarle a la biblioteca de la Universidad Gregoriana y mostrárselos. Ahora, desterrados los jesuitas y cerrada la Gregoriana, el teniente de alguacil palpaba una situación concreta en que la ausencia de la Compañía de Jesús y, en particular, la de su consejero y amigo, lo afectaba a él de forma directa. Y lo lamentó de veras.

Ahora, en la sala de cartografía de la universidad de los dominicos, el bibliotecario fray Pedro de Torrelavega mostró a Olmos una copia del plano de Quito que había mandado a dibujar en 1734 el presidente de la Real Audiencia, don Dionisio de Alcedo y Herrera, el único documento cartográfico bajo custodia de la biblioteca que mostraba la ciudad con alguna precisión.

Olmos se maravilló del amplio pliego, una extraña fusión de un estricto plano cartográfico, asaz exacto en la representación de las calles, plazas y edificaciones principales de la ciudad de Quito y una obra de arte paisajística, donde las casas e iglesias habían sido dibujadas en perspectiva, con sus puertas y ventanas y sus tejados

de barro cocido; donde el agua brotaba de las piletas en las plazas y la ciudad se descolgaba del gigantesco volcán Pichincha, cuyas cumbres y breñas habían sido dibujadas imponentes y terribles. Enseguida, lo examinó con detenimiento.

Ubicó la recoleta de Nuestra Señora de la Peña de Francia, casi en el borde inferior izquierdo del plano, en el último predio antes del puente sobre el río Machángara, con el que concluía la carta por ese lado. Justo a su derecha, al otro lado de un descampado pintado de verde y flanqueado por seis casas, estaba la iglesia de San Sebastián. El teniente advirtió que el plano no mostraba la disposición exacta del sector, pues, en realidad, si bien la distancia consignada entre los dos templos era bastante aproximada a la existente, en cambio, la ubicación de San Sebastián aparecía, al oriente, más abajo de lo que debía.

La iglesia de la Merced, en cambio, estaba en el cuadrante superior derecho del plano, a dos manzanas a la derecha del puente que, una cuadra más arriba, salvaba la quebrada de El Tejar, cuyo torrente bajaba caudaloso desde el Pichincha y desaparecía bajo la ciudad, a la altura exacta de la iglesia, para desaguar en algún lugar más oriental del curso del Machángara.

Así, en la práctica, toda la ciudad se extendía entre las iglesias de la Merced y de San Sebastián. Y si la vecindad de la Peña de Francia y San Sebastián habría permitido plantear algún tipo de nexo entre las dos iglesias, que pudiera constituir un indicio de los dos primeros crímenes, ahora la enorme distancia que las apartaba de la Merced, escenario del tercero, exigía, en cambio, encontrar otros posibles enlaces.

Por el momento, la única relación entre las tres construcciones que Olmos podía considerar era su naturaleza religiosa y ello parecía sugerir que las motivaciones de los crímenes también deberían tener ese cariz. Era cierto que podía pensarse que algo tendría que ver en todo este embrollo la presencia de dos poderosas órdenes religiosas, pero eso dejaría fuera al tercer sitio —que fue el primero en el tiempo—: la humilde parroquia de indios de San Sebastián. Y, si de humildad se tratase, los frailes de la Peña de Francia, por más

dominicos que fueran, en la recoleta buscaban una vida de recogimiento y cristiana austeridad. Aunque, sobre todo, el hecho de que las víctimas hubieran sido llevadas a las escenas de los crímenes desde otro lugar parecía debilitar la conexión religiosa. "Pero no hay como descartarla del todo", concluyó Olmos.

Fue el propio fray Pedro quien, notando la perplejidad de Olmos, sugirió al teniente de alguacil que, para mayor exactitud, examinara el plano de Morainville.

Jean-Louis de Morainville, explic ó el bibliotecario, fue el cartógrafo de la misión enviada por la Academia de Ciencias de París a Quito, en los años treinta, para determinar la forma del planeta. Uno de los académicos, *monsieur* de La Condamine, había publicado en París, en 1751, un libro sobre esa expedición, en cuyo segundo tomo tra ía este plano de Quito, que a la fuerza sería mucho más preciso que el de Alcedo, pues había sido elaborado por un cartógrafo profesional y con las más recientes y exactas mediciones geodésicas disponibles. El único ejemplar de esa obra lo había tra ído a Quito el difunto don Calixto de Flórez, oidor que fue de la Audiencia. A su muerte, todos sus libros fueron vendidos por su hija a don Tarsicio de la Piedra. Era probable que él aún lo conservara.

A la mención de la hija del oidor, el recuerdo de doña Antonia emergió, ahora sí, desde lo más recóndito de la memoria de Olmos, abriéndose paso entre la maraña de las incógnitas que tenía que resolver y eclipsándolas por completo, por unos momentos. Una nostalgia dulce y dorada le invadió por un segundo. Pero al intentar recordar su rostro, el que veía era el de María Gregoria, su amor presente. Por contraste, si lo de Antonia fue todo ilusión y castidad, lo de María Gregoria era todo deseo y pasión. Y María Gregoria era el aquí y ahora, mientras que Antonia nunca había sido más que una desesperanzada añoranza.

Olmos prefirió apartar de su mente estos pensamientos. Agradeció a fray Pedro y marchó de prisa a casa de don Tarsicio de la Piedra, un orfebre que mantenía su negocio en la calle de las Cuatro Esquinas, no lejos de la Plaza Grande. Se preguntaba cómo era que un comerciante había podido hacerse de la biblioteca del

difunto oidor Flórez, conocida por ser una de las más grandes de la ciudad.

Al doblar por la calle de los Sombrereros, le asaltó, como si hubiera estado esperándolo, agazapada tras de la esquina, la idea de que una posible conexión entre las víctimas era su atuendo de jinete. En eso llegó a casa de De la Piedra.

Cuando, después de hacerse anunciar, fue recibido por don Tarsicio, que lo esperaba en su biblioteca, en el piso alto de la misma casa en cuya planta baja mantenía su orfebrería, Olmos encontró la respuesta para su duda anterior. Toda la casa, desde la escalera hasta la biblioteca, incluyendo las paredes de cada una de las cuatro galerías que daban al patio central, estaba forrada de estanterías llenas de libros. Y en la biblioteca, que abarcaba toda el ala oriental de la casa, no había un solo espacio que no estuviera ocupado por libros, en libreros, en cada anaquel, verticales, horizontales, en doble y triple fila, apilados sobre las sillas, atiborrando la escribanía…

Olmos creyó, entonces, que don Tarsicio era comerciante tan solo de oficio, pero que, en verdad, lo que atesoraba era el conocimiento contenido en los libros y que su negocio era sin duda no más que el medio que le permitía satisfacer su bibliofilia. Y esto, a pesar de su juventud —Olmos le había calculado unos cuarenta y cinco años, no más—, pues, de alguna manera, se solía relacionar a un hombre de cultura con un anciano, como había sido el oidor Flórez.

Al explicarle lo que necesitaba, don Tarsicio se dirigió a un librero y extrajo un volumen encuadernado en piel de su color con vetas más oscuras y, en el lomo, una etiqueta de color vino con letras doradas. Lo llevó a su escribanía y lo abrió en la página de la portadilla.

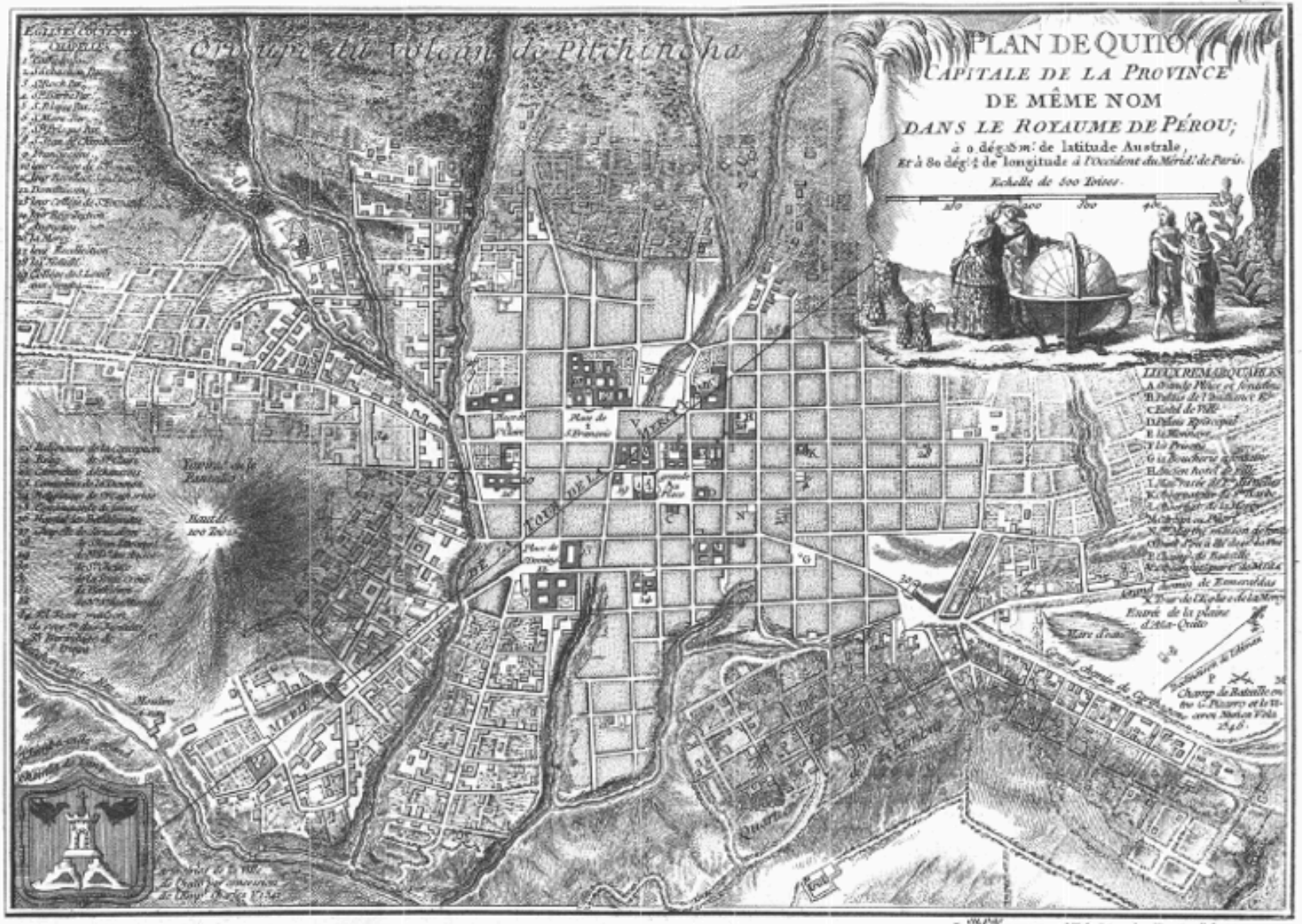
Luego de que Olmos se sentó, leyó: *"MESURE DES TROIS PREMIERS DEGRÉS DU MÉRIDIEN DANS L'HÉMISPH È RE AUSTRAL, Tirée des Observations de Mrs. de l'Académie Royale des Sciences, Envoyés par le Roi sous l'Équateur"* [12]. Con sumo cuidado, don Tarsicio, que permanecía de pie al lado del teniente de alguacil, fue pasando las páginas una a una hasta llegar

al grabado del plano de Quito, que desplegó en varios desdobles hasta que quedó extendido de todo en todo bajo sus ojos. En la esquina superior derecha del plano una cartela cuadrangular, dibujada con la forma de un pergamino de esquinas enrolladas, rezaba: " *PLAN DE QUITO, CAPITALE DE LA PROVINCE DE MÊME NOM AU ROYAUME DU PÉROU; à 0 degrés 15 minutes de latitude Australe et à 80 degrés ½ de longitude à l'Occident du Méridien de Paris"* [13] *.*

Don Tarsicio, entonces, cogió otro libro y se retiró a hojearlo en una butaca en la esquina, para que Olmos pudiera examinar a sus anchas el plano.

Presa de una excitación inexplicable, Olmos supo en ese instante que esto era lo que buscaba.

Porque, unidas por una línea recta, que seguía con exactitud el sentido norte-sur, aparecían todas y cada una de las iglesias en donde habían ocurrido los tres asesinatos de estos días. Y una más.



Levé en 1741 par Mr. de Morainville Ingr. du Roy.

Debido a la particular disposición en que la ciudad era representada al pie del Pichincha, en el plano esa línea había sido trazada en diagonal, desde la esquina superior derecha hasta la inferior izquierda, mostrando, en el extremo septentrional, la iglesia de la Merced y, en el meridional, la de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Entre las dos, al norte la iglesia de la Compañía de Jesús y al sur la de San Sebastián.

E, impresa sobre esa línea, aparecía la leyenda: "MERID. DE LA TOUR DE LA MERCY".

"¡El meridiano de la torre de la Merced! ¡Eso es! ¡Este es el vínculo entre todas las iglesias!", pensó Olmos, maravillado. "¡El asesino colocó a todas sus víctimas en iglesias que están atravesadas por el meridiano de la torre de la Merced! ¡No puede ser una simple coincidencia!".

Don Tarsicio advirtió el asombro del teniente de alguacil.

—¿Encontró lo que buscaba, teniente?

—¡Esto es mucho más que lo que buscaba, señor! —replicó Olmos, presa del entusiasmo—. ¡Esta es la puerta a la solución de este endiablado misterio!

Y, plegando con cuidado el plano para volver a encerrarlo en el libro, anunció a don Tarsicio mientras se lo mostraba:

—Con su permiso, señor, deberé llevármelo. Escríbame un recibo, que lo firmaré ahora mismo.

—Llévese el libro, teniente. Ya me lo devolverá usted cuando no lo necesite más. Y, si no, yo mismo plantaré asedio en torno a su escritorio hasta que me lo entregue. Eso sí, cuídemelo, que ese ejemplar es oro en polvo.

De la Universidad de Santo Tomás a la cárcel de corte se extendían seis cuadras: tres por la calle de San Antonio, que después tomaba el nombre de San Miguel, en subida hasta la plaza de San Francisco,

y tres más por la calle Angosta —una de ellas muy larga, la de las abandonadas residencia y universidad de los jesuitas—. En circunstancias normales se habrían empleado diez minutos en recorrerlas.

Tal era el estado de exaltación de Olmos, después de su descubrimiento en casa de De la Piedra, que, cuando llegó a su destino, sonaban las once en la torre de la Merced. "¿Será la vieja 'Nolasca'?", se preguntó. Había demorado ocho minutos.

—¡Sánchez, venga a ver esto! —exclamó ni bien entró al escritorio. Enseguida exhibió sobre el tablero de su escribanía el plano de Quito, desplegado del libro de La Condamine, alisando los dobleces con las palmas de las manos—. Fíjese —señaló con el índice—, esta línea recta es el meridiano de la iglesia de la Merced, trazado por los franceses hace treinta años, cuando usaron la torre del templo para hacer sus mediciones. —Dejó transcurrir unos segundos para que Sánchez pudiera apreciarlo—. Une con exactitud los puntos donde se encuentran la Peña de Francia, San Sebastián y la Merced.

—¿Significaría esto que el asesino usó el plano de Quito para colocar los cadáveres de sus víctimas? —inquirió Sánchez, atónito.

—¡Qué otra cosa puede ser, Sánchez! Una simple coincidencia es improbable.

—Pero, ¿ un asesino que recurre a un plano raro, del que solo existe un ejemplar en toda la ciudad? ¿No le parece demasiado tirado de los cabellos?

—No sería la primera vez que debamos recurrir a una explicación extraordinaria porque las explicaciones ordinarias no bastan.

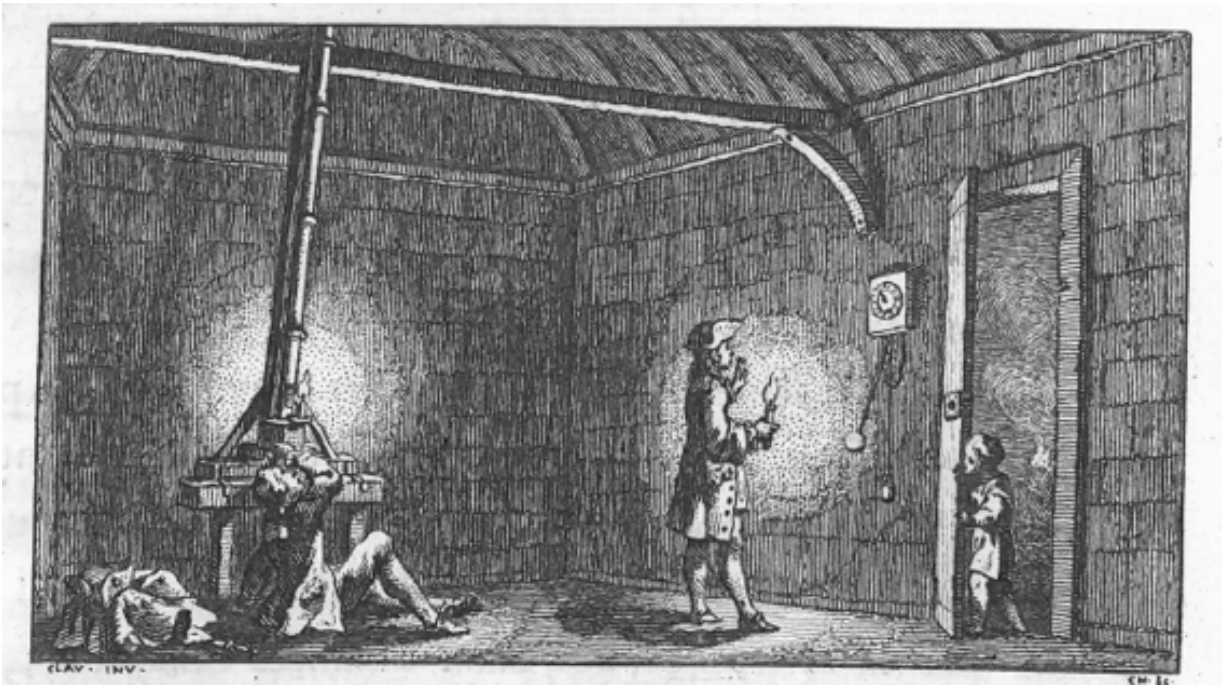
—Si es así, habrá una cuarta víctima.

—¡Exacto! Y aparecerá en la Compañía.

Nuño Olmos se aprestaba a llevar al alguacil mayor el plano de Quito

plegado dentro del libro de La Condamine, para mostrarle el meridiano de la torre de la Merced y las iglesias en él alineadas. Al recogerlo de su escribanía, el libro resbaló de su mano. Olmos apenas alcanzó a atraparlo por una de las tapas antes de que cayera al piso. Cuando lo apoyó sobre el tablero, el libro quedó abierto en una página encabezada por un grabado que lo dejó petrificado.

En una habitación oscura había tres personas: un niño que espiaba desde el exterior de la puerta entreabierta; un hombre, tocado de tricornio, que sostenía una cera encendida en la mano derecha mientras observaba un reloj de péndola colgado de la pared; y otro hombre, a medias recostado en el piso, que mi raba a través de un tubo largo y vertical, sujeto a una viga alta de la armadura del techo.



—¡El telescopio! —musitó Olmos.

Podía decirse que el grabado lo representaba a él, el día que, tirado de espaldas en las losas de la cripta de la Peña de Francia, escudriñaba la cúpula estrellada de la iglesia, a través del conducto de aire.

"Esto sí que no puede ser pura coincidencia", se dijo Olmos,

incrédulo.

Embutido en el pozo de aire de la cripta, recordó, Caiza tenía los ojos abiertos, empujados fuera de las órbitas por efecto de la putrefacción, y parecía estar observando absorto las estrellas del domo, como por un telescopio.

"¡No puede ser pura coincidencia!", volvió a pensar Olmos, el corazón dándole golpes de bombo en los tímpanos. Parecía que el asesino no solo había ubicado los cadáveres de sus víctimas siguiendo la línea del meridiano de la Merced, sino que también los había exhibido reproduciendo la disposición de los instrumentos que los sabios franceses habían utilizado para hacer sus mediciones y que también estaban ilustrados en el libro de *monsieur* de La Condamine.

Como un poseído comenzó a hojear el libro buscando los grabados de otros instrumentos.

¡Ahí estaba! El péndulo. ¿El "ahorcado" en la torre de San Sebastián representaba al péndulo? Siguió pasando las hojas con prisa, con el índice humedecido en saliva. No, no había más, tal vez se había emocionado sin motivo. Aunque… ¡Sí! ¡Otro grabado! ¡Un cuadrante! ¿El reloj de sol de la Merced era el cuadrante de veintidós pulgadas?

Para colmo, en la esquina inferior izquierda del grabado aparecía la casaca doblada y, sobre ella, el tricornio del astrónomo. Como en la torre de San Sebastián.

"¡Esto es demencial!".

—Concuerdo con usted, Olmos —sentenció el alguacil mayor después de estudiar el plano de Morainville que su teniente le había presentado—. Esto no es una simple coincidencia. Id a saber por qué o cómo, pero tal parece que el asesino ha utilizado este plano para decidir los sitios en que ubicaría sus escenificaciones. Porque, si algo queda claro es que nos encontramos frente a un individuo con

cierto refinamiento y, si pudo darse el trabajo de utilizar esta carta para elegir los sitios, entonces cobra total verosimilitud vuestra teoría de que cada escena del crimen es un montaje teatral.

"¡Vaya!, por fin vueseñoría se toma en serio la hipótesis del montaje de las escenas del crimen", confirmó aliviado Olmos para sus adentros, al tiempo que intercambiaba una mirada de anuencia con Sánchez.

—Esto querría indicar —continuó Logroño —que el próximo golpe será en la iglesia de la Compañía. Ahora podremos evitarlo. Tendremos que impedir que cualquier persona se acerque a la iglesia. Por fortuna está clausurada desde el extrañamiento.

—El complejo de los jesuitas es inmenso, vueseñoría —consideró Sánchez, escéptico—. Ni siquiera desplegando a toda la milicia urbana podríamos cubrir cada posible ingreso, señor.

—Yo no me preocuparía mucho por eso, Sánchez —repuso Olmos —. Vea usted, el asesino ha sido hasta ahora muy exacto. Los lugares elegidos por él son las iglesias. Y si bien es verdad que el meridiano de la torre de la Merced atraviesa otras instalaciones jesuitas, solo tendremos que ocuparnos del acceso a la iglesia. Además, es el templo mismo el que cae exacto bajo la línea. Es en algún lugar del templo que el asesino intentará montar su próxima escena.

—Además está el efecto disuasivo —aportó Logroño—: bastará que el asesino detecte la presencia del alguacilazgo para que desista de su intento.

—El problema será cuánto tiempo deberemos mantener el dispositivo de vigilancia, vueseñoría, porque si el esfuerzo no puede ser sostenido, tarde o temprano el asesino quizá lo logre.

—Pues yo cuento con que lo encontréis antes de que lo logre. Así que, desde este momento: dispositivo de veinticuatro horas diarias de vigilancia de los accesos de la Compañía. Tomad las disposiciones necesarias para que se cumpla.

—Así se hará, vueseñoría —contestó Sánchez.

Olmos asintió con la cabeza.

La hipótesis de que las escenificaciones del asesino replicaban los instrumentos de las mediciones geodésicas le seguía dando vueltas en las entendederas. Sabía que esa conexión era demasiado evidente como para no ser probable y que desenmarañando ese ovillo era posible que diera con algún rastro importante. ¡Todo era tan inquietante! Era el tipo de corazonada —sin mayor sustento lógico— que en el pasado, a veces, le había dado resultado. Pero no se atrevía a proponerla aún al alguacil mayor. Si la sola idea de que la línea del meridiano constituía una lista de iglesias le había parecido descabellada a su propio amigo Sánchez, que conocía su forma de razonar, m ás improbable sería que Logroño aceptase que el "ahorcado" era la plomada del péndulo, que el "embutido" representaba un telescopio, que el hombre en el reloj de sol simbolizaba al cuadrante… Lo mejor sería concretar esta hipótesis con algún indicio material o testimonial. Solo entonces podría presentarla al alguacil mayor. Solo entonces estarían más cerca de atrapar a este escurridizo asesino.

---

12 Medida de los tres primeros grados del meridiano en el hemisferio austral, extraída de las observaciones de los señores de la Real Academia de las Ciencias, enviados por el rey al ecuador.

13 Plano de Quito, capital de la provincia del mismo nombre en el reino del Perú, a 0 grados 15 minutos de latitud austral y a 80 grados ½ de longitud al occidente del meridiano de París.

— 30 —

¡Cuánto se habría solazado el padre Aguirre con el caso que Olmos tenía ahora entre manos! Él, que había sido profesor de Física, cuánto más no habría podido entender las implicaciones de sus hipótesis, ahora cuando por fin iban tomando forma. Pero él estaba lejos; su carta se lo recordaba.

> Llegar a Cartagena de Indias es una de las experiencias estéticas y náuticas más intensas que me ha tocado vivir, aunque reconozco que al momento de llegar a ese puerto aún no habíamos recorrido ni siquiera un tercio del total de la vía marítima entre Guayaquil y España y mis conocimientos prácticos sobre las artes del mar eran aún reducidos. Pero mi capacidad de admirar la belleza de un paisaje sí data desde los primeros años de mi edad en un país tan bendecido con maravillosos paisajes y tan variados, como es el reino del Quito, y, aun así, puedo decir con sinceridad que nada es comparable a la aproximación desde alta mar al puerto de Cartagena, pues desde la distancia se puede apreciar la línea casi blanca de la muralla defensiva de la ciudad, que se extiende por varias cuadras reverberando bajo el sol y, conforme el navío se va acercando, se dibujan las garitas de los baluartes, las cúpulas de las iglesias y sus campanarios, los tejados de las casas y edificios, con las verdes selvas circundantes y los cerros de La Popa y San Lázaro —coronado este por el formidable castillo de San Felipe de Barajas— como telón de fondo. Playas extensísimas de arena clara se dilatan, como rayones de tiza, a uno y otro lado de la ciudad. Por delante, el mar azul toma transparencias del color de las esmeraldas. Una vez que la miras, no puedes quitarle los ojos de encima.
>
> Las fortificaciones militares de Cartagena de Indias se encuentran entre las edificaciones más poderosas del mundo, pues la ciudad, puerta

de los virreinatos de la Nueva Granada y del Perú, y destino de los más grandes tesoros extraídos del nuevo mundo, ha sido codiciada y, por ello, atacada por piratas y por ejércitos de todas las naciones que envidian el poder y la riqueza de nuestra patria, en especial la aleve Inglaterra.

Estas fortificaciones y la disposición natural de la bahía de Cartagena, que, vista en un mapa, es, en realidad un pequeño golfo, casi del todo cerrado de no ser por los pasos de Bocagrande y Bocachica, hacen del puerto un objetivo inexpugnable, máxime cuando cada una de estas bocas está resguardada por una construcción militar: la grande, por una muralla submarina, y la chica, por el fuerte de San Fernando.

Superada Bocachica, el barco se adentra en una gran laguna salada formada de manera natural, que conduce al surgidero de la ciudad amurallada, que, a su vez, está protegido por el fuerte de san Sebastián del Pastelillo. Aproximándose a la ciudad por esta vía de agua se divisa a lo lejos, en su interior, la iglesia de nuestra santa Compañía de Jesús y, delante de ella, los baluartes de la muralla que llevan los nombres de nuestro padre san Ignacio y de su compañero san Francisco Xavier. De alguna manera uno se siente bienvenido a esta ciudad con nombres tan familiares y venerados por nosotros, jesuitas. ¡Cómo habría querido llegar a este magnífico puerto en circunstancia más feliz, para disfrutar de este dichoso recibimiento!

En Cartagena confluimos muchos hermanos de la orden procedentes de todos los dominios españoles de la Tierra Firme, el Nuevo Reino, el Perú y el Nuevo Extremo, e incluso algunos de la Nueva España, que, por quedar su localidad más vecina a este puerto de Cartagena que al de Veracruz, navegarán a España desde aquí.

En las escasas conversaciones que hemos podido contrabandear con los jesuitas de otras partes se ha podido establecer que el decreto de extrañamiento ha sido ejecutado con extrema uniformidad y eficiencia en cada uno de los lugares, mostrando una voluntad real bien definida y decidida a trasladar a la Compañía de Jesús fuera de los dominios españoles. Se habla de que esto no es sino el resultado de una querella entre los reyes europeos y el papado, la vieja rencilla de la espada contra la cruz, donde la Compañía de Jesús termina convirtiéndose en un símbolo, una especie de chivo expiatorio, acusada de servir al Papa en detrimento de las prerrogativas regias.

Nada de eso hemos conocido nosotros, en nada de eso nos hemos inmiscuido. Los jesuitas de la Provincia del Quito, al igual que los de todas las demás provincias en el mundo, hemos estado dedicados a nuestra exclusiva misión, a saber: llevar la buena nueva de Nuestro Señor Jesucristo a los pueblos paganos y brindar la educación que requieren los niños y jóvenes de los territorios donde nos encontramos. Las más de las veces lo hacemos en colaboración con la Corona y, de paso, contribuimos a la consolidación de su dominio sobre tierras y pueblos desconocidos. Pero que a través de esos actos de caridad cristiana estemos participando en una gran batalla entre el Estado y la Iglesia me parece una soberana zoquetada. Nadie más humilde, nadie más pobre, nadie más manso que un sacerdote jesuita. Esa fue la gran transformación que sufrió nuestro fundador, Íñigo López de Loyola: de guerrero herido en el sitio de Pamplona pasó a ser el hombre "de bondad pobre" que fundaría más tarde nuestra santa sociedad. De él tomamos todos los jesuitas el ejemplo y con él servimos a nuestros hermanos, al rey Nuestro Señor y a Dios Todopoderoso.

Nuestro bergantín, el "San Juan Nepomuceno", se hizo a la mar en Cartagena el 18 de febrero. Sería el último trecho de nuestro largo trayecto americano, que, mediando la voluntad de Dios, concluiría en La Habana, último puerto español de ultramar antes de llegar a España. También el más largo en mar abierto, puesto que desde que salimos de Guayaquil, nunca nos habíamos apartado de la costa sino apenas para intentar atrapar los vientos necesarios para una navegación pasablemente alígera.

— 31 —

Aun cuando todos en la ciudad conocían quién era el autor de esta horrenda matanza, nadie se atrevía a denunciarle. Los hechos, los indicios, los rumores, todo apuntaba hacia él, pero la propia magnitud de la tragedia era la mejor disuasión contra cualquier querella.

Y, sin embargo, las coincidencias eran demasiadas como para ignorarlas.

Era evidente para quienquiera que observara la situación que la criminal incursión en Chillogallo, ocurrida el 18 de marzo, era una respuesta a la denuncia planteada por su cabildo contra el marqués de Villa Ordeñana apenas dos semanas atrás.

También las consecuencias del ataque corroboraban esta sospecha: los linderos de la hacienda El Calado, de propiedad del marqués, volvieron a ser desplazados de inmediato al interior del ejido de Turubamba, en el lugar exacto de donde los pobladores de Chillogallo los habían removido antes de plantear su demanda, sin que nadie osara esta vez devolverlos a su línea original.

Y muchos sobrevivientes de la noche funesta habían reconocido a peones y jornaleros de El Calado entre los jinetes asesinos que, prevalidos del poder del que hacía ostentación su patrón, ni siquiera habían tenido el cuidado de cubrirse el rostro para ocultar sus facciones.

Pero nadie quiso plantear querella y el fiscal Cistúe no se atrevió a iniciar de oficio el proceso criminal contra caballero tan poderoso. Así, la masacre había cumplido su propósito: nadie, nunca más, se metería con los Chávez de Ordeñana, ni para reclamar la vindicta pública por sus crímenes ni para oponerse al crecimiento de sus

haciendas a costa de los ejidos comunales o de cualquier otra propiedad que les apeteciese.

Cuando intenté plantear querella —yo, que había perdido mujer e hija, padres y hermano— ningún letrado de la ciudad quiso representarme. Escuchaban mi historia, se condolían, aseguraban que toda la razón me asistía y que los jueces de seguro me la darían también; me pedían un par de días para analizar a fondo los hechos y el derecho. Pero cuando yo les insistía en que pactáramos su honorario, pues estaba dispuesto a pagar la mayor parte por adelantado con tal de llevar a los culpables ante la justicia cuanto antes, todos, sin falta, me contestaban que me propondrían su remuneración después de estudiar el caso. Esa respuesta, que al principio me pareció razonable, con el tiempo descubrí que equivalía a una negativa. Y era que si aceptaban el adelanto, más tarde no podrían escurrirse, que era lo que desde el inicio habían decidido hacer —como, de hecho, todos hicieron —, y el supuesto tiempo de análisis no era sino una evasiva, en busca de razones para rechazar el caso que resultaran digeribles, cuando, en realidad, lo que no podían era confesar las verdaderas: todos tenían miedo, todos debían algo al marqués, a todos les convenía más evitar malquistarse con él que exigir su castigo por la muerte de unos pocos indios…

Fue entonces cuando tomé la decisión que me ha traído hoy a este patíbulo: a falta de la justicia del rey, yo mismo impartiría justicia, mi propia justicia. Por mis muertos, por mi dolor. A falta de quien acuse en mi nombre, yo mismo acusaría.

Y sería acusador, juez y verdugo.

Pasé mucho tiempo preparando mi revancha.

El cometido era simple: cobrar las muertes de mi mujer, mi hija, mis padres y mi hermano, seres inocentes asesinados sin motivo. Una vida por cada una de estas muertes.

Pero mi venganza no tendría el sino infame de la iniquidad. Yo no cometería el mismo pecado que se había perpetrado contra los míos. Las cinco vidas que yo cobraría tendrían que ser las de cinco de los asesinos, cinco hombres que estuvieron en Chillogallo la noche del 18 de marzo.

Esto hacía que mi misión por fuerza se complicara, pues, para que mi desquite fuera con rigor justo —"ojo por ojo, diente por diente"—debía estar del todo seguro de hacer centro, de verdad, en cada uno de los asesinos. No buscaba eso por encontrar una circunstancia que atenuara mi pena en caso de ser capturado y juzgado por estos crímenes, no. Nada me tenía con menos cuidado. Yo ya estaba muerto; que me colgaran sería apenas una formalidad. Era más bien una necesidad íntima de purgar la muerte de cada uno de mis inocentes con la de uno de sus asesinos y, ojalá, con exactitud, la de quien propinó el sablazo, disparó la bala o prendió fuego a la casa. Un perverso por cada justo, ni más ni menos.

Sabía que la tarea sería prolongada, sobre todo si no quería cometer errores. Pero, ¿quién mejor que un relojero para saber que el tiempo suele castigar a quien hace las cosas sin su concurso? Y tiempo de sobra tenía, yo tranquilo estaba. Además, si algo había aprendido con los sabios europeos tantos años atrás, era a asegurarme de que el resultado deseado, que es el resultado más exacto posible, a veces requiere de varios intentos y, por lo tanto, del tiempo que ellos emplean.

Dejé, pues, que unos cuantos meses pasaran antes de lanzarme a mi cruzada. Eso ayudaría a que la rabia de los deudos de las víctimas se apaciguara, que la normalidad recuperara su cauce y que, sobre todo, los asesinos, creyéndose a salvo con cada día que transcurriera sin represalias, bajaran la guardia, olvidaran las versiones oficiales y coartadas que habían preparado para salir del atolladero judicial y volvieran a sus rutinas.

Yo, por mi parte, pondría a macerar durante ese mismo tiempo mis sentimientos y mis impulsos, para que fueran embebiéndose de razón y sentido, de modo que cada uno de los movimientos que yo planease tuviera plena justificación y no quedara en mí ni un solo atisbo de remordimiento. Así, el golpe de mi mano justiciera sería infalible, contundente, irremediable. Y, sobre todo, estaría desprovisto de cualquier temor. Mi justicia estaría animada por el coraje y la paciencia de quien nada tiene que perder.

— 32 —

Esa tarde, los dos tenientes de alguacil la pasaron en su escritorio en la cárcel de corte cotejando los apuntes del cuaderno de Olmos con el libro de *monsieur* de La Condamine.

—Mire, Sánchez —explicó Olmos—, en esto le voy a pedir que confíe en mi instinto. Usted sabe que, a veces, se me mete una idea en la cabeza y no puedo sacármela hasta que compruebo que es verdad. O que me equivoqué. Me ha pasado antes, son como corazonadas o incluso sueños. Pero por lo común han resultado acertados.

—Vea, Olmos, no se ande por las ramas y dispare. Convénzame de que tiene razón y me resultará más fácil fiarme de usted. Ya sabe que siempre le he seguido.

—¿Qué pensaría usted —tentó Olmos— si le digo que cada una de las escenificaciones del asesino en las tres iglesias representa a un instrumento de medición utilizado por los franceses en los años treinta?

—No entiendo. ¿Me está diciendo que los sabios de París utilizaron instrumentos geodésicos que ahora el asesino usa como modelo para sus montajes?

—¡Exacto!

Sánchez guardó silencio por unos segundos, con aire pensativo.

—O sea que usted quiere que me trague que el asesino no solo que usó el meridiano del plano de Morainville, sino que, además, para diseñar sus montajes con los cadáveres se inspiró en los instrumentos que los franceses usaron.

—¡Ajá!

—Para eso sería necesario que nuestro asesino sea, él mismo, poco menos que un sabio en astronomía y geodesia. O que tenga algo que ver con la misión de 1735.

—En realidad, bastaría con que hubiera leído el libro de La Condamine. Ahí están el plano de Quito y suficientes grabados descriptivos de los instrumentos de medición. Quienquiera que lo haya tenido en sus manos podría ser el asesino.

—Según eso —propuso Sánchez, escéptico—, el primer sospechoso sería el dueño del libro: don Tarsicio de la Piedra.

—Pues, he ahí un sospechoso que habrá que interrogar.

—Descabellado. Eso le dije sobre su teoría del meridiano como criterio de ubicación de los montajes. Y ahora, sobre esta hipótesis de que los montajes son representaciones de instrumentos geodésicos, lo repito: descabellada.

—Déjeme mostrarle que no es tan descabellado —anunció Olmos, con tono pedagógico.

Se despojó de su casaca y, en lugar de colgarla de la percha, la dobló con cuidado y la posó sobre el suelo. Después cogió de la percha su sombrero de tres picos y lo colocó sobre la casaca plegada.

—Ayer, antes de la corrida de toros, fui a misa en la Peña de Francia. Después bajé a la cripta. Pensé que, a unos días de los hechos, podría ver las cosas con perspectiva diferente. Y así fue. Me eché de espaldas bajo el conducto de aire en que encontramos a Caiza —Olmos se acostó ese momento sobre el piso de tejuelos del escritorio ante la extrañeza de Sánchez—. Lo que vi desde ahí era un telescopio. Imagínelo usted, Sánchez —Olmos se iba entusiasmando mientras explicaba—. ¡Venga, échese a mi lado, aquí!

Sánchez, un tanto a regañadientes, se tendió de espaldas, codo con codo al lado de Olmos.

—Ahora, cierre los ojos —Sánchez los cerró entre refunfuños— y haga memoria. Ahora mire usted a través del conducto de aire. ¿Qué es lo que ve?

—¡Esto es ridículo! ¿Está seguro de que es necesario, Olmos? —protestó Sánchez.

—Solo haga memoria y dígame lo que ve —insistió Olmos.

—El túnel de aire de la cripta, con la reja del otro lado.

—¿Qué forma tiene el túnel?

—Redonda, ¿no?

—Precisemos: de sección circular. ¿Un cilindro?

—Eso: cilíndrica.

—¿Ve usted la reja? ¿Qué forma la reja en el círculo?

—Una cuadrícula. Las varillas de la reja forman una cuadrícula.

—Ya. Ahora dígame: ¿qué ve más allá de la cuadrícula?

—¿Más allá de la cuadrícula? Nada.

—¿Está seguro?

—¿La cúpula del crucero? ¡La cúpula! ¡Las estrellas de la cúpula!

Olmos calló unos segundos para que la imagen calara en el cerebro de Sánchez.

—¡Es un telescopio, Olmos! ¡De verdad es un telescopio!

—Ahora mire esto —dijo Olmos, levantándose de un brinco y abriendo el libro de La Condamine en la página 105, donde aparecía el grabado con el astrónomo recostado observando a través del telescopio vertical.

—¡Madre Santa! ¡No lo puedo creer! —exclamó Sánchez, atónito, al ver la estampa, una vez reincorporado—. Olmos, tiene usted razón: el "embutido" en el conducto de aire representa un telescopio.

—¿No le dije? ¿Y se fijó lo qué hay en la esquina izquierda de la ilustración?

—¡Ja, ja, ja! —rio Sánchez, arrebatado—. ¡Lo que faltaba! ¡El montón de ropa tan ordenadita! ¡Este tipo se burla de nosotros!

—¡Es justo lo que pensé! Nos dejó la ropa de don Felipe muy bien doblada en el campanario de San Sebastián. Caímos. Creímos que se trataba de un suicidio. Fue Espejo el que nos desengañó. Y

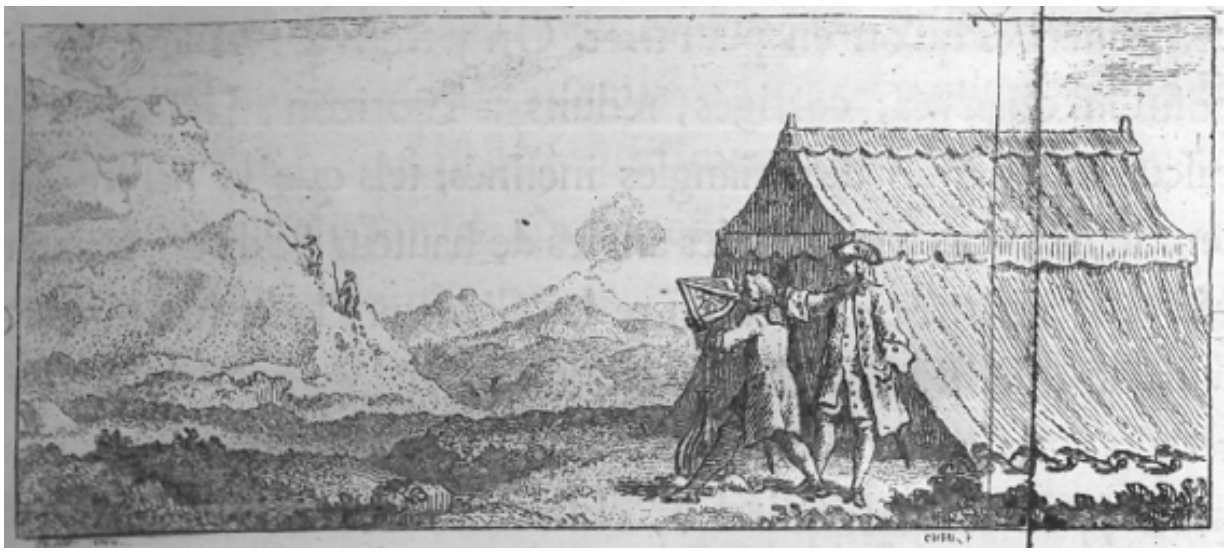
ahora encontramos esta especie de "tarjeta de visita" en un libro que él no tenía por qué saber que encontraríamos.

—¿No estaremos hilando muy fino?

—¡Tal vez, Sánchez! Pero esto, a mí, solo consigue impulsarme a seguir este derrotero: los montajes representan instrumentos.

—Ahora, mire este —Olmos pasó a la página 3.

Encabezándola, un grabado de iguales dimensiones que el anterior mostraba un paisaje de montañas en el que dos hombres, a la izquierda, ascendían una escarpada ladera, mientras, a la distancia, un volcán echaba fumarolas. En primer plano, a la derecha, dos geodestas, delante de su tienda de campaña, tomaban medidas con un cuadrante de 22 pulgadas.



Sánchez observó con detenimiento la estampa.

—¿No le parece que este cuadrante, sostenido por un tetrapié, podría estar representado por el hombre ensartado en el reloj de sol de la Merced, que tiene también un cuadrante, en el que el gnomon marca las horas, y un pedestal, que lo eleva al nivel necesario para poder observarlo de cerca?

—Menos gráfico, pero sí, podría ser —contestó Sánchez, con menor convencimiento.

—Bueno, entonces, ¿qué le parece la similitud entre el péndulo, que aparece en la página 229, y la escena de don Felipe Chávez de

Ordeñana colgando del campanario de San Sebastián?

—Ordeñana es la plomada, que cuelga del hilo sujeto a un punto fijo en la viga del campanario —enumeraba Sánchez las semejanzas —. El cadáver oscila entre las pilastras de la torre, marcando su trayectoria sobre la pared encalada con los talones de sus zapatos. Cuando deja de oscilar, los excrementos se derraman con verticalidad perfecta.

—Los montajes representan los instrumentos. Esto es del todo claro —concluyó Olmos.

—Admitámoslo *in arguendo* , Olmos; los montajes representan instrumentos —aceptó Sánchez, retomando su vena escéptica—. Pero, ¿de qué nos sirve saberlo?

—i¿De qué nos sirve?! —replicó Olmos, airado—. Pues, para comenzar, nos sirve para conocer mejor al asesino. Hasta ahora no sabíamos sino que es cincuentón y que mata a sus víctimas en un lugar y las expone en otro, al que las lleva ya muertas. Ahora, en cambio, sabemos que las iglesias donde las expone están alineadas con el meridiano de la Merced y las escenificaciones representan instrumentos geodésicos. Sabemos, por lo tanto, que es alguien, en palabras de Logroño, "refinado"; yo diría, alguien que sabe los detalles de la misión francesa; un asesino al que no debemos subestimar, porque se da el lujo de jugar con nosotros, dejándonos pistas que no hemos sabido leer antes. Ahora nos toca aprender cómo piensa. Solo así sabremos a quién buscamos y podremos ponerle un nombre y un rostro. Y encontrarlo.

—Solo una cosa que añadir, Olmos —sentenció Sánchez—: tenemos que encontrarlo antes de que cometa su cuarto asesinato.

Esa noche, Olmos y Sánchez llegaron al complejo jesuita acompañados de nueve gendarmes del Alguacilazgo. Iba también con ellos don José Antonio de Ascásubi, director de la Junta de Temporalidades, que administraba los bienes de la Compañía de

Jesús desde la expulsión de sus regulares de los territorios de la Real Audiencia del Quito.

Entraron al Colegio Máximo por el portón de la calle Angosta, que daba al patio de la Procura.

—Señores —arengó Olmos a los gendarmes—, esta noche tendremos que estar atentos al más mínimo movimiento que se produzca en la oscuridad. Estaremos pendientes de lo que pase en el templo y en el exterior. Y si alguno de ustedes detecta algo, cualquier cosa, que se mueva en algún otro lugar, nada más dé la voz de alarma. ¿Comprendido?

Todos asintieron en silencio.

—Pérez —dispuso Olmos, señalando por turno con el índice—: usted estará apostado en las barbacanas del campanario, desde donde tendrá vista sobre todo el complejo. Pero no olvide, lo más importante es la iglesia. Y usted, Carrillo, estará en el frontón detrás de la fachada; ahí tendrá vista sobre toda la cubierta, la cúpula mayor, la del presbiterio y las cupulinas, pero también hacia la calle. Sánchez —prosiguió—: usted y yo vamos dentro de la iglesia. Usted vigilará desde el coro y yo desde la galería de la cúpula; así tendremos cubiertos por entero la nave central, el crucero y el altar mayor. Pero —no pudo evitar tomarle el pelo— no vaya a subir por la escalera espiral de la derecha. Manobanda: la nave lateral norte, con la sacristía. Camacho: la nave lateral sur. Y ustedes cuatro montarán guardia en los ingresos al complejo: Pacheco, el portón de entrada por el frente de la iglesia; Cánchig, el de la calle de la Universidad; Viera, el de la calle de Carvajal; y Núñez, el de la calle Angosta .

Por último, Olmos se dirigió al director: — Don José Antonio, por favor, ábranos las puertas para que podamos entrar y subir. Después cierra desde fuera las que dan a la calle. Nos veremos de nuevo al amanecer. Muchas gracias por su apoyo y perdone usted la molestia.

—No lo olviden, señores —concluyó dirigiéndose a sus hombres —: esta noche nadie duerme, estare mos al acecho del mínimo movimiento. ¡Esta noche somos búhos!

A los pocos minutos, Olmos estaba en posición. A través de la

larga y escabrosa escalera del torreón del campanario, había llegado a la cubierta de la iglesia y, por una de las ventanas en el tambor, había entrado a la galería interior de la cúpula del crucero. Su linterna no alcanzaba a alumbrar el insondable espacio negro que se extendía delante y debajo de él, así que la apagó. Si querían que el asesino procediera sin sospechas de su presencia, la iglesia debía estar en total oscuridad. Así había instruido a Sánchez, a Manobanda y a Camacho y a los que quedaron fuera.

Sentado en el piso, con la espalda apoyada en la pared y los pies en la base de la baranda que lo separaba del vacío, Olmos ahora no veía nada, ni siquiera la palma de la mano al extremo del brazo extendido frente a sus narices. La noción misma de ver carecía de sentido, pues la negrura absoluta borraba toda forma, todo color, todo volumen, toda perspectiva; como si lo único existente fuera la conciencia de sí mismo. Aparte del yo, lo demás era negro, vacío.

Otrora, los objetos dentro del templo, allá abajo, habrían resplandecido al menos con una difusa luminosidad rojiza, imaginó Olmos. Pero hacía casi un año que nadie había encendido la lámpara del Santísimo, al lado del sagrario en el altar mayor. La noche había vencido.

Y, en la oscuridad, notó Olmos, el lento pasar del tiempo: era otra carencia provocada por esta ceguera — no la de ser incapaz de ver, sino la de no tener qué ver — , como si la sola percepción del espacio, del color, del volumen tuviera por sí misma un transcurso en el tiempo. Tal parecía que el oscuro vacío sería eterno.

En un determinado momento, Olmos se puso en pie e intentó caminar a tientas, palpando con la mano izquierda la pared circular, interrumpida, de trecho en trecho, por las ventanas, y apoyándose en el barandal con la otra mano. Sin querer dio un manotazo a la linterna apagada. En lo que dura un parpadeo oyó el lejano estruendo de metal y vidrio, cuando la linterna se estrelló abajo contra el suelo de piedra. El eco multiplicó el estrépito. El vértigo y el miedo lo obligaron a sentarse de nuevo al cabo de pocos pasos vacilantes.

Prefirió, entonces, cerrar los ojos y aguzar el oído. En el sobrecogedor espacio del templo el silencio era tan ominoso, que hasta reverberaba, como dentro de una colosal caracola de mar. Ningún sonido se colaba desde el exterior, tan espesos eran los muros. Pero el oído se iba habituando al silencio y un concierto de crujidos y rechinamientos restallaba conforme el templo se enfriaba. Con el paso de los minutos distinguió Olmos algún traqueteo o una tosecilla de sus compañeros, que hacían guardia en el coro y abajo, en las naves, magnificados por la oquedad de la alta bóveda. Pero nada más. Luego el silencio reconquistaba su reino átono.

Sin darse cuenta, la oscuridad y el silencio lo fueron arropando hasta que una sensación de languidez comenzó a ganarle. En su imaginación, desde el fondo de la bruma oscura emergió una luz deslumbrante que, poco a poco, fue cristalizándose en forma de una blanca silueta femenina, que exhibía impúdica, entre una oscura maraña de obsidiana, un tesoro de esplendorosos rubíes, granates y coral, llamándole con las esmeraldas de sus ojos. "¿Me quieres o solo me tienes ganas?", le preguntaba entre sueños. Un descomunal telescopio se escurría dentro de la mujer de cuarzo.

"El asesino usa instrumentos astronómicos", le contestaba él, con la inconexa lógica del inconsciente.

Al abrir los ojos, alarmado, temiendo haberse dormido de largo, advirtió que por fin su vista se había habituado a la oscuridad. Por las ventanas horadadas en el tambor y por las claraboyas del lucernario de la cúpula Olmos pudo percibir la claridad de la noche que se filtraba, invadiendo el interior del templo, como una niebla reptante. La lejana luz de alguna estrella en el cielo nocturno, el tenue resplandor del quinqué en una casa vecina, el brillo opaco de la linterna de un transeúnte en la calle luchaban por abrirse paso desde fuera hacia el interior de la cúpula, donde la oscuridad se resistía con la tenacidad de lo inmensurable.

Poco a poco, los perfiles del templo fueron delineándose en tonos de gris y azul: en el inmenso boquete del crucero, donde antes reinaba el abismo, iban tomando cuerpo las pechinas que sostenían el tambor y la cúpula, con los relieves de un toro, un

águila, un león y un ángel, acompañados todos, menos uno, de sedentes evangelistas barbados; los arcos de medio punto que custodiaban la nave central; las viñetas de la historia sagrada en las enjutas de las capillas laterales… El retablo tras el altar mayor se materializaba en líneas ascendentes, algunas en espiral, y el oro que lo recubría resplandecía pálido, con apagados tonos plateados y amarillos, desvaídos por la ceniza y el polvo…

Como gigantescos centinelas, esfuminados en la penumbra, los profetas del Antiguo Testamento se enfilaban entre las pilastras. Los santos jesuitas Ignacio y Francisco Xavier parecían comandarlos, emergiendo espectrales de sus respectivos retablos, en cada uno de los flancos del crucero.

Más allá, al lado de la entrada, bajo el coro, el infierno —ilustrado en el enorme lienzo que había atemorizado a los quiteños por casi quince décadas —en la oscuridad parecía encendido apenas a fuego lento, las vivas llamas de sus peores tormentos convertidas en débiles rescoldos.

En eso, retumbó abajo lo que parecía un pesado portazo. Se diría que venía del lado de la sacristía. El ruido de pasos que corrían hacia el origen del estruendo y el grito distante de "¡a mí!" urgieron a Olmos a buscar la salida para unirse a la persecución. A trompicones desanduvo en bajada el camino que antes había escalado, cuidando de no precipitarse hasta el fondo de la caja de escaleras de la torre. Siguiendo el sonido de los pasos, golpes de puertas que se cerraban, gritos y exclamaciones, llegó por fin al patio de las aulas de la antigua Universidad Gregoriana, donde vio en la penumbra, que comenzaba a disiparse con los primeros resplandores del amanecer, un amasijo de brazos y piernas que se debatían en el suelo, entre gruñidos y forcejeos.

—¡Es él, es él! —gritaba una voz que Olmos creyó reconocer como la de Camacho—. ¡Ayúdeme, Cánchig! ¡Inmovilícele, que se nos escurre!

—¡Auxilio! —clamaba una voz desconocida—. ¡Auxilio!

—¡¿Está armado?! —preguntaba Sánchez, con preocupación.

Al cabo de unos minutos el intruso fue dominado. Manobanda lo sujetaba por los hombros, mientras Sánchez le amarraba las manos por la espalda, manteniéndolo de bruces contra el suelo de piedra.

—i¿Qué es esto?! i Socorro ! i¿ Qué pasa ?! —gritaba el hombre, con el rostro desfigurado por los golpes y la sangre que le manaba de un corte en la ceja—. ¡Por favor, basta! ¡Teniente Olmos!

—¿Don José Antonio? ¡Es usted! —exclamó Olmos, abochornado, al reconocer, bajo la luz del día que clareaba, al director de temporalidades—. Pero ¡¡qué hace usted aquí?!! ¡Levántenlo, desátenlo!

—¡Qué voy a hacer! ¡Lo que usted me pidió, pues, Olmos! —contestó furioso Ascásubi, liberándose a manotazos de los gendarmes que lo ayudaban a ponerse en pie—. ¡He venido a abriros para que podáis salir y me habéis recibido a trompadas! ¡De esto se enterarán el alguacil mayor y el presidente Diguja!

—¡Pero le he dicho que viniera cuando amaneciera! —insistió Olmos, con tono de disculpa.

—¡Pues, que yo sepa, en esta ciudad comienza a clarear a las cinco y media de la madrugada y a esa hora he venido!

— 33 —

Olmos esperaba con ansias el momento del día en que sus ocupaciones, siempre excesivas, le permitieran retomar la lectura de la carta del padre Aguirre, que, al parecer, llegaba a su fin.

Largo y peligroso fue el periplo entre Cartagena y La Habana. Los primeros días fueron de clima templado, con cielos claros y brizas refrescantes, que hacían menos agobiante la travesía. Sin embargo, cuando apenas hubimos flanqueado por el poniente la isla de Jamaica, el tiempo se puso fiero y entramos en una zona de borrasca que nos desvió de nuestra ruta, que debía doblar el cabo de San Antonio, en el extremo occidental de Cuba, para dirigirnos a La Habana por la costa septentrional de la isla, y, en cambio, nos arrastró costa abajo hasta el surgidero de Batabanó, en donde pudimos echar áncora por fin y pasar a tierra, el 28 de marzo, después de cuarenta días de procelosa navegación. Aunque yo no me enteraría de nuestro arribo sino días más tarde.

Porque, para entonces, he de contarte, amable Nuño, que desde pocos días antes me hallaba atacado de atroces fiebres, sin que pudiera yo percibir el paso del tiempo, transcurrido entre sudoraciones que me calaban, delirios que me mortificaban, pesadillas que me atormentaban y un profundísimo sueño, que, pensé, era la muerte misma. Dos días después de que nuestra nave se hallara surta en Batabanó, recuperé el sentido y me encontré en una clara y bien ventilada habitación en el palacio que tiene en ese poblado el marqués de San Felipe y Santiago, quien me brindó toda su hospitalidad y atenciones hasta que comencé a recuperarme. La gentileza del señor marqués y sus muestras de simpatía con la causa de los jesuitas desterrados se sumaron a los cuidados de su físico de cabecera para que, dos semanas más tarde, ya restablecido,

pudiera yo emprender por tierra el viaje rumbo a La Habana, situada a doce leguas hacia el norte, al otro extremo de la isla por su parte más estrecha. Dios, Nuestro Señor, bendiga al señor marqués y retribuya con creces sus bondades para con este humilde sacerdote.

Mis hermanos quiteños habían emprendido la misma ruta diez días antes, montados en viles cabalgaduras, entre guardia de dragones. Cuando yo llegué a La Habana el 10 de abril, fui conducido, sin entrar en la ciudad, al depósito del marqués de la Real Proclamación, del otro lado de la bahía, en el poblado de Regla, donde mis hermanos me recibieron con alborozo, pues habían temido por mi vida y se alegraron de verme de una sola pieza, no obstantes la estrecha reclusión que habían sufrido, meticulosos registros, rigurosa custodia y vejámenes sin cuento, similares a los que a mí me sometieron en seguida.

Yo, que tanta ilusión guardaba por llegar a La Habana, puerta grande de salida de las Américas rumbo a España, y por conocer la iglesia y colegio de nuestro padre San Ignacio, la más majestuosa e importante de esta ciudad, he tenido que conformarme con divisar su espigado campanario del otro lado de la bahía, cuyas campanas han enmudecido, me dicen, desde la emisión del malhadado edicto.

Pienso siempre en la tamaña injusticia que se ha irrogado a la Compañía de Jesús al expulsarla de los dominios españoles. Tras intercambiar opiniones a hurtadillas con nuestros hermanos de otras provincias, que aquí son copiosísimos, es imposible no sospechar que, quizás, después de todo, la razón principal de desterrarnos no fue sino el afán de desposeernos de nuestros bienes. No de nuestras posesiones personales, que son parvas, sino de las numerosas haciendas ganaderas y agrícolas, los obrajes textiles, las iglesias ornadas con oro y plata labrados con belleza, los colegios y universidades de nuestra santa sociedad… Asunto principal de la real pragmática fue de modo preciso la apropiación de todos esos bienes y su entrega a juntas de temporalidades en cada ciudad. Esos bienes, que servían al sostenimiento del esfuerzo educador y evangelizador de la compañía, pasarán ahora a manos de individuos que velarán solo por su propio provecho y, tan solo de forma marginal, por el de la corona. Pero, como te he dicho, apreciado Nuño, no es sino una sospecha, que, como todas las de su laya, va asomando su diminuta punta verde a través de la superficie del suelo y luego va creciendo hasta

volverse vigorosa enredadera, sin más abono que las angustias acrecentadas por las noches insomnes, las cavilaciones en los forzados y prolongados momentos de ocio, las habladurías cruzadas entre pobres sacerdotes sometidos al suplicio de haberlo perdido todo, su patria, su hogar, su familia…

Mientras tanto, amigo Nuño, esperamos en La Habana que se nos anuncie pasaje a España. Se ha dicho que una fragata merchante, de nombre "Venganza", podría ser la que nos conduzca a ese, nuestro próximo, pero probablemente no último, destino. ¡Qué nombre tan ominoso! ¿Se trata de una venganza esta expulsión del Quito? ¿Venganza de quién, por qué? ¿Qué he hecho yo contra nadie; qué, mis hermanos jesuitas? ¿O quizás es el presagio de un acto de divina vindicta que nos regrese a nuestra patria bienamada?

Sea de ello lo que pudiera ser, me mantengo fiado de Dios Todopoderoso, a quien elevo a cada minuto mis plegarias, y de su vicario en la tierra, el papa Clemente XIII, quien fuera alumno de nuestro colegio de Bolonia y que no puede sino estar intercediendo frente al rey don Carlos para que sean restituidos sus derechos a nuestra santa sociedad y pronto podamos volver a Quito (¡quién lo creyera!: yo que tanto denosté a esa ciudad, ahora qué no daría por volver a recorrer sus tortuosas calles y soportar sus caudalosos chaparrones).

Ignoro cuándo podré volver a franquear una nueva carta, amable Nuño, que escribir no dejaré de hacerlo mientras dure este largo periplo e incluso después.

Hasta entonces, te pido que no olvides a tu viejo maestro y consejero, que te tiene presente en sus oraciones y te bendice,

Juan Bautista Aguirre S.I.

— 34 —

Al principio fue difícil saber quiénes habían formado parte de la horda que consumó la matanza. Todo lo que se sabía era a quién respondían: don Clemente Chávez de Ordeñana y Arroyo, marqués de Villa Ordeñana, propietario de la hacienda El Calado y beneficiario directo de la ampliación de su predio a costa de las tierras ejidales. Pero, como era natural, el señor marqués se había cuidado bien de aparecer la noche de la masacre; sabía que sus instrucciones bastarían.

Y, como nadie se había atrevido a querellarse contra tan prepotente señor, ni siquiera existía en la fiscalía un legajo de pesquisa al cual referirme para cazar unos cuantos nombres y a partir de ellos comenzar mi propia investigación.

Tuve, entonces, que empezar de cero y, durante meses, dedicar todo mi tiempo a preguntar a los sobrevivientes, a los parientes de las víctimas que pudieron presenciar algo esa noche fatídica, a testigos indirectos... Casi no hubo persona de alguna manera ligada a esos eventos con la que yo no hubiera hablado.

También extendí mis ojos y oídos hacia toda fonda, pulpería y mentidero de Chillogallo, de Chimbacalle, de La Magdalena y de Quito, en busca de cualquier cabo de un ovillo que sabía enredado, más por el silencio que el temor imponía a la población que por la verdadera complejidad del asunto, pero que estaba yo dispuesto a desenmarañar aunque me fuera la vida en ello. Lo cual, como se ve, está a punto de ocurrir.

Varios meses pasaron en que dediqué mis días y mis noches, sin ayuda de nadie, a seguir las más improbables huellas, a veces distanciándome sin querer del rastro principal, pero obteniendo

también indicios de fuentes y maneras insospechadas, a veces desesperando por no conseguir una pista siquiera, otras alentando ilusiones que no siempre se materializaban.

Poco a poco fui armando un gran rompecabezas, compuesto de versiones dispares, que atribuían el mismo hecho a más de un autor o distintos sucesos simultáneos al mismo ejecutor, donde la misma víctima moría en cuatro sitios distintos, donde alguien que se suponía muerto estaba sentado frente a mí y me hablaba… Las piezas de este juego se iban juntando una a una, pero la figura final era un extenso paisaje desolador con numerosos caminos que se perdían en el horizonte y objetos de contornos indefinidos.

Hasta que, por fin, la luz se hizo.

Matar a una persona podría parecer fácil, pero no es. Primero hay que salvar la barrera moral del precepto "no matarás", tan enraizado en el fondo de nuestro espíritu, sobre todo merced a la doctrina de nuestra santa religión; aunque estoy convencido de que incluso al más descreído le repugna quitar la vida a un congénere. Es como si existiera un sentimiento de que la vida de cada uno forma parte de una gran alma universal y que, si se quita la vida a una persona, se la quita en proporción a cada uno de los otros seres.

En todo caso, hay que hacer acopio de mucho odio y de mucha determinación para superar esa inclinación de respeto a la vida. Para mi fortuna —o mi desgracia —, a mí ambos me sobraban.

Pero también está la fuerza del instinto vital, esa energía que impulsa a los seres animados a seguir viviendo. Nadie se deja matar con facilidad. Frente a una amenaza, se resiste, lucha, se defiende por instinto para evitar perder la vida. Hace falta mucha potencia o total ventaja para matar a una persona; y, aunque se consiguieran, una vez asestado el golpe, la vida se resiste a apagarse, es una energía poderosa que se aferra al mínimo resquicio para evitar extinguirse.

Todo eso intuía yo cuando decidí embarcarme en mi cruzada personal y cada vez creí haber tomado todo recaudo posible para que mi golpe fuera infalible y la rápida muerte de mi ajusticiado, el único re sultado probable. Sin embargo, no hubo ocasión en que algo no se complicase y la fuerza de la vida no se manifestara, haciendo todo más difícil.

A Gabriel Caiza pude encontrarle una noche de viernes a la salida de una fonda sucia y oscura en el poblado de Santa María Magdalena, a la que iba todos los viernes, después de recibir el jornal de la semana en la hacienda Saguanche, donde hacía de mayordomo, para gastar en trago y putas. Fue uno de sus mismos compañeros ocasionales de juerga, un tal Andrango, el que se fue de la lengua respecto de la participación de Caiza en la masacre. Me bastó ponerle delante a Andrango una botella de aguardiente y medio real de plata y prestarle oído atento, para enterarme de cómo Caiza había matado a mi hermano Pedrito.

Andrango conocía a Caiza porque un par de veces habían coincidido en la fonda de La Magdalena; habían compartido vajillas y vaginas, pero, fuera de eso, no tenían mayor relación, decía. Al igual que varios otros mayordomos y peones de las haciendas vecinas, Caiza había sido de la partida la noche del 18 de marzo, en la que él, Andrango, aseguraba no haber participado. Todos habían desollado el gaznate con más de un taco de aguardiente antes del ataque, para templar los nervios y darse coraje. Caiza lideraba un grupo de seis o siete jinetes de Saguanche. Al entrar al pueblo prendieron fuego a los techos de paja y construcciones de madera. Uno de esos jinetes había contado a Andrango que Caiza ordenó que cuatro o cinco personas, que corrían huyendo de la cuadrilla y que, como vulgar ganado, habían sido arriadas a caballo, fueran pasadas por las armas ese mismo instante. El propio Caiza dio la orden de disparar. El lugar de la ejecución — la pared lateral de la iglesia de Chillogallo — era el mismo en que habían encontrado el cadáver del Pedrito.

Varios otros testigos con quienes hablé sabían de oídas que las cosas habían ocurrido más o menos así. Las diferencias entre las

distintas versiones dejaban pocos cabos sueltos, que pude atar por pura lógica.

Una noche de viernes, haciéndome el interesado en comprar unas cuantas fanegas de cebada, entré a la fonda de La Magdalena y encontré a Caiza. Era un tipo fornido y alto, de pelo negro pegado por el sebo al cráneo hasta el borde de la copa del sombrero. Sus ojos achinados nunca miraban de frente, su aliento vinoso se mezclaba con el hedor de su nariz tupida. Bebí con él un par de tragos y, sin que se diera cuenta — pues para entonces se encontraba ya perdido en las nieblas del alcohol y me contaba por igual de rameras y de cabezas de ganado, a las que llamaba sin distinción por sus nombres de pila: Mariposa, Margarita, Odalisca, Lucero… — , vertí en su vaso unas pocas lágrimas de *guántug* que traía en un botecito de vidrio. Salí con el hombre, que apenas conseguía tenerse en pie, a mi completa merced, y le monté al anca de mi caballo.

— 35 —

—He recibido la queja de Ascásubi, el director de temporalidades —informó el alguacil mayor a Olmos y Sánchez, que no se atrevían a levantar la vista—. Esto es inadmisible, Olmos; sus hombres lo han dejado como un cristo. Presentará una queja formal al presidente de la audiencia, me ha dicho.

—Ha sido un lamentable error, vueseñoría —respondió Olmos, azorado—. Lo hemos tomado por el asesino. Todo fue un penoso malentendido.

—No comprendo, para empezar, qué hacía Ascásubi ahí —refunfuñó Logroño—. Pero tampoco es forma de tratar a un honesto súbdito de Su Majestad.

—Don José Antonio tuvo la bondad de abrirnos el Colegio Máximo anoche para que pudiéramos apostarnos a esperar al asesino —explicó Sánchez en tono apaciguador—. Habíamos acordado que al amanecer volvería para abrirnos y pudiéramos salir.

—¿Entonces él no pasó la noche con ustedes?

—No, pero cuando volvió, al amanecer, todavía estaba oscuro y nosotros estábamos muy cansados, no nos dimos mucha cuenta de qué hora era. Cuando Camacho escuchó que una puerta se abría en la sacristía, creyó que se trataba del asesino, corrió en dirección del ruido y se abalanzó sobre el bulto oscuro, pero el sujeto consiguió evadirlo y corrió hacia la salida. Camacho y Manobanda le persiguieron y le sometieron con la ayuda de Núñez, que se les unió desde la entrada de la calle Angosta.

—Pero, ¿no había nadie montando guardia en el portón de la calle Angosta? ¿Nadie vio entrar a Ascásubi?

—El mismo Núñez, vueseñoría —contestó Olmos—. Él permitió que don José Antonio entrara, pero, cuando, unos minutos más tarde oyó el jaleo, entró también. El individuo estaba en el suelo con dos hombres encima, estaba oscuro, también pensó que se trataba del asesino. Fue tarde cuando se dio cuenta.

—En descargo de Camacho y Manobanda, debo decir, vueseñoría —añadió Sánchez—, que don José Antonio no hizo nada para hacerse notar cuando ingresó al templo. Decir en voz alta "buenos días de Dios", identificarse, alguna cosa… Pero no, entró en silencio. Cualquiera pudo equivocarse.

—Ya veremos qué cariz toma este incidente —dijo Logroño, con la intención de voltear la página—. Solo espero que, cuando se le desinflamen el orgullo herido y los moretones, también le pase la indignación y el asunto no vaya a mayores. De lo contrario, tendréis que asumirlo, señores: no se anda por ahí aventando sopapos a los vasallos del rey. Bueno, ¿y entonces? —continuó, ya con la impaciencia que solía acometerle cuando las reuniones se prolongaban más allá de su lapso de tolerancia—: del asesino, ¿nada?

—Nada, vueseñoría —contestó Olmos—. Habrá que continuar con los operativos nocturnos en la Compañía. Como decía usted, puede que por lo menos tengan un efecto disuasivo.

—Entonces, esta noche repetiremos el operativo, ojalá sin golpiza esta vez. Tal vez convenga incrementar…

Sonaron a la puerta en ese instante. Un sirviente anuncio a Cánchig, que traía un mensaje urgente. Logroño ordenó que entrara.

—Con su permiso, vueseñoría —empezó Cánchig, nervioso y con aire cansado, sin siquiera levantar la vista del suelo—. Han informado sobre la presencia de… un nuevo cadáver…

— ¡ Nooo! —gritó Logroño, alarmado, interrumpiéndolo, mientras se agarraba la cabeza.

—S-sí, vueseñoría —vaciló—. Un grupo de beatas se acercó a la cárcel de corte a reportarlo.

—¡Pero si en la Compañía no ocurrió nada!

—No en la Compañía, vueseñoría, en el Beaterio.

—¡¿El Beaterio?! —exclamó Logroño, mirando con ojos desorbitados a sus tenientes, que estaban igual de perplejos.

Los tres funcionarios perdieron el habla por unos instantes.

—¡Lo que nos faltaba! —continuó el alguacil mayor, furioso, impotente—. ¡Cuatro muertos! ¡Y nosotros, aquí, dando palos de ciego! Entonces, ¡¿en qué queda toda esta teoría del meridiano de la torre de la Merced, Olmos?!

Olmos dio media vuelta y salió a la carrera, musitando un "con su permiso, vueseñoría". Sánchez corrió tras él.

—¡¿A dónde vais?! ¡¿A dónde vais?! —exclamaba, furioso, Logroño, mezclando sus sentimientos de frustración por el nuevo cadáver y de indignación por la forma abrupta en que sus subordinados lo abandonaban, sin pedir su anuencia—. ¡No podéis marcharos así y dejarme con la palabra en la boca! ¡Y con cuatro cadáveres a mi haber!

En lugar de ir directo hacia el Beaterio, Olmos corrió a la cárcel de corte; Sánchez lo siguió. Subieron las escaleras de dos en dos. Ya sentado a su escribanía, con Sánchez de pie a su lado, Olmos abrió el libro de La Condamine y desplegó el plano de Quito. Lo examinó.

—¡Mieeerda! —gritó a todo pulmón—. ¡Aquí está: *"Communauté de femmes"* , comunidad de mujeres! ¡ Son las beatas! —señaló con el índice en la porción superior derecha del plano—. ¡Es el Beaterio! ¡ El Beaterio que queda más arribita de mi casa!

—¡Y cae justo bajo el meridiano de la torre de la Merced!

En efecto, marcado con el número 25 en la leyenda de "ÉGLISES, COUVENTS, CHAPELLES" [14] del plano de Morainville, en el extremo norte del meridiano de la torre de la Merced trazado en el mapa aparecía el Beaterio. Después de él, en esa dirección el plano no mostraba nada más y la línea del meridiano se perdía debajo de la

cartela del título.

—¡¿Por qué no lo vi?, ¿por qué no lo vi?! —repitió Olmos, cargado de angustia, los hombros derrotados—. Sánchez —musitó, dirigiéndose con vergüenza a su amigo—, no lo vi, nada más.

—Estábamos centrados en las iglesias, Olmos —respondió Sánchez, tratando de alivianar la culpa que embargaba a su colega, pero aliviado de no haber sido él el omiso—. Los tres cadáveres fueron hallados en iglesias. Contamos cuatro iglesias en la línea del meridiano. El Beaterio no es una iglesia, tal vez por eso lo pasamos por alto.

—Pero, si no es una iglesia, ¿por qué el asesino ha puesto ahí un cadáver?

Los dos tenientes de alguacil enmudecieron por unos segundos tratando de entender el porqué de esta desviación del asesino de lo que les parecía un *modus operandi* ya establecido.

—¡Breve! Hagamos la vista de ojos en el Beaterio —sugirió Sánchez, mientras cogía la escribanía portátil—, quizás entonces sabremos por qué el asesino ha colocado allí un cadáver.

—Adelántese usted, Sánchez. Yo tengo que volver a casa del alguacil mayor. Le debo una explicación de esto y una disculpa por nuestra partida intempestiva. Le alcanzo enseguida.

A pesar de vivir ya seis años a pocos pasos de la edificación que daba nombre a la calle del Beaterio, Nuño Olmos nunca había entrado a esa, que, desde el exterior, no se diferenciaba de las demás casas, las últimas en el camino que trepaba hacia la recoleta de los mercedarios en El Tejar.

—¡Qué bueno que llegó, señor teniente de alguacil! —exclamó, vestida toda de negro, doña Zoila González, rectora de la casa, al ver a Olmos traspasar el zaguán. Era una mujer de porte señorial, edad indefinible, cabello dorado pespunteado de plata y semblante bondadoso, acentuado por un permanente rubor natural en las

mejillas, que le daba el aire de una madona del renacimiento—. ¡No sabe usted el terrible espanto que hemos sentido esta mañana al encontrar al difunto en la capilla! ¡Fuimos a la cárcel de corte a dar noticia del horrendo hallazgo tan pronto como pudimos!

—Buenos días, señora —saludó Olmos con parquedad—. Por favor, condúzcame al lugar donde encontraron el cadáver. ¿Llegó ya el teniente Sánchez?

—Arriba está —la beata se adelantó con pasos cortos hacia el patio interior, luego por las escaleras hacia el segundo piso y al fondo del corredor lateral, donde un gran portón de doble batiente, tallado en madera cruda con preciosos motivos vegetales, entre los que sobresalían unos cardos de hojas revueltas como alas de murciélago, daba paso a un lugar de plegaria algo más grande que un oratorio regular pero más reducido que una capilla, de cielo raso elevado, más alto que el del resto de la casa. En el suelo de la pequeña nave, cubierta de tapices con motivos florales, se desplegaba una treintena de reclinatorios individuales. En la pared del fondo, encima del retablo tallado tras el pequeño altar, un rosetón de vidrio de colores, que permitía el ingreso de una luz irisada, atraía la mirada de todo el que entrara.

Sobre fondo del rosetón circular se recortaba la silueta oscura de un hombre con los brazos y piernas extendidos en forma de equis, que había sido atado a la reja de hierro, instalada sobre la vidriera. Tenía la cabeza vencida sobre el pecho.

" ¿ Y este oratorio ? ". Es lo que Olmos pensó al entrar al pequeño templo, acongojado por la culpa de haberlo omitido, pues ni siquiera sabía que existía, a pesar de que aparecía en el plano de Morainville, como última edificación marcada al extremo del meridiano de la torre de la Merced.

Sentado en uno de los reclinatorios, Sánchez tenía ya redactada buena parte del acta de vista de ojos en su escribanía portátil.

Extracto de la información rendida por
los Tenientes de Alguacil don Nuño Olmos y don Benito Sánchez
el 2 de agosto de 1768

[…] nos hemos personado a las diez de la mañana de hoy en el Beaterio, sito en la calle del mismo nombre, cuatro cuadras arriba de la iglesia de Santa Bárbara, a fin de reconocer el lugar donde según información llegada a conocimiento de los infrascritos se había encontrado un cadáver. Llegados que fuimos al Beaterio y señalado que nos fue por doña Zoila González, rectora de la casa, el lugar donde se había hallado el cadáver a las cinco y media de esta mañana, hemos hecho la vista de ojos de los susodichos lugar y cuerpo cuyos estados quedan asentados en este informe para más completo y mejor conocimiento de vueseñoría. El cadáver se encuentra atado a una reja de hierro, cuyos barrotes, en forma de una "Y" invertida, replican en general los motivos de la vidriera, por delante del rosetón de vidrio, instalado en la pared del fondo del oratorio, que se encuentra en el piso alto de la casa, al final de la galería superior del lado meridional. El cadáver está fijado por las muñecas, tobillos, pecho y cintura a la reja colocada delante de la vidriera para seguridad de la morada. La cabeza no ha sido fijada a la reja y cuelga sobre el pecho. El muerto está ataviado de calzón y camisa de hilo blancos y *ushutas* de cabuya. Hemos procedido a descender del rosetón el cadáver, lo hemos despojado de su vestimenta a fin de identificar las heridas y lesiones que pudiera tener y se ha encontrado una fuerte contusión sangrante en el hueso temporal derecho, que es con seguridad la causa de su deceso. […] Se trata de un natu ral, de sexo masculino, de estatura menor al promedio de los de su raza, complexión delgada, piel cobriza, pelo negro, ojos negros, nariz grande, aguileña. De edad probable de treinta y cinco a cuarenta años. […]

—Tampoco este cadáver es fresco —sentenció Espejo, al observar el cuerpo que le habían traído al medio día.

Sobre la mesa de trabajo, en la cripta de la sala de enfermos del

hospital, yacía un hombre muerto. Su cuerpo menudo parecía el de un muchacho, pero su rostro arrugado, desfigurado por la horrible hinchazón que se extendía hacia el ojo derecho, revelaba que se trataba de un adulto de edad mediana.

—Ha muerto hace un par de días, como mucho. La piel del abdomen está apenas comenzando a tornarse verde y no detecto presencia de larvas de la moscarda.

—¿Podemos asumir que el golpe de la cabeza es lo que le quitó la vida? —preguntó Olmos.

— *Non dubito* —respondió Espejo—. Golpe propinado con un objeto contundente irregular, ¿una piedra, quizás? Podemos especular que se lo da un diestro, desde atrás; de otra manera no se explica su potencia, capaz de provocarle esta fractura abierta del cráneo —la señaló con el índice—. Si le hubieran golpeado de frente, el impacto, con toda probabilidad, habría sido menos fuerte, pues la víctima habría podido esquivarlo; en ese caso, el victimario debería ser zurdo. Pero son lucubraciones, nada más.

—¿Qué ha dicho la rectora del Beaterio, Sánchez? —preguntó Olmos a su colega, sentados, ambos, a la sólita mesa esquinera en la fonda de doña Tránsito, mientras esperaban que se les sirviera.

—Bueno, lo que ya sabemos: que esa mañana, a las cinco y media, al entrar ella misma a preparar las primeras oraciones diarias, encontró el cadáver, sujeto al vitral. A poco llegaron las demás habitantes de la casa y se armó un escándalo que ella tuvo que mitigar conduciéndoles al refectorio, donde improvisó el rezo de sus plegarias. Mientras tanto, clausuró el oratorio y dejó a una celadora a que custodiara la entrada, hasta que pudiera denunciar el hecho al alguacilazgo.

—¿Por dónde pudo entrar el asesino?

—Le pregunté eso a doña Zoila. La única entrada al oratorio es por donde nosotros hemos llegado y, a esa hora, la puerta de calle

estaba cerrada con llave. Detrás hay una terraza, con acceso, vía un tejado, al huerto trasero de la casa de atrás, pero, puesto que la reja del rosetón está instalada por dentro, no hay manera de que el asesino se colara por esa vía.

En eso, fueron interrumpidos por la longuita flaca que servía la comida.

—Un locro de cuy para el teniente Nuño y una ensalada de *achupallas* con sus huevitos duros para el teniente Benito —anunció la muchacha con su perfecta dentadura, desplegada en una sonrisa de potrilla—. Ya les traigo su motecito.

Los dos tenientes se concentraron en sus platos y, durante un par de minutos, pudieron pensar en silencio y, al mismo tiempo, matar el hambre.

—El acceso a los sitios de las escenificaciones sigue siendo un misterio —propuso Olmos, mientras desarticulaba con las manos la pierna de cuy sumergida en su sopa de papas—. En el caso del muerto del Beaterio, la única respuesta posible es que el asesino tenía la llave. ¿Preguntó si habían prestado la llave a alguien?

—Sí, y la respuesta es la misma siempre: se presta una copia de la llave a quien la pueda necesitar, un albañil, un cerrajero, un ebanista, un escultor…, para que entre a realizar alguna obra. Y muchas veces se olvida recuperarla y se olvida a quién se prestó.

—El tema me preocupa, porque, si no es alguien que tiene la llave, la otra posibilidad es una que ni siquiera hemos explorado: que el asesino sea de adentro. Y a estas alturas, eso desbarataría nuestras hipótesis… Y, lo que es peor, daría tiempo a un nuevo asesinato mientras nos planteamos otra.

Cuando sintieron la necesidad de pasar más tiempo a solas, Nuño y María Gregoria —a quien, para entonces, él ya llamaba por su apodo familiar, Goya — se encontraban ocasionalmente en casa de él. Ella caminaba, tapada de rebozo, por las calles de la ciudad y se hacía

acompañar de Asunta, la sirvienta, so pretexto de visitar a su tía Ignacia, que vivía en Santa Bárbara, pocos metros cuesta abajo de la casa del teniente. Hacía la visita —no fuera que su madre pidiera razón a la tía —pero enseguida pasaba donde Nuño. Aprovechaban las mañanas, porque Manuelito salía temprano a la escuela y no volvía sino al medio día. Tenían la casa para ellos solos y podían dar rienda suelta a su lujuria, aquí sí por completo desnudos, sin el riesgo de tener que vestirse de prisa y escapar entre sobresaltos, ni la necesidad de acallar sus sonoros resuellos.

Consumados sus lances sexuales, los amantes conversaban.

Esa mañana, Nuño se preocupó por la posibilidad de que Goya quedase encinta, al fin y al cabo, se refocilaban como si mañana se acabara el mundo. Se lo preguntó.

—Aunque no fuera sino para tener más tiempo para folgar —contestó Goya, mientras acariciaba la cicatriz que cruzaba la sien izquierda de Nuño, marcándole en el pelo gris una insólita línea divisoria—, tengo que evitar quedarme encinta. ¡Aunque se me ha dicho que el sexo encinta puede llegar a ser delicioso, porque la mujer está más dispuesta y más deseosa y las partes bajas se ensanchan más y el hombre puede entrar más hondo! ¡¿Te has ayuntado alguna vez con una mujer encinta, Nuño?! ¿Es verdad lo que dicen? Para tu tranquilidad, has de saber que, en Lima, una sirvienta negra de nombre Celia me enseñó a hacer un bebedizo que las de su raza usan para no quedarse encinta, con yerba mora, ruda, paico y canela. Aquí, la Asunta me compra las yerbas en el mercado sin saber para qué se las pido. Yo preparo cada día mi poción y me la tomo. Así puedo estar contigo, Nuño, gozándote a cada rato, sin riesgo de embarazarme. Es mejor que interrumpir la coyunta en el momento más bonito, ¿no crees? Justo cuando estás por derramárteme dentro. ¡Me encanta sentir cómo te derrites calientito dentro de mí! —se estrechó contra él y le besó la cicatriz.

Nuño dejaba que hablara. Un asentimiento con la cabeza, una mirada sorprendida, un "¿ah, sí?", bastaban para que ella se sintiera alentada y continuara sin parar. Le preguntó entonces por el peligro de que, de tanto tomar esas pociones, nunca pudiera embarazarse.

—¡Ja, ja, ja! —rio ella, traviesa—. La Celia me enseñ ó también a hacer bebedizos para quedarse en cinta, ¡qué crees!

Y ante el permanente asombro que Nuño mostraba por la fruición y asiduidad con que Goya se entregaba a estos encuentros amatorios, ella se enfrascaba en monólogos que al teniente le resultaban inauditos. Jamás habría imaginado que una joven de noble familia pudiera tener ideas tan indecorosas, aunque sonaran, a la postre, perfectamente ciertas.

—La reproducción es una tarea del cuerpo como cualquiera otra, Nuño. Su fin principal es la propagación del género humano. Pero para asegurarse de que los humanos nos reproduzcamos, Dios ha hecho que el acto necesario para procrear sea apetecible. Es por eso que folgar es tan delicioso. Si Dios no lo hubiera hecho así de placentero, los humanos no nos reproduciríamos; siempre habría algo que nos distraería y desapareceríamos de la faz de la tierra. Es como el hambre o la sed o el sueño, es placentero saciarlos porque son indispensables para la vida.

—Sí, mi niña —replicaba Nuño—, pero desde tan jovencita…

Ella lo interrumpía.

—¿Y qué tiene que ver la edad? ¡Bien que no te importa estar sirviéndote a una muchacha de dieciocho, ¡¿ o sí ?! No veo por qué una mujer tenga que esperar para yacer con varón. Ni que deba casarse. Después de la primera sangre, el cuerpo de las mujeres comienza a dar señales de que está listo para la reproducción , que a la vez son signos de que ya puede folgar: nos crecen las tetas, se nos ensanchan las caderas, se nos engrosan las nalgas y se nos calientan y humedecen las entrañas. Ustedes, los hombres, detectan mejor estas señales porque ellas indican que habrá placer asegurado. ¡No vas a decir que no, teniente Olmos! ¡Yo he visto cómo me miras el culo! Y para eso no hace falta estar crecidita ni casada.

Y, ante la carcajada de Nuño, ella continuaba.

—Y entre los naturales, las indiecitas comienzan a folgar poco después de su primera sangre. Y si se quedan encinta se juntan con

el padre de la criatura para criarla y convivir y poder ayuntarse cuando las ganas les asalten. Solo después se casan.

Goya se entusiasmaba conforme avanzaba en su perorata. Ahora estaba sentada sobre sus talones, recogiéndose el pelo en la nuca y exhibiendo sus axilas recubiertas de leve vello oscuro, mientras sus senos, de pezones como botones de rosa, se mecían al ritmo de cada gesto. Nuño, recostado con los brazos cruzados tras la cabeza, tan solo sonreía, gozando de la visión de la bella muchacha de piel de porcelana.

—¡Aaah, pero nosotras, no! A nosotras nos han hecho creer que primero hay que casarse. Si fornicamos sin estar casadas cometemos pecado. Dios ha hecho que folgar sea rico, pero la Iglesia lo ha hecho malo. Y tener un hijo sin casarse es motivo de desgracia: para la madre por floja y para el niño por bastardo. También se castiga como pecado fornicar con diferentes hombres; la sanción es de indignidad y deshonra y te titulan de puta —concluyó la parrafada y guardó silencio por dos segundos, mientras una sonrisa maliciosa aparecía en sus delgados labios y una telaraña de arruguitas casi imperceptibles se formaba en los rabillos de sus ojos.

Nuño calló y fij ó sus ojos en los de la muchacha, sabiendo que no había terminado.

—Lo que pocos saben —añadió, traviesa— es que aparearse en pecado es mucho más sabroso.

Y soltó una carcajada infantil.

---

14 “IGLESIAS, CONVENTOS, CAPILLAS”.

— 36 —

Después de leer la carta, a Olmos le hicieron falta unos cuantos minutos para sobreponerse. Fue como si, antes, la expulsión misma de los regulares de la Compañía de Jesús hubiera sido un mal sueño, un hecho imaginario que nunca hubiera ocurrido.

Poco había importado que todo Quito los hubiera visto partir diez meses atrás y que, desde entonces, todos los edificios jesuitas de la ciudad hubiesen permanecido desiertos, como silentes testigos del despojo, espetando un reproche mudo a las autoridades de la corona por tan terrible desafuero.

El hecho era que los quiteños no podían concebir que el extrañamiento de los jesuitas fuese algo definitivo, sin remedio. No sería la primera vez que las consabidas pugnas entre la Iglesia y la Corona, en especial desde el advenimiento del rey Carlos, tercero del nombre, terminaran en una crisis temporal y que, tan pronto como fuera contenida, las cosas volvieran a su antiguo equilibrio, después de un cierto reacomodo en que ambos lados cedieran en algo, por lo común menor.

Sin embargo, ahora, cuando el padre Aguirre le hacía llegar sus noticias y le contaba que había navegado más de mil quinientas millas, que se encontraba en La Habana y que esperaba pasaje al Viejo Mundo en cualquier momento, de pronto el sentimiento de ausencia definitiva de los jesuitas cobraba una materialidad tangible, que no se había sentido mientras cupiera una mínima esperanza de que todo se solucionaría pronto, pero que adquiría ahora una corporeidad tan pesada como la de los mismos edificios vacíos: la universidad, la iglesia de la Compañía, la casa de ejercicios al pie de El Panecillo…

Para Olmos era claro que el reino de Quito quedaría huérfano en muchos aspectos que ahora ni siquiera alcanzaba a columbrar. Lo evidente se traducía en unas pocas preguntas: ¿quién consolaría ahora a los fieles con sus sermones, sus confesiones y la administración de los demás sacramentos en las iglesias de los jesuitas?, ¿quién se haría cargo de la educación que los jesuitas vertían en colegios y universidades?, ¿quién, de proteger y evangelizar a los indios en las misiones jesuitas de Mainas y el Marañón?, ¿quién, en fin, de la administración de las haciendas jesuitas en todo el reino, con la misma devoción, entrega, eficiencia y pulcritud de los hijos de San Ignacio, ahora que habían partido?

Pero apenas ahora se le hacía palpable una repercusión particular y concreta para él, Nuño Olmos, que la expulsión de los jesuitas había tenido: la pérdida de su más cercano consejero, el genio más brillante de la colonia, profesor de Física y demás ciencias filosóficas en la Universidad de San Gregorio Magno. El que le había guiado a lo largo de la vida en el Colegio Mayor de San Ignacio; que le había enrumbado hacia la Compañía de Jesús, en la que él no había perseverado; que había condescendido a convertirse en un simple reflector de sus propias dudas para que él pudiera resolver sus problemas del oficio y de la vida. ¡Y ahora tenía que terminar por aceptar que nunca más podría valerse de su sabiduría y su exaltada perspicacia!

Estos diez meses habían sido soportables para Olmos, pues creía que en breve la ausencia del padre Aguirre llegaría a su fin. Ahora, cuando tenía la certeza de que él jamás regresaría, Olmos se sentía más culpable que nunca. Y más desamparado, como lo habían demostrado sus palos de ciego a lo largo de toda esta investigación. ¡Si tan solo él hubiera alertado al padre Aguirre del secuestro de los jesuitas en el Colegio Máximo hace diez meses! ¡Si solo le hubiera alertado!

— 37 —

Había pasado ya una hora desde su llegada a casa del marqués de Villa Ordeñana y Nuño Olmos seguía esperando. A diferencia de la vez anterior, cuando acompañó al alguacil mayor y los habían conducido directamente a la biblioteca, en esta ocasión Olmos tuvo que aguardar a que lo llamaran desde el piso alto sentado en una larga banca de listas de madera, apoyada a la pared del zaguán, junto a otros dos hombres que esperaban también. La puerta de calle estaba abierta y soplaba un chiflón, levantando el polvo y la ceniza depositados entre las junturas de las cenefas de canillas de res y guijarros que adornaban el pavimento interior.

"Nunca falla", pensó Olmos al advertir el tiempo transcurrido. Hacer esperar al teniente de alguacil abajo, como si fuera uno más de los clientes del marqués, era una de esas señales, anodinas pero mortificantes, que los nobles utilizaban para "enseñar a los mestizos a que ocupen su lugar". A eso, a pesar de que no dejaba de disgustarle, Olmos había terminado acostumbrándose, pues no era más que la expresión de una realidad que le tocaba asumir para hacer la convivencia en Quito un tanto soportable. Lo que jamás aceptaría y le llenaba de indignación era que, so pretexto de reforzar esos encasillamientos sociales, un aristócrata se sintiera con derecho a desairar a un oficial del rey, como era él, "de segundo rango, sea, pero oficial de la corona al fin", por el solo hecho de ser mestizo. No todos los nobles actuaban así, pero solía ocurrir que los mismos que más poder ostentaban eran los más petulantes, sin saberse muy bien si habían llegado a ser poderosos gracias a su petulancia o si se habían vuelto petulantes de resultas del poder adquirido.

Pensaba en esto Olmos cuando llamaron su nombre desde la

planta alta.

Cuando ingresó a la biblioteca del marqués, solo pudo ver, en la penumbra, la voluminosa silueta de don Clemente recortada contra el resplandor de la ventana. No lucía esta vez la empinada peluca filipesca que le había visto puesto la ocasión anterior. Mostraba ahora su cabellera natural, canosa y rala, peinada hacia atrás y recogida en una escuálida coleta gris. El contraluz acentuaba las ojeras oscuras de más de una noche en vela.

—Teniente Olmos —inició Ordeñana, sentado tras su escribanía —, se me anunció que me buscaba para hacerme algunas preguntas. Perdone usted por haberle tenido esperando; tenía otros asuntos que resolver primero.

A Olmos le sorprendió la inusitada cordialidad con que le hablaba el marqués. Eso y sus facciones demacradas le hicieron aspirar a que la entrevista se desarrollase en términos distintos a los que se había temido. Incluso el traje llano que esta vez vestía mostraba a un hombre diferente del prepotente marqués de Villa Ordeñana que había conocido.

—Permítame, antes que nada, señor marqués, expresarle mi más sentida condolencia por la pérdida de su señor hermano. Imagino la gran pena que estará sintiendo.

Ordeñana agradeció con un austero gesto de la cabeza.

—Tengo algunas preguntas que hacerle, señor marqués —comenzó Olmos con cautela, tanteando el terreno que pisaba—: ¿cuándo notó usted que don Felipe faltaba? Le pregunto esto porque, siendo el de su hermano el primer cadáver en aparecer, el lunes 25 de julio, y estar a disposición del alguacilazgo desde esa fecha, es apenas el sábado 30 que el señor Fiallo, su empleado, va a reconocer el cuerpo en el hospital. Incluso se fijaron carteles el martes y se anunció en misa que había un cadáver que reconocer en el hospital.

El marqués se tomó su tiempo para responder.

—¿El primer cadáver en aparecer ha dicho? ¿Quiere decir que hay más? —preguntó Ordeñana. A Olmos le dio la impresión de

genuina perplejidad.

—Sí, señor marqués. Hay otros. Cuántos y quiénes son no puedo revelárselo. La investigación que realiza el alguacilazgo es reservada. Usted sabrá comprender.

El rostro de Ordeñana se ensombreció aún más.

—Felipe iba y venía de El Calado con regularidad cada semana —respondió a la pregunta que Olmos le había hecho—. Salía de aquí los lunes a primera hora y volvía los jueves, para pasar con la familia hasta el siguiente lunes. En ocasiones, por diversos motivos, esta rutina podía cambiar. No era raro, por ejemplo, que, en lugar de regresar el jueves, volviera el viernes o el sábado. Nunca estuve pendiente de sus andanzas. A veces ni me enteraba si ese jueves había regresado o no.

—¿Eso fue lo que pasó la semana del 18 de julio? ¿Que usted no se enteró de que su hermano no había regresado el jueves 21?

—Eso es lo que pasó, sí. Yo no supe que no había vuelto. Pero, aun si hubiera vuelto, podría ser que, de todas maneras, yo no me hubiera enterado. Ha pasado que transcurran una o dos semanas sin vernos, porque él se va a la hacienda un lunes sin que nos hayamos visto durante el fin de semana.

—Y, entonces, ¿cuándo es que se entera usted de que su hermano no había vuelto el jueves 21?

—Pues cuando Fiallo me cuenta que su cadáver ha sido hallado en el hospital.

—¿Cómo fue eso?

—Es que la servidumbre suele estar pendiente de todo lo que ocurre en esta casa. Ellos sí habían notado la ausencia de Felipe. Y, en busca de una explicación, llegaron a saber que en el hospital había algún cadáver por reconocer. Fueron y lo reconocieron: era Felipe. Dieron aviso a Fiallo y él me informó.

"Ahí fue que nos reunimos por primera vez con usted", apuntó Olmos en sus adentros. El teniente de alguacil temía entrar en materia, pues don Clemente había tratado de recuperar el cadáver

evitando que se lo relacionara con él. ¿Por qué?

—Señor marqués, esta es una cuestión delicada; por favor, no tome a mal mi pregunta. —Y, sin dar tiempo a que Ordeñana protestara, interrogó—: Usted pidió a don Sebastián de Logroño que le entregara el cadáver sin mayores formalidades, porque se trataba de un conocido suyo. ¿Por qué no quería que supiéramos que el muerto era su hermano?

El marqués de Villa Ordeñana se reincorporó en su butaca. Olmos se preparó para un exabrupto.

—Fiallo había hablado con un doctor en el hospital, que le reveló que mi hermano había aparecido colgado de la torre de la Peña de Francia…

—De San Sebastián —corrigió Olmos.

—Quise decir en San Sebastián —continuó Ordeñana—. Pero lo que más me preocupó fue enterarme de que lo habían asesinado y después lo colgaron del campanario. Tenía que evitar a toda costa que ese detalle se divulgara en la ciudad. Que mi hermano se hubiera suicidado ya era suficiente escándalo. Pero que el suicidio fuera una tapadera de su asesinato nos convertiría en el hazmerreír de Quito. Sería la ruina del prestigio de la casa de Villa Ordeñana, que tanto nos ha costado construir.

Olmos lamentó para sus adentros que Espejo se hubiera ido de la lengua (nadie más pudo ser), contándole a Fiallo los detalles de la muerte de don Felipe Chávez de Ordeñana. También que había otros cadáveres, si no ¿por qué la confusión con la Peña de Francia? Ahora el marqués conocía cosas que solo el equipo del alguacilazgo debía saber. A veces el médico actuaba así para darse aires ante gente de postín; aunque, en la realidad, Olmos creía que lo hacía sin mala intención, más bien con el afán de mostrar a todos cuan amplio era su conocimiento médico. En todo caso, habría sido mejor que se lo guardara, sobre todo frente a los hombres del marqués.

—¿Sospecha usted, señor marqués, de alguien que tuviera algún motivo para matar a su hermano?

Olmos notó un ligero cambio en Ordeñana, como si una campana

interior hubiera alertado al mar qués de cuidarse de lo que dijera. Su tono de voz sonó como si proviniera desde tras un yelmo.

—Mi hermano Felipe era un hombre bueno, dedicado a las cosas del campo y dulcificado por el ambiente rural. Nadie hubiera podido querer matarlo.

—Y, sin embargo, parece que alguien guardaba algo muy feo contra él, pues, no contento con matarle, lo expuso al escarnio público, colgándolo, como si él mismo se hubiera quitado la vida, del campanario de una parroquia… de indios.

Algo en la mirada de Ordeñana se congeló en ese momento, Olmos lo advirtió. Desde ese instante toda apariencia de cortesía y razonabilidad desapareció.

—De seguro se trata de un asalto para robarle, cuando regresaba de El Calado. Después, para despistar la investigación, el ladrón ha urdido disfrazarlo como un suicidio.

Ahora a Olmos le pareció claro que el marqués había cambiado de estrategia. Su cortesía e incluso paciencia habían sido una fachada. La hipótesis que planteaba esta vez, la del robo con asesinato y posterior encubrimiento como suicidio, parecía un señuelo que Ordeñana tendía al teniente de alguacil para que no hurgara en otras direcciones. Era un interesante desafío que Olmos no pensaba ignorar.

Olmos sospechaba también, por los dichos de Ordeñana, que el marqués sabía que otro asesinato parecido había sido cometido y que podía, entonces, suponer que el alguacilazgo ya había descartado las hipótesis básicas del caso, como la de que se trataba de un robo que se torció. Al fin y al cabo, sería muy improbable que dos robos terminaran resultando en asesinatos y, más todavía, que hubieran sido disimulados con otras formas de muerte. Estaba claro: algo sabía el marqués y lo estaba ocultando; no de otra manera se podía explicar su fútil intento de desviar la investigación hacia un simple atraco.

—Ya sabemos quién es el hombre del reloj de sol, Olmos —anunció Sánchez, no bien su colega traspuso esa tarde el umbral del escritorio que compartían en la cárcel de corte.

Olmos aguardó en silencio a que Sánchez completara la información.

—Se trata de Misael Llumiuxi, chalán de la hacienda El Calado. ¿Le dice algo? —planteó Sánchez la pregunta con malicia.

Olmos calló. "Claro, me dice mucho, muchísimo", pensó.

—¿Quién lo identificó? —se limitó a preguntar.

—Fiallo. Llegó al hospital con las mismas ínfulas de la vez pasada, según me contó Espejo cuando llegué. Hubo que bajarle el moco de nuevo. Se llevó ya el cadáver.

—Una más que se ajusta al perfil de las víctimas anteriores: empleado de una hacienda de Turubamba, para colmo ya vinculada a una de las anteriores víctimas. El cuadro es clarísimo. Algo pasó en la comarca que ha provocado todos estos crímenes. Pero ¿qué fue? Siento que nos estamos acercando cada vez más, que casi lo tenemos frente a nuestras narices.

—Hay que seguir buscando, Olmos. Tarde o temprano daremos con ello. El nuestro es un oficio de persistencia, usted lo dice siempre. Como en la cacería, seguimos el rastro en el pajonal, de loma en loma, de loma en loma, hasta que, al remontar una cañada, aparece la presa. Y mientras más largo la hemos seguido, más su captura vale la pena.

Olmos visitó a don Tarsicio de la Piedra en su almacén de las Cuatro Esquinas.

—Buenas tardes, teniente Olmos —saludó el orfebre con tono alegre, al verlo entrar—. ¿Viene a devolverme el libro que le presté?

—Aún no, don Tarsicio; espero poder hacerlo pronto. Es que todavía lo necesito —Olmos se cuidó de revelar sus razones.

—¿Me acompaña con una mistelita? —ofreció el orfebre—. Cae bien a esta hora del día.

"No debería", pensó Olmos, prevenido de que la familiaridad con un sospechoso no era aconsejable; aunque, en el fondo, algo le decía que este orfebre-bibliófilo era un asesino poco probable. Pero podía equivocarse.

—Encantado —aceptó al fin, rebelándose contra su propio buen criterio—. Viene bien a esta hora del día, es cierto.

—¿Para qué soy bueno, teniente? —inquirió De la Piedra mientras servía el licor en unas copitas de cristal cortado, que mantenía sobre una bandeja plateada, en un rincón del almacén, entre los mostradores de joyas y piezas de oro labrado y en bruto.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre el tema que trata el libro.

De la Piedra sirvió el licor.

—Entiendo que su ejemplar de La Condamine es el único existente en esta ciudad —inquirió el teniente de alguacil.

—Así es. Perteneció al oidor Flórez, como sabe. Había otro en la biblioteca de la Universidad Gregoriana, pero, como desde su clausura todos los libros están encajonados, quién sabe dónde estará ese ejemplar.

—¿Alguien, aparte de usted, ha leído su libro?

—No desde que es mío. Yo mismo no lo he leído completo; como está en francés, me cuesta entenderlo. Y supongo que el oidor no debe haberlo tenido por mucho tiempo antes de su muerte, pues fue impreso en 1751 y hasta que el libro llegara a Quito… No creo que hubiera mucho tiempo para que los lectores fueran numerosos.

—Pero no podemos descartar que alguien lo haya leído…

—No, por supuesto. Quienquiera que hable el francés puede haberlo leído, aunque es un libro muy especializado, sus posibles lectores quiteños no habrán sido muchos.

—En el libro se describen algunos de los instrumentos que usaron los sabios franceses para sus mediciones. ¿Usted conoce a

alguien que sepa de esos instrumentos?

—Debe tener entre manos un caso complicado, teniente, si lo que necesita es información sobre ese instrumental. Pero no se me ocurre quién pueda saber. Quiero decir, se me ocurre, sí, pero ninguno de ellos está ya con nosotros…

—Lo dice por el oidor…

—Por él, por el padre Aguirre, por el relojero Hugot…

—¿Ugó? —preguntó Olmos, curioso.

—Sí, Hugot fue el instrumentista de los académicos. Cuando sus compañeros decidieron retornar a Francia al terminar su misión, él se había enseñado en Quito, así que se quedó y se casó con quiteña. Es de lamentar que muriera hace años. Si alguien sabía de esos instrumentos, ese era Hugot.

—¿Vive su esposa? ¿Tuvieron hijos? ¿Sabe usted?

—Entiendo que aún vive la viuda. No sé si tuvieron hijos; tan lejos no llego. Eran del barrio de San Marcos. Si vive, ahí le sabrán dar razón, con seguridad.

—Otra cosa —soltó Olmos la pregunta, de sopetón—: ¿qué me puede decir del meridiano de la torre de la Merced?

—¿Qué puedo decirle, dice? No le entiendo, teniente.

—Sí. El meridiano de la torre de la Merced. ¿Qué sabe usted de él?

—¿El meridiano que aparece en el plano de Morainville? ¿Se refiere a eso?

Olmos asintió apenas con la cabeza, sin apartar los ojos de De la Piedra. Sabía que su respuesta, o mejor, la forma como el orfebre respondiera, le indicaría si se encontraba o no frente al posible asesino.

—Es la línea que corre de norte a sur, trazada a partir de la torre de la Merced, ¿no?

—Sí. ¿Y ha notado si esa línea guarda alguna particularidad? —Olmos notaba que De la Piedra era lo bastante inteligente como para advertir que fingir ignorancia lo podría incriminar, pero también sabía

que ninguna respuesta específica entrañaría forzosamente su culpabilidad.

—¿Y este interrogatorio, teniente? —De la Piedra frunció el ceño, con preocupación—. ¿Es que, acaso, sospecha de mí?

—Me limito a cumplir mi deber, don Tarsicio. Responda, por favor: ¿tiene alguna particularidad el meridiano de la Merced?

—Pues, la verdad, no sé qué responderle, teniente. Es una línea que va de norte a sur, como todo meridiano, y que pasa por la torre de la iglesia de la Merced. ¿Qué más puedo decir?

—¿Y si le dijera que esta línea une cuatro de los sitios que han sido escenario de los asesinatos que estamos investigando?

—¿Cuatro sitios de asesinatos? ¡¿Ha habido cuatro asesinatos?! ¡Qué horror! ¿Qué está pasando con nuestra franciscana ciudad?

—¿No sabe usted cuáles son esos sitios?

—No, no tengo idea de dónde hayan podido ocurrir esos asesinatos. Y, en cuanto al meridiano, tendría que ver en el plano cuáles son esos sitios que están unidos por él, según dice usted.

Olmos sintió que hasta allí podía llegar y que De la Piedra no diría mucho más, sea porque no sabía, sea porque lo ocultaba. Para incriminar al orfebre necesitaría pruebas concretas. Pero también le hacían falta fechas específicas de los asesinatos y, de momento, solo contaba con rangos aproximados. Así, no tenía sentido exigir a De la Piedra que opusiera cualquier coartada. Decidió, entonces, terminar ahí el interrogatorio y, más bien, tentar el filón de la viuda del relojero Hugot; tal vez ella, si aún vivía, podría darle alguna pista adicional.

—Gracias, don Tarsicio. Por favor, no pierda contacto con el alguacilazgo; puede ser que le necesitemos otra vez.

El orfebre asintió en silencio, con aire agobiado.

—Pronto le devolveré su libro. Hasta luego —Olmos salió del almacén y cerró la puerta tras de sí.

El barrio de San Marcos se extendía por cinco cuadras a ambos lados de la estrecha calle del mismo nombre. Su trazado reproducía, en general, la dirección de la cresta plana de la estribación que separaba a las quebradas de Manosalvas y de Gigante Huayco y terminaba en una plazuela, de iglesia con atrio y pileta de piedra en el centro.

"Al fondo de la plaza", le había dicho a Olmos el zapatero al que había pedido razón de "la viuda del relojero francés", cuando inició su recorrido por la calle de San Marcos, en la esquina con la calle del puente de Manosalvas, a espaldas del monasterio de Santa Catalina de Siena. Ahora había llegado a la plaza e imaginaba que por "fondo" debía entender las casas de una sola planta que la bordeaban en su costado oriental, el opuesto al de la iglesia.

Al golpear a la puerta de la segunda casa —en la primera nadie había atendido—, abrió una mujer de edad indefinida, aunque su pelo negro enhebraba ya hilos de plata. La señora lucía, a la usanza de las damas de la clase pudiente quiteña que habían perdido su marido, un vestido negro de corpiño entallado, que, aunque limpio, se veía algo deslustrado por el uso. La viudez caminaba de la mano de la pobreza, como ocurría con frecuencia.

—Busco a la viuda del relojero Hugot —anunció Olmos—. Soy Nuño Olmos, teniente de alguacil mayor.

—A su mandar, señor teniente —contestó la mujer, sin inmutarse ante el título oficial—. Soy Beatriz Ramírez. René Hugot era mi marido.

—Si me permite, doña Beatriz, quisiera hacerle algunas preguntas sobre él. No llevará mucho tiempo.

—Mi marido murió hace muchos años, teniente. Se cayó de un andamio cuando graduaba una veleta en la Catedral. Nadie me preguntó nada en ese momento. Me parece raro que, tanto tiempo después, alguien averigüe sobre él.

—El señor Hugot fue relojero de la misión de sabios de la Academia de París, ¿no es cierto?

—Sí. Él era relojero de oficio, pero vino con la misión francesa

para ocuparse de mantener en funcionamiento los instrumentos que los académicos usaban para sus mediciones, que había que calibrar y reparar. Hacía de todo. Cuando los demás se volvieron a Francia, él prefirió quedarse.

—Que murió en la Catedral al caer de un andamio, me dice. ¿Cuándo fue eso?

—Ya son nueve años de eso, teniente. El pasado febrero se cumplieron nueve años.

—¿Ustedes tuvieron hijos, señora?

El rostro de la mujer se ensombreció de golpe.

—Tuvimos dos, un niño y una niña, pero ambos murieron con la viruela del año cincuenta y siete. De hecho, yo también caí enferma, pero Dios se llevó a ellos y no a mí, pese a todos mis regateos —doña Beatriz miró al suelo con rictus sombrío.

Olmos sintió que esta indagación tocaba a su fin sin siquiera haber tomado forma. Hugot no tenía nada que ver con estos crímenes "geodésicos" porque estaba muerto hace años, no tenía hijos…

—¿Su marido no tenía en la relojería aprendices, ayudantes…? —tentó el teniente de alguacil, por no claudicar.

—Al principio sí, pero él era muy puntual con los horarios de trabajo y estricto en los plazos. Y los operarios eran siempre "badulaqués y bojachós" —imitó ella, con una sonrisa nostálgica, el acento de su difunto esposo—. Con el tiempo prefirió trabajar solo, aunque eso le representara agotar sus fuerzas; había días en que caía rendido, sin siquiera servirse la merienda.

La viuda terminó la frase con un suspiro y se quedó callada, con aire pensativo.

Ahora sí, Olmos supo que la entrevista había terminado.

—Doña Beatriz, gracias por su cooperación. Perdone que le haya importunado. Me retiro. Que tenga una buena tarde.

—¡Espere! —interrumpió la viuda—. Acabo de recordar que, a veces, René se hacía ayudar por un hombre con el que había

trabajado durante la misión de los académicos, un tal Lorenzo. Mi marido le había enseñado en esos años todo sobre los relojes y, juntos, habían reparado, más de una vez, los instrumentos de los franceses. Él sí era cumplido.

"¡Alguien que trabajó con los franceses!", exclamó Olmos para sus adentros. La pista volvía a pasar de tibia a caliente, caliente, caliente, como en el juego infantil del pan quemado. El hilo del meridiano de la torre de la Merced y de las escenificaciones de los instrumentos geodésicos resucitaba después de haber descendido a los infiernos.

—¿Lorenzo, dice? ¿No recuerda el apellido?

Doña Beatriz hizo un esfuerzo por recordar.

—Mi memoria ya no es lo que solía ser, señor teniente. Lorenzo, es todo lo que recuerdo. Y que vivía por Chaguarquingo, del otro lado del Machángara. No le he vuelto a ver desde la muerte de mi marido.

Olmos anotó en su memoria el dato. Chaguarquingo. Ese lugar ya había sido mencionado, ¿cuándo? ¿por quién? Tendría que revisar sus notas.

—Ahora sí, teniente, buenas tardes —sin decir más, la mujer cerró la puerta.

— 38 —

Don Felipe Chávez de Ordeñana era el hermano menor del señor marqués. Aunque él no era dueño de El Calado, que pertenecía al mayorazgo, era quien más tiempo dedicaba a la hacienda, supervisando el cultivo de los campos y la cría de ovejas y ganado cimarrón.

Él mató a mi Rosita.

Eso me contó Cumbajín, un vaquero de la hacienda Palomeros, al que ubiqué después de poner bocas por todo lado.

A este Cumbajín, un compadre suyo que trabajaba en El Calado, cuyo nombre no quiso decirme y con el que sabía unirse a las partidas de las otras haciendas cuando había que rodear el ganado suelto monte arriba, le había contado que, la noche del 18 de marzo, el segundo Ordeñana había dirigido la partida. Que estaba como loco, galopando de un lado al otro del pueblo, espada en mano, incitando a punta de insultos a los hombres a que quemaran todo y arremetiendo contra cualquier cristiano que se le cruzara en el camino. Y le había asegurado que él vio con sus propios ojos cómo Ordeñana perseguía a caballo a una mujer de chal verde, que corría de la mano de una niña pequeña, de no más de cinco años. El jinete cargó contra la mujer justo en el momento en que la niña había tropezado y caído, soltándose de su madre. De un mandoble certero, el asesino a caballo le había levantado la tapa de los sesos a la mujer, que se había desplomado a tierra, sin vida. El jinete siguió de largo.

La niña, dando gritos, se había levantado y había alcanzado a su mamá, que se desangraba, volcada en el suelo. Pocos instantes más tarde, un hombre de a pie le había soltado a la niña un machetazo.

Quedó muerta de contado.

Esta historia del hombre blanco a caballo que perseguía y acuchillaba a la gente la noche de la masacre ya la había oído yo antes, en mis indagaciones. Algunos testigos no sabían su nombre, pero lo habían descrito de manera bastante precisa. Al final, cotejando versiones, estuve tuve la completa seguridad de que el asesino de mi mujer era don Felipe Chávez de Ordeñana, el hermano menor del marqués.

Comencé a seguirle. Cada lunes, con el sol, Ordeñana partía a caballo con dirección a El Calado, desde su casa en la calle de Arteta, a veces acompañado de un peón. La cabalgata no duraba más de una hora. Pasaba en la hacienda, dedicado a las cosas del campo, hasta el jueves de madrugada, cuando emprendía el regreso a Quito. Y así, cada semana. Mucho tiempo estudié esta rutina para poder resolver cuándo y dónde actuar.

Por fin, me decidí. El jueves 21 de julio, cuando apenas empezaba a clarear, le esperé en una vuelta del camino, escondido tras una mata al pie de un *guabo* grande, desde donde podía divisar si alguien se aproximaba desde el sur. Por fortuna, ese día Ordeñana venía solo. El caballo avanzaba a galope corto y el jinete montaba despreocupado, mirando el paisaje. Tres varas antes de que pasara delante de donde que yo le esperaba, usando como garrucha una horquilla baja del *guabo* tiré de la delgada cuerda de cabuya que había disimulado a ras del suelo y que había amarrado a un *kishwar* al otro lado del camino. La soga se templó, Ordeñana voló por los aires y cayó aparatosamente a tierra mientras el caballo seguía su carrera.

No hizo falta más violencia para someterle. El golpe que se dio de espaldas contra el suelo le dejó sin sentido por unos minutos. Le desarmé —llevaba pistola y daga—, le amarré de pies y manos y le amordacé. Después, recogí su sombrero, le cargué hasta la carreta que tenía escondida tras una tranquera unas varas más allacito. Le

tapé con unos sacos y me lo llevé.

— 39 —

Después del cuarto ardor que le había provocado a Goya esa mañana, Nuño se maravilló, en voz alta, de la inmensa capacidad de placer de la muchacha.

—Yo creo que Dios nos hizo a las mujeres así, tan gozadoras, para tener a los hombres cautivos —contestó Goya con desenfado—. En la hacienda de mi papá yo veo que los peones llevan a las vacas donde el toro padre, para que él las cubra cuando están en celo, y eso pasa un solo día cada mes, que es cuando están dispuestas y son fértiles. Tú sabes de esas cosas del campo, ¿no es cierto, Nuño?

Por toda respuesta Nuño sonrió.

—El resto de días el toro ni las mira. Nosotras, en cambio, estamos dispuestas todos los días del año, aunque nuestro celo dure unos pocos días. Nuestro padrillo puede cubrirnos todos los días si quiere, que nosotras siempre queremos, cuando queremos, ¡ja, ja! ¡Contigo siempre quiero, mi teniente! Y para que a nosotras nos sea apetecible folgar y folgar, Dios nos ha dado la capacidad de sentir el ardor una y otra vez, una y otra vez, de corrido, mientras que el hombre se derrama una sola vez y decae hasta retomar vigor. ¿Ya estás listo para otra ronda, Nuño? Porque, mientras más copulas, más quieres. Y con eso te tengo cautivo. ¿No es cierto, teniente? Los hombres hacen lo que nosotras deseemos con tal que abramos las piernas. Es una forma de asegurarnos que tendremos cerca un hombre que nos proteja, pero muchas no se dan cuenta también del inmenso poder que ello en verdad nos proporciona. Y si, por añadidura, nos causa tanto placer, ¡qué mejor!, ¿no? ¡Ay, tú me encantas, Nuño Olmos! ¡Podría pasarme la vida montándote así, así, asíií!

—¡Ahora por atrás, Nuño! —Goya, hasta entonces encaramada, desmontó y se le puso delante, a gatas—. A los hombres les gusta tomarnos por detrás, porque así pueden mirar nuestras redondas posaderas, que parecen enardecerles mucho. Tal vez se sienten más primitivos, como animales. Me encanta que me embistas por detrás, Nuño, porque te siento más adentro. Pero me gusta menos que hacerlo de frente, mirándote a los ojos y respirando tu aliento. Viéndote de frente podría llegar a vislumbrar en tus ojos algún sentimiento, pero si me coges por detrás, no te veo y no sé si me quieres.

Desasiéndose del abrazo posterior de Nuño, Goya se volvió hacia él para, clavándole su mirada de esmeralda, advertirle:

—Aunque es lo de menos que me quieras o no. Lo importante es que yo te guste. Aparearse sin amor es una ventaja, porque el amor siempre termina arruinándolo todo. Si te enamoras corres el riesgo de sufrir mucho si por cualquier motivo tu amado te falta. Mejor no enamorarse. Yo a ti te quiero ahora, Nuño, cuando estamos refocilándonos riquísimo y, cuando te marchas, me queda un vacío inmenso, sobre todo entre las piernas ¡ja, ja, ja! Pero se me pasa enseguida porque lo que siento por ti no es amor, es pura saciedad, satisfacción de que me hayas agotado haciéndome sentir estas cosas tan ricas.

—O sea que no quieres enamorarte de mí —repuso Nuño, fingiendo decepción.

—No quiero, Nuño, no. Una vez, en Lima, me enamoré de un hombre que me hacía sentir lo mismo que tú. Era mi preceptor de Letras en la casa de señoritas, pero estaba casado. Cada vez que él se iba yo me sentía morir y no dejaba de pensar en él, con quién estaría, qu é estaría haciendo en cada instante, hasta cuando volvía al día siguiente. Pero cuando lo echaron porque la gobernanta de la casa se enteró de lo nuestro, casi muero de desesperación. No concebía la vida sin él y me sumí en la más oscura noche. Dejé de levantarme cada día, dejé de comer, comencé a perder el pelo a mechones. Mi buena Celia, la de los bebedizos, me dio alguno para que la alegría volviera a mi vida. Ella me salvó. Y entonces prometí

que, en adelante, el placer del cuerpo me bastaría. Que del amor no tendría necesidad.

Nuño Olmos la escuchaba asombrado, mientras la miraba con embeleso. Y se preguntaba: "¿Cómo puede esta muchacha ser tan bella y tan desvergonzada?".

— 40 —

Esta vez, el marqués de Villa Ordeñana mandó dejar pasar a Olmos tan pronto como había llegado, a pesar de no venir acompañado del alguacil mayor. También esta vez el marqués había vuelto a hacer uso de la consabida parafernalia del poder: atuendo de gala, peluca filipesca incluida, y prepotencia, actitud y pompa propias del rango.

"Despliega toda la artillería", pensó Olmos, al verlo entrar a la biblioteca. Esto podía obedecer a la necesidad de intimidarlo, haciendo ostentación de toda su prestancia, frente al descubrimiento de que otro de sus allegados, ahora su chalán, también había sido asesinado y su muerte también había sido aparentada. Y la razón que esgrimiría, acaso, sería la misma que en la entrevista anterior: el imperativo de preservar el prestigio, ganado con harto esfuerzo, de los Chávez de Ordeñana. Pero también podría ser algo distinto, algo que más bien delataba señales de debilidad ante el cerco que parecía estar cerr á ndose en su torno. En el fondo, quizás era temor. "En fin, lo veremos ahora mismo", se preparó Olmos.

Después de los parcos saludos de rigor que intercambiaron, Olmos inició el interrogatorio.

—Señor marqués, ¿Mesías Llumiuxi trabajaba para usted? —soltó Olmos a bocajarro.

—Trabajaba en mi hacienda de Turubamba, sí. A cargo de los caballos.

"Toma distancia", calculó Olmos. "No es su trabajador, sino de la hacienda".

—¿Alguna razón por la que usted crea que alguien quisiera matarle?

—Desconozco los motivos que un miembro de la servidumbre de la hacienda pueda haber dado para que quieran matarle —respondió el marqués, fingiendo desinterés—. No suelo ocuparme de los problemas personales del servicio.

—¿No le parece, señor marqués, que las similitudes entre el asesinato de Llumiuxi y de su hermano, don Felipe, podrían hacer pensar que se trata del mismo asesino, impulsado por las mismas razones?

—Las semejanzas son innegables y hacen pensar en un solo autor, pero me parecería muy extraño que mi hermano y el chalán ese pudieran estar enredados en algún embrollo. Sepa usted que, así como yo, Felipe no era de familiaridades con la servidumbre.

"Está evadiendo algo", se dijo Olmos. "Algo que unía a estos dos muertos. Él lo sabe, pero no me lo quiere decir".

—Aunque estoy faltando a la reserva de la indagación —se arriesgó Olmos—, tengo que comentarle que el segundo muerto, el que apareció en la Peña de Francia, era también de la comarca: el mayordomo de la hacienda Saguanche. Hemos pensado en el alguacilazgo que, si las tres víctimas tienen que ver con Turubamba y con las actividades rurales de la zona, algo debe de haber pasado en esos pagos; algo que ha provocado esta cadena de crímenes.

El marqués se quedó callado un segundo de más. Luego su rostro cambió de expresión. Todo el aplomo que hasta ese momento había mostrado pareció venírsele abajo. Una arruga cruzó su ceño.

Olmos prefirió dar por terminada la entrevista en este punto, pues una certeza se había ido asentando en su espíritu: el marqués tenía miedo. Y un corte repentino de la entrevista en este momento serviría a dos propósitos: que el temor, cuya sombra se había extendido en el semblante de Ordeñana, calara en lo más profundo de su ánimo, y que Olmos pudiera salir de inmediato a buscar bajo cada piedra la información que don Clemente se resistía a darle.

—Señor marqués, me despido. Deseo expresarle mi pesar por este nuevo deceso en su entorno. Y me preocupa mucho que un nuevo crimen pueda ocurrir. Como le decía, parecería que algo

relacionado con Saguanche y El Calado pudiera estar en el origen de los asesinatos. ¡Dios no quiera que alguien más de su círculo pudiera morir a manos de este asesino tan despiadado!

Con solo pronunciar esas palabras, Olmos recibió un fogonazo. "¡Eso! ¡Eso es lo que Ordeñana teme! ¡Él sabe que puede ser la siguiente víctima! ¡Y lo que me esconde es el vínculo que le une a los otros asesinados, la razón de que los hayan matado! ¡La razón de su propio miedo!".

—¡Tengo que contarle lo que averigüé en Chillogallo, Olmos! ¡Creo que dimos con algo importante! —Benito Sánchez entró apresurado al escritorio de la cárcel de corte, donde Olmos actualizaba sus notas sobre el caso—. Pero creo que es preferible que hablemos afuera.

Olmos comprendió que la información que traía su colega era "delicada" y convenía ventilarla lejos del alguacil mayor. Se levantó, tomó su sombrero y siguió a Sánchez.

Sentados a su mesa esquinera en la fonda del arco de Santa Elena, bebiendo un granizado, Sánchez relató sus hallazgos de esa mañana.

—Fui temprano a la hacienda El Calado, en Chillogallo, en busca de datos sobre la muerte de Llumiuxi. ¡Silencio total! ¡Nadie quería hablar! ¡Y los que hablaban no sabían nada! Todos repetían como si leyeran en un papel: "le asaltaron para robarle". Me entrevisté con todo el que pude, nadie sabía nada. Pero noté que un guambrón me seguía y observaba de lejos, disimulándose tras las paredes, mientras yo hablaba con la gente. Se le veía receloso, con expresión de timidez, me pareció, más que de miedo, y no se atrevió a abordarme. Le perdí de vista. Terminado el interrogatorio, al retirarme a caballo, oí el llamado del muchacho, escondido tras una de las jambas del arco de la salida del patio de la hacienda. "Tengo algo que contarle", me dijo. Le hice montar al anca y nos alejamos hacia el norte, fuera del alcance de ojos y oídos indiscretos. Mientras

cabalgábamos, ya al paso, dijo la voz a mis espaldas: "Juan Llumiuxi me llamo; hijo del finado Misael Llumiuxi soy. Nadie le va a decirle lo que pasó, teniente, pero yo sí le voy a decirle, porque estoy cansado de verle llorar a mi mamacita todita la noche, cada noche, de la pena de que le mataron a mi taita, pero más de la pena de que nadie diga por qué le mataron. Creo que yo era el único que pensaba que no se iba a poder barrer el asunto de Chillogallo, como basura, en debajo de la estera. El resto sí". Guardó silencio por unos momentos, solo se oía el paso de los cascos del caballo. "Pero cuando mataron al patrón Felipe", retomó, "yo sabía que el siguiente sería mi taita. Porque los dos estuvieron en Chillogallo esa noche. Yo estuve con mi taita la tarde en que el patrón Felipe le dijo que se encuentren en la *pallka* del *penco* a las diez de la noche, con el resto de jinetes de las haciendas, para después caer a Chillogallo y enseñarles una lección por haber movido los linderos. Yo también quería ir, pero mi taita no me dejó. Esa noche, a oscuras, yo le fui siguiéndole de lejos, sin que me vean. Cuando los jinetes llegaron a Chillogallo, encendieron los hachones y entraron al pueblo al galope. Y comenzó la matanza. Quemaron las casas, mataron a la gente a bala y a machete". Guardó silencio por unos momentos, como si le llevara tiempo regresar de esas imágenes. "Yo, de lejos veía y oía", continuó. "Me asusté y volví a mi casa y me hice el dormido cuando llegó mi taita. Al otro día hice como que no sabía nada. Nadien habló nunca de esa noche". Nuevo silencio. "Hasta que desapareció el patrón Felipe; que le han matado dijeron después. Mi taita comenzó a andar distraído, sudoroso; de noche le oía llorar calladito. Cuando desapareció, yo de unita supe que era por eso".

Cuando Sánchez concluyó el relato, Olmos se quedó paralizado, con el ceño fruncido y la mirada extraviada. Sánchez casi podía ver los engranajes del cerebro de su compañero girando desenfrenados, mientras ataba cabos.

—¡Es eso, entonces, Sánchez! ¡Eso es lo que teme el marqués! ¡El toro justiciero del domingo pasado! ¡Ahora lo entiendo todo!

—Yo, vuelta, no entiendo nada, Olmos —lo frenó Sánchez—. ¿Qué tiene que ver el toro? ¿El marqués tiene miedo? ¿De qué tiene

miedo?

Olmos se tomó unos segundos para poner sus pensamientos en orden. Los tenía todo revueltos en la sesera y sabía que expresarlos serviría para que cobraran algo de ilación.

—Don Felipe, hermano del marqués de Villa Ordeñana, aparece muerto. Cuando el marqués se entera, no quiere que la noticia se esparza. El nombre de los Ordeñanas no puede verse manchado por el suicidio de su hermano; es lo único que importa. Pero, al enterarse de que no fue suicidio, sino que su hermano había sido asesinado, comienza a preocuparse. Cuando el chalán de su hacienda aparece muerto en la Merced, sus temores aumentan. Algo noté yo la última vez que hablé con él, por eso le revelé que otra persona había sido asesinada: el mayordomo de Saguanche, hacienda de la misma comarca; supuse que alguna reacción suya conseguiría. Y, entonces, entra en pánico. Fue visible cómo su rostro se demudó con la noticia de Caiza. Él sabe que es probable que tanto don Felipe como Llumiuxi participaron en la matanza de Chillogallo. Estoy seguro de que el marqués sabe que Caiza también tomó parte en la masacre.

—Pero, ¿por qué iba a tener miedo el marqués?

—Dígame usted, Sánchez: ¿qué podía temer el marqués?

—En estos tiempos, con tanto asesinato, no es raro que la gente ande atemorizada.

—¡Exacto! Y en especial si ve que la gente comienza a ser asesinada a su derredor, ¿no le parece? Matan a su hermano y él sabe que su hermano participó en la matanza de Chillogallo; matan a su chalán y él sabe que su chalán también participó en la matanza de Chillogallo; matan al mayordomo de Saguanche y él sabe que par ticipó… Y, a él, que también participó en la matanza de Chillogallo, ¿cuándo le van a matar?

—¿Usted cree que el marqués participó en la matanza de Chillogallo?

—No lo sé. Dudo que haya estado allí, en persona. Solo sé que hubo una matanza en Chillogallo, confirmada ahora por el Juan

Llumiuxi. Y que su papá desapareció y fue encontrado muerto. Y que los demás muertos de estos días, están relacionados con otras haciendas de la comarca de Turubamba. Y sé que el marqués está aterrorizado. Ergo…

—¿Usted le cree todo al guambra ese?

—¿Se acuerda el domingo en los toros, Sánchez? ¿El toro ese que le embistió al imitador del marqués? ¿Cuál fue el grito que lanzaron desde el tendido? "Toro vengador de los que murieron en Chillogallo", o algo así. Sí, creo que hubo la matanza y creo que el marqués tuvo algo que ver, y eso da crédito a lo que cuenta el guambra Llumiuxi.

—Y lo que él cuenta da crédito a su teoría de usted también, Olmos.

Esa tarde, después del almuerzo, Olmos y Sánchez caminaron juntos en dirección a la quebrada de Gigante Huayco. El lugar seguía siendo el arrabal más peligroso de la ciudad, en el que hallaban refugio malhechores de todo género, que ocultaban sus guaridas entre el chaparro de la ladera que bajaba hacia el torrente tributario del río Machángara, al este de la ciudad, en lo que se había convertido en una especie de "tugurio del crimen". Para su seguridad, habían llevado al cinto una pistola de chispa cada uno y, ya a la altura de la calle de la Torre Vieja de San Agustín, se habían detenido a cebarlas.

El herrero Ulcuango, Amado Ulcuango por más señas, mantenía su taller en una de las casuchas que bordeaban la parte alta del chaquiñán que llegaba a la orilla del torrente. En esa parte, el viejo sendero había ido tomando con el tiempo las características de una calle de los extramuros, pero adquiría un aspecto salvaje conforme se alejaba del centro de la ciudad, rumbo a la quebrada.

Al llegar al sitio donde Ulcuango vivía, los dos tenientes penetraron por un delgado callejón que conducía a una cancha de

tierra, tras la casa, limitada por un muro de piedra y adobe, del cual se descolgaba un cobertizo de teja que protegía una forja encendida.

¡ Tin, tin, tintin!, se aproximaba el repicar del metal golpeado.

El herrero Ulcuango, martillo en mano, aporreaba sobre el yunque una pieza de metal al rojo vivo.

¡ Tin, tin, tintin!

Al reparar por el rabillo del ojo en la presencia de los dos tenientes de alguacil, Ulcuango se detuvo, depositó martillo y tenaza sobre la base del hogar de la fragua y se secó con el dorso del antebrazo el sudor de la frente y cara.

—Señores tenientes —saludó como si los hubiera visto ayer. Sobre el dorso y cuello de un toro, relucientes por el sudor, el rostro broncíneo del herrero mostraba unas pocas barbas blancas en la punta del mentón. Por debajo del pañuelo anudado en torno a su cabeza se escurrían algunas canas que la última vez que lo vieron, tres años atrás, no habían.

—Don Ulcuango —respondieron a coro los dos tenientes, llevándose dos dedos al tricornio.

—Aquí, como de costumbre, a hacerle un par de preguntas —continuó Sánchez.

—Pregunten nomás, señores tenientes —Ulcuango volvió a coger sus herramientas y a dar golpes sobre la bigornia—. Pero no sé si habrá respuesta para su curiosidad.

¡ Tin, tin, tintin!

—Usted es un hombre hábil —comenzó Olmos, tratando de ganarse su benevolencia—. Lo sabemos porque las ateneas que fundió para los premios de la Chancillería de la Audiencia eran un trabajo primoroso [15].

Ulcuango, sin dejar de golpear, volteó a mirar a Olmos, como diciendo "al grano, teniente, al grano, que tengo quehacer".

¡ Tin, tin, tintin!

—¿Alguna vez trabajó en uno de estos? —Olmos sacó con

cuidado de su zurrón de cuero el libro de La Condamine, que traía envuelto en un lienzo, y mostró al herrero el grabado del telescopio perpendicular.

Ulcuango miró la ilustración con detenimiento. Luego volvió a su labor, sin decir palabra.

¡Tin, tin, tin, tin, tin, tintin!

Olmos y Sánchez se quedaron mirándose por un par de segundos.

¡ Tin, tin, tintin!

—Sí —contestó Ulcuango—. Hace años un hombre me trajo una cosa así. Quería que le fabrique unas abrazaderas de bronce. Había que tomar las medidas del cañón para hacerles del tamaño exacto. Hice el trabajo, me pagó y no le he visto más.

¡ Tin, tin, tintin!

—¿Está seguro? ¿Era un telescopio como este? —insistió Sánchez, señalando el dibujo del libro.

—Telescopios como ese no llueven del cielo, teniente —replicó Ulcuango, con sorna—. Estoy seguro.

¡ Tin, tin, tintin!

—¿Recuerda el nombre del individuo? ¿Tal vez, dónde vive?

¡ Tin, tin, tin, tin, tin, tintin!

¡ Tin, tin, tintin!

—Lorenzo Zangolquí se llamaba. Dijo que vivía por Chaguarquingo.

¡ Tin, tin, tintin!

—¿Está seguro, don Ulcuango —insistió Sánchez—, de que vive…

Olmos lo interrumpió, extendiendo el brazo, con la mano abierta.

¡ Tin, tin, tintin!

—Gracias, don Ulcuango —se despidió Olmos—. Como siempre, usted ha sido de mucha ayuda. Hasta luego.

El repique del martillo del herrero se fue silenciando mientras los dos tenientes dejaban atrás Gigante Huayco.

¡ Tin, tin…

En el camino de vuelta al centro, los dos tenientes de alguacil caminaban en silencio, macerando la información que acababan de recoger. De súbito, Sánchez habló.

—Oiga, Nuño, tenemos que hablar.

Que Sánchez le llamase por su nombre de pila alertó a Olmos. El trato entre los dos colegas era siempre formal, sobre todo cuando se encontraban trabajando en cosas del alguacilazgo. Algún derrape hacia un trato más íntimo había ocurrido en las escasas veces en que, al calor de un par de copas de aguardiente, se habían hecho confidencias sobre su vida personal; la cual, por lo demás —como una regla no escrita, pero inviolable como la ley más rigurosa—, era tema de conversación vedado cuando estaban sobrios. Olmos supuso de qué se trataba.

—Tiene que tener mucho cuidado —continuó Sánchez, ante el silencio de su compañero—. Si yo me he dado cuenta, es probable que otros también.

—¿Se ha dado cuenta de qué, Sánchez? —inquirió Olmos, atrincherándose en el último e inútil bastión de una fingida ignorancia.

—Usted y doña María Gregoria, Nuño. La verdad es que ustedes han sido bastante indiscretos.

Olmos dio la razón a Sánchez en silencio. Sus encuentros con Goya en casa de él daban a los amantes una sensación de seguridad que no existía. Porque era como en la copla popular:

"Piensan los enamorados,

piensan y no piensan bien.

Piensan que nadie los mira

y todo el mundo los ve" [16].

Que ellos se aislaran del mundo exterior entre esas cuatro

paredes para dar rienda suelta a su deseo no significaba que la gente no viera a la bella hija del alguacil mayor entrar sola a la casa del subordinado de su padre, varias veces por semana. Y los quiteños cuchicheaban. ¡Vaya si cuchicheaban!

—Tienen que ponerles fin a sus encuentros, Nuño. Si no, alguien va a salir lastimado. Me daría mucha pena que fuera usted, porque con toda probabilidad enfrentaría una acusación de estupro o, si no, en el mejor de los casos, su despido o traslado lejos de Quito. Y siéntase bien librado. Pero más pena me daría por doña María Gregoria, que es apenas una niña. No sé qué castigo le impondría su padre. ¿Acaso pensó usted que este romance podía resolverse con un posible matrimonio de ustedes?

—Sé muy bien que no —rompió Olmos su silencio—. Hay muchas razones por las que Goya y yo no podríamos casarnos. Quizás fue eso mismo lo que nos empujó a esta relación desbocada.

—Entonces, Nuño, termine con esto.

Olmos sabía que debía hacer lo que Sánchez le recomendaba, pero algo muy profundo, que no sabía definir, le impedía tomar tal decisión. Amor no era, ya lo sabía. ¿Lo sabía? ¿De verdad? ¿No sería que, a pesar de todo, se había enamorado de la insaciable muchacha? ¿O quizás ella tenía razón en sus locas teorías de que las mujeres estaban siempre dispuestas y gozaban sin fin, con el propósito específico de tener cautivo a su lado a un hombre, prisionero de su mayor debilidad? ¿Tal vez él había picado el anzuelo y, adicto a su propia lujuria, ya no podría vivir sin ella?

—Sí, lo haré —respondió Olmos sin mucha convicción, decidido, más bien, a aplazar cualquier decisión, pues, pensaba, a veces los problemas se resolvían solos—. Tendré que hablar con ella.

Mientras siguió caminando, otra posible explicación cruzó la mente de Olmos por un instante. Toda esta aventura tenía un halo de justicia poética: don Sebastián lo menospreciaba, lo había desdeñado siem pre; pero, en cambio, él se había llevado al huerto a su hija primogénita. Y ese sentimiento era algo que, ante tanta humillación pasada, merecía seguirse disfrutando.

15 Véase Íñigo Salvador, *Miércoles Santo. Un caso de Nuño Olmo* s, 2023 (N. del E.).

16 Juan León Mera, *Cantares del pueblo ecuatoriano* , Clásicos Ariel, Guayaquil-Quito, sin fecha, tomo 1, pág. 97.

— 41 —

Al asesino de mi Mariquita le busqué con saña.

Ninguno de los testigos que le vieron matar a mi niña supo reconocerle, pero todos coincidieron al narrar los hechos.

Después de que Ordeñana había asesinado a mi mujer, la niña había quedado sola y se había acercado al cadáver de su madre. Lloraba y trataba de despertarla, creyendo que dormía.

El hombre pasaba por ahí, corriendo, con una antorcha en la mano izquierda y un machete en la derecha. Tal vez vio el cadáver y también que la niña estaba viva y lloraba. Y le lanzó el machetazo. Y le cortó el cuello; así, sin siquiera pensar. Si la mamá estaba muerta, la niña tenía que morir también. Con un gesto mecánico, como un campesino que va rasando la maleza, abanicando la hoja de acero y desbrozando la yerba.

Pero no era una mata; era una niña que acababa de perder a su mamá y lloraba. ¿Qué falta hacía asesinarla?

Entre las decenas de testigos de la matanza con los que hablé, unos pocos creían saber quién era el asesino de mi hijita, pero todos me daban nombres diferentes. Y, cotejados mis apuntes y hechas más averiguaciones, ninguno de esos nombres coincidía ni en el lugar ni en los sucesos que se le achacaban, y algunos ni siquiera habían estado en Chillogallo la noche del 18 de marzo.

Un buen día, mientras caminaba por la plaza de San Juan Evangelista de Chimbacalle, se me acercó un *guambrito* y me entregó un billete doblado en cuatro. Le pregunté quién se lo había dado; no contestó y salió corriendo. Cuando abrí el billete, leí un nombre: Misael Llumiuxi.

Nunca sabré quién me envió ese mensaje, pero al ver el nombre enseguida supe de qué se trataba.

Durante mucho tiempo conjeturé quién podría haber querido que yo supiera que Llumiuxi era el asesino de mi Mariquita y llegué a establecer unas cuantas posibilidades. Una era la de la mujer del propio Llumiuxi, cansada de sus maltratos; otra, la madre de otra de sus víctimas, que, atenazada por el miedo y sin atreverse a hacer justicia por su mano, prefería que alguien más tomara revancha en su nombre; otra… ¡Qué más daba! No podía seguir perdiendo el tiempo en búsquedas innecesarias. Tenía ya el nombre del asesino y eso era todo lo que necesitaba.

De Misael Llumiuxi ya sabía yo qué hacía y dónde vivía. Había llegado a enterarme al hacer mis indagaciones, en las que su nombre aparecía de manera constante, aunque nunca antes identificado de forma concluyente como el del asesino de mi Mariquita.

Llumiuxi era el chalán de la hacienda El Calado, donde vivía y gozaba de la confianza del marqués de Villa Ordeñana, que gustaba mucho de los caballos y que de él se fiaba para todos los negocios relacionados con sus corceles finos.

Una tarde en que el tal Llumiuxi regresaba a Chillogallo desde la hacienda Gualilagua, a la que, en la mañana, había conducido un semental para que beneficiara a la yeguada del marqués de Lises, me embosqué a la salida de una posada, poco antes del Tambillo de Uyumbicho.

En ella se había detenido Llumiuxi en el viaje de ida y yo, que le seguía desde que abandonó El Calado a primera hora de la mañana y que también había parado ahí para refrescarme, pude escuchar que prometía al patrón del establecimiento pagarle a la vuelta, esa misma tarde, algún dinero que le debía.

Llumiuxi, en efecto, se detuvo en la posada del Tambillo para

cumplir su promesa. Yo le esperaba ya en una vuelta de la subida a Cutuglagua. El hombre apareció con las últimas luces del día. Con el sombrero calado hasta las cejas y el poncho y la bufanda cubriéndole incluso la nariz, poco fue lo que pudo hacer para esquivar el tiro de *pallka* , que le disparé desde atrás de un muro de *chamba.* El guijarro llegó silbando y pegó de lleno en el pecho del jinete, botándole del caballo. Antes de que pudiera levantarse, llegué de un salto y le soñé de un garrotazo.

Amarrado y amordazado, le cargué, cruzado de barriga sobre la montura de su propio caballo, al que halé con una veta atada al arzón del mío, y emprendimos el camino de Chaguarquingo.

— 42 —

Esa mañana, en la casa de Nuño, él y Goya se habían refocilado hasta la saciedad. Pero algo en la prisa de ella por sentir cuantos ardores pudiera y una cierta ausencia en su mirada mientras se empeñaba en ello, mostraban que estaba intranquila. Nuño lo notó.

—¿Qué tienes, Goya mía? —preguntó a boca de jarro.

—Mi padre quiere casarme con el hijo del marqués de Miraflores —contestó ella, sin ningún tapujo—; me lo ha dicho anoche con el mismo tono administrativo con que hace seis años me notificó que me mandaban a Lima.

Nuño calló. El corazón le dio un vuelco. Sabía que el momento llegaría tarde o temprano, pero no por eso dejó de sentirse acongojado. Una enorme tristeza le invadió, más por lo que le sobrevendría a Goya que por cuanto a él pudiera afectarle.

—Con eso asegurará una bonita alianza —continuó ella, apesadumbrada, posando la cabeza sobre el hombro de Nuño, que la abrazó—. Yo pasaré a ser la marquesa y deberé llenar al marquesito de herederos apellidados Quiñones y Cienfuegos, y mi padre seguirá viviendo de su salario de alguacil mayor hasta que, gracias a su nueva calidad de suegro del próximo marqués, sea designado oidor en la Audiencia o regidor perpetuo del Cabildo y se le abran las cuadras de la nobleza quiteña.

Un incómodo silenció se instaló entre los dos amantes. Al cabo de un instante, con voz apenas audible y el ceño fruncido, que sus cejas oscuras acentuaban, sentenció Goya:

—Eso es lo que terminamos siendo todas las jóvenes americanas: moneda de cambio en los pactos de nuestros hombres.

Pasaron algunos segundos hasta que Nuño rompió el silencio con una pregunta, de la que, ni bien la hizo, se arrepintió.

—Pero, ¿ amas al marquesito?

—i¿Qué le voy a amar?! ¡Si ni le conozco! —respondió Goya, airada. Y, apaciguando el tono de su voz, continuó—. Alguna vez lo vi de lejos cuando acompañé a mi mamá a casa del marqués, hace años. Entonces él y yo no éramos sino un par de niños tímidos. Supongo que ahora será un joven mundano. Pero tendré que casarme con él aunque no lo conozca y, menos aún, lo ame. Ya te he dicho que el amor es lo de menos. Espero que por lo menos sepa satisfacerme y darme protección.

Y como si de verdad sintiera pesar de ser como era y de no saber cumplir las expectativas puestas en ella, dijo con tristeza, la mirada fija en un punto de la pared:

—Mis pobres padres jamás entenderán que lo de ser marquesa no es para mí. Me mandaron a Lima para que aprendiera a ser señorita, pero no se imaginaron que lo que aprendería allá sería a disfrutar de ser mujer. Para ellos soy doña María Gregoria y, por eso, me disfrazo de ella y hablo en voz baja, como ella, y sonrío sin mostrar los dientes, como ella lo haría, y poso mis manos sobre mi falda al sentarme y mantengo una conversación encantadora acerca de un poemario clásico, inclinando apenas la cabeza, como ella… Pero ni siquiera sospechan que la verdadera Goya es esta otra, desnuda y deleitosa —se tomó los senos como ofreciéndolos a Nuño —. Me gusto más sin disfraz, sin nada más que este cuerpo que tanto placer me depara y que ahora es solo para ti.

Nuño tenía la certeza de que el matrimonio de Goya con el heredero del marquesado de Miraflores pondría fin a este corto romance. Y hasta cierto punto lo agradecía, pues ya sabía que todo se confabulaba en contra de los dos amantes. Por eso, no pudo evitar sorprenderse cuando Goya, empin ándose de un salto a horcajadas sobre los muslos de Nuño, acostado de espaldas, y, ensart ándose en su miembro y ondulando sus caderas cadenciosamente, atrás y adelante, exclam ó :

—¡Qué suerte la mía de poder poseerte, teniente Olmos! Siempre listo para apagar mis calores. ¡Eres tan rico! Tendremos que hacer un nuevo plan para seguir viéndonos después de que me case, ¿eh? Este cuartucho tuyo en Santa Bárbara puede seguir siendo un buen lugar para encontrarnos.

— 43 —

En cierto momento de mis dolorosas averiguaciones, no recuerdo bien cuándo ni a quién oí contar algo que mis viejas orejas se resistieron a creer. Y era que la noche del 18 de marzo un individuo de la partida de El Calado había cerrado las puertas de las casas en las que había gente, antes de que las mesnadas ordeñanistas asaltaran el pueblo a sangre y fuego.

Las buenas gentes que me lo contaron se dividían en dos bandos. Había quienes sostenían que este sujeto lo había hecho para evitar que los ocupantes, al salir, se pusieran a merced de los hombres a caballo y demás conjurados y pudieran ser ultimados en las calles, o bien fueran fusilados, como ocurrió a tantos. Que luego algunas casas fueran incendiadas y sus ocupantes sucumbieran a las llamas, era una tragedia imponderable que no habría estado en el propósito de este moderno cerbero.

Otros, en cambio, mantenían que el hombre lo había hecho aposta para que los ocupantes de las casas quedaran encerrados y se consumieran vivos en el fuego.

Muchas noches no pegué los ojos tratando de decidir si incluía a este sujeto en mi lista. La decisión no era fácil, pues todo radicaba en la intención con que había actuado este tipo. Sin embargo, los hechos, en sí mismos, eran idénticos en cualquiera de las dos opciones. ¿Cómo saber cuál había sido su intención?

Una madrugada de esas, mientras maldormía, como en un fogonazo resolví el dilema. No se trataba tanto de un asunto de propósito sino más bien de consecuencias. El hombre había cerrado la puerta de la casa de mis papacitos y ellos no habían podido escapar de las llamaradas. A consecuencia de eso habían muerto

calcinados, sea que lo hubiera hecho por salvarles, sea que lo hubiera hecho con intención de matarles. Nada de eso hubiera ocurrido si este individuo hubiera dejado la puerta abierta. Asunto concluido. Debía morir.

Saber quién era este sujeto no fue tan difícil, pues quienes de él me contaron lo conocían bien. Uno de ellos le había visto la cara esa misma noche.

Se trataba de un tal Ramón Yacelga, peón de la vieja hacienda El Carmen, conchabado con Misael Llumiuxi para entrar a Chillogallo el 18 de marzo. El precio pactado: la monta de su yegüita cebruna por el padrillo Bandolero del marqués.

Una vez identificado, tampoco me costó trabajo ubicarle. Una noche de esas, me aposté tras de un muro que cercaba su casa, a no más de veinte pasos de la puerta. Cebé al perro con un enrollado de carne y vidrio molido que llevé. Serían las ocho y media cuando Yacelga salió de la casa y caminó en mi dirección. "Me ha visto", pensé y me preparé para enfrentarle. Pero pasó de largo, se detuvo delante de un capulí y se puso a mear. Cuando se la sacudía, le di con una piedra en el cráneo. Dijo "¡ay!" en un suspiro y cayó desvanecido.

— 44 —

Frente a la puerta de madera de la modesta casa de una sola planta y techo de teja, Nuño Olmos se concedía unos minutos, antes de golpear, para quitarse el polvo del camino, sacudiéndolo de la casaca y pantalones con el sombrero y zapateando fuerte contra el piso.

Había salido esa mañana desde la cárcel de corte, con la negra amenaza de lluvia del cielo quiteño, hacia la plaza de Santo Domingo de Guzmán y, por el camino al Cusco, dejando a su izquierda la recoleta de la Peña de Francia, había cruzado el río Machángara hasta llegar a San Juan Evangelista de Chimbacalle. A medio camino de la empinada subida desde Chimbacalle a la cresta de la pequeña cordillera de Puengasí estaba Chaguarquingo. Llegar no le había llevado más de media hora a caballo.

El nombre de Chaguarquingo —el recodo del penco— había aparecido de manera persistente aunque esporádica a lo largo de esta investigación, recordó Olmos. El primero en mentarlo había sido el padre Galibero, párroco de San Sebastián, cuando refirió a Sánchez d ó nde vivía el hombre que había reparado el melodio de la iglesia, a quien se había prestado la llave, en ausencia del sacristán Mesías Amaguaña. También lo había mencionado la viuda del relojero Hugot: en Chaguarquingo vivía un tal Lorenzo, que había trabajado con los sabios franceses y que a veces ayudaba a su marido. Y, ayer, había sido el herrero Ulcuango quien relató —si relato podía llamarse a la lacónica información proporcionada— que un tal Lorenzo Zangolquí, que vivía en Chaguarquingo, había mandado a elaborar unas piezas metálicas para un telescopio.

Qué papel jugaba Lorenzo Zangolquí en todo este misterio Olmos pronto lo sabría. En cualquier caso, para él estaba claro que contar

con la declaración de alguien que conocía los trabajos de los académicos franceses y que, al parecer, estaba familiarizado con su instrumental, echaría luz sobre la hipótesis de que los crímenes de las últimas semanas representaban los instrumentos utilizados en las mediciones del meridiano terrestre. A partir de ello quizás se pudiera descifrar el mensaje que tales escenificaciones pretendían transmitir y, ojalá, encontrar al asesino. Ahora lo vería.

Olmos dio tres golpes a la puerta. A pocos metros, su caballo, atado al travesaño de arrendar, dio un resoplido. La puerta se abrió hacia adentro. Un hombre de unos cincuenta años, con cabello entrecano, recogido en la nuca en una magra coleta, preguntó, con voz gruesa:

—Buenos días, señor. ¿ En qué le puedo servir?

—Buenos días. Soy Nuño Olmos, teniente de alguacil. ¿Es usted Lorenzo Zangolquí? Quisiera hacerle unas pocas preguntas.

—¡Ah, sí! Señor teniente de alguacil, pase usted, pase —Zangolquí hizo espacio en el umbral para que Olmos entrara y cerró la puerta—. Le esperaba.

El portazo y las últimas palabras de Zangolquí fueron simultáneos. Olmos creyó haber oído mal. Dio unos pasos más en el oscuro zaguán interior.

—Venga por acá, sígame, teniente, para que podamos conversar con comodidad.

Un trueno estruendoso remeció la casa entera.

Olmos caminó tras el hombre, que, observó, conservaba el cuerpo erguido y vigoroso pese a la edad y las canas. Este lo condujo a través del patio interior hasta una puerta amplia. Zangolquí la apartó y entraron.

Olmos no pudo evitar que sus ojos y boca se abrieran con asombro: en un espacioso galpón con paredes de madera y armadura de gruesas vigas desbastadas, iluminado por la poca luz que en la tarde de aguacero dejaban penetrar los lucernarios del techo, en los cuales repicaba la granizada, se encontraban desplegados y ensamblados a la perfección un sinnúmero de

instrumentos y herramientas astronómicos; unos, apoyados en enormes trípodes y pedestales metálicos, otros, posados en varias mesas. Sujeto a una de las vigas de la armadura, pudo identificar el gran telescopio perpendicular que había visto en el grabado del libro de La Condamine, cuyo cañón traspasaba la cubierta para escudriñar el cielo. Colgado de una pared estaba el péndulo, con su regla de madera, su cajita de donde colgaba la plomada y el mecanismo inferior de medición. Pero había también cuartos-de-círculo, sextantes de todo tamaño, esferas armilares, compases, brújulas… Sobre las mesas, a medias enrollados, planos y mapas de los cielos y de la tierra.

—Sentémonos acá, señor teniente —Zangolquí señaló a Olmos, con un gesto de la mano, dos sillas en lados opuestos de una mesa llena de cajitas de variado tamaño, repletas de piezas metálicas ordenadas por forma, dimensión y uso. Sobre un paño azul descansaba una docena de lentes de cristal, ordenadas según sus diferentes diámetros.

—Gracias, don Zangolquí —comenzó Nuño, ya sentado—. Le decía que tengo algunas preguntas que quisiera que me responda, si es posible.

—Y yo le decía que le estaba esperando, teniente.

Olmos se quedó sin habla, tratando de apaciguar sus pensamientos, que parecían corretear sin rumbo en su cabeza.

—¿Qué me esperaba, dice? —repitió Olmos, al fin, sin entender lo que estaba pasando—. Creí haberle oído decírmelo a la entrada, pero pensé que no había entendido bien. ¿Me esperaba? ¿Por qué me esperaba? ¿Alguien le anunció mi visita? ¿Ulcuango, tal vez? ¿La viuda de Hugot?

—No —respondió Zangolquí, mirando a Olmos con sus ojos oscuros, de expresión triste, en la penumbra—. A doña Beatriz no la he visto desde que el finado *mesiú* Hugot pasó a mejor vida. Y, la verdad, no recuerdo cuando fue la última vez que supe de Ulcuango; ¿ supongo que mantiene su taller en la bajada a Gigante Huayco?

Guardó silencio unos segundos. Olmos esperaba, atento.

—No, teniente… Olmos me dijo, ¿no? Le esperaba porque supuse que alguien habría en el alguacilazgo capaz de descifrar los mensajes que dejé en cada una de las escenas de los crímenes que armé a lo largo del meridiano de la torre de la Merced. Me alegro de que se hayan demorado, así pude consumar mi venganza. Y si se pasaba un día más, también habría podido matar al marqués de Villa Ordeñana.

Ahora sí, Olmos entendió que se encontraba frente al asesino. ¡Zangolquí había matado al hermano del marqués, a Caiza, a Llumiuxi y al sujeto aún no identificado que encontraron en el Beaterio!

Pero seguía sin comprender lo que estaba pasando. ¿Por qué Zangolquí no había huido o, por lo menos, se había escondido cuando é l se identificó como teniente de alguacil? ¿Por qué no esperó a que él le hiciera sus preguntas, para evadirlas o, de una vez, mentir? Habría tenido la posibilidad de salir impune.

Zangolquí pareció darse cuenta del estupor de Olmos y continuó.

—Se preguntará usted por qué le estoy confesando todo esto, que, sin duda, le permitirá detenerme y someterme a la justicia.

—En sentido estricto, don Zangolquí —replicó Olmos, recomponiéndose—, me basta su confesión. Con eso puedo aprehenderle ahora mismo y ponerle a órdenes del fiscal Cistúe. Pero tengo la bendita manía de querer atar los cabos sueltos y cerrar los círculos…

—Mi camino ha terminado aquí, teniente Olmos —explicó Zangolquí, con un aire que al teniente de alguacil le pareció de tranquilidad buscada por largo tiempo y, quizás, hasta de alivio—. El círculo que usted quiere completar, para mí se cierra hoy. La justicia del rey, que no supo darnos satisfacción a mí y a mis muertos, se la da ahora a mis víctimas. Tuve que administrar yo mi propia justicia, pero, al final, cuando me ajusticien a mí, todo quedará saldado. Me doy por bien servido.

—Solo dígame, señor: ¿lo suyo era una venganza? ¿Contra quién? ¿Con qué motivo?

—Mi venganza era contra este sistema, que tan solo protege a los poderosos y desampara a los desvali dos, pero también contra quienes me quitaron lo más preciado de mi vida: mi mujer, mi hija, mi hermano, mis padres… tan solo por unas cuantas caballerías de terreno. Ahora todos están muertos. Y el siguiente, después de que me juzguen y condenen, seré yo… Solo me apena que usted haya llegado ahora y no me haya dejado despachar al culpable de todo: el marqués de Villa Ordeñana.

Mientras Zangolquí hablaba, Olmos iba ubicando en su memoria las piezas del rompecabezas.

—Déjeme especular… Entonces, ¿ usted asesinó a estas cuatro personas porque ellas mataron a su familia? ¿Es eso?

Zangolquí se limitó a guardar silencio, como si alentara a Olmos a continuar con su lucubración.

—¡Su familia fue asesinada en la matanza de Chillogallo! —la luz se hizo de pronto en el cerebro de Olmos. ¡Ese era el motivo de los asesinatos! ¡ Por eso todas las víctimas estaban relacionadas con la comarca de Turubamba!

Zangolquí miraba, fascinado, cómo Olmos, a partir de las pistas e indicios que había podido recoger a lo largo de la investigación de las últimas dos semanas y un par de datos que él le acababa de dar, armaba el rompecabezas en su mente con bastante precisión.

—Los asesinatos que usted cometió, Zangolquí, fueron su venganza contra el marqués de Villa Ordeñana y los otros tres, por haber estado en la matanza de Chillogallo, donde murieron los suyos —concluyó Olmos con alivio. El círculo se había cerrado.

—Una aclaración, teniente Olmos —interrumpió Zangolquí, con total calma—: todos a quienes maté no solo estuvieron en Chillogallo, sino que participaron de modo directo en la muerte de mi familia: los cuatro fueron quienes empuñaron las armas que mataron a mi mujer, mi hija y mi hermano, y las antorchas que redujeron a ceniza la casa de mis papás, con ellos dentro.

—A propósito: ¿ quién fue el cuarto, el del Beaterio? Aún no lo hemos identificado.

Zangolquí se quedó callado, como si hiciera memoria.

—¿El del doceavo-de-círculo? ¡Ese es el Ramón Yacelga, otro hombre de Ordeñana! Él fue el que pasó cerrando por fuera las puertas de las casas de Chillogallo la noche de la masacre. Mis padres se quemaron vivos por culpa de él.

Olmos anotó el nombre.

—Usted podría haber acudido a la justicia —retomó.

— ¡ Ja, ja, ja ! — rio Zangolquí con amargura—. Me parece una burla que usted, teniente Olmos, que conoce el sistema de justicia del rey porque lo representa, pretenda que los naturales acudamos a él. El dicho de que "la justicia es para el de poncho" se cumple sobre todo en las causas criminales. Si los naturales acusamos, nunca ganamos; si nos acusan, siempre perdemos. Así nomás es.

Calló un momento.

—Pero no vaya a creer usted que desprecio a nuestro gobierno; sepa que sí lo intenté: acudí a varios abogados de la ciudad para plantear mi querella. Ninguno quiso. Nadie osaba meterse con Ordeñana. Tuve que impartir yo mismo la justicia que el rey me negaba.

Olmos siguió callado. En el fondo, no dejaba de conceder razón a Zangolquí, aunque é l, a lo largo de sus años en el alguacilazgo, había aprendido a ver las cosas desde otra óptica. Eso de que "la justicia es para el de poncho", él, en cambio, lo interpretaba de forma un tanto distinta, más amplia, quizás: si el acusador era un poderoso, siempre ganaba; si era el acusado, nunca perdía. Se aplicaba sin importar quién estuviera del otro lado: otro blanco con menos poder, un mestizo, ni se diga un indio. Quizás no eran sino dos formas de ver la misma lacra de una justicia que se corrompía desde dentro y en todas direcciones, a favor siempre del más fuerte.

—En cualquier caso, usted tendrá que enfrentar a la justicia, Zangolquí. Y tendrá que acompañarme a la cárcel de corte cuando terminemos este interrogatorio.

—Descuide, teniente; no es mi intención escapar. De verdad, si usted se fija, podría decirse que he hecho todo lo posible para que

me atrapen.

—Usted se refiere a haber escenificado los crímenes, imitando de alguna manera los instrumentos geodésicos y ubicándolos en iglesias y capillas a lo largo del meridiano de la torre de la Merced.

—A eso mismo me refiero. Tal vez me ha podido un poquito la soberbia: pensé que para ustedes sería fácil interpretar los indicios y ubicar pronto al único discípulo con vida de los sabios franceses. Pero, al parecer, ni los sabios ni yo somos tan conocidos, después de todo —concluyó la frase con una sonrisa cínica—. En todo caso, en mi descargo, he de decir que por mí nunca faltó, siempre les dejé la información completa. Tenía la secreta esperanza de que me encontraran y me detuvieran, aunque en el fondo de mi corazón luchaba por completar mi misión vengadora. Al final me faltó uno, el más malvado y el más cobarde.

—Habla usted del marqués de Villa Ordeñana.

—El marqués no tuvo el empacho de mandar a matar a la pobre gente inocente de Chillogallo para apropiarse de sus tierras. Pero no hizo él el trabajo sucio, sino que envió a su hermano y a los trabajadores de su hacienda y de las demás haciendas de la comarca. Tal es el poder de este sujeto que ninguno de los demás hacendados se negó y que ahora él anda libre y nadie se atreve contra él.

—Por curiosidad, Zangolquí: ¿cómo había ideado escenificar la muerte del marqués?

—Aún no he completado el diseño. El marqués sería el tubo de vidrio lleno de azogue. Pensaba derramárselo por la boca. Pero en este caso, quería hacerlo mientras Ordeñana estaba vivo. Me imagino que a usted no le habría causado ningún problema identificar el instrumento.

A Olmos le llevó unos segundos imaginarlo.

—El barómetro de Torricelli.

Zangolquí sonrió satisfecho y asintió con la cabeza.

—Y el lugar: la iglesia de la Compañía —propuso el teniente de

alguacil.

— Claro, la Compañía.

— 45 —

—Oiga, Nuño, tal vez ya lo sabe, pero no quería dejar de contarle lo que he oído —musitó Benito Sánchez, en tono de confidencia, mientras bajaban la escalinata de la cárcel de corte.

"Otra vez el nombre de pila", pensó Olmos, apesadumbrado.

—El portero de la casa de don Sebastián me ha contado que anoche se han llevado a doña María Gregoria a la hacienda de los Quiñones en Tacunga. El hijo del marqués de Miraflores y ella se casaron esa misma mañana en una ceremonia íntima.

Olmos sintió que una mano gélida le estrujaba el corazón, exprimiéndole toda la sangre. Demudado, debió arrimarse a la pared del descanso de la grada. Sus rodillas no lo sostuvieron y se acuclilló, apretándose con la mano el puente de la nariz hasta que vio rojas celdas de abeja. "Por eso no vino ayer a casa", pensó.

—Usted necesita un trago, Nuño —sugirió Sánchez—. Vamos a la pulpería de la esquina.

Caminaron en silencio la cuadra que los separaba del Arco de Santa Elena, a cuyo pie estaba la fonda.

"Por eso no vino a casa", no podía dejar de pensar Olmos, mientras sentía que el dolor de cabeza, que se le había hecho casi permanente desde el balazo de hace tres años, comenzaba a subirle desde la nuca.

Ya sentados a una mesa pringosa en su rincón de la pulpería, Olmos no pronunció ni una palabra. Sánchez respetó su silencio.

El vaso de puntas de aguardiente bajó quemándole el esófago, pero a poco lo tonificó. En un momento pudo volver a pensar.

"Esa es la venganza de don Sebastián", confirmó para sus

adentros. “Ningún juicio por estupro, ninguna paliza con matones, ningún despido. Solo me la quita. Para que yo sepa quién está al mando, por si alguna duda cabía”.

— 46 —

Después del interrogatorio en mi casa, el teniente Olmos me condujo a la cárcel de corte. Ahí, me encerraron.

Por turnos, los tenientes Olmos y Sánchez continuaron interrogándome durante un par de días: querían saber cómo había matado a cada una de las víctimas y, algo que les intrigaba, cómo había hecho para colocar cada uno de los cadáveres en sus respectivos sitios.

He de confesar que la configuración del caso que Olmos y Sánchez se habían hecho a partir de sus investigaciones y de sus propias deducciones y conjeturas era bastante aproximada a lo que en verdad pasó.

En mis declaraciones ulteriores me limité a completar la información que a ellos les faltaba sobre la muerte que di a cada uno de los victimarios de mi familia. Les aclaré que para ubicar cada uno de los cadáveres en su escenario final no me hizo falta ningún cómplice, pues no hay nada que un hombre de mi complexión y mi determinación no lograra hacer (incluso con un cuerpo muerto a cuestas) sin más ayuda que la de instrumentos rudimentarios de la física: la palanca, la garrucha y una cuerda resistente. En cuanto a la forma de colarme en los diferentes templos, les expliqué que nada es más fácil que forzar una cerradura o candado con una ganzúa y un punzón, cuando no usando la respectiva llave o aprovechando las puertas que quedan abiertas por considerarlas inaccesibles o por puro descuido.

Además, a alguien como yo, digno de completa confianza, era común que se me abran puertas o se me entreguen llaves en cualquier lugar donde se debía reparar un reloj de péndola, un

órgano de tubos o un simple melodio, los engranajes de un batán, las calderas de una destilería… Para colocar en su escenario a Llumiuxi, por ejemplo, me colé una tarde en la iglesia de la Merced, justo minutos antes de que cerraran la puerta que da a la plazoleta. Esa misma mañana había yo entrado con mi carretón de mano, en el que suelo cargar la herramienta; en él, entre cajas, llevaba el cadáver, cubierto el todo con un lienzo. Nadie reparó en mí, pues los frailes y la gente me conocían o les era indiferente. Dejé el coche adentro, adosado a una pared, donde me esperó hasta mi retorno vespertino. Desde ahí, ya de noche, lo llevé hasta el claustro central. Lo amarré en un atado con el mismo lienzo con que antes lo había cubierto. Subí hasta la base de la torre e instalé una garrucha en torno a la columna que servía de base al reloj de sol; pasé por ella una cuerda, cuyos dos extremos eché hasta el patio del claustro. Volví a bajar, até un cabo al cadáver envuelto y comencé a tirar del otro cabo, ayudándome, también a manera de garrucha, de una de las columnas de piedra de la galería del claustro, dándole a la cuerda dos vueltas en torno. Ya arriba, fue todo más fácil.

Parecieron conformarse con la información que les di, aunque no entré en todo el detalle que hubiera podido. Tal vez se daban por satisfechos de haber atrapado al asesino y haber detenido la ola de crímenes que asoló a la ciudad durante dos semanas interminables. No necesitaban más.

Y, al contrario de lo habitual en las prisiones de la corona, más allá de un par de leñazos de mero trámite, no hizo falta que se me torturara para obtener una confesión, pues yo estaba dispuesto a contarles todo y darles cada explicación que me pidieran, como de verdad lo hice. Con todo ello armaron un expediente completo y contundente, que presentaron al fiscal Cistúe y este al juez de lo criminal. La sentencia, como era evidente, fue condenatoria: se me colgará por el cuello hasta morir. No apelé ante la Chancillería de la Audiencia, porque nunca fue mi propósito ser declarado inocente. Cuando inicié mi búsqueda de la justicia que me fue negada, lo hice con plena conciencia de lo que me esperaba cuando me atraparan, me juzgaran y me condenaran. Y es que eso mismo era lo que

quería: compartir con los míos, a quienes dejé morir en Chillogallo, aunque sea la forma de perder la vida: a manos de la justicia de los blancos. Y, de paso, en el camino obtuve mi propia justicia, no sin cierto regocijo.

En cuanto al marqués de Villa Ordeñana, sí siento frustración de no haber llegado a matarle. Pero espero haberle causado al menos la mitad del dolor que él y su ambición me causaron a mí y a los míos. Sé que la justicia del rey no hará nada contra él, ni siquiera ahora que el asunto de la matanza de Chillogallo volvió a cobrar actualidad, merced a mi enjuiciamiento y mi ejecución. Y, la verdad, ya no me importa. Conseguí lo que me había propuesto.

En fin, tal parece que todas las autoridades han ocupado ya sus escaños en los tablados que se ha levantado para albergarles hoy. Abajo, en la Plaza Grande, no hay cabida para un alma más.

El barullo reinante comienza a menguar, hasta volverse apenas un zumbido, ahora que el pregonero de la audiencia, de pie, a mi lado, ordena silencio para dar lectura a la parte de la sentencia en que se me condena a morir en la horca.

Anoche me he confesado, de modo que hoy no habrá más formalidades.

Y así habrá ocurrido mi vida.

— 47 —

En el momento de devolver la carta del padre Aguirre al interior del sobrescrito, Olmos reparó en un par de folios de tonalidad y textura diferentes, escritos en una caligrafía más fina, que se habían quedado dentro. Comparó de un vistazo la letra en que estaban redactados con la del exterior del sobrescrito y, al ver que eran la misma, extrajo los folios y comenzó a leerlos:

La Habana y 19 de abril de 1768

A don Nuño Olmos,
Teniente de Alguacil,
San Francisco del Quito

Recordado Nuño:
Desde el momento en que supe que los jesuitas habían sido expulsados de los dominios españoles y que, como todos los de la América meridional, también los de la provincia del Quito pasarían a Europa por La Habana, he estado atenta a la llegada de los sacerdotes quiteños.

Nuño volteó la hoja en busca de la firma del remitente. Al no encontrarla en el revés de la primera, la buscó en la segunda. El corazón le dio un vuelco al ver la firma. Sospechaba que la encontraría porque el padre Aguirre le había relatado en su carta el encuentro en La Habana y, al comparar la caligrafía del sobrescrito y de esta carta, una certeza se había depositado en su espíritu. Pero, aun así, no pudo reprimir la sorpresa cuando vio el nombre trazado en siete simples letras entrelazadas: Antonia. Así, sin apellidos, sin vocativos, tan solo Antonia, como si se tratara de una persona

íntima, sin rodeos, sin distinciones…

Volvió, entonces, ansioso, a la lectura.

Cuando encontré al reverendo padre Aguirre, después de mucho esperar y de aún más buscar, le pedí noticias de usted. Me las dio, muy parco, sin mayores detalles. Sé que usted está bien y que se recuperó del disparo que recibió la tarde en que descubrió al asesino de mi amado papacito. E imagino que sus labores como teniente de alguacil le tienen ocupado.

De mi parte, sepa que vivo en La Habana con la tía Pascuala, hermana de mi abuela materna, que me acogió a la muerte de papá. He logrado vender en Quito buena parte de los bienes que él me dejó y adquirir aquí algún patrimonio, de modo que mi pasar es holgado. Solo que sigo extrañando la ciudad donde me crie, estudié mis primeras letras, tuve mis primeras amigas, me comprometí… Y a pesar de las grandes penas que después sufrí ahí, siento a Quito como mi patria, más ahora cuando todos mis muertos están allí enterrados.

Tal vez usted ya lo sabe, pero se lo comento de todas formas: el asesino de mi papacito (ni siquiera me atrevo a pronunciar su nombre, confiando en que Dios, Él sí, quiera ponerlo a la cabeza de la nómina de los condenados al fuego eterno) fue absuelto por un tribunal de Bogotá. Así, la justicia del rey ha sido burlada una vez más y yo he sido perjudicada por siempre con la pérdida de la única persona del mundo que me quería a cambio de nada. Y así también la justicia de Dios será, para variar, la única que pueda volver las cosas a su derecho cauce, dándome satisfacción por tan grande dolor. Dedicaré lo que me queda de vida a rogarle a Dios en mis oraciones que imponga su ley infalible.

Lo más triste de todo esto es que el trabajo que realizó usted, Nuño, fue en vano. Cuando murió mi papacito caí en la más grande desesperación, no veía la luz en esa gran tiniebla de dolor, hasta que apareció usted, siempre amable, preguntándome cosas que para mí no tenían el menor sentido, pero que a usted parecían importantes para esclarecer el misterio del asesinato. Recuerdo, ahora incluso con nostalgia, que en algún momento, para vencer mi necedad, usted debió reprenderme. Fue entonces cuando me di cuenta de que si en alguien

podía confiar en esos infelices momentos, era usted, que no tenía reparo en hacerme ver las cosas tal y como eran, aun regañándome, y al tiempo lograr que mi pensamiento se concentrara en la realidad y emergiera de la tristeza. Llegó un momento en que esperaba ansiosa su visita porque me traería noticias de su avance en la investigación, pero también porque a su lado me sentía segura, sabía que usted no trataría de endulzarme el relato por ahorrarme unas lágrimas. Cada visita suya era un momento de dicha para mí.

Y mientras usted se iba acercando a mí, sentía que mi afecto por mi prometido, Rodrigo de Ledesma, se enfriaba poco a poco. Sé que él no tuvo nada que ver en el asesinato de papá, pero no puedo dejar de relacionar su alejamiento de mis afectos con el paulatino descubrimiento de la verdad sobre el asesinato.

Cuando salí de Quito, llevándome todo, preferí ya no despedirme de usted. La última vez que le vi fue en la cama del hospital de la Misericordia para anunciarle mi partida. En ese momento esperé que usted tratara de desalentarme. Le prometo que si usted me hubiera pedido que me quedara, lo habría hecho. Algo me decía en mi interior que con alguien como usted yo habría podido sentirme querida y protegida, que era todo lo que necesitaba entonces. Pero mi alma estaba tan dolida que lo único que quería era largarme de allí. Su silencio no ayudó y lo atribuí a su quebrantada salud, aunque por un instante sospeché que estuvo a punto de pedirme que me quedara.

Si me equivoco en estas impresiones, bastará con que no conteste usted esta carta; su silencio hablará por usted. Pero si estoy en lo correcto, escríbame.

Suya,

Antonia

FIN

GLOSARIO

Achupalla: nombre kichwa de la Puya clava-herculis, planta de la familia de las bromeliáceas, a la que pertenece también la piña (*Ananas comosus*); crece silvestre en los páramos andinos y es consumida por humanos y animales.

Alza: melodía de ritmo vivo y animado, que se bailaba en lo que hoy es Ecuador desde el siglo XVIII.

Arroba: antigua medida de peso, equivalente a 25 libras (aproximadamente 11 kilogramos).

Azogue: elemento químico conocido generalmente como mercurio.

Caballería: antigua medida de superficie agraria equivalente a aproximadamente 3.860 metros cuadrados.

Caca-de-perro: maíz tostado garrapiñado en almíbar de panela.

Capariche: del kichwa kaparichik, el que grita. Jornalero que recogía la basura de la ciudad, por cuenta del cabildo, anunciando a gritos su llegada para que los pobladores la sacaran a la calle.

Katu: mercado al aire libre, en kichwa.

Cabestro: cuerda que se ata al pescuezo o a la cabeza de las caballerías y reses para sujetarlas o para conducirlas.

Chamba, chambita: del kichwa champa, terrón de césped.

Chaquiñán: del kichwa chakiñan, (chaki, pie; ñan , camino; camino de a pie), sendero, camino de cabras.

Chawar: nombre kichwa de la cabuya, planta de la especie *Agave cordillerensis* . Y, por extensión, el color de su savia.

Chilca: del kichwa chillka. Nombre con que se conoce al arbusto andino de la especie Baccharis latifolia, con cuyas ramas se fabrican escobas, entre otros usos.

Chuchaqui: del kichwa chuchaki, resaca, malestar resultante de la borrachera.

Chulla: impar, en kichwa. Par de ojos vs. chulla ojo; par de medias vs. chulla media.

Chupa: chaleco con faldillas de la cintura para abajo, que se llevaba debajo de la casaca.

Churo: del kichwa churu, caracol.

Faltriquera: bolsillo de las prendas de vestir.

Gallinazo: buitre carroñero; en Quito abunda el de la especie *Coragyps atratus.*

Garrucha: polea.

Gnomon: indicador de las horas en los relojes solares, por lo general en forma de varilla.

Guabo: árbol de la especie *Inga insignis* , común en la serranía ecuatoriana; produce la guaba, vaina con varias semillas negras recubiertas de una dulce pulpa nívea.

Guagua: del kichwa wawa, bebé y, por extensión, niño.

Guambra, guambrito, guambrón, guambras: del kichwa wambra, muchacho, muchacha.

Guango: del kichwa wanku, atado. Trenza en que atan su cabello los indígenas de la Sierra ecuatoriana.

Guántug: nombre kichwa del floripondio (*Brugmansia sanguinea*), especie con alto contenido de escopolamina y otros alcaloides.

Guirindola: guarnición de encaje que se pone en la abertura de la camisola por la parte del pecho.

Hilo de Chillo: cuerda fina de algodón hilada en los obrajes del valle de Chillo, al suroriente de Quito.

Huayco: del kichwa wayku, quebrada.

Illapa: rayo, en kichwa.

Ite: de " *Ite, missa est* ", exhortación final de la misa católica en latín, que literalmente significa: " *Id, la misa es* ", y que en la fórmula litúrgica actual se pronuncia: "La misa ha terminado. Podéis ir en paz".

Jorga: pandilla.

Katsu: escarabajo, en kichwa.

Killiku: nombre kichwa del cernícalo americano, pequeño halcón de la especie *Falco sparverius* .

Kishwar: nombre kichwa del árbol de la especie *Budleia incana* , común en la serranía ecuatoriana.

Kukayu: colación, en kichwa.

Legua: antigua medida española de longitud equivalente a 5 572,7 m.

Longo, longa, longuito, longuita: del kichwa lunku, muchacho.

Máchica: del kichwa mashka, harina de cebada utilizada en la gastronomía de la Sierra ecuatoriana.

Macuquina: nombre probablemente procedente del kichwa makaikuna, las golpeadas, con que se conoció durante la Colonia a la moneda acuñada a golpes de martillo; proceso que le daba una forma irregular.

Mamaku: diminutivo de mama, mamá, en kichwa. Forma de respeto y afecto que se usa con las ancianas.

Máscaras: comparsas compuestas de hombres y mujeres disfrazados, que desfilaban antes de las corridas de toros y otros festejos populares en tiempos de la Colonia.

Mashua: del kichwa mashwa, tubérculo de la especie *Tropaeolum tuberosum* , propio de la dieta vernácula andina.

Mitza: verruga, en kichwa.

Montuvia, montuvio: campesino de la costa.

Morocho: tipo de maíz duro. En lenguaje morocho: sin ambages, con franqueza.

Mote, motecito: tipo de maíz que se come cocido en agua.

Pallka: horquilla, en kichwa; por extensión, resortera, catapulta; también bifurcación en un camino.

Penco: planta del género Agave, de hojas carnosas con espinas en los márgenes y en la punta, que bordea los caminos de la serranía.

Piafar: alzar el caballo las patas delanteras alternativamente, haciéndolas caer con fuerza y sin avanzar.

Pingo: tronco joven y, por lo tanto, recto y largo; poste.

Pondo: del kichwa puñu, vasija grande de arcilla.

Prima: hora canónica del Oficio Divino, que se reza a primera hora del día (06h00), entre las horas de laudes (03h00) y tercia (09h00).

Raposa: nombre que se da en la sierra ecuatoriana a la zarigüeya, marsupial de la especie *Didelphis pernigra* .

Sambo: del kichwa sampu, calabaza (*Cucurbita ficifolia*).

Suro: bambú andino de la especie Chusquea scandens.

Taitaku: diminutivo kichwa de taita. Forma de respeto y afecto que se usa con los ancianos.

Tambo: del kichwa tampu, posada.

Tanta: mote molido en metate.

¡Tatay!: expresión de origen kichwa que denota asco.

Toesa: antigua medida francesa de longitud equivalente a 194,9 cm.

Tukurpilla: nombre kichwa de una variedad de tórtola pequeña (*Columbina passerina*).

Ulluguangahuaycu: quebrada de los gallinazos, en kichwa.

Ushuta: alpargata, sandalia, en kichwa.

Veta: correa enteriza sacada de toda la piel de una res vacuna. Retorcida y curada sirve para enlazar las reses y sujetarlas.

Waksa: lagartija, en kichwa.

Zamarro: especie de zahones que se usan para montar a caballo y protegerse las piernas del frío y la lluvia.

Zapallo: del kichwa sapallu, calabaza (*Cucurbita maxima*).

Agradecimientos

Muchas personas han contribuido a que este nuevo episodio de Nuño Olmos vea ahora la luz. Quiero consignar el nombre de las imprescindibles y expresarles mi gratitud. Sin embargo, ellas nada tienen que ver con cualquier error, histórico o de otra naturaleza, que se haya podido deslizar en esta obra, del cual asumo total responsabilidad.

Al padre Guido Valdivieso, rector del convento de la Merced, por haberme dejado explorar a mis anchas, en compañía del her mano Christian León, las vías de acceso a la cubierta, cúpulas y campanario de la basílica de Nuestra Señora de la Merced, por lo regular cerradas al público. De verdad, Quito, desde arriba, pierde en sordidez y gana en magia.

Al arquitecto Diego Santander y al guía Dennis Sánchez, de la Fundación Iglesia La Compañía, por abrirme las puertas del com plejo arquitectónico que se extiende en torno al templo de San Igna cio, joya del barroco quiteño.

A Oswaldo Navas, uno de los pocos expertos ecuatorianos en prefilatelia, por compartir su conocimiento sobre los cuños y marcas que se aplicaban a la correspondencia antes de que existieran las estampillas, como los estampados en la carta del padre Aguirre a Nuño Olmos.

A Santiago Páez, por haberme honrado con la lectura de esta novela en su forma preliminar y haber pronunciado el " *nihil obstat* ". A Patricio Mena Vásconez, por haber escrutado con morosidad y amistad el mecanuscrito original. A Harold Muñoz Saavedra y Mariana Marín, por su trabajo de perfeccionamiento del texto final de la novela, y a Juan Felipe Sanmiguel y Danilo Villegas por el

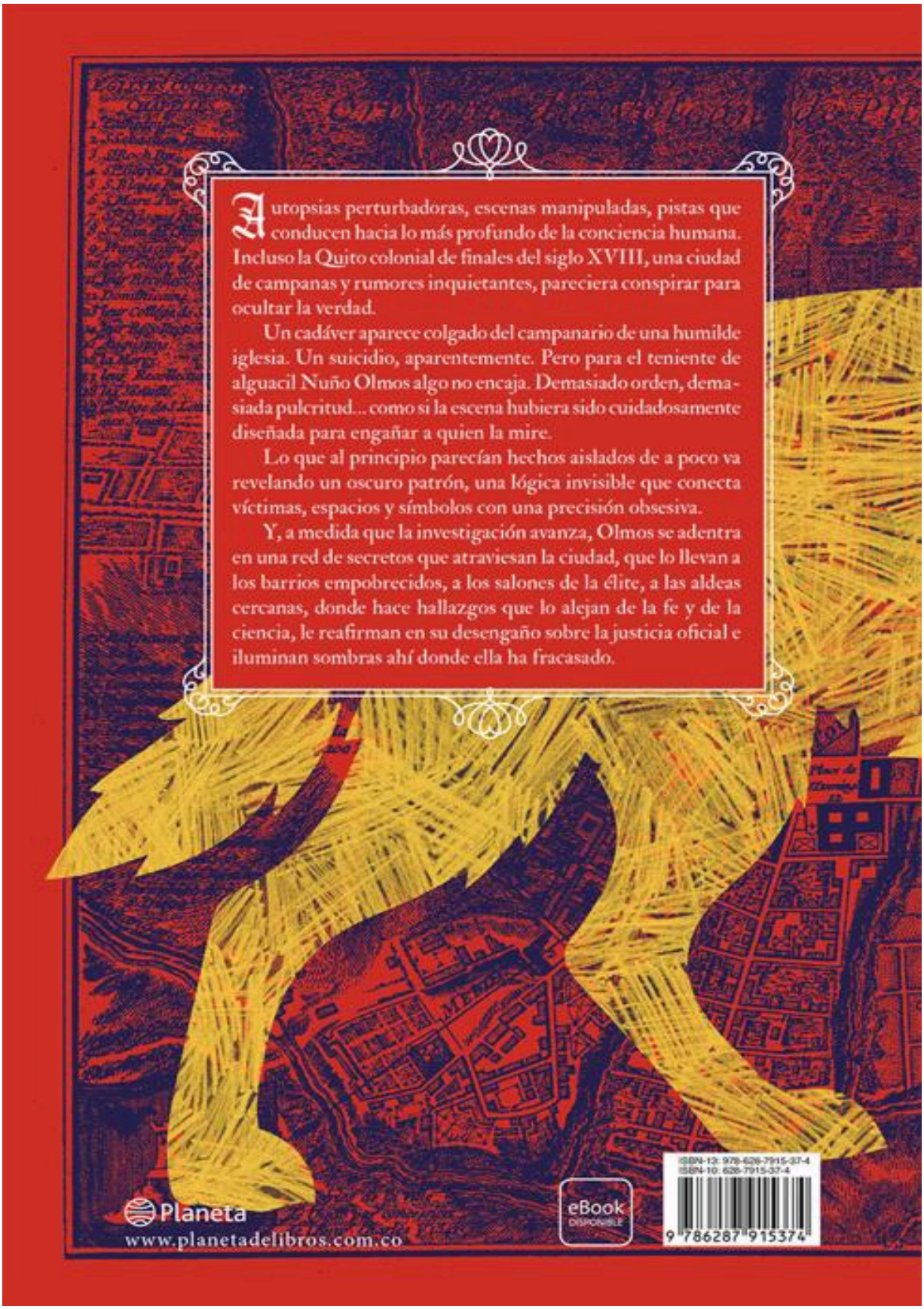
diseño de la magnífica portada.

A María Antonieta Vásquez Hahn, por facilitarme su apasionante artículo "El trasfondo político de las fiestas de toros al inicio del siglo XIX en Quito", que da testimonio de la tradición taurina de nuestra capital, borrada hace pocos años de un plumazo plebiscitario.

Las coplas utilizadas a lo largo del texto han sido tomadas de la obra *Cantares del pueblo ecuatoriano* , en que Juan León Mera Mar tínez recopiló esta expresión del ingenio popular. La edición que utilicé fue la de la colección Clásicos Ariel.

A mi mujer, Jimena, porque me entibia la vida, día a día, y me anima si amenaza el desaliento. A mis hijos, Jimena Alegría, Jorge Ignacio y Juan Diego, y a mis nietos, Tomás, Alegría, Ignacio y Francisco, porque iluminan el futuro.

Quito, junio de 2026



Autopsias perturbadoras, escenas manipuladas, pistas que conducen hacia lo más profundo de la conciencia humana. Incluso la Quito colonial de finales del siglo XVIII, una ciudad de campanas y rumores inquietantes, pareciera conspirar para ocultar la verdad.

Un cadáver aparece colgado del campanario de una humilde iglesia. Un suicidio, aparentemente. Pero para el teniente de alguacil Nuño Olmos algo no encaja. Demasiado orden, demasiada pulcritud... como si la escena hubiera sido cuidadosamente diseñada para engañar a quien la mire.

Lo que al principio parecían hechos aislados de a poco va revelando un oscuro patrón, una lógica invisible que conecta víctimas, espacios y símbolos con una precisión obsesiva.

Y, a medida que la investigación avanza, Olmos se adentra en una red de secretos que atraviesan la ciudad, que lo llevan a los barrios empobrecidos, a los salones de la élite, a las aldeas cercanas, donde hace hallazgos que lo alejan de la fe y de la ciencia, le reafirman en su desengaño sobre la justicia oficial e iluminan sombras ahí donde ella ha fracasado.

Planeta
www.planetadelibros.com.co
eBook DISPONIBLE
ISBN-13: 978-628-7915-37-4
ISBN-10: 628-7915-37-4
9 786287 915374

Table of Contents

Portada
Créditos
ÍNDICE
Nota al lector
— 1 —
— 2 —
— 3 —
— 4 —
— 5 —
— 6 —
— 7 —
— 8—
— 9 —
— 10 —
— 11 —
— 12 —
— 13 —
— 14 —
— 15 —
— 16 —
— 17 —
— 18 —
— 19 —
— 20 —
— 21 —
— 22 —
— 23 —
— 24 —
— 25 —
— 26 —
— 27 —
— 28 —

— 29 —
— 30 —
— 31 —
— 32 —
— 33 —
— 34 —
— 35 —
— 36 —
— 37 —
— 38 —
— 39 —
— 40 —
— 41 —
— 42 —
— 43 —
— 44 —
— 45 —
— 46 —
— 47 —
GLOSARIO
Agradecimientos